



# MULTIMILLONARIO DESCONOCIDO

*Kaleb*

NY TIMES AND USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

# J.S. Scott



*Multimillonario  
Desconocido*

LA OBSESIÓN DEL MULTIMILLONARIO

*Kaleb*

J. S. SCOTT

Multimillonario Desconocido ~ Kaleb  
La Obsesión del Multimillonario  
Libro 20

Copyright © 2024 J. S. Scott

Fotografía de cubierta: Wander Aguiar Photography

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción o utilización de parte o de todo este documento por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación u otros cualesquiera sin el consentimiento por escrito de la autora, excepto para incluir citas breves en reseñas. Las historias que contiene son obras de ficción. Los nombres y personajes son fruto de la imaginación de la autora y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Título original: *Billionaire Unexplained*

Traducción: Marta Molina Rodríguez

ISBN: 979-8-332883-02-6 (edición impresa)

ISBN: 978-1-959932-22-2 (libro electrónico)



# *Índice*



[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)  
[Capítulo 11](#)  
[Capítulo 12](#)  
[Capítulo 13](#)  
[Capítulo 14](#)  
[Capítulo 15](#)  
[Capítulo 16](#)  
[Capítulo 17](#)  
[Capítulo 18](#)  
[Capítulo 19](#)  
[Capítulo 20](#)  
[Capítulo 21](#)  
[Capítulo 22](#)  
[Capítulo 23](#)  
[Capítulo 24](#)  
[Capítulo 25](#)  
[Capítulo 26](#)  
[Capítulo 27](#)  
[Capítulo 28](#)  
[Capítulo 29](#)  
[Capítulo 30](#)  
[Capítulo 31](#)  
[Capítulo 32](#)  
[Capítulo 33](#)  
[Epílogo](#)



## Capítulo 1



*Kaleb*

—Si no estás en casa tan pronto como termine la nevada, Devon y yo iremos a buscarte —me advirtió mi hermano Tanner en cuanto respondí la llamada por teléfono satelital en la remota cabaña—. No digo que no necesites un descanso del trabajo desesperadamente, pero ambos sabemos que eso no es lo que estás haciendo en la cabaña ahora mismo.

Me mesé el cabello frustrado mientras permanecía sentado en la cama del dormitorio de la cabaña. Demonios, probablemente no debería haber respondido el teléfono, pero había una rabiosa ventisca primaveral fuera y yo no quería que mi familia se preocupara por mí. Había salido de mi hogar en Crystal Fork, Montana, de manera bastante repentina unos pocos días atrás.

—Necesito unos días solo para pensar —le reconocí a Tanner. Sería imposible convencer a mi hermano de que iba a tomarme unos días libres para pescar o descansar y relajarme aquí, en este lugar remoto. Acabábamos de regresar de la boda de mi prima Shelby en San Diego cuando decidí salir corriendo.

Tanner sabía que aquello no era una coincidencia. Definitivamente, estar tan unido a mis hermanos tenía una parte negativa. Nos conocíamos tan bien que ellos lo sabían de inmediato cuando yo hacía algo impropio de mí. Lo cierto es que yo no solía ser el tipo de hombre que se marchaba de improviso para aclararse las ideas. Habitualmente era el Remington mayor demasiado serio que no sabía cuándo salir del trabajo.

—Debes dejar de sentirte culpable por lo que le pasó a Shelby —dijo Tanner con firmeza—. Acabamos de asistir a su boda, Kaleb. Está sana y más feliz que nunca.

Lo que decía mi hermano era muy cierto. Shelby, que era más una hermana pequeña que una prima para mí, acababa de casarse con uno de mis mejores amigos en San Diego. Estaba eufórica con Wyatt y yo me sentía agradecido de que finalmente estuviera con el hombre que se merecía. Solo que era muy difícil olvidar cuán cerca había estado de no ver la boda ni el felices para siempre. Todo porque yo había elegido el trabajo por encima de su seguridad.

—No fue culpa tuya, Kaleb —dijo Tanner como si me hubiera leído el pensamiento—. Ocurrió hace seis meses. El secuestro ahora ha quedado en el retrovisor. Déjalo.

«Eso es fácil decirlo. Tanner no es quien dejó a Shelby sola y vulnerable en el establo».

Ahora, cada vez que la veía era un recordatorio de que no la había protegido de caer en manos de un asesino en serie. Tenía pesadillas recurrentes sobre el suceso, a pesar de que yo no había sido el que la rescató. Durante un tiempo, las tuve prácticamente cada noche después de que fuera rescatada. A medida que pasaron los meses, mejoraron, pero volver a verla la semana pasada había desencadenado una pesadilla infernal cuando regresé de su boda.

En esa pesadilla era un espectador mientras Shelby era agredida y asesinada. Fue vívida, probablemente desencadenada por haber asistido a las nupcias. Me desperté con un sudor frío para revivir la maldita pesadilla una y otra vez mientras estaba despierto. Era tan terrible que tuve que alejarme unos días y, por alguna razón, me atrajo la cabaña remota que no había visitado en mucho tiempo.

En retrospectiva, tal vez la cabaña remota no había sido muy buena idea. Me dejaba solo con mis pensamientos demasiado tiempo y la culpa de lo que había hecho aún me corroía. Sabía que Shelby era vulnerable y que tenía un posible acosador. Tal vez solo la había dejado sola unos minutos para terminar una llamada de trabajo, pero tardé lo suficiente para que fuera secuestrada y viviera un calvario aterrador que nunca debería haberse producido. No, no había sido asesinada ni violada, pero habría sucedido si no la hubieran rescatado cuando lo hicieron.

—Fue culpa mía —dije con voz ronca—. No estaba ahí para ella.

Al igual que no lo había estado cuando mi padre murió de un infarto tres años atrás. Ninguno de nosotros estaba en Crystal Fork entonces. Mi madre estuvo sola hasta que pudimos volver a casa. Mis hermanos y yo estábamos fuera del país en lo que considerábamos un viaje de negocios muy importante entonces.

Sí, quizás no podría haber predicho lo que le había pasado a mi padre. No había habido señales de advertencia de que iba a morir pronto. Pero él era mayor y ahora yo lamentaba no haber pasado más tiempo de calidad con él. Caramba, ahora que había cumplido los cuarenta, tal vez estaba intentando ordenar mis prioridades. Había pasado toda mi vida adulta persiguiendo objetivos empresariales. Ahora que había cumplido todas esas ambiciones, empezaba a darme cuenta de que había sido un imbécil egoísta. Lo que le había ocurrido a Shelby fue una gran llamada de atención para mí.

No parecía capaz de sacudirme la culpa que sentía cada vez que pensaba en el día de su secuestro y en lo fácil que habría sido evitarlo. Fue especialmente difícil cuando la vi en persona. Me recordó lo cerca que habíamos estado de perderla a manos de un psicópata homicida.

—Wyatt te ha dicho un millón de veces que Ted Young habría encontrado a Shelby de alguna manera —respondió Tanner con voz exasperada—. Si no aquí, tarde o temprano habría llegado hasta ella en San Diego. Era un lunático obsesionado, Kaleb. Si hubieras estado con Shelby en ese establo, probablemente te habría disparado sin más y se la habría llevado. No podrías haberla protegido cuando él llevaba un arma cargada. Habría hecho lo que hiciera falta para dar con ella. Todos creíamos que estaba a salvo aquí, en casa.

—No estaba a salvo —corregí—. Y cosas malas pueden ocurrir en cualquier sitio. —Eso lo había aprendido de la manera más difícil. Puede que el crimen fuera extremadamente raro en Crystal Fork, pero ningún lugar del mundo estaba aislado de locos, ni siquiera el pequeño pueblo de Montana donde yo había crecido.

Era mi responsabilidad proteger a mi prima pequeña mientras estaba allí. Wyatt había confiado en mí para cuidar de ella en su ausencia y yo había fallado. De no haber sido por el arriesgado rescate de Wyatt, Shelby no habría tenido la boda de ensueño a la que acabábamos de asistir.

—Mira —contestó Tanner—. Sé que siempre has tenido un sentido de la responsabilidad exagerado, pero tienes que olvidar ya la culpabilización o esas malditas pesadillas de comerán vivo. Shelby es feliz. No te culpa a ti por lo que pasó. Tampoco Wyatt, y ya sabes que es muy protector. Shelby tampoco se tomaba en serio lo del acosador. Sabe que debería haber esperado unos minutos para que salierais juntos del establo. Ninguno de nosotros se tomó bastante en serio la situación con el acosador, Kaleb. Pensábamos que estaba completamente a salvo en Crystal Fork. No teníamos motivos para creer que la seguía un asesino en serie. ¿Cuáles eran las probabilidades de que ocurriera? Eres el hombre más racional que conozco. Utiliza un poco de ese sentido común para sacudirte esto de encima.

—Creo que en realidad necesito ordenar mis prioridades —confesé con voz grave.

Había pasado toda mi vida adulta haciendo del trabajo mi prioridad. Ahora que mis dos hermanos y yo éramos todos multimillonarios y habíamos alcanzado más éxito del que jamás creímos posible, me sentía extrañamente inquieto.

No es que no me gustaran mi trabajo y mi negocio, pero sentía que faltaba algo importante. En algún punto de mi existencia de adicto al trabajo, había perdido de vista lo que era realmente importante para mí.

—¿Tú crees? —preguntó Tanner en tono seco—. Todos trabajamos duro, Kaleb, pero tu vida ha girado en torno a KTD Remington desde que terminaste la universidad. Todos estábamos dedicados a KTD, pero es toda tu vida. Tiene que haber vida más allá del trabajo, hermano.

—Sí, bueno —farfullé—. Supongo que aún no he entendido exactamente cómo es una vida más equilibrada.

La familia siempre había sido importante para mí. Era un Remington. Lo llevaba en los genes. Sin embargo, KTD había tomado prioridad bastantes veces en las que no debería haber sido así.

—Entonces piensa cuáles son esas prioridades y trae el trasero de vuelta a casa insistió Tanner—. Devon y yo nos sentimos culpables por engañar a mamá. Cree que estás en algún sitio en un viaje de negocios. No tiene ni idea de que estás hundido en la culpa en su cabaña.

Técnicamente, la cabaña en la que me alojaba pertenecía a mi madre. Mi padre la había comprado como un lugar de retiro para ellos dos hacía más de una década y la habían utilizado a menudo. Ella había decidido que ahora la cabaña pertenecía a sus hijos porque no podía soportar volver aquí tras la muerte de mi padre, pero su nombre seguía en las escrituras. Y así se quedaría.

—Se preocuparía si supiera que no estoy en algún sitio en un viaje de negocios —le recordé a Tanner.

Yo no me tomaba vacaciones ni tiempo para relajarme. Nunca. Si hubiera utilizado la excusa de que quería escaparme unos días para cualquier cosa que no fuera trabajo, mi madre habría sospechado y se habría preocupado al instante.

Mi hermano soltó un largo suspiro.

—Lo sé. Ese es el único motivo por el que no hemos revelado tu verdadera ubicación. Nunca se creería que querías ir de pesca a principios de primavera en medio de la nada durante una ventisca tremenda. Querría saber qué te pasa exactamente.

Yo había compartido el sentimiento de culpa y las pesadillas con mis hermanos, pero era lo último que quería revelar a mi madre. Ya había sufrido bastante tristeza y trauma emocional después del fallecimiento de mi padre.

—Estaré de vuelta en cuanto despeje la tormenta.

—¿Qué mosca te picó para marcharte de esa forma cuando se acercaba una tormenta

enorme? —inquirió Tanner.

Yo me encogí de hombros, a pesar de que él no veía el gesto.

—No miré la previsión del tiempo. Hacía casi quince grados cuando salí de Crystal Fork.

Era una excusa patética, pero era la verdad.

—Lo cual me dice lo impaciente que estabas por marcharte —comentó Tanner. Mi hermano no necesitaba recordarme que era sencillamente imbécil no prestar atención al tiempo en Montana. Podía cambiar en un abrir y cerrar de ojos. Yo había nacido y vivido aquí casi toda mi vida. Las ventiscas en primavera no eran nada extraordinario.

—Volveré pronto —insistí—. Cuando me fui, solo pensaba pasar el fin de semana aquí. La tormenta está alargando mi visita, por desgracia. Todos los aviones están en tierra hasta que pase la tormenta.

Hubo una pausa breve antes de que Tanner preguntara dubitativo:

—¿Por qué la cabaña? ¿Por qué ahora? Hace años que ninguno de nosotros va allí. Ninguno hemos ido desde que papá murió.

Su pregunta tenía sentido. Después de todo, yo tenía un avión privado que podía llevarme a cualquier lugar donde quisiera escapar durante un periodo corto.

—No estoy del todo seguro —contesté con franqueza. Un instinto extraño me había atraído aquí por alguna razón, aunque sonaba bastante ridículo. Ni que la cabaña que encantaba a mis padres fuera a decirme qué necesitaba en mi vida y cómo perdonarme por los errores que había cometido en el pasado.

Ya llevaba unos cuantos días aquí y no había encontrado respuesta a ninguna de esas preguntas. Un sonido repentino proveniente de la ventana me instó a levantarme de la cama, preguntándome qué o quién andaría fuera en esta tormenta. Lo más probable es que el viento hubiera arrojado algo contra la ventana, pero decidí que sería mejor comprobarlo.

—Oye, tengo que colgar —le dije a Tanner distraído—. Te volveré a llamar.

Colgué la llamada sin esperar su respuesta y dejé caer el teléfono en la mesilla. Me sorprendí al girar hacia el sonido que había oído hacía un momento para ver que la ventana empezaba a levantarse.

«Desde luego, no es el viento que hace que se vuelen las cosas». La ventana crujió un poco a medida que se abría lentamente. De pronto, un macuto pequeño fue arrojado a la estancia y golpeó el suelo con un *pum!* En ese momento, supe que probablemente debería preocuparme quién estaba a punto de entrar en la habitación, pero estaba más molesto porque mi paz iba a verse perturbada.

Un vistazo a la figura que se esforzaba por entrar me dijo que no tendría que defenderme de un intruso no deseado. Era una figura pequeñita, una mujer, que cayó por la ventana literalmente y se derrumbó en el piso.

Le castañeteaban los dientes y tiritaba tanto que apenas logró pronunciar dos palabras:

—Ne-necesito a-ayuda.

—¡Joder! —maldije mientras cerraba la ventana y me arrodillaba junto a ella, consciente de que estábamos muy lejos de la asistencia médica que probablemente necesitaba ahora mismo.

Sinceramente, aunque no estuviéramos muy lejos del pueblo en esta cabaña, era imposible que los paramédicos fueran a atravesar la ventisca y las carreteras bloqueadas para cuidar de aquella mujer. Se me retorcieron las tripas cuando ella me lanzó una mirada desesperada con unos ojos oscuros cautivadores antes de desmayarse enseguida en el piso del dormitorio.

«¡Mierda!». Me arrodillé, le busqué el pulso y me aseguré de que respiraba antes de quitarle

la chaqueta mojada, una prenda ligera que no era apropiada para una ventisca de Montana.

«Ni gorro ni guantes», pensé. Ningún aislamiento de los vientos brutales y glaciales que aullaban al otro lado de la maldita ventana. ¿En qué demonios estaba pensando? ¿Y de dónde venía? Nadie en su sano juicio saldría con aquella tormenta. Mientras le quitaba del cuerpo todo lo que estaba mojado, contemplé la posibilidad de que estuviera fuera de sus cabales. Literalmente.

«Tal vez sea una turista con tendencias suicidas».

El único problema con esa teoría era que no estábamos precisamente en una zona turística y no mucha gente llegaba a esta parte de Montana en esa época del año para contemplar las vistas.

Le dejé puesta la ropa interior porque solo estaba ligeramente húmeda y fui enseguida a buscar unas toallas y mantas. Tenía la piel fría como el hielo, pero yo sabía que era mejor no intentarla hacer entrar en calor demasiado rápido. No era un profesional médico, pero sabía lo suficiente sobre la vida al aire libre y el tratamiento de la hipotermia.

Fruncí el ceño mientras le secaba el cabello con rapidez y le quitaba las gafas. Se rompieron cuando entró de cabeza por la ventana. Las lentes parecían intactas, pero la montura estaba rota. Dejando las gafas a un lado, me concentré en mi visitante gratuita e indeseada a medida que envolvía su cuerpo seco pero frío con las mantas, la tomaba en brazos y la llevaba al salón.

Me dejé caer sobre la alfombra mullida frente a la cálida chimenea y atraje a la mujer temblorosa sobre mi regazo, estrechando con fuerza su cuerpo envuelto en mantas. Dios, aquello era lo último que quería y necesitaba. También se me daba fatal cuidar de nadie, pero yo era lo único que tenía ahora mismo.

La mujer se agitó, pero no abrió los ojos, lo cual me hizo pensar que probablemente se había desmayado del cansancio. Sin duda, no estaba completamente inconsciente. Era pequeña, y luchar contra la tormenta y los vientos brutales del exterior probablemente la había dejado sin fuerzas. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba perdida en el bosque. ¿Tenía familia? ¿Sabía alguien que había desaparecido?

Parecía joven. Este no era el lugar donde querría salir una mujer atractiva de veintitantos. Sobre todo, sola. Y sí, me había percatado de que era atractiva, a pesar de que probablemente no debí haberlo hecho, pero no estaba ciego y la había desnudado hasta dejarla en ropa interior. Teniendo en cuenta su cuerpo extremadamente tonificado, cabello castaño sedoso que apenas le rozaba los hombros y unos impresionantes ojos color cacao, tenía que haber algún chico buscándola en alguna parte.

—Despierta y háblame —le dije al oído con insistencia—. Dime cómo te llamas. Necesito saber que eres coherente.

Si no lo era, estaba jodido. Era una completa extraña, pero por alguna razón, necesitaba saber que estaría bien cuando hubiera entrado en calor.

—An... —musitó ahogada, como si acabara de correr una maratón. Se me tensó el pecho cuando finalmente abrió los ojos y dijo con voz más fuerte—: Me llamo Anna.

Me miró con una expresión curiosa, sin una pizca de miedo.

Yo era un completo extraño para ella. Estábamos en medio de ninguna parte y en ese momento la tenía sobre mi regazo en ropa interior.

«¿No debería estar un poco alarmada o preocupada?», me pregunté.

Después de todo, tal vez estuviera completamente loca.



## Capítulo 2

*Anna*

Aquella mañana no había despertado con intención de allanar la casa de nadie. Simplemente sucedió. Teniendo en cuenta cómo había sido mi vida durante los últimos meses, ya nada malo de lo que me ocurriera me sorprendía mucho.

—Siento haber tenido que trepar por tu ventana, pero me estaba congelando —expliqué a medida que se me pasaba la tiritona y podía hablar—. Llamé a la puerta, pero no abriste.

—No te disculpes —dijo él malhumorado—. Era necesario. Probablemente no te oí llamar por el viento. Dudo que pudieras golpear muy fuerte. ¿Cuánto tiempo llevas ahí fuera sin la ropa adecuada?

Me reprendía por no ir vestida para el clima actual; no podía culparlo. Fue una decisión estúpida que podría haberme matado.

—Me quedé atascada al final del largo camino de entrada justo antes de que oscureciera. Fue hace solo una hora o así.

Había perdido un poco la noción del tiempo y la distancia en la nieve cegadora, pero había luchado contra los fuertes vientos y montículos de nieve durante al menos la última hora para llegar aquí.

—Con estas temperaturas y vientos heladores, se entra en hipotermia enseguida. Especialmente cuando no vas vestido para una mala tormenta —explicó como si hablara con alguien irracional—. Te traeré una bebida caliente.

A pesar de su mal humor, me colocó en la alfombra con delicadeza antes de levantarse para ir a la cocina. Dios, qué irritable era, pero su hogar y su ayuda estaban salvándome la vida, así que no pensaba quejarme. Yo tampoco estaría muy contenta si alguien entrara en mi casa por la ventana. Además, una bebida caliente sonaba de ensueño en ese momento, a pesar de que no fuera el *latte* con caramelo salado por el que prácticamente mataría ahora mismo. Estreché la manta con fuerza a mi alrededor, agradecida de estar bajo techo. Por lo visto, mi reacio anfitrión no sabía quién era yo, lo cual era un gran alivio.

Había venido aquí para escapar de lo sucedido en California y prefería que el dueño de esta cabaña no supiera exactamente quién se había estrellado contra su soledad. Yo estaba en Montana porque siempre había sido un lugar pacífico y feliz para mí; eran dos cosas que necesitaba para recuperar la cordura.

Me quedé sin aliento cuando mi guapísimo anfitrión volvió a la habitación con una taza en la mano. El hombre era muy apuesto y su gran tamaño parecía absorber todo el aire del salón.

Detestaba no parecer capaz de apartar la mirada de sus hipnotizantes ojos verdes que me observaban con cuidado cuando me entregó la taza. El pobre estaba claramente celoso. En serio, ¿podía culparlo? Solo una idiota estaría en el exterior con esta tormenta horrible.

Tal vez yo también debería ser más cautelosa, pero por alguna extraña razón, no tenía miedo de él. Probablemente porque había intentado salvarme de mi propia estupidez.

«¡Maldita sea!». Todo en él era intrigante y lo último que necesitaba era verme atrapada con un hombre al que no podía dejar de comerme con los ojos como una adolescente embelesada. Iba ataviado como un leñador, con *jeans* y una camisa roja de franela, pero hablaba con un barítono grave y sensato que me sonaba algo refinado y educado. Iba sin afeitar; su rostro probablemente no había visto una cuchilla en los últimos días, pero incluso eso resultaba sexi.

—Te he dicho mi nombre —señalé cuando me dio la taza—. ¿Cuál es el tuyo?

No podía seguir pensando en él como mi anfitrión gruñón pero muy atractivo.

—Kaleb —dijo de modo cortante mientras se sentaba a mi lado en la alfombra—. Ahora, ¿te importaría explicarme qué estás haciendo aquí exactamente? Si te quedaste atascada en el camino de entrada, es obvio que te dirigías aquí en primer lugar.

No me proporcionó ninguna otra información, pero yo tampoco pensaba revelar mi identidad, así que no iba a criticar su aspereza ni su carácter mandón. Di un sorbo de chocolate caliente y suspiré antes de responder:

—No venía a tu casa. Me dirigía a una casa de alquiler. En lugar de eso, terminé aquí. No me percaté de que era el lugar equivocado hasta que me acerqué más a la cabaña. La casa que estaba buscando es mucho más contemporánea. No es una casa de madera.

Kaleb asintió.

—Probablemente te pasaste la entrada del vecino por la tormenta. Hay una casa a varios kilómetros que a veces se alquila por vacaciones, pero por lo general la gente solo quiere venir a un sitio tan remoto en verano.

Estuve a punto de atragantarme con el chocolate caliente.

—¿Tu único vecino vive a varios kilómetros? ¿Cómo puede considerarse un vecino?

Él se encogió de hombros.

—Esta cabaña tiene dos o tres kilómetros cuadrados. Eso significa que están cerca del límite de la finca.

Le lancé una sonrisilla. Tenía razón. Había olvidado lo vasta que podía ser Montana en lugares remotos como este.

—¿Qué haces con tres kilómetros cuadrados en esta zona?

—Es una excelente zona de caza —dijo vagamente.

—Entonces, ¿estás aquí para cazar? —pregunté con curiosidad. Dios, era casi imposible sacarle información a este hombre estoico. Había misterios sobre Kaleb que quería resolver.

Levantó una ceja.

—¿Por qué no empiezas contándome qué haces tú aquí?

«¡Ja!». Me había pillado indagando sobre él cuando yo no estaba dispuesta a hablar mucho de mí misma. Me pregunté fugazmente si estaba escondiéndose de la policía o algo así, pero mi instinto me decía que no, y mi instinto me había salvado el pellejo muchas veces en el pasado. En realidad, el hombre tenía derecho a alguna explicación por mi parte, porque había allanado su casa, pero no estaba muy segura de qué contarle. Decidí contarle la verdad, menos los detalles.

—Nací y crecí cerca de Bozeman. Quería volver a Montana a ordenar mis ideas. Mis motivos son... personales. Tenía que alejarme de Los Ángeles durante una temporada. Mis padres tenían amigos cerca del refugio nacional de vida silvestre de por aquí. Solíamos visitarlos cuando era niña, así que estoy familiarizada con la zona. Cuando vi el anuncio del alquiler cerca de aquí, pensé que podría ser un buen lugar donde relajarme un tiempo.

—¿De niña? —preguntó malhumorado—. ¿Hace uno o dos años?

—Tengo treinta y cinco años —le informé indignada—. No puedo ser mucho más joven que tú.

—Cumplí cuarenta hace unos meses —dijo en tono serio—. Pareces más joven.

Elegí tomármelo como un cumplido, pero la forma en que hizo aquella afirmación no era precisamente halagadora.

—Hace mucho tiempo que no me siento joven —musité.

—¿Por qué no? —preguntó con tono realmente interesado esta vez.

Vacilé un momento. Finalmente, respondí:

—Están pasado muchas cosas en mi vida. ¿Te importaría si no hablamos de eso? Vine aquí a alejarme de ellas.

Nuestros ojos se encontraron y mi corazón dudó cuando sus preciosos ojos me examinaron como si intentara averiguar todos los secretos que ocultaba. De repente quería contarle todo, pero no podía. Él no me conocía ni yo lo conocía a él. Probablemente era mejor que las cosas siguieran así entre nosotros.

—De acuerdo —convino—. Pero, por favor, dime que no estas huyendo de un acosador, marido o novio psicópata.

Ladeé la cabeza al ver auténtica preocupación en sus ojos.

—No. No estoy casada y no hay ningún hombre en mi vida ahora mismo —le aseguré a toda prisa—. ¿Por qué ibas a pensar que estoy huyendo de un acosador?

No parecía la clase de hombre que temía a nada.

Una expresión de alivio inundó su cara.

—Una mala experiencia previa —dijo con voz ronca—. Mi prima estuvo a punto de ser asesinada por un acosador.

«¡Ah!», pensé. Y eso había hecho que se cagara de miedo. No le preocupaba su propia seguridad. Kaleb estaba obviamente preocupado por la mía, lo cual me sorprendió. Por lo visto, la experiencia de acoso era reciente, a juzgar por la gravedad de su reacción.

—¿Quieres hablar de ello?

Me lanzó una sonrisa lenta y sexi que me calentó el cuerpo más que las mantas en las que estaba envuelta.

—No —respondió alargando la palabra—. Quiero hablar de esa experiencia tanto como tú quieres hablar de lo que te trajo aquí, a Montana.

De acuerdo. Era justo, aunque yo quería saber más de esa experiencia y de por qué parecía perturbarlo tanto. Dios, este hombre era un enigma guapísimo que me moría por indagar, pero seguir siendo extraños era mucho más sensato.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó—. Has recuperado el color. Estabas blanca como un fantasma cuando entraste por la ventana. Ahora solo pareces quemada por el viento.

Asentí después de beberme el último trago de mi chocolate caliente.

—Estoy bien. He vivido tanto tiempo en el Sur de California que creo que olvidé cómo se siente volver a notar el cuerpo después de tener tanto frío. Especialmente en los pies.

—Llevabas zapatillas, por Dios —farfulló descontento.

No me ofendí porque me estaba acostumbrando a su tono poco amistoso. Empezaba a darme cuenta de que probablemente siempre sonaba contrariado y cínico.

—Hacia más calor cuando llegué a Montana —expliqué—. La tormenta llegó de improvisto cuando manejaba hacia aquí.

—¿No viste el pronóstico meteorológico? Eres montanesa.

—No —reconocí—. Estaba distraída.

Él sonrió con remordimiento.

—Vale. Entonces reconozco que yo tampoco comprobé el tiempo antes de venir aquí, por el mismo motivo. Como ambos fuimos descuidados, creo que estamos atrapados aquí unos días.

—Y tú, ¿eres montanés? —inquirí en tono de broma.

—Sí —contestó.

Me encantó que pudiera admitir ser humano y cometer errores. Era algo que no veía a menudo en mi mundo.

—Entiendo que no vives en esta zona todo el tiempo —comenté, no muy segura de cuánto podía decir sin entrar en terreno demasiado personal.

Él sacudió la cabeza.

—No. Este era un sitio al que venían mis padres cuando querían escaparse antes de que muriera mi padre. Cazaba aquí y a mi madre le encantaban la región y los paisajes. En realidad, hacía mucho que no venía aquí. No pensaba quedarme mucho tiempo. Vivo en un pequeño pueblo llamado Crystal Fork. Está cerca de Billings.

—¿Demasiado doloroso? —pregunté apenada.

Él no lo negó.

—Sí. ¿Cómo lo has sabido?

Tragué un nudo en la garganta y contuve las lágrimas para que no cayeran.

—Digamos que sé algo acerca de perder a la gente que amas. Lamento lo de tu padre.

Él reconoció mis palabras de apoyo con un gesto rápido de asentimiento.

—Hace tres años ahora. Supongo que sentía que era hora de volver aquí.

No había dicho mucho, pero era la primera información realmente personal que compartía.

—Es una cabaña muy bonita —le dije.

La casa era pequeña, pero a todas luces amada. Tal vez fuera un terreno de caza de primera categoría, pero no parecía la típica cabaña de caza. Hermosos paisajes cubrían las paredes y los muebles parecían elegidos por su atractivo y comodidad. Estábamos sentados frente a la gran chimenea de piedra en un salón abierto. Más allá, veía una bonita cocina con lo que parecían todos los electrodomésticos modernos. Al otro lado de la sala había una puerta que probablemente llevaba al dormitorio en el que había caído literalmente hacía un rato. No había visto demasiado del dormitorio antes de desmayarme, pero toda la casa tenía un toque femenino. Alargué la mano y recorrí la bonita mesilla de café a nuestra espalda. Parecía hecha a mano.

—¿La hizo tu padre? —pregunté en voz baja—. Es una obra de arte.

—La hice yo hace años con madera reciclada de un establo —me contó—. Papá hizo las estanterías y los muebles del dormitorio. Hay un taller en el garaje aclimatado. Trabajar la madera era algo que disfrutábamos los dos.

Quería preguntarle si fabricaba muebles para ganarse la vida. Desde luego, tenía talento para convertirlo en una profesión. Pero preguntar por nuestra carrera probablemente sería cruzar el

límite. Como ninguno de los dos queríamos hablar realmente de por qué estábamos allí, sentía que había un acuerdo tácito de no hacer preguntas muy personales.

—Es de una calidad increíble —observé mientras miraba las estanterías contra la pared.

—Gracias —dijo lanzándome una mirada inquisitiva—. ¿Ves bien sin las gafas? Se rompió la montura cuando caíste al piso en la habitación.

«¡Mierda!». Se me había olvidado lo de las gafas.

—Llevo lentes de contacto —le dije—. Las gafas estaban en mi mochila. Me las puse para intentar protegerme los ojos del viento.

Probablemente era la peor excusa del mundo. Estaba claro que tendría problemas de visión si me ponía gafas graduadas con lentes de contacto y, a juzgar por su expresión reservada, lo sabía.

—Deja que adivine. ¿Las lentes de esas gafas no tienen graduación? —preguntó en voz baja.

—Sí —respondí con la verdad—. Por favor, no me preguntes por qué.

No quería mentirle a Kaleb. Era mi rescatador, pero tampoco me apetecía explicar por qué intentaba disfrazarme.

La sala se quedó en silencio unos momentos, aparte del crepitar del fuego mientras su mirada examinaba mi cara.

—¿Seguro que no te escondes de nadie, Anna? ¿O es que estás metida en algún problema? —terminó preguntando con seriedad.

Sonó decepcionado y, por algún motivo, yo detestaba aquello.

Sacudí la cabeza despacio mientras apartaba la mirada de sus ojos inquisitivos.

—No, nadie me persigue y no estoy metida en problemas legales ni nada parecido. Solo hay algunas cosas de las que no quiero hablar.

Él alargó un brazo, tomó mi mentón con delicadeza y volvió mi mirada hacia la suya de nuevo.

—Lo entiendo. Hay cosas de las que yo tampoco quiero hablar. Guarda tus secretos por ahora, Anna, y yo guardaré los míos. Estamos atrapados aquí, así que es imposible que no hablemos. Nada de mentiras. Y si hay algo de lo que no queramos hablar, lo decimos y ya está, como acabas de hacer tú. Vamos a tener que confiar el uno en el otro mientras estemos aquí. ¿Te parece justo?

Algo cálido se extendió por mi vientre mientras nuestras miradas permanecían fijas durante lo que pareció una eternidad. Una vez más, quise echarme a llorar y contárselo todo, pero no pude. Tal vez fuera un extraño que a mí no me lo parecía, pero no era una ingenua. Había vivido mucho tiempo en Los Ángeles.

—Me parece un trato —dije en tono liviano, consciente de que no tenía más alternativa que confiarle mi seguridad a Kaleb ahora mismo.

Sin embargo, sería una locura sincerarme con un desconocido sexi en el bosque de Montana solo porque parecía un lugar seguro por algún extraño motivo. No había ninguna razón por la que no pudiéramos ser conocidos informales hasta poder salir de aquella cabaña y volver a la civilización.



## Capítulo 3

*Kaleb*

—No voy a presionarla para obtener más información —musité para mí mismo mientras removía el estofado de ternera en el fogón—. Lo último que necesito es involucrarme en su vida, aunque pudiera convencerla para que confíe en mí.

Había pasado los últimos diez minutos intentando autoconvencerme de que Anna era una desconocida y de que los secretos que ocultaba no eran asunto mío. Ahora sabía que no estaba loca. También creía que me decía la verdad acerca de no estar huyendo de la justicia ni de un acosador. Eso era todo lo que importaba, ¿verdad? No estaba tan desquiciada como para matarme mientras dormía y nadie se la llevaría cuando yo no estuviera mirando. Seríamos simpáticos el uno con el otro mientras estuviéramos atrapados juntos. Eso era todo.

El problema era que yo quería saber qué la perturbaba tanto para dejar su vida en California por los bosques remotos de Montana. Obviamente, era una mujer inteligente. Y vaya si era atractiva. ¿No había alguien en California con quien quisiera estar si tenía problemas que la estaban afectando?

«¡Dios!». No necesitaba conocer la respuesta a eso. Era una maldita extraña para mí; sin embargo, todavía me preguntaba...Anna era guapa, inteligente y en apariencia amable, así que costaba creer que no tuviera a alguien en su vida a quien acudir en lugar de venir aquí sola.

Por desgracia, me atraía físicamente. Si ella pensaba que llevar gafas la hacía menos llamativa, se equivocaba. Pero yo tenía cuarenta años, no era un adolescente cachondo. Podía controlar mi verga cuando había una mujer hermosa cerca. Eso nunca había sido un problema para mí.

Sí, había tenido unas cuantas relaciones en el pasado, pero por lo general habían sido cortas porque yo estaba constantemente consumido por mi empresa y mi trabajo. Después de un tiempo, había dejado de intentar que una relación íntima funcionara. Había decidido hacía mucho que el sexo casual con mujeres de mi edad casadas con sus carreras me iba mejor y estaba conforme con eso. Era más fácil y menos complicado.

Probablemente por eso me sorprendía querer saber más sobre Anna y lo que ocurría en su vida. La mujer llevaba *complicada* escrito en la frente, y yo no me complicaba la vida. De hecho, no tenía más vida personal que mi familia.

—Deja el tema, imbécil —refunfuñé para mí mismo mientras comprobaba los panecillos en el horno.

No era un genio culinario, pero me las apañaba para preparar una comida sencilla. Mi madre se había negado a criar chicos que no supieran cuidar de sí mismos. El cuidador de la cabaña había provisto bien la casa, así que la mayor parte de mis opciones estaban listas para calentar y comer, lo cual me iba bien ya que yo no preparaba nada sofisticado.

—¿Te he oído hablando solo? —preguntó Anna entrando en la cocina.

Dios, había olvidado que estábamos en una cabaña pequeña y que probablemente me oía desde el dormitorio. Me volví para verla sonriendo, el cabello mojado de la ducha. Todas las afirmaciones que acababa de hacer para mí mismo acerca de que era una desconocida se esfumaron de mi cabeza al instante.

Era como si no pudiera razonar cuando ella estaba tan cerca. No se trataba únicamente de que fuera hermosa. Había algo en Anna que me hacía desear saberlo todo sobre ella, aunque no era asunto mío.

—Una mala costumbre —dije, dándole la espalda a su cálida sonrisa y ojos burlones.

Saqué las galletas del horno y bajé el fuego.

—¿Puedo ayudar? —preguntó en voz baja—. Siento haberte dejado cocinar la cena, pero de veras necesitaba una ducha caliente. Estuve de viaje casi todo el día y la caminata por tu entrada interminable me hizo sudar. Estoy segura de que no olía muy bien.

Yo no me había percatado. Me había parecido que olía bien. Quizás, demasiado bien.

—Me las apaño para calentar un estofado y unos panecillos —contesté, haciendo un aspaviento hacia la pequeña mesa de la cocina—. Siéntate. Me sorprende que sigas en pie después de casi morir congelada.

—Me encuentro bien —insistió mientras echaba un vistazo a la cocina—. Solo estoy exhausta.

Aquello no era de extrañar después del día que había tenido. Sinceramente, parecía agotada, pero no creía que las ojeras oscuras se debieran a la caminata en el frío por el camino de entrada.

Serví el estofado y puse unos panecillos en un plato mientras Anna posaba una mano delicada en la elegante cafetera que mi madre adoraba.

—Tengo el mismo modelo —dijo encantada mientras acariciaba la máquina—. Hace el mejor *latte* con caramelo salado que hay.

Coloqué el plato con los panecillos y los cuencos con nuestro estofado sobre la mesa y luego me acerqué a su lado para abrir el armario.

—Sírvete. No la uso para nada más que café fuerte, pero creo que estoy abastecido para hacer prácticamente cualquier cosa.

Ella soltó un grito ahogado al mirar todos los siropes y accesorios de la cafetera.

—Ay, madre, lo tienes todo.

Yo no tenía ni idea de qué necesitaba para hacer el café ese con caramelo salado, pero la nota de anhelo en su voz cuando habló de ello me hizo esperar que hubiera provisiones para hacerlo.

Abrió la nevera y, al ver la leche, sonó casi emocionada mientras añadía:

—Puedo hacer casi cualquier café con leche que queramos. Podría abrazarte ahora mismo. Nos prepararé uno después de cenar.

De acuerdo, entonces le encantaba el café. Podía respetarlo.

—Casi siempre bebo café solo, fuerte. Es a mamá a quien le gustan los cafés sofisticados.

Un cuidador hizo la compra. —Sentí muchas ganas de decirle que aceptaría el puto abrazo de todas maneras, pero no lo hice. Acercarme tanto a Anna sería mala idea.

Ella frunció el ceño sentándose a la mesa.

—¿En serio? ¿A quién no le gusta un buen café con leche? Yo soy un poco adicta.

—¿Bebes café tan tarde? —pregunté hincándole el diente al estofado. Era cerca de medianoche.

—Siempre —dijo entre bocados—. A veces suelo trabajar hasta tarde. Cuando me voy a la cama, estoy agotada. La cafeína no me molesta. ¿A ti te afecta?

Yo sacudí la cabeza. Tomaba café tarde, como ella, para mantenerme despierto cuando trabajaba hasta las tantas, lo cual era la mayor parte del tiempo.

—¿Me lo preguntas porque ya he cumplido los cuarenta? —bromeé.

Ella puso los ojos en blanco mientras seguía devorando su comida. No era una comedora lenta y refinada, cosa que me resultaba interesante; tenía la impresión de que comía cuando podía porque yo comía igual.

—No eres viejo —me reprendió—. La cafeína afecta a mucha gente. Nunca ha sido un problema para mí. Mi vida es una locura.

—¿Una locura cómo qué? —pregunté con cautela. No estaba seguro de si respondería. Estaba pidiendo detalles sobre los que habíamos acordado no hablar.

—Es poco convencional —explicó ella de buena gana—. A veces trabajo a horas muy raras. No me apetece mucho hablar de mi trabajo, pero digamos que no tengo una profesión de nueve a cinco.

Como me identificaba con eso, respondí:

—No quiero hablar de mi trabajo, pero yo tampoco tengo un horario normal.

—Pensé que quizás eras ebanista —musitó después de ventilarse el último panecillo.

—No lo soy —confesé—. La carpintería es un pasatiempo, un gusto que no he podido darme en mucho tiempo.

Lo cierto era que ya no tenía *hobbies*. Había renunciado a ellos por KTD mucho tiempo atrás.

Ella sostuvo una mano en alto.

—No voy a preguntar qué haces ya que ninguno queremos hablar de trabajo. ¿Estás totalmente en contra de preguntas personales de cualquier tipo?

La miré con cautela.

—¿Cuán personales?

Ella se levantó de un salto y tomó dos bollos más de la bandeja porque el plato estaba vacío. Dejó caer uno sobre una servilleta junto a mi cuenco mientras se sentaba y empezó a comerse el otro.

—Tengo las manos limpias. Espero que no seas germófono. Si lo eres, lo siento mucho.

Su expresión era de arrepentimiento sincero, lo cual era adorable. Así que tomé el panecillo y empecé a devorarlo.

Ahora que estaba recuperada, me percaté de que era un poco nerviosa, pero no en el mal sentido. De hecho, era fascinante; sentía que estaba enredándose en su espíritu contagioso. Y, sin duda, yo no era un tipo alegre la mayor parte del tiempo.

Anna volvió al tema inicial.

—Preguntas personales como: ¿Estás casado? ¿Tienes hijos? Puede que sean preguntas tontas. Si estuvieras casado, probablemente estarías aquí con tu familia, ¿verdad?

—No estoy casado. Nunca lo he estado, y no tengo hijos —le dije. Estaba bien con ese tipo de preguntas personales porque quería preguntarle lo mismo—. ¿Tú?

—Igual —dijo con un suspiro—. No es que no quiera esas cosas, pero nunca me ha salido bien. Estoy segura de que no hay un hombre adecuado para mí.

—Eso no lo sabes —me mofé—. Aún eres joven y parece que estás centrada en tu carrera.

—No se trata solo de eso —dijo al dejar su cuchara en el cuenco vacío—. Soy... diferente. No puedo explicarlo sin entrar en detalles muy personales.

Joder, ahora estaba intrigado, pero había prometido que no la presionaría para que me contara cosas de las que no quería hablar.

—A mí me pareces bastante normal.

Me miró radiante.

—Gracias. ¿Quieres otro panecillo?

—Estoy bien —respondí.

—Yo estoy llena —dijo apoyando una mano en su vientre plano—. Lavaré los platos.

La ayudé llevando el playo y los cuencos al lavavajillas. Como no había mucho que limpiar, solo llevó unos minutos.

—¿Te importa? —preguntó esperanzada mirando la cafetera una vez que hubimos metido el último utensilio en el lavavajillas.

—¡Adelante! —dije divertido. Nunca había visto a una mujer emocionarse tanto por algo tan pequeño.

Había sacado una cerveza de la nevera para mí y rechacé el café que se había ofrecido a prepararme. La observé haciendo su café como una barista experta.

Me quedé boquiabierto al verla añadir una pizca de sal a su creación.

—¿Sal en el café? —inquirí.

—No lo rechaces sin probarlo —dijo en respuesta—. Es un café con leche y caramelo salado. No sabría bien sin ella y es adictivo.

Le lancé una mirada escéptica, pero ella dio un sorbo de café como si fuera una bebida de los dioses. La expresión satisfecha en su rostro me excitó casi de inmediato. Parecía una mujer que acababa de tener orgasmos múltiples.

«¡Joder!». Estaba prácticamente celoso por no haber sido yo quien pusiera ese gesto en su cara. ¿Qué demonios me pasaba?

—¿Está bueno? —pregunté con voz ronca.

—Orgásmico —dijo con un largo suspiro eufórico.

Estuve a punto de escupir un trago de cerveza. Sí, era una palabra corriente, pero viniendo de su boca cuando yo estaba pensando justo lo mismo me resultó un poco incómoda.

Asqueado conmigo mismo, me obligué a tragar la cerveza y fui a mirar por la ventana de la cocina. Fuera, la tormenta seguía soplando con fuerza. No veía gran cosa porque estaba oscuro, pero el viento aullaba con violencia.

—Supongo que vamos a dormir juntos —dijo Anna alegremente.

Giré de golpe, solo para encontrarla sonriéndome con dulzura.

«¡Dios!». Tenía que dejar de pensar guarradas.

Ella se encogió de hombros.

—No veo otro dormitorio y tienes una cama grande.

—Dormiré en el sofá —dijo yo de inmediato. De ninguna manera podía dormir en la misma cama que Anna.

—No, no lo harás —insistió mientras me miraba de la cabeza a los pies—. No cabrías, pero yo puedo dormir en el sofá si quieres.

—Ni en broma —la informé bruscamente. No iba a dejarla en el sofá. Era cómodo para sentarse, pero era casi imposible dormir en él. Estaba exhausta y no descansaría en toda la noche.

Había un pequeño apartamento sobre el gran garaje independiente. Mis hermanos y yo nos habíamos quedado allí unas cuantas veces cuando mi padre compró la casa, pero mis padres empezaron a usarlo como trastero cuando decidimos que era más cómodo quedarnos en el pueblo durante nuestras visitas. Lo había visitado antes durante mi estancia y estaba lleno. Ni siquiera estaba seguro de que las literas siguieran allí.

Dormir juntos era una solución lógica y yo solía ser un tipo racional. Era una cama tamaño rey. Había suficiente espacio para los dos.

—No te preocupes —dijo tranquilamente—. Confío en ti y tiene sentido.

Me terminé la cerveza de un trago. Era bueno que confiara en mí, porque tratándose de Anna, no estaba muy seguro de confiar en mí mismo.

---



---

## Capítulo 4

---

*Anna*

—Kaleb, ¿sigues despierto? —pregunté en voz baja. Estaba completamente agotada, pero no podía dormir. A juzgar por la manera en que respiraba y su agitación, no creía que él estuviera dormido.

Mi pijama estaba en la maleta en el vehículo atascado, así que me había prestado generosamente una camiseta para dormir.

Kaleb estaba en su lado de la cama cuando salí del baño. Apenas había tenido oportunidad de percatarme de que tenía un torso que hacía que se me cayera la baba antes de que apagara la luz.

—Sí —reconoció con voz grave—. ¿No puedes dormir? ¿Tienes frío? La casa funciona con energía solar y un generador de repuesto. Con este tiempo, a veces hace fresco.

El cuerpo de Kaleb desprendía suficiente calor para calentar toda la casa. No tenía frío. Era un caos emocional. Mis rumiaciones eran lo que me mantenía despierta ahora mismo.

—Estoy calentita —respondí—. A veces pienso demasiado cuando hay silencio y oscuridad.

—Entonces habla conmigo —me alentó con una voz tan grave y sincera que estuve a punto de desmoronarme.

Dios, quería hablar con alguien. Me sentía tan sola que estaba desgarrándome. A pesar de que Kaleb era prácticamente un extraño para mí, sentía que era un lugar seguro donde descargar las emociones que me despedazaban por dentro. Tal vez no podía contarle todo, pero quizás podía compartir algunas cosas... Era arriesgado, pero con Kaleb, estaba dispuesta a correr ese riesgo. No sabía mucho sobre él, pero me sentía extrañamente cómoda con él, aunque era superatractivo.

—No tienes hermanos, ¿verdad? —pregunté.

—Tengo dos hermanos pequeños que a veces me vuelven loco, pero no podría imaginar no tenerlos en mi vida.

Inspiré hondo.

—Yo no tengo más familia, y mis padres murieron hace seis meses. Al principio se dio por hecho que fue asesinato y suicidio.

Kaleb extendió el brazo y buscó a tientas hasta que encontró mi mano y yo me aferré como a un salvavidas.

—¡Joder! Lo siento muchísimo. Tiene sentido que quisieras escapar de eso durante una temporada —dijo con voz ronca y agitada—. Ya es bastante duro perder a un padre. No puedo imaginar perderlos a los dos de una vez y no tener familia que te apoye. Si no quieres hablar de ello, lo entiendo, pero te escucho si quieres.

—Quiero —susurré mientras lágrimas de pena y confusión empezaban a derramarse por mis mejillas. Sinceramente, necesitaba hablar de ello con alguien aparte de un psicólogo de duelo. Kaleb había mencionado que había perdido a su padre, así que estaba bastante segura de que entendería cómo me sentía.

Estaba callado, pero yo sabía que esperaba hasta que yo me sintiera lo bastante cómoda para hablar.

—Me costó aceptar sus muertes cuando pasó —confesé—. Un asesinato y suicidio no tenía sentido para mí. Mis padres se adoraban y yo creía que eran increíblemente felices. Los dos eran mayores cuando yo nací, así que estaban felizmente jubilados en Newport Beach para vivir razonablemente cerca de mí. A los dos les encantaba el agua. Salían a navegar todos los días. Yo me torturaba sabiendo que era su única hija y obviamente había pasado por alto el hecho de que mi padre estaba deprimido. Tenía la pistola a su lado, así que todos pensaron que mató a mi madre y luego se pegó un tiro. Yo seguía intentando superar la culpa por no haber visto ni una sola señal de advertencia cuando un detective vino a verme dos días antes de marcharme de California. Me dijo que seguían investigando el caso porque la teoría de cómo habían muerto tampoco tenía sentido para él. La explicación del asesinato y suicidio tampoco encajaba con las pruebas forenses. Cree que ambos fueron asesinados, Kaleb.

Intenté no dejar escapar el sollozo de angustia que brotó de mi garganta, pero fracasé miserablemente. El sonido dejó mi cuerpo como si fuera un animal herido.

Kaleb me rodeó la cintura rápidamente con un brazo fuerte y me atrajo hacia él; después envolvió mi cuerpo con sus fuertes brazos en un abrazo protector.

—Suéltalo todo, Anna —me dijo bruscamente al oído mientras yo lloraba de todo corazón—. Si te lo guardas todo, te comerá viva.

De alguna manera, sus palabras me permitieron liberar todo el dolor y la tristeza que había guardado en mi interior durante tanto tiempo. No sabía cuánto tiempo permanecimos así, con él abrazándome y yo llorando como si se acabara el mundo. En cierto modo, mi mundo había acabado aquel horrible día en que perdí a mis padres. A veces me sentía tan sola que no podía soportar el vacío en mi interior. Puede que fuera adulta, pero había perdido a los únicos familiares cercanos que tenía y a las dos personas que me habían amado incondicionalmente solo porque era su hija.

No había llorado así desde que me enteré de las muertes de mis padres. Probablemente, solo me resultaba posible llorar así ahora porque había confiado en Kaleb instintivamente desde el principio, y no solía ser muy confiada.

—Lo siento —dije con voz temblorosa mientras descansaba la cabeza contra su hombro una vez que las oleadas de sollozos se detuvieron—. No hace falta que te cargue con mis asuntos personales. Sé que acordamos que las cosas se mantuvieran impersonales.

—Las estoy haciendo asunto mío —dijo él bruscamente—. ¿Qué pasó que te trajo a Montana, Anna? Dios sabe que entiendo por qué necesitabas escapar, pero ¿por qué no inmediatamente después de que ocurriera?

Tal vez pensaba que toda la historia era un poco rara. Ni yo misma sabía cómo responder esa pregunta.

—No estoy segura —admití—. Estaba deprimida después de que ocurriera, pero seguía funcionando. Hasta que el detective me dijo que mis padres fueron asesinados no tuve un colapso nervioso total, Kaleb. No era un derrumbe incontrolable como este. Simplemente... perdí la cabeza. Fue después de un evento de trabajo. Ni siquiera estoy segura de cómo aguanté todo el evento, pero después ya no podía ni funcionar. Ya no podía trabajar. Sentía que había llegado al límite de lo que podía soportar emocionalmente. No puedo explicar qué pasó. Solo tenía que escapar a un lugar tranquilo para poder pensar y superar esto. Ya no era funcional en el mundo real.

—¿Qué hay de tus amigos? —preguntó amablemente.

—Quizá suene patético, pero no tengo muchos amigos de verdad. Principalmente tengo lo que podrían llamarse compañeros de trabajo. Mi mejor amiga, Kim, tiene un salón de belleza y salud en Los Ángeles. Quería venir conmigo a Montana, pero me negué. Tiene su propia vida y una familia allí. Es una de las dos personas que saben dónde estoy escondida ahora mismo. Se pondrá frenética porque no la he llamado, pero tengo mala cobertura. No pude localizarla al teléfono.

Kaleb me acarició el cabello con una mano reconfortante.

—Mi cobertura es malísima también, pero tengo un teléfono satelital. Puedes llamarla mañana.

—Probablemente ahora piensas que estoy loca —dije dubitativa—. Utilizaba el trabajo como distracción después de que ocurriera, pero enterarme de que fueron asesinados me puso al límite. El trabajo ya no me distraía. Dejé de funcionar racionalmente sin más. Apenas recordaba mi nombre.

—Lo entiendo y no creo que estés loca —dijo Kaleb en voz baja y tranquilizadora que me calmó—. Yo intenté distraerme con el trabajo cuando murió mi padre. En algunos sentidos, estuve mucho tiempo en negación. Creo que es bastante normal intentar encontrar algo que detenga los pensamientos acelerados y la culpa que parece llegar irremediabilmente cuando alguien muere de una forma tan repentina. ¿Quién es la otra persona que sabe dónde estás ahora mismo?

—El detective que lleva el caso de mi madre y mi padre. Necesito saberlo si detienen a alguien. No están contándome demasiado porque siguen investigando. Quería ayudarlos, pero no se me ocurre nadie que detestara de verdad a mi madre y a mi padre. Nada de esto tiene ningún sentido. ¿Por qué ellos? No tienen enemigos —dije en tono solemne.

—No te vuelvas loca intentando averiguar quién lo hizo —me aconsejó Kaleb amablemente—. Eso es algo que tiene que gestionar la policía. Es su trabajo.

Solté un largo suspiro.

—No consigo dejar de pensar en ello. Estábamos muy unidos. Yo era hija única. Siempre me apoyaron al cien por cien. No deberían haber muerto así. No dejo de preguntarme si sufrieron. Cómo fueron sus últimos momentos. Dios, probablemente estaban aterrados. Todas esas cosas me atormentan ahora mismo.

—También es normal —me informó Kaleb.

—No me siento normal —dije en tono seco—. Me siento como una loca. Ya no puedo hacer mi trabajo, y siempre ha sido toda mi vida.

—He de admitir que me siento como un hipócrita por decir esto porque mi vida profesional es igual. El trabajo también ha sido toda mi vida —contestó Kaleb—. Sin embargo, el trabajo no

siempre es una gran vía de escape de las cosas que te corroen. Puede que retrase la realidad, pero esos sentimientos saldrán a la superficie tarde o temprano.

¿Por qué sonaba como si hablara por experiencia propia?

—¿Tú también estás aquí para lidiar con algo doloroso? ¿Por eso estás en esta cabaña ahora? —pregunté.

Sabía que estaba poniéndome personal, pero no me importaba. Acababa de sincerarme sobre muchas de las cosas que me perturbaban.

Él respondió sin vacilación.

—Sí. Pero ahora mismo estamos hablando de ti. No es nada tan traumático como lo que has pasado tú.

—Cuéntamelo —supliqué—. Tal vez me haga sentir más normal. Te lo he contado todo.

Él guardó silencio un momento antes de hablar con un poco de reticencia.

—Ya he mencionado que mi prima tenía un acosador. Se llama Shelby. Para mí es más como una hermana pequeña que como una prima. Ahora está casada con Wyatt, uno de mis mejores amigos, y vive feliz en San Diego. Durante el acoso, vino a Montana de visita. Yo sabía que era posible que estuviera en peligro. Habían allanado su casa en San Diego unas semanas antes de que viniera aquí, a Montana, pero no había pasado nada extraño desde el allanamiento. Mis hermanos y yo fuimos cuidadosos. La vigilamos de cerca, pero un día yo dejé caer la guardia. Íbamos a ir a montar a caballo. Me quedé dentro de casa unos minutos para terminar una llamada de trabajo mientras ella se dirigía al establo. Durante esos minutos que la perdí de vista, fue secuestrada por un asesino en serie que estaba obsesionado con ella. Al final fue rescatada antes de que él tuviera oportunidad de violarla y matarla, pero pasó un infierno porque yo no fui capaz de dejar el trabajo atrás y priorizar su seguridad. Supongo que estoy aquí para poner en orden mis prioridades. Tampoco estaba en casa cuando mi padre murió repentinamente de un infarto hace tres años. Estaba fuera del país... trabajando.

Se me encogió el corazón porque oí la culpa en su voz y estaba muy familiarizada con esa emoción en particular. También notaba la culpa porque, aunque nuestras circunstancias fueran diferentes, ambos estábamos luchando con las mismas emociones.

—Nada de eso fue tu culpa, Kaleb. A veces las cosas pasan sin más.

—¿En serio has conseguido autoconvencerte de que eso es verdad? —preguntó—. Creo que hay mucha culpa y autoculpabilización en el aire de esta habitación.

Su pregunta era más reflexiva que acusatoria. Si acaso, se burlaba de sí mismo, no de mí.

—No lo he conseguido —confesé—. Pero sé lógicamente que es verdad. Por desgracia, a veces la lógica y las emociones no van de la mano. No puedo explicar cómo me siento. Sé que no tiene sentido, pero no puedo alejar esas emociones racionalmente, a pesar de que no son lógicas.

—Ídem —respondió con ironía mientras estrechaba su abrazo en torno a mí en actitud protectora.

Me permití relajarme por completo en su abrazo acogedor. Por primera vez desde hacía meses, me sentía segura y comprendida.

—Si quieres pegarte una buena llorera, hazlo con total libertad —bromeé—. Tal vez te haga sentir mejor. Creo que a mí me ha ayudado.

—Me parece que paso —dijo con voz ronca y divertida—. Pero estaré encantado de ofrecerte un hombro en el que llorar cuando quieras.

—Detesto con todas mis fuerzas haberlo necesitado —confesé—. No suelo ser la clase de

mujer que se deshace en lágrimas con alguien que apenas conozco.

—Lo sé —dijo sencillamente—. Pero aquí me tienes, Anna. Has pasado un calvario. No puedo decir que entiendo del todo lo que has sufrido, pero creo que necesitas a alguien más en quien puedas confiar ahora. Voy a ser esa persona para ti.

Una sensación de alivio inundó mi cuerpo. Kaleb tenía razón. Necesitaba a alguien en quien apoyarme ahora y él era la única persona a quien había permitido entrar en mi cabeza desde hacía mucho tiempo. No estaba del todo segura de por qué confiaba en que no me juzgaría a mí ni mi locura, pero había aceptado cómo me sentía sin cuestionarlo. Me hizo sentir normal.

—¿Por qué? —le susurré al oído—. Soy prácticamente una extraña para ti.

—No lo sé —dijo con franqueza.

No insistí para obtener respuesta. Había una especie de conexión entre los dos que, sin duda, no era lógica. Por una vez, no iba a cuestionar esos sentimientos.

—Puede que tú también me necesites a mí ahora —cavilé—. Quizás podamos ayudarnos mutuamente.

Tenía la sensación de que Kaleb no era la clase de chico que se abría con nadie, pero podíamos hablar. Nos entendíamos porque los dos lamentábamos cosas de nuestro pasado.

Obviamente, no podíamos sanar las heridas el uno del otro en unos pocos días, pero sentaba bien poder abrimos y ser sinceros entre nosotros acerca de por qué estábamos en el bosque de Montana.

Probablemente él nunca sabría cuánto significaba para mí que hubiera aceptado exactamente quién era y lo que sentía sin conocer mi verdadera identidad. Para él solo era Anna, la mujer a la que estaba conociendo sin que el mundo exterior se inmiscuyera en nuestro espacio.

Él soltó una risita antes de responder:

—No suelo ser un libro abierto para nadie, pero creo que tal vez tengas razón. Creo que quizá seas exactamente lo que necesito.

---



---

## Capítulo 5

---

*Kaleb*

—¡*Full!* —dijo Anna en tono triunfal a la tarde siguiente mientras dejaba sus cartas sobre la mesa.

Sus ojos oscuros brillaban cuando me miró y por alguna razón no quise reventar su burbuja de deleite, pero...

Puse mis carta en la mesa:

—Póker.

Me fulminó con la mirada después de mirar mi mano; no debería parecerme adorable, pero me lo parecía.

—¡Imposible! —dijo sacudiendo la cabeza—. Tú repartes. ¿Has marcado las cartas o qué? Cada vez que tengo una buena mano, ganas tú. ¿Quién tiene tanta suerte todo el tiempo?

Le sonreí mientras recogía las cartas. Había estado en la posición de la ciega pequeña, así que esta vez había repartido yo.

—No todo el tiempo —corregí—. Has sacado buenas manos.

—Y sueles encontrar una mano más alta que la mía —farfulló descontenta.

Yo no había hecho trampas, a pesar de que mis hermanos y yo habíamos intentado engañarnos en algunas partidas en el pasado. Debía admitirlo, Anna era una buena jugadora de póker. A pesar de sus protestas, había ganado una cantidad respetable de manos durante nuestra sesión mano a mano de *Texas Hold'em*. Sin embargo, hacía algunos gestos que yo captaba casi de inmediato.

Si no tenía una buena mano, entornaba los ojos ligeramente hacia las cartas, como si buscara desesperada una mano mejor que la que tenía. Tal vez algunas personas no se dieran cuenta de las cosillas que hacía que revelaban su mano, pero yo era un experto leyendo a las personas que estaban frente a mí en una mesa.

Tampoco podía contener su euforia cuando tenía una buena mano. Veía un destello fugaz de satisfacción en sus expresivos ojos cuando tenía una mano decente.

En la mayor parte, conseguía reprimir casi todas sus emociones mientras jugaba, pero había señales si uno las buscaba de verdad. Por desgracia, observar a Anna e intentar descifrarla estaba convirtiéndose en una obsesión para mí.

—Yo no te leo en absoluto —refunfuñó—. Es irritante.

Mi sonrisa se ensanchó.

—Creo que has aprendido mucho sobre mí.

Habíamos hablado de trivialidades durante toda la mañana. Nada trascendental ni importante, pero poco a poco estábamos conociendo nuestras costumbres, gustos y aversiones. Por alguna razón, no parecía capaz de ser el imbécil que solía ser cuando estaba con ella. No podía volver a ser reservado ahora que nos habíamos sincerado sobre nuestros motivos para estar aquí.

Se merecía estar cómoda mientras estuviera atrapada aquí. El escándalo que había montado cuando volví de recoger su maleta fue un regalo que no me esperaba. También había recibido un sermón por salir con aquel tiempo horrible como si acabara de arriesgar mi vida saliendo a la ventisca. Anna me había recordado que estaba mal cuando ella misma hizo el viaje.

No me molestó recordarle que mi situación y la suya eran totalmente diferentes por varias razones. Yo tenía la ropa adecuada para salir con la tormenta, era de día cuando fui y sabía exactamente dónde iba. También tenía mucha más envergadura para combatir el viento.

A decir verdad, había disfrutado su diatriba por alguna razón. Nunca pensé que fuera la clase de hombre al que le gustaría que una mujer se preocupara por él, pero me gustó que pareciera importarle lo que me pasara.

La ventisca no estaba amainando mucho. Había hablado con Tanner y Devon antes, y me habían advertido que estaría aquí al menos dos días hasta que pasara la tormenta. No les había hablado de Anna. No estaba seguro de por qué, ya que hablaba mucho con mis hermanos. Pero habría sentido que estaba traicionando la intimidad de Anna si hubiera mencionado que estaba allí conmigo. Había salido de California y solo había compartido su paradero con dos personas. Bueno, ahora había tres personas que sabían dónde estaba en este momento y me parecía bien. Mis hermanos no necesitaban saber que no estaba solo en la cabaña. Me sentía extrañamente protector con Anna. Probablemente porque había sufrido mucho en los últimos seis meses. Me dolió el pecho con su dolor al sostenerla la pasada noche mientras sollozaba en mis brazos. También fue una lección de humildad que se sintiera cómoda para bajar la guardia conmigo cuando, por lo visto, no lo había hecho con nadie más en su vida. Tal vez por eso yo también estaba dispuesto a bajar la guardia un poco con ella. Al mirarla ahora, costaba creer que fuera la misma Anna a la que había abrazado la víspera mientras se desmoronaba.

Se veía preciosa con unos *jeans* que le abrazaban el trasero y una camiseta térmica morada que se pegaba amorosamente a su cuerpo. También parecía más descansada y sana hoy. Se había quedado dormida poco después de que habláramos y, hasta donde yo sabía, no había movido un músculo en toda la noche. Ninguno de nosotros lo hizo. Había dormido como un tronco, sin una sola pesadilla.

¿Fue fácil controlar mi verga cuando tuve su cuerpo medio desnudo contra el mío toda la noche? No, no lo fue. Pero mi instinto protector con ella era más fuerte que mi deseo en ese momento. Anna necesitaba a alguien después de todo lo que había pasado y yo sería ese alguien con quien podía hablar, aunque me matara.

Joder, la deseaba. Probablemente no había un hombre soltero en la Tierra que no lo hiciera. Pero también me gustaba de verdad. Estaba seguro de que mi atracción física hacia ella no era recíproca, lo cual facilitaba mucho mantener mi miembro bajo control.

—Te ves diferente sin la barba desaliñada —comentó en tono informal al levantarse de la mesilla para ir en línea recta hacia la cafetera.

Anna había guardado con cuidado las cartas y las fichas. Obviamente, había terminado la

sesión de póker.

Pasé una mano por la suave piel de mi cara. Por fin me había afeitado al salir de la ducha esta mañana y probablemente me veía diferente. No me había acercado a la cuchilla desde que había llegado a la cabaña.

Empezaba a acostumbrarme a que Anna dijera lo primero que se le pasaba por la cabeza sin vacilar. Sinceramente, me gustaba y empezaba a valorar que me trataran como a una persona normal. Aparte de mi familia y amigos cercanos, la mayoría de la gente era distante conmigo, como si tuvieran que vigilar todo lo que me decían. Por lo general, era reservado porque me había quemado demasiadas veces en el pasado por gente que consideraba amiga o pareja. Era casi imposible mantenerme distante con Anna. Ella decía exactamente lo que pensaba y esperaba que yo respondiera como quisiera. Probablemente no tenía ni idea de que interactuar así con alguien era una novedad para mí.

—¿Doy menos miedo que ayer? —pregunté.

Anna sacudió la cabeza, su atención centrada en la creación de su café.

—No. Nunca has dado miedo. Solo que hoy te ves... diferente. Tus ojos verdes son demasiado cálidos para dar miedo.

Estuve a punto de reír ante su comentario. Mi mirada era cálida porque me parecía increíblemente atractiva.

—¿Te sorprendería si te dijera que la mayor parte de la gente que no me conoce bien me tiene terror? —pregunté.

Había perfeccionado el arte de la intimidación con mis adversarios comerciales a lo largo de los años.

Anna tomó los dos cafés que había creado y colocó uno frente a mí. Me había hecho uno esta mañana y estaba sorprendentemente bueno, incluso con la pizca de sal encima. Ladeó la cabeza mientras me observaba con sinceridad.

—No, no me sorprendería. Creo que probablemente intentas mantener a la gente a distancia, y eres un hombre grande y de aspecto brusco. También eres extremadamente inteligente, lo cual probablemente intimida a casi todo el mundo.

La miré con el ceño fruncido.

—¿Pero a ti no te intimida?

Me lanzó una sonrisa pícaro que me puso el miembro duro otra vez.

—No —respondió dejando caer su precioso trasero en la silla frente a mí—. Te sorprendería a cuánta frente me enfrento a diario. A algunas personas también les resulta intimidante, pero no lo soy en realidad. Solo estoy acostumbrada a luchar por lo que quiero. No suelo ser la clase de mujer que hace estupideces, allana casas o llora a lágrima viva sobre el hombro de un extraño. La mayoría de las personas no me conoce en absoluto, Kaleb. A veces pienso que es más fácil si no lo hacen.

Yo me encogí de hombros.

—Ser un misterio hace que sea más difícil que se aprovechen de ti personas que no están mirando por tu interés.

—Exacto —dijo totalmente de acuerdo—. Estoy en una profesión despiadada. No me resulta posible mostrar mis sentimientos. Me aplastarían en un santiamén.

«¡Mierda!». Teníamos mucho en común. A pesar de que me moría por saber cómo se ganaba la vida, era consciente de que no podía preguntar.

—Lo mismo digo —respondí haciéndome eco.

Anna jugueteó un momento con el mango de su taza antes de hablar por fin.

—Sé que acordamos no hablar de nuestras profesiones, pero estoy casi segura de que eres empresario de algún tipo. Y creo que detestaría ser tu adversaria.

No la contradije porque estaba en lo cierto. Podía ser un grandísimo imbécil cuando intentaba conseguir lo que quería para KTD.

—¿Por qué? —inquirí, deseoso de escuchar lo que tuviera que decir.

Ella frunció el ceño.

—No estoy segura de si me gustaría esa parte de ti tanto como me gusta el Kaleb que conozco ahora mismo.

—Yo tampoco estoy seguro de si te gustaría —reconocí llanamente.

Adquiría compañías que a menudo estaban en problemas. Era el duro destructor de muchas esperanzas y sueños durante ese proceso.

—¿Abogado? —preguntó como si esperase que dijera que no lo era.

—No —respondí atentamente después de tomar un sorbo del café que había preparado.

—Menos mal —contestó con evidente alivio.

Yo sonreí con suficiencia.

—Está claro que no te gustan los abogados.

—Son necesarios —dijo arrugando la nariz—. Pero no puedo decir que haya conocido nunca a ninguno que me haya gustado sinceramente. En mi mundo, siempre están centrados en conseguir lo que quieren.

—Bueno, por suerte para ti, yo no soy abogado.

—Pero estás instruido —afirmó rotundamente.

—Fui a Harvard —admití de buena gana.

Ella se cruzó de brazos sobre sus preciosos pechos.

—Lo sabía. A veces sueñas como un tipo de la Ivy league.

—¿Es un problema para ti? —pregunté malhumorado.

Ella sacudió la cabeza.

—En absoluto. Obtener un título de la Ivy League es un gran logro, pero puedo sostenerme, a pesar de que nunca llegué a la universidad después del instituto.

De acuerdo, ahora sentía verdadera curiosidad. Era brillante y tan perceptiva que me desconcertaba. A juzgar por sus comentarios previos acerca de su trabajo y su inteligencia, había dado por hecho que se dedicaba a un trabajo altamente especializado que exigía una educación superior.

—¿La universidad entraba en tus planees después del instituto?

—Sí —dijo con tristeza—. Pero los planes cambian. Acepté una oportunidad que podía ser muy lucrativa en lugar de ir a la universidad. Mis padres apenas llegaban a fin de mes y yo tuve que tomar la decisión práctica.

Si sus padres estaban felizmente jubilados en Newport Beach, claramente había tomado la decisión correcta. Dudaba que hubieran entrado en posesión de mucho dinero por su cuenta, y era un lugar caro donde jubilarse.

—¿No te arrepientes de nada? ¿Todo te salió bien sin la universidad? —pregunté con cautela.

Ella sonrió.

—No me arrepiento de nada. Tal vez no sea licenciada, pero leo con voracidad cuando no estoy trabajando. No creo que nunca se deje de aprender. ¿Qué hay de ti? Voy a dar por hecho

que tu título caro te hizo bastante exitoso. ¿Estás feliz con todas tus decisiones vitales?

Sabía que la universidad no lo era todo. Era un gran empujón hacia el éxito, pero había conocido a muchos titulados que eran auténticos idiotas sin una pizca de sentido común.

—En casi todo, sí —expliqué—. Soy exitoso. Tengo una familia increíble y algunos buenos amigos.

—Presiento que viene un *pero* —interrumpió ella—. ¿Alguna vez sientes que falta algo?

—No hasta hace poco —compartí.

—Lo entiendo —se compadeció—. Creo que una vez que llegas a cierta edad y nivel de éxito, empiezas a pensar en las cosas que has sacrificado para llegar allí. El éxito es un arma de doble filo. A veces tiene consecuencias tanto buenas como malas, Kaleb. Sobre todo, si has perseguido ese éxito sin ninguna otra cosa buena en tu vida.

¡Vaya! Era increíblemente perceptiva y también tenía razón.

—Tienes que dejar de culparte por lo que le pasó a Shelby y por no estar en casa cuando tu padre murió —me aconsejó sabiamente—. Pasa más tiempo con la gente a la que quieres porque de verdad quieres estar más presente en sus vidas ahora. No te arrepientas de las decisiones que tomaste en el pasado. Te han hecho quien eres hoy. Me cuesta mucho creer que alguna vez hayas decepcionado a tu familia, pero si quieres dejar de trabajar como un loco ahora, puedes cambiarlo. Las prioridades cambian en distintas fases de la vida, ¿verdad? Ojalá yo hubiera pasado mucho más tiempo con mis padres, pero nunca pensé que no fuera a tener tiempo para hacerlo en el futuro. Nunca, ni por un momento, consideré que podrían desaparecer en un instante. Tal vez ninguno lo pensemos hasta que nos pasa.

—Yo debería haber aprendido esa lección cuando mi padre murió. —dije con voz ronca—. En cierto modo, supongo que lo hice. Paso mucho más tiempo con mi madre del que solía pasar antes de que muriera. Ya no viajo tanto y, de hecho, ceno en su casa bastante a menudo.

—Entonces has hecho algunos cambios vitales —comentó—. Date un respiro, Kaleb. Eres un hombre fuerte, pero no eres un superhombre. Solo reconoce que era imposible que pudieras prever la muerte de tu padre o el secuestro de tu prima. Si pudieras haberlo hecho, habrías movido montañas para estar ahí para ellos. Sé que lo habrías hecho.

¿Habría estado ahí para ellos de haber sabido lo que les deparaba el futuro? Claro que sí, habría estado.

—Tal vez solo esté enojado por no haberlo sabido —farfullé.

Ella levantó una ceja.

—¿Eres adivino? Yo sé que no lo soy. Estoy cabreada por no haber sabido lo que les pasaría a mis padres, pero estoy intentando trabajar en eso y en la culpa de no estar ahí. Sé que ellos sabían cuánto los amaba y que ellos me amaban. Me apostaría a que tu padre también lo sabía. Y estoy segura de que Shelby sabe cuánto te importa. Nadie espera que seas perfecto. La mayoría de nosotros solo queremos ser amados —dijo en voz baja.

—No me digas que tú no esperas mucho de ti misma —respondí descontento.

—Ah, sí —admitió de buena gana—. Y esa expectativa de perfección me aplastó. Lo intenté hasta que terminé deshecha por ello. Supongo que por eso siento que puedo dar consejos sobre el tema. Soy experta en esperar ser perfecta.

Incapaz de contenerme, estiré el brazo por encima de la mesa, la agarré por la cintura y la atraje a mi lado y sobre mi regazo. No era algo que podía hacer un amigo, pero no me importaba una mierda. Casi me mata pensar en Anna intentando ser fuerte sola cuando todo su mundo se

había derrumbado. Tal vez fuera una campeona ocultando su dolor la mayor parte del tiempo, pero sentía su vulnerabilidad y su soledad, y me corría las entrañas.

—Nunca tienes que ser perfecta para mí —le dije envolviéndole la cintura—. Solo estar contigo es más que suficiente.

Ella apoyó la cabeza en mi hombro y suspiró satisfecha.

—Probablemente nunca sabrás cuánto valoro eso —susurró—. Yo siento lo mismo contigo.

Sabía que lo sentía. Sabía que yo le gustaba a ella tanto como ella a mí, a pesar de que había cometido algunos errores. Era un poco adictivo gustar por ser el hombre que era y no por ser Kaleb Remington. Probablemente ella tampoco sabría nunca cuánto significaba aquello para mí.

—¿Preparo algo de comer? —preguntó Anna finalmente.

Yo estreché los brazos en torno a su cintura.

—Te ayudaré en unos minutos.

Por extraño que parezca, quería saborear el momento y mi conexión con esta mujer increíble un poquito más.



## Capítulo 6

*Anna*

Cerré el libro que estaba leyendo dos días después, me estiré y miré el reloj. Era tarde. Me había quedado absorta en mi material de lectura y había perdido la noción del tiempo por completo. Me sentía bien, mucho mejor que en mucho tiempo. Por lo visto, la paz y aislamiento de esta cabaña y la compañía de Kaleb eran terapéuticas para mí.

A veces, Kaleb y yo hablábamos mucho. Otra vez solo leíamos en silencio, pero esos ratos de silencio nunca eran incómodos. Curiosamente, nunca me aburría, a pesar de que siempre llevaba una vida ajetreada. Estaba disfrutando de la paz de estar lejos del mundo y de las presiones constantes del trabajo durante una temporada. Sentía que estar aquí con Kaleb era lo correcto. Por desgracia para mí, me atraía mucho físicamente, pero hasta ahora había logrado aplastar el impulso carnal de arrancarle la ropa. Aunque, cuanto más lo conocía, más anhelaba esa clase de intimidad con él.

«Baja el tono, Anna. Eso no puede pasar de ninguna manera». Tener sexo con un hombre que me hacía sentir segura sería una absoluta locura, pero eso no impedía que lo deseara más de lo que había deseado nada en mucho tiempo. Por instinto, sabía que era el único hombre que podía sacudir mi mundo por completo, pero Kaleb estaba vetado. No me había dado ninguna señal de que quisiera nada más que la conexión que teníamos ahora mismo.

«No te encariñes demasiado. Esa conexión se romperá pronto», me dije.

La tormenta había pasado y solo estábamos esperando a que retiraran la enorme cantidad de nieve de las carreteras, lo que probablemente ocurriría mañana. No es que no supiera que el tiempo que pasaría con Kaleb sería muy limitado, pero dolía saber que nuestros caminos se separarían pronto. El hombre ya no era un extraño y me había ayudado más de lo que nunca creí posible en solo unos días. Mutuamente, nos habíamos sanado un poco utilizándonos el uno al otro como orientadores. Ninguno de los dos teníamos respuestas definitivas para el otro, pero el mero hecho de intentar razonar juntos había ayudado. Al menos, a mí. Había encontrado un consuelo temporal con él y me aterraba el momento en que tuviera que dejarlo marchar.

Eché un vistazo a Kaleb, que estaba dejando su libro en el otro extremo del sofá, un *western* de bolsillo que había pertenecido a su padre.

—Tu madre tiene una colección de libros ecléctica —le dije a Kaleb.

—¿Te quejas? —inquirió—. Has devorado bastante material de lectura suyo.

—En absoluto. Tengo el mismo tipo de biblioteca. Creo que probablemente ella me gustaría.

—Estoy seguro de que la adorarías —respondió Kaleb—. Tenéis mucho en común y ella dice lo que piensa igual que tú.

Asentí.

—Entonces seguro que me gustaría. Incluso tenemos el mismo gusto para el arte. De hecho, estoy celosa de que tenga tantos originales de M. Remington. Yo solo tengo uno y lo atesoro. ¿La conoce? Creo que la artista aún vive aquí, en Montana.

Una vez que me acerqué lo suficiente a los paisajes en las paredes, me sorprendió distinguir el estilo único y la inconfundible firma en la esquina.

M. Remington probablemente era la mejor pintora viva de paisajes contemporáneos del oeste del país. Aun así, no era fácil hacerse con uno de sus cuadros originales, mucho menos con una cabaña repleta de ellos.

Dejé mi libro a un lado.

«Silencio», pensé. Miré a Kaleb y, por una vez, parecía no tener ni idea de qué decir.

—¿Estás bien? —pregunté preocupada. No era propio de Kaleb no decir lo que pensaba. Cuando superamos la parte de nuestra relación de empezar a conocernos, había sido bastante abierto conmigo en casi todo. Él me miró y nuestras miradas se cruzaron.

—Estoy bien —dijo en tono serio—. Solo que no estoy seguro de cómo responder a esa pregunta sin mentir, y me niego a mentirte, Anna.

—Entonces la conoce —dije emocionada.

—Yo también la conozco —dijo Kaleb llanamente.

Mis ojos se abrieron como platos.

—No tienes que contármelo si no quieres, pero te juro que nunca le diré a nadie nada de lo que digas ahora.

Él sacudió la cabeza.

—No es que no confíe en ti con nada de lo que queramos hablar. Demonios, me he sincerado contigo sobre cosas de las que no hablo con nadie. Sin embargo, si te lo cuento, revelaría más de lo que hemos acordado compartir.

Me arrepentí de inmediato.

—Lo siento. No lo sabía.

Habíamos hecho un pacto de solo ser Kaleb y Anna sin revelar nada de lo que no quisiéramos hablar. Personalmente, a mí ya no me importaba una mierda nuestro acuerdo original. Confiaba en Kaleb. De hecho, quería contarle todo y pensaba hacerlo antes de que nuestros caminos se separasen. No quería que descubriera la verdad un día y pensara que lo había engañado como a un tonto. Tal vez solo habían sido unos días, pero había llegado a significar demasiado para mí como para no ser completamente sincera.

—No tengo ningún problema en cruzar esa línea, Anna —dijo con voz grave, sus preciosos ojos clavados en los míos—. No, si tú no lo tienes. ¿De verdad estás lista para volver a Los Ángeles? Si no lo estás, me gustaría que volvieras conmigo a Crystal Fork. Tómate todo el tiempo que quieras para hacer duelo y sanar antes de volver a California. Sin presión, pero tengo bastante sitio en casa y me gustaría que vinieras conmigo.

Me quedé sin aliento con un suspiro audible. Kaleb no tenía ni idea de lo tentada que me sentía a aceptar su oferta. Solo había alquilado la casa cercana para unos días. El tiempo suficiente para aclararme un poco la cabeza. Estaba más entera ahora, pero ¿realmente estaba lista para regresar a California y volver de un salto inmediato a mi vieja vida?

Para ser sincera, no lo estaba. Me sentía preparada para trabajar un poco, pero no para volver de golpe a la vida que había vivido antes. Todavía, no. No tenía las fuerzas necesarias para mi estilo de vida y temía que las presiones que debía afrontar en Los Ángeles aplastaran el progreso logrado hasta ahora.

La invitación de Kaleb era sincera. Quería que fuera con él. Lo veía en sus ojos y había aprendido lo suficiente sobre él para saber que no era un tipo que se ofreciera a hacer algo solo por cortesía.

Tenía muchas ganas de aceptar su invitación.

—Me gustaría de verdad, pero podría... complicarse.

Él todavía no sabía prácticamente nada sobre mi vida en California.

Sonrió arrepentido.

—Siempre pensé que no me complico la vida, pero desde luego, tú eres una excepción a la norma. En realidad, no me importa una mierda si esto me complica la vida, Anna. Lo único que sé ahora mismo es que no estoy ni remotamente preparado para decirte adiós. También creo que necesitas más tiempo antes de lanzarte a tu antigua vida. Parece más estrés del que necesitas ahora mismo.

Me gustara o no, Kaleb se había autoasignado el papel de ser mi protector masculino y más mayor. Aunque había una parte de mí a la que le encantaba ese lado alfa y protector de él, también había una parte de mí que quería que él me viera como más que una amiga y una mujer a la que necesitaba proteger.

Quería que me mirase como a una mujer que deseaba porque sabía que yo lo miraba como a un hombre con el que decididamente quería intimar. ¿Lo ocultaba bien? Probablemente. Era una maestra ocultando mis emociones cuando había otras personas a mi alrededor. Sin embargo, me preguntaba cuánto tardaría en darse cuenta de que estaba desesperada por acostarme con él y hacer algo más que dormir en la misma cama o usar su calor corporal como mi manta eléctrica.

Probablemente, lo último que necesitaba ahora mismo era una relación íntima que me liara la cabeza, pero no tendría que preocuparme por eso, ya que Kaleb no se sentía atraído por mí de esa forma. Sin duda, yo quería pasar más tiempo con él, pero ¿me atrevía? ¿Y querría él que fuera a su casa con él cuando se enterase de la verdad sobre mi identidad?

—Sería complicado, desde luego —le advertí.

—¿Cómo de complicado? —preguntó despreocupado.

Dios, no tenía ni idea de cuánto.

—Bueno, ¿vas a contarme de qué conoces a M. Remington? —pregunté con curiosidad. Iba a contarle todo a Kaleb dentro de poco, pero me moría por saber cómo estaba conectado con mi artista preferida.

—¿Qué sabes de ella? —preguntó.

—No mucho, por desgracia —le dije—. Es bastante reservada, así que no hay muchos detalles publicados sobre su vida. Leí en algún sitio hace mucho tiempo que estaba casada con un ranchero aquí en Montana y creo que una biografía muy corta decía que tiene tres hijos muy ricos.

—Sí —reconoció.

—Entonces, cuéntame cómo la conoces —insistí—. ¿Vive cerca de Crystal Fork?

—Vive en Crystal Fork —corrigió—. Lo que leíste es correcto. Todavía vive en ese rancho fuera de la localidad.

—Así que probablemente la conoces bien —dije con un suspiro.

—La conozco muy bien. Millie Remington es mi madre, Anna, y yo soy uno de esos hijos muy ricos.



## Capítulo 7



*Kaleb*

No estaba seguro de si su cara de estupor era algo bueno o malo. Tal vez no había sido la manera correcta de contarle que Millie Remington era mi madre, pero me pareció que sería mejor decírselo de una vez. Si venía a Crystal Fork conmigo, tendría que saber la verdad y se acabó mi anonimato. Necesitaba que confiara en mí por completo para que volviera a Crystal Fork conmigo. Quería que lo supiera todo ahora. Habíamos alcanzado el punto en el que era difícil seguir evitando los detalles de nuestras vidas.

Sí, sabía que nunca podríamos ser nada más que amigos, pero aun así quería estar ahí para ella. Había llegado a valorar esa amistad y nuestro vínculo, y su bienestar era más importante que mi deseo de tirármela hasta dejarla agotada.

Anna distaba mucho de ser una mujer indefensa, pero estaba en un periodo de su vida en el que necesitaba a alguien en quien pudiera confiar en un entorno relajado. Tal vez, después de que hubiera trabajado en su duelo y confusión, yo me sentiría mucho menos incómodo por verla regresar a Los Ángeles.

Me sentiría como si la estuviera arrojando a los lobos si volvía sola a California en este momento. No estaba preparada. Podía hacer como si lo tuviera todo controlado la mayor parte del tiempo, pero no necesitaba estar sola en una gran ciudad, bajo muchísima presión. No cuando podía quedarse conmigo hasta que estuviera preparada.

—¿Qué? —dijo por fin con un gritito—. ¿Es... tu madre?

No estaba seguro de si me sentía aliviado o insultado porque no hubiera pensado dos veces en que yo era muy rico. Parecía mucho más impresionada de que estuviera emparentado con M. Remington.

Asentí.

—Me llamo Kaleb Remington. Mis hermanos y yo somos propietarios de una compañía llamada KTD Remington. Es el conglomerado privado más grande de Estados Unidos.

Ella levantó una ceja de forma provocativa.

—Supongo que eso te convierte en un partidazo, ¿eh?

Yo solté una risita.

—Algunas personas lo creen.

—¿Las mujeres se te echan encima a diario porque eres ultrarrico y estás bueno?

«¡Mierda!». ¿Cómo se suponía que tenía que responder a eso?

—No a diario, no. Mis hermanos y yo mantenemos perfiles bastante discretos. Vivimos en la pequeña localidad donde crecimos y nuestra oficina central en Billings no tiene mucha rotación de personal. La mayoría de nuestros empleados llevan años allí. Mi vida es bastante tranquila la mayor parte del tiempo.

—Creo que eres un mentiroso, Kaleb Remington —dijo con una risa encantada—. O buscas la manera de evitar reconocer que las mujeres se arrojan a tus pies. Ni que hubiera muchos solteros de oro guapísimos en Montana.

—No salgo con nadie —farfullé—. Las mujeres con las que salí en el pasado estaban más interesadas en mi dinero que en mí.

Anna me miró con el ceño fruncido.

—Dudo que sea verdad. El dinero y tu atractivo pueden atraer a un montón de mujeres al principio, pero me cuesta imaginar que una mujer en su sano juicio no esté interesada en ti cuando te conozca. Puedo decir sinceramente que no me importa tu dinero ni que seas un magnate de los negocios. Me importas tú.

«¡Joder!», pensé. Lo sabía. Probablemente era una de las razones por las que no podía dejarla marchar. Yo le gustaba a Anna incluso cuando creía que era un ebanista. En mi mundo, eso era un regalo bastante excepcional.

Tragué el nudo en mi garganta y respondí sencillamente:

—Tú también me importas. Por eso quiero que vengas a Crystal Fork conmigo. Necesitas más tiempo, Anna, y es un pueblo pequeño y amable la mayor parte del tiempo.

Se mordió el labio inferior mientras me miraba. Por desgracia, aún veía su vacilación e hizo que me doliera el estómago. ¿Qué demonios la volvía tan recelosa? No había visto auténtico miedo en sus ojos ni una sola vez, ni siquiera cuando despertó medio desnuda sobre mi regazo al principio.

—Supongo que me toca contarte quién soy en realidad —dijo con un largo suspiro—. Quizá cambies de idea en cuanto a esa invitación. Como he dicho, mi vida es muy complicada y, si voy contigo, podrías recibir más atención de la que quieres.

—Quién eres en realidad no va a importarme, Anna. Ya me aseguraste que no eres una criminal ni te persigue un acosador loco. Puedo lidiar con lo que me cuentes.

Ella cambió de postura hasta sentarse al borde del sofá. Alcanzó su celular y buscó unas fotos.

Inspiró hondo mientras me enseñaba una.

—Me sentí agradecida de que no me reconocieras cuando caí por tu ventana y siempre me alegraré de que me conozcas solo como Anna. Pero hay una gran parte de mi vida que no conoces, Kaleb.

Me entregó el teléfono sin decir una palabra más. Mis ojos pasaron a la foto y me quedé boquiabierto mientras la observaba de cerca durante unos instantes. No me percaté de que era Anna en la foto hasta que comparé los rasgos faciales con atención, pero había reconocido de inmediato el nombre en la portada del álbum. La miré a ella y de vuelta al disco, en negación total, a pesar de que sabía lógicamente que la mujer de la foto y mi Anna eran la misma persona. Los ojos distintivos eran una señal inequívoca. Ahora que la conocía, siempre sería capaz de reconocer sus ojos únicos.

—¡Dios! ¿Es verdad? ¿En serio eres Annelise? —pregunté con voz ronca cuando nuestras miradas se encontraron. Aparte de esos ojos inolvidables, nada en la foto parecía Anna.

La imagen tenía una mujer con mucho maquillaje y una espesa y larga melena rubia. La portada parecía ligeramente familiar, pero como no seguía la cultura pop, probablemente nunca le había prestado demasiada atención en el pasado.

Ella asintió despacio mientras me miraba como si temiera mi reacción.

—Me llamo Annelise Kendrick, pero ahora la gente me llama Anna.

De acuerdo, sin duda, aquella no era la revelación que me esperaba. De hecho, me estaba costando asimilar su verdadera identidad. Anna era una de las cantantes de pop más famosas del mundo y lo era desde hacía muchos años. Era tan conocida que la gente rara vez usaba su nombre ahora. Se la conocía como Annelise a secas.

De pronto me sentí un poco idiota por no haberla reconocido. Sacudí la cabeza.

—No te reconocí. No sigo la cultura pop. Conozco tu nombre. Todos lo conocen. Te he visto actuar alguna vez, pero no te relacioné con Annelise.

—Me alegro —dijo en voz baja—. Antes de marcharme, mi amiga Kim intentó alterar mi apariencia lo máximo posible. Tiñó mi pelo de su color natural y lo cortó. Siempre ha sido mi rasgo más reconocible. Parezco mucho más normal sin él. Pero, aunque me veo diferente sigo preocupada de que, si voy a un lugar público, alguien me reconozca.

Le devolví el teléfono.

—Podrían hacerlo —admití, acostumbrándome por fin a la idea de que Annelise y mi Anna eran la misma persona—. Especialmente si son grandes admiradores. Pero es totalmente posible que no te reconozcan. Si alguien cree saber quién eres, siempre puedes ignorarlo y contestar que siempre te lo dicen. Puedes reconocer que tienes rasgos parecidos, pero tomártelo a broma y decirle que no eres Annelise. Yo vivo fuera del pueblo. Nadie te molestará en mi finca.

—Si alguien me reconoce, la prensa estará por todas partes en unas horas si les llegan rumores de mi ubicación y de con quién me quedo en Montana. Por lo general, nadie me molesta mucho en Los Ángeles. Los lugareños están acostumbrados a ver celebridades por todas partes. Pero sería una historia jugosa si estuviera atrapada con un soltero codiciado en Montana. La prensa querría saber quién eres y si hay una relación romántica entre nosotros. Sería un infierno para ti —murmuró temerosa.

Yo me encogí de hombros.

—¿Parezco preocupado? Tengo terrenos, Anna. No es como si se les fuera a permitir acampar en mi jardín. Cuéntame toda la historia de qué te pasó que te hizo marcharte de California.

Estiré el brazo, tiré de su cuerpo y la atraje a mi lado porque parecía aterrada. Anna no estaba preocupada de que la prensa la encontrara. Probablemente le pasaba todo el tiempo cuando no estaba en Los Ángeles. En realidad, estaba preocupada por causarme molestias a mí.

Se relajó despacio contra mí.

—Me enteré de que mis padres fueron asesinados antes del último concierto de mi gran gira, que era en Los Ángeles. No sé cómo aguanté esa noche. Creo que una gran parte de mí estaba funcionando en piloto automático, Kaleb. Justo después de terminar, fui a mi camerino y no tenía ni idea de qué hacer. Mi cerebro se apagó hasta tal punto que apenas sabía mi propio nombre. Solo podía pensar en escapar para volver a poner mi cabeza en orden. La prensa habría hecho el agosto de haber visto que sufrí un colapso. Kim vino a recogerme y pasé la noche en su casa. Nos hemos convertido en expertas en evadir a la prensa cuando no quiero ser entrevistada, pero me perseguirán si les doy algo que escribir. Fuimos a su tienda al día siguiente después de que cerrara y llevó a cabo mi transformación. Contraté un vuelo chárter privado para venir aquí y

estaba en Montana al día siguiente. El resto ya lo sabes básicamente. Me salté la salida que debía tomar y terminé aquí en plena ventisca.

Pensé en todas las cosas que me había contado sin haberme dicho que era un icono famoso de la música pop. Sus extraños horarios. El pasar de ir a la universidad por una oportunidad lucrativa. El ser adicta al trabajo. El estrés constante por su carrera, que yo había subestimado en gran medida. El necesitar salir de Los Ángeles porque no estaba funcionando bien. Todos esos detalles sobre su vida de pronto encajaron y tenían sentido para mí. Había sido famosa durante mucho tiempo, pero yo no recordaba un solo escándalo unido a ella. A todas luces, era una adicta al trabajo sin una auténtica vida personal.

Yo había llegado a conocerla y estaba seguro de que no le gustaba la fiesta de Hollywood. Ella había bromeado acerca de que las mujeres caían a mis pies. Joder, ella podría tener a cualquier tipo que quisiera con un chasquido de los dedos. No solo era hermosa y buena. Anna era increíblemente famosa.

—Todo lo que te he contado es verdad —musitó en voz baja—. Solo omití algunos detalles. Pensaba contarte la verdad antes de que nuestros caminos se separasen.

—No te culpo por no contarle la verdad a un extraño. Ambos acordamos no hablar de algunos detalles de nuestras vidas. Entonces, ¿la música fue tu oportunidad? ¿La razón por la que decidiste abandonar tus planes de ir a la universidad?

—En realidad ya me habían admitido en Juilliard —explicó pensativa—. Me encantaba la música pop, pero no crecí muriéndome por ser famosa. Mi plan original era ser concertista de piano. Tenía dotes y mis padres se partieron el trasero trabajando para que yo siguiera yendo a clases de clásica desde que tenía cinco años. Me descubrió el productor de una discográfica que estaba de vacaciones en Bozeman. Estaba jugando con una guitarra y música pop que había escrito yo misma. Ese descubrimiento llevó a una audición oficial y luego a una oferta para grabar un disco en Los Ángeles la noche antes de que me graduara del instituto. No puedo decir que me arrepienta de no haberme convertido en concertista de piano, pero todavía me encanta la música clásica.

—A mí también me gusta —compartí—. A mi madre le gusta la clásica y mi padre era fan de la música *country*. A mí nunca me gustó mucho la música de las listas de éxitos. Probablemente por eso no reconocí tu cara. Todos reconocen tu nombre, pero nunca me he sentado y mirado uno de tus conciertos durante un rato. No me resultabas familiar.

Ella sonrió alegremente mientras alzaba la mirada hacia mí.

—¿Intentas decir que no te impresiona estar pasando el rato con Annelise?

Bromeaba, pero me percaté de que quería que le dijera que no importaba que fuera Annelise Kendrick. Y, sinceramente, no importaba. Me había sorprendido al principio, pero Anna no era una diva. El hecho de que hubiera alcanzado su nivel de éxito durante tantos años me decía que era ambiciosa, algo elogiabile, pero seguía siendo la misma mujer que había entrado por mi ventana unos días atrás.

—Estoy tan impresionado como tú acerca de que yo sea multimillonario —la informé en tono seco.

Ella se encogió de hombros.

—No soy multimillonaria, pero tengo dinero suficiente —dijo despreocupadamente.

Estaba seguro de que así era. Cualquier estrella del pop que hubiera sido tan conocida como ella durante años debería poseer una fortuna.

—Entonces, dime que volverás conmigo a Crystal Fork —la insté.

No me importaba una mierda que fuera Annelise para todos los demás. Seguía siendo Anna para mí y era aún más vulnerable de lo que yo pensé en un primer momento. Estaría arrojándola a los lobos si ella tuviera que volver a esa locura. Anna necesitaba tiempo y yo sabía exactamente dónde podía encontrar un respiro.

—De acuerdo —accedió de buena gana—. Solo tengo una condición.

—¿Cuál? —pregunté.

—Tienes que aceptar tomarte tiempo libre del trabajo y quiero que pases ese tiempo conmigo. No estoy diciendo que tengamos que estar juntos a cada momento. Pero tú también viniste aquí por un propósito. Quiero que esto sea beneficioso para ambos. Estoy más que dispuesta a hacértelo saber si vuelves a tus formas de adicto al trabajo. Si no te importa, me gustaría encontrar una guitarra o un piano en algún sitio para poder componer. Estoy muy atrasada con la composición de mi próximo disco.

—¿Servirá un piano de cola? —pregunté.

Me lanzó una mirada estupefacta.

—¿Tocas el piano?

Sonreí de oreja a oreja.

—No mucho, pero mi hermano Devon toca y mi casa fue construida mucho antes de que se pusieran los cimientos de la suya. Me convenció de poner una sala de música hace mucho y nunca he llegado a redecorarla.

—Sería perfecto —dijo con un suspiro largo y satisfecho.

—Entonces, acepto tus condiciones —respondí mientras mi cuerpo se relajaba.

—Gracias por esto —dijo agradecida—. Tienes razón. Creo que necesito un poco más de tiempo. Solo pensar en volver a California ahora me pone tensa.

Para ser sincero, probablemente yo debería darle las gracias a ella. Estaba más tranquilo, más relajado y aceptando la idea de que era imposible predecir la muerte de mi padre o el secuestro de Shelby. También estaba libre de pesadillas desde que había llegado. Tal vez solo necesitaba hablar de las cosas con alguien que estuviera pasando por algo parecido.

Anna me recordaba constantemente que era humano. Desde luego, había evaluado mis prioridades durante esta breve estancia en la cabaña. Y mis prioridades habían cambiado. Ahora mismo, la primera era proteger a Anna durante todo el tiempo que me necesitara y eso no iba a cambiar hasta que ella se sintiera lo bastante fuerte para volver a su antigua vida. No importaba cuánto tardase en llegar ahí.



## Capítulo 8

*Anna*

—Tu casa es enorme —informé Kaleb al día siguiente cuando nos sentamos en su gigantesca cocina en Crystal Fork—. Casi me pierdo volviendo abajo. Pero es muy bonita. Entiendo por qué no quieres marcharte.

Las quitanieves habían despejado las carreteras principales cerca de la cabaña por la mañana temprano y el cuidador había limpiado el exageradamente largo camino de entrada. Poco después de haber quitado la nieve, gestionó la devolución de mi auto de alquiler y el helicóptero de Kaleb vino para llevarnos a Crystal Fork.

El hombre tenía un helicóptero y un avión privados, y él y sus hermanos habían construido su propio aeropuerto privado cerca de sus fincas para gestionar las salidas y llegadas. Había descubierto que, cuando Kaleb Remington quería algo, lo conseguía casi al instante. Había entendido que era rico y poderoso, pero ver esa riqueza y poder en acción resultaba un poco abrumador.

Cuando él daba una orden, las cosas aparecían mágicamente sin preguntas. Llegaban helicópteros, se devolvían autos de alquiler, se limpiaban los caminos de entrada... La gente saltaba al llamado de Kaleb. Probablemente porque se les pagaba para eso. Era como si dos hombres diferentes morasen en su cuerpo precioso. El multimillonario autoritario al que la gente servía de un salto y el tipo amable pero hosco que había llegado a conocer en la cabaña.

Incluso había conseguido proporcionarme la misma cafetera que había en la cabaña con los mismos suministros antes incluso de que llegáramos a Crystal Fork. Tal vez fuera un poco autoritario y brusco en su vida pública, pero seguía siendo el mismo Kaleb que había llegado a adorar cuando estábamos solos.

Él se encogió de hombros con indiferencia.

—Viví una temporada en Nueva York después de la universidad. Trabajaba en Wall Street. Mis hermanos se unieron a mí allí después de terminar la universidad. Fui feliz cuando nuestro negocio despegó bastante rápido y pude volver a mudarme a Montana. Me gusta tener mi espacio. ¿Está bien tu habitación?

«¿Bien?», pensé. Sí, definitivamente estaba bien. Era mucho más lujosa que las *suites* donde me había hospedado cuando estaba de gira, y probablemente aún más grande que esos

alojamientos temporales. Yo poseía una casa muy bonita en Beverly Hills, pero no se parecía en nada a esta mansión sofisticada.

—Mi *suite* es preciosa —le dije después de tomar un sorbo del café que acababa de preparar—. Tu decoradora tiene buen gusto. Vi el establo fuera. Es enorme. Debes tener muchos caballos.

La mayor parte de su casa era moderna y había sido decorada por un profesional, pero todavía tenía algunos toques del oeste. El salón estaba repleto de cuadros de su madre, cada uno diferente, pero con el mismo estilo único de M. Remington. Todavía no había encontrado la sala de música, pero tenía tiempo para buscarla más tarde.

—Tengo varios —confirmó—. ¿Montas?

—Lamentablemente, hace mucho que no —dije apenada—. No teníamos dinero para caballos cuando era niña, pero muchos vecinos tenían. Montaba tan a menudo como podía.

—Tengo una yegua perfecta para ti si te apetece montar. Es demasiado pequeña para mí, pero sería perfecta para ti —me informó Kaleb.

Yo le sonreí.

—Me encantaría, pero puedo esperar hasta mañana. Me gustaría explorar la casa y dar un paseo por tu finca más tarde.

Probablemente tardaría un poco en orientarme por una casa tan grande y me moría por salir después de pasar días encerrada en la cabaña. Las temperaturas habían subido considerablemente y esta zona no estaba tan nevada por la ventisca que habíamos aguantado en la cabaña.

—Quizás tenga que ir a la oficina mañana para finalizar unos asuntos —me advirtió.

—Estaré bien aquí sola —le aseguré—. Se me da bastante bien adaptarme a un nuevo lugar y yo también necesito trabajar un poco.

Mi celular empezó a sonar y lo silencié de inmediato.

—Mi agente —expliqué—. Está lívido porque no le conté dónde estaba ni qué estaba haciendo. Ha estado fastidiando a Kim para que le cuente dónde estoy. Le llamaré más tarde.

—No es tu maldito guardián —farfulló Kaleb enojado.

Yo resoplé por la nariz.

—Se cree que lo es. Quiere que confirme otra gira para el año que viene y probablemente debería hacerlo. Nunca he pasado un año sin una gran gira, pero no tengo la cabeza en eso ahora mismo. Actuar delante de grandes masas siempre me ha estresado. Tengo un pánico escénico terrible.

Kaleb me lanzó una mirada dubitativa.

—¿Cómo es posible después de todos estos años? Si empezaste en la industria del entretenimiento después del instituto hace... ¿cuánto? ¿Diecisiete años?

Yo asentí.

—Es parte de mi trabajo —expliqué—. Pero no es mi parte favorita. No me entiendas mal, amo y aprecio a todos mis fans, pero prefiero componer y grabar música a salir a un escenario delante de mucho público. Siempre ha sido así para mí. Suelo estar aterrorizada antes de una actuación, incluso después de todos estos años haciéndolo. El miedo nunca se ha ido del todo. Solo he aprendido a ocultar ese miedo y a superarlo mejor.

—¿Por qué no dejas de hacer grandes giras si no te gusta esa parte? —preguntó.

Yo sacudí la cabeza.

—No es tan sencillo. Gran parte de mis ingresos procede de las giras. Los derechos de autor y los discos no pagan tan bien como las giras. Ray, mi agente, me lo mete en la cabeza casi todos

los días. Si pudiera dejar de hacer giras, lo haría, al menos durante una temporada. He vivido con una maleta toda mi vida adulta. Sería agradable poder tomarme un descanso.

—Anna, tienes que haber hecho una fortuna. Has sido un icono del pop durante mucho tiempo. Si inviertes bien tu dinero, podrías dejar de hacer esas grandes giras ahora mismo. Compón música. Grábala. Haz apariciones donde quieras, cuando tú quieras. Haz lo que te haga feliz a ti.

Dios, desearía que eso fuera posible. Me había sentido como una marioneta durante tanto tiempo que no estaba segura de cómo hacer exactamente lo que quería.

Tragué un sorbo de café antes de responder:

—Probablemente te parecerá una locura, pero mi padre gestionaba muchas de mis inversiones y contabilidad del negocio. Se le daba bien. La gestión financiera no es uno de mis fuertes y siempre estoy tan ocupada que nunca tengo oportunidad de sentarme e intentar entenderla mejor. Ray dice que tengo que hacer giras, así que las hago.

Kaleb me miró con el ceño fruncido de preocupación.

—¿Tu agente gestiona toda tu contabilidad del negocio ahora?

—Ray era amigo de mi padre —le conté—. O quizás podrías decir que mi padre era como un padre para él. Conozco a Ray desde que era niña. Vivía en la casa contigua. Cuando su padre murió, mi padre lo tomó bajo su protección. Ha estado ayudándome desde los inicios de mi carrera. Ahora lleva a unos cuantos artistas más, pero empezó manejando mis conciertos. Yo no tenía agente al principio. A mi padre se le daban bien las finanzas y yo tenía dieciocho años.

Kaleb asintió distraídamente.

—Lo entiendo, pero ¿nunca pensaste en contratar a un gestor financiero cuando empezaste a ganar más dinero?

—Papá siempre me consultaba sobre lo que hacía y le gustaba llevar mi economía —cavilé—. Después de que muriera, Ray dijo que lo tenía controlado. Sé que debo encontrar a alguien, pero todavía no he empezado a buscar. Sinceramente, no estoy segura de por dónde empezar ni a quién contratar.

—Confías en Ray —afirmó Kaleb, la expresión aún algo preocupada—. Entiendo que también es un amigo, pero no me importaría echarle un vistazo a tu cartera para asegurarme de que se están optimizando tus beneficios. Tal vez pueda ayudar a asegurarte de que puedes dejar de hacer grandes giras si eso no te hace feliz. No hace daño tener más de un par de ojos en una cartera de inversiones. Las finanzas y las inversiones son mis especialidades.

Le lancé una mirada agradecida.

—Si no te importa, aceptaría tu oferta encantada. Tego una cifra aproximada de cuánto dinero he invertido y mi padre era meticuloso en cuanto a mis registros financieros. Nunca he hecho que los revisara nadie ni parecía tener tiempo para ello. Confío en Ray, pero todavía no he decidido que voy a hacer con todas las cosas que gestionaba mi padre por mí. Ahora que no está, sé que necesito un experto que trabaje con mi dinero e inversiones. Tego la cartera actualizada y los registros que me envió mi padre antes de morir.

—Perfecto —dijo Kaleb—. Mándamelos y le echaré un vistazo a las cosas por ti.

—Me siento como una idiota por no gestionar mis propias finanzas...

—No lo hagas —me interrumpió Kaleb con firmeza—. La mayoría de la gente en tu posición no gestiona los asuntos de negocios cotidianos ni las inversiones. Es complicado para la gente de tu sector. Por eso tienen trabajo los administradores de patrimonio y de negocios. Eres

increíblemente creativa, Anna. Tienes muchísimas responsabilidades. No te fustigues por no tener tiempo ni energía para además ser una experta en inversiones y finanzas.

Aquello me hizo sentir un poco mejor.

—Siempre detesté las matemáticas en el colegio —confesé tímidamente.

—Sí, bueno —farfulló él—. Si te hace sentir mejor, tienes más talento artístico del que podría soñar con tener la mayoría de las personas. Desde luego, yo no tengo eso. Mi madre es una artista de renombre y yo ni siquiera sé dibujar. Tanner heredó su talento y Devon es musical, pero yo no soy un tipo precisamente creativo.

—Haces unos muebles increíbles —le recordé.

—Eso es todo lo que puedo crear —dijo en un tono burlón.

Yo me reí porque se veía insatisfecho. El hombre era multimillonario y un magnate de los negocios. Ese era su talento especial. Sería completamente injusto que fuera bueno en todo. Estaba bueno. Era rico y un genio de los negocios. Era detallista y generoso. En mi opinión, no necesitaba tener talento artístico también.

—¿Conoceré a tu madre y a tus hermanos antes de marcharme?

Kaleb sonrió con satisfacción.

—¿En serio piensas que tendré opinión en si los conoces o no? Mis hermanos tienen la muy mala costumbre de dejarse caer cuando les apetece, así que tendré que contarles que tengo una invitada. Si mis hermanos saben que estás aquí, mi madre acabará enterándose. No estoy diciendo que mi familia sea entrometida, pero se ponen cómodos aquí si les dejo. Mamá no podrá contener la curiosidad. Sobre todo, si sabe que tengo una invitada. No se queja demasiado, pero deja clarísimo que quiere que nos casemos y le demos nietos. Al final renunció a intentar juntarnos con mujeres majas, pero sigue esperanzada. Encontrará la manera de presentarse en casa. Conociéndola, descongelará los arándanos que tiene en el congelador y hará un paste para sobornarme y entrar.

Los comentarios molestos de Kaleb no coincidían con la mirada en sus ojos. Obviamente, adoraba a su familia, aunque a veces invadieran su espacio.

—Dios —dije frotándome la tripa—. Me encanta el pastel de arándanos. Hace mucho tiempo que no lo como. Me temo que ese tipo de soborno funcionaría conmigo.

Montana tenía unos arándanos silvestres increíbles, una baya que no creía en muchos estados. Ahora que lo pensaba, no había tomado un arándano desde que salí de Montana hacía diecisiete años.

—Te aviso —dijo secamente—. Mi madre hace el mejor pastel de arándanos de Montana y no le da vergüenza utilizarlo en beneficio propio para conseguir lo que quiere.

Me reí.

—Estoy segura de que son tan increíbles como tú. Estoy impaciente por conocerlos a todos.

—¡Eh! ¡Kaleb! —bramó una voz grave desde el salón.

—¡Mierda! —Maldijo Kaleb—. Probablemente oyeron el helicóptero.

—¿Estás aquí? —inquirió otra grave voz de hombre con insistencia—. Ya era hora de que volvieras a casa.

—Mis hermano —dijo él en tono de resignación—. Por desgracia, tienen una llave que tendré que confiscar de inmediato.

Sonreí.

—No pasa nada. Ojalá estuviera un poco mejor vestida para conocer a tu familia, pero estoy emocionada por conocerlos. Siento curiosidad por ver si son tan guapos como tú.

—No lo son —farfulló.

Yo me puse en pie y me mesé el cabello. Llevaba unos pantalones andrajosos que habían tenido mejores días y una camiseta roja que había encogido demasiadas veces en la secadora.

Cuando estaba en casa, era como me vestía siempre. Y había planeado estar sola en el bosque. Casi todas las prendas que tenía eran cómodas, de andar por casa, excepto un vestido informal que había echado en la maleta en el último minuto. No estaba acostumbrada a salir de casa sin algo que pudiera llevar en público si hacía falta.

Kaleb se puso en pie y agarró la mano con la que me arreglaba el pelo.

—No te preocupes. Estás guapa y ellos son idiotas.

Dos hombres muy grandes entraron en la cocina regañando sobre algo incomprensible. Ahí tenía la respuesta a mi pregunta acerca de si eran tan guapos como Kaleb o no. Tal vez no fueran tan guapos como Kaleb, pero eran guapísimos.

Uno de ellos tenía un precioso cabello oscuro y el otro lucía un tono castaño un poco más oscuro que el de Kaleb. Dios, debería estar prohibido que tres hermanos de la misma familia fueran todos tan atractivos.

Ambos se detuvieron e inmediatamente dejaron de molestarse mutuamente al vernos a Kaleb y a mí parados en la cocina. El silencio en la sala fue un poco desconcertante cuando me observaron intentando descifrar qué pasaba. A todas luces, Kaleb no tenía invitadas a menudo, porque parecían perplejos.

El hermano de cabello oscuro dio un paso adelante por fin, ladeó la cabeza y miró tan fijamente que resultó maleducado antes de hablar.

—No sabíamos que tenías compañía, hermano. ¿Cómo demonios has conocido a Annelise y qué hace aquí, en Crystal Fork?

---



---

## Capítulo 9

---

*Kaleb*

«¡Joder!», pensé. Probablemente debería haber previsto que Devon reconociera a Annelise de inmediato. Era el músico de la familia y le gustaban casi todos los estilos. Lo más probable era que hubiera mirado sus videos musicales un millón de veces. Tampoco olvidaba nunca una cara. Había tardado un momento, pero averiguó su identidad enseguida.

Por otra parte, Tanner aún parecía confuso. Probablemente porque, como yo, no le interesaban mucho las listas de éxitos del pop ni la escena musical.

—Anna —dije mientras maldecía a Devon en silencio por no apartar los ojos de ella—. Estos son mis hermanos, Tanner y Devon. —Señalé a cada uno de ellos mientras decía sus nombres para que no hubiera confusión acerca de quién era quién.

Devon, mi hermano menor, tenía el pelo negro azabache, así que era improbable que los confundiera en el futuro.

Ella avanzó un paso y le tendió la mano:

—Qué bueno conoceros a los dos. Soy Annelise Kendrick, pero me gustaría que me llaméis Anna.

Una gran sonrisa y Anna tenía a mis hermanos comiendo de la palma de su mano. Tanner le devolvió una sonrisa de oreja a oreja y estrechó su mano. Devon le dedicó una de sus sonrisas encantadoras que solo aparecía cuando intentaba que alguien hiciera lo que él quisiera. O... cuando una mujer le parecía extremadamente atractiva.

«¡Cabroncete!». Tenía que apartarse. A pesar de que Anna y yo no éramos pareja, era imposible que pudiera ver a mi hermano pequeño intentar que se quitara las bragas con sus encantos. «Ni en broma».

—Yo no te reconocí hasta que Devon dijo algo —contestó Tanner con remordimiento—. Te ves diferente...

La voz de Tanner se fue apagando, probablemente porque no sabía qué decir sin sonar grosero.

—Sin toda esa melena rubia —añadió Devon—. ¿Por qué decías que estás en Crystal Fork exactamente?

—No lo ha dicho ni es asunto tuyo —gruñí—. Anna es mi invitada. Está aquí para descansar y relajarse. No le contéis a nadie que está aquí.

—He oído algunos rumores de que ha desaparecido en Los Ángeles —musitó Devon.

—¿Cómo te has enterado de eso? —preguntó Anna con una mirada atónita en el rostro.

Yo le lancé una mirada molesta a mi hermano pequeño.

—¿Qué? —preguntó en falso tono inocente—. Una de mis subsidiarias es una discográfica. Tengo amigos allí. A veces oigo cosas. Creo que su agente ha estado buscándola como un frenético.

La discográfica era un proyecto elegido de Devon, así que se encargaba de la mayoría de los negocios necesarios para esa empresa. Le gustaba mantenerse al día de lo que ocurría en la escena musical.

—Así que, ¿ahora todo el mundo sabe que me fui de la ciudad sin decírselo a nadie? —preguntó Anna con un suspiro de resignación.

—Probablemente, no todo el mundo —dijo Devon, dando marcha atrás porque Anna parecía desolada—. Pero ha estado buscando a gente que conoces para ver si saben dónde estás.

—¡Joder! —maldije—. Dirías que un agente que se supone que también es un amigo le daría un poco de espacio y mantendría la boca cerrada.

Anna era su clienta. Debería ser discreto y no dar lugar a especulaciones, por su bien. Le había llamado. Su agente sabía que no estaba en peligro. No tenía apariciones programadas por ahora. ¿Por qué demonios estaba tan resuelto a encontrarla?

—¿Por qué? —preguntó Devon—. ¿Por qué cambiaste de aspecto y te marchaste? ¿Estás en problemas con la Justicia o algo?

—Devon —dijo Tanner en tono de advertencia—. Déjalo.

Mi hermano mediano siempre era la voz de la razón. Yo era el exaltado a veces. Y Devon era el hermano pequeño sin filtro.

—No —dijo Anna sacudiendo la cabeza.

—Anna —dije yo con firmeza, intentando hacerle saber que no le debía explicaciones a nadie.

Ella sostuvo una mano en alto.

—Está bien. Son tus hermanos. No tengo problema en compartir parte de por qué estoy aquí.

Escuché airado mientras compartía lo que quería que supieran mis hermanos. Como la forma en que había intentado allanar la cabaña para no morir congelada. Las muertes de sus padres hacía seis meses. Su necesidad de marcharse una temporada y no tener que lidiar con la prensa. El agotamiento tras su gira reciente.

Incluso fue abierta en cuanto a su duelo, pero omitió la parte sobre su colapso nervioso detrás de su último concierto. Probablemente porque ella misma seguía confundida sobre ese episodio. Personalmente, no me parecía extraño en absoluto teniendo en cuenta cuántas cosas tenía en la cabeza en ese momento y el dolor que estaba sufriendo. Sin embargo, no me sorprendió que no quisiera compartir esa clase de vulnerabilidad con dos hombres a los que no conocía.

—Dios, Anna, lo siento mucho —dijo Tanner en tono sincero—. Todos estábamos destrozados después de perder a nuestro padre. No imagino perder a mis dos padres al mismo tiempo. Alguien tiene que callar a tu agente. Te vendría bien un poco de paz e intimidad después de lo que pasó.

—No me tomé mucho tiempo libre después de que murieran mis padres —explicó—. El trabajo era lo único que me quedaba en realidad. No tengo más familia cercana. Creo que solo estoy agotada mentalmente.

—Guardaremos tu secreto —prometió Devon.

—Mamá va a enterarse —añadió Tanner—. Pero sabe guardar un secreto.

—Estoy emocionada de conocerla —dijo Anna con entusiasmo—. Soy una gran fan de su arte.

—Lo primero que preguntará es si tú y Kaleb estais saliendo —me advirtió Tanner.

—¿Estais saliendo? —preguntó Devon.

—No, no estamos saliendo —espeté—. Anna es una... amiga. Es una estrella internacional del pop. ¿En serio pensáis que estaríamos saliendo?

Devon sacudió la cabeza despacio.

—Eres multimillonario y no eres mucho más mayor que ella. Era una suposición evidente.

—Lo último que necesita es una relación con nadie —farfullé, esperando que Devon captara el mensaje de no tontear con Anna—. Está aquí para relajarse. Cuando acabe unas cosas en la oficina mañana, voy a tomarme unos días para hacer lo mismo.

Tanner levantó la cabeza bruscamente en mi dirección, con expresión preocupada.

—¿En serio? ¿Vas a tomarte vacaciones?

—Sé que hace tiempo...

—¿Tiempo? —interrumpió—. Tú nunca te tomas vacaciones para ti.

—Estoy intentando cambiar eso —respondí a la defensiva.

—Ya era hora —dijo Tanner—. ¿Qué podemos hacer para intentar mantener en secreto la presencia de Anna?

—¿Sabes dónde puedo encontrar un par de gafas sin graduar? —preguntó Anna en tono de broma.

—Puedo hacerme con unas si las necesitas. ¿Vas a intentar ir al pueblo? —preguntó Tanner.

—No estoy segura —respondió Anna—. Me encantaría ver Crystal Fork, pero no quiero atraer a la prensa aquí. Sería horrible para todos.

—Lo decidiremos más tarde —le dije a Tanner—. Vamos a ver cómo van las cosas.

—Te das cuenta de que la gala benéfica primaveral de la localidad es el domingo, ¿verdad? —cuestionó Devon—. Mamá está a cargo este año y todos nos presentamos voluntarios para ayudar.

—¡Joder! —maldije enojado—. Se me olvidó. Donamos una pequeña fortuna a la localidad todos los años. No sé por qué tienen que seguir haciendo la gala benéfica.

—¿Qué es? —preguntó Anna con curiosidad.

—Es un evento anual —explicó Tanner—. Y todavía lo hacen porque es una tradición. Ya no se trata del dinero en realidad. A la gente le encanta la bollería, la comida, las cosas en venta y la subasta. Es más bien un evento social para todo el pueblo que una gala benéfica. Los beneficios van a nuestra pequeña biblioteca, al parque de bomberos y a la comisaría.

—Parece increíble —dijo Anna emocionada.

—Quizás llueva y lo cancelen —dije esperanzado.

Por lo general, me gustaba ayudar con la recaudación primaveral. Al pueblo le encantaba el evento y toda mi familia había echado una mano para ayudar desde que podía recordar. Pero en realidad no quería marcharme todo el día tan pronto después de la llegada de Anna y dejarla dando vueltas por su cuenta hasta después de la cena.

Encontraría una solución. Había mucha gente allí para ayudar y mi madre entendería que no pudiera ir este año.

—Me he vuelto bastante buena disfrazándome ara poder salir en público cuando no estoy en

Los Ángeles —caviló Anna—. Faltan unos días. Podría ayudar también. Me gustaría. Hace mucho que no voy a un evento comunitario.

El anhelo en sus bonitos ojos me hizo desear llevarla donde quisiera ir. Su profesión venía con muchas restricciones personales que le prohibían vivir una vida normal y yo lo detestaba por ella. ¿La reconocería la gente aquí, en Crystal Fork?

Tanner y yo no lo habíamos hecho, pero era inevitable que hubiera personas aquí como Devon que reconocerían sus distintivos ojos. Cualquiera que hubiera mirado una foto en primer plano o un vídeo suyo probablemente reconocería esos oscuros ojos expresivos. Sí, eran castaños, el color de ojos más común, pero los de Anna eran de un color chocolate oscuro con diminutas motas de color miel que los hacía especialmente inolvidables.

—Podríamos comprarle unas lentillas de colores —dijo Devon pensativo.

—Quizás unas gafas de sol —sugirió Tanner.

—Tengo ambas cosas —nos informó Anna—. Todavía no he probado las lentillas azules, pero mi oftalmólogo me las recetó justo antes de irme de California. Las eché en el bolso, así que las tengo conmigo. ¿Creéis que eso ayudaría?

—Sí —dijimos todos nosotros al unísono.

Por lo visto, yo no era el único que se había percatado de ese rasgo tan distintivo suyo.

—También necesitará una historia de fondo —señaló Devon—. Por qué está aquí. Otra profesión. No creo que la gente cuestionara tanto su presencia aquí si hubiera venido por una razón diferente y plausible.

Aún no estaba seguro de que Anna debiera exponerse al público. Era arriesgado y, tratándose de ella, yo era extremadamente averso al riesgo. Pero me resultó casi imposible negárselo cuando volvió su mirada anhelante hacia mí.

—Solo quiero ser normal durante un ratito —suplicó.

«¡Joder!». ¿Cómo se suponía que iba a protestar cuando lo deseaba tanto?

—Sinceramente, creo que podemos sacarlo adelante—dijo Tanner con voz grave y cauta—. Pero Devon tiene razón. Necesita una buena historia de fondo.

—No es como si pudiera ser una vieja amiga de la universidad —dije en tono seco—. Nunca pasaría por tener mi edad.

Anna parecía mucho más joven de treinta y cinco.

—Como todos saben que lo único que haces siempre es trabajar, sería mejor que fuera una relación amistosa del trabajo de algún tipo —contempló Devon.

—Marketing —decidió Anna—. Al menos es una ocupación de la que sé algo.

—Perfecto —convino Tanner—. Podríamos decirles a todos que ha venido desde California para ayudarte a renovar la marca de una nueva empresa.

—Tenemos a nuestra propia gente para eso —me resistí.

—Nadie lo sabe —señaló Tanner—. Dile a la gente que es una amiga, una especialista en marketing que está aquí para trabajar contigo en un proyecto.

—Podría hacérselo creer a la gente —dijo Anna con confianza—. Me he convertido en una experta en promocionar mi propia marca.

Asentí despacio. Probablemente era lo único que tenía sentido, especialmente si Anna se sentía cómoda en ese rol.

—Aún no me gusta asumir este riesgo, pero probablemente es la mejor historia que podemos utilizar.

—Mamá tendrá que estar al tanto de todo esto —mencionó Devon—. Se nos da fatal

mentirle. Siempre sabe cuándo la engañamos.

—De todas maneras, no querría que mintáis a vuestra madre —dijo Anna con vehemencia—. Le diré la verdad.

Hablamos un poco más sobre los detalles de la nueva identidad de Anna y mis hermanos dijeron que necesitaban marcharse.

—Os acompañaré —les dije a Devon y a Tanner mientras nos dirigíamos a la puerta delantera.

Anna se despidió de mis hermanos con la mano y les dio las gracias profusamente por ayudarla, pero se quedó en la cocina.

En cuanto llegamos al salón, Tanner musitó en voz baja:

—Nadie va a creer que no te atrae como algo más que una amiga.

—Estoy de acuerdo —preguntó Devon—. La miras como si no pudieras esperar a desnudarla y tienes que rebajar ese instinto protector. Has dicho que no estais saliendo, pero nunca te he visto mirar a una mujer como si fueras a arrancarle la cabeza a cualquiera que la toque.

Miré a Tanner para verificarlo.

—Tiene razón —confirmó Tanner y luego soltó un largo suspiro—. Puede que solo nosotros nos percatemos de ello porque somos familia, pero tienes que relajarte, hermano. De lo contrario, nunca podrás convencer a la gente de que solo sois amigos y colegas.

No iba a contarles historias a mis hermanos. Nunca funcionaría. Estábamos demasiado unidos.

—No puedo evitarlo. Ha sufrido mucho. Quiero ayudarla y siento que alguien debería protegerla. Nadie más ha dado un paso al frente por ella.

—Es más que eso —dijo Devon—. Te atrae. No es que te culpe. ¿Estás seguro de que no hay más detrás de esta historia de lo que nos estás contando? Estuviste con Annelise en una cabaña remota. Es mucha tentación para que la maneje uno. También es muy simpática.

—No, no hay nada más —dije tenso—. Todo lo que os ha contado es verdad y no está interesada en mí de ese modo.

—El deseo no correspondido debe de ser un asco. Aunque yo nunca lo he experimentado en mis propias carnes —dijo Devon en tono de broma.

Tanner le propinó una colleja a Devon.

—No seas imbécil, Devon. —Luego se volvió hacia mí—. ¿Te parece bien todo esto?

Yo me encogí de hombros.

—Tiene que parecerme bien. La alternativa es dejarla volver a California cuando realmente necesita escapar una temporada y esa no es una opción para mí.

—Lo entiendo —dijo Tanner mientras empujaba a Devon por la puerta delantera—. Es una mujer que gusta fácilmente, pero no estoy totalmente convencido de que la atracción no sea mutua.

—Yo lo estoy —farfullé. Anna nunca me había dado ni una sola razón para pensar que quería algo más que una amistad—. Si habláis con mamá, decidle que pasaré por allí mañana por la noche.

Tanner asintió y se marchó después de lanzarme una mirada inquieta.

Cerré la puerta a su espalda y me dirigí de vuelta a la cocina. A mis hermanos les gustaba Anna, pero sabía que Tanner estaba preocupado de que estuviera metiéndome hasta el cuello en

esta situación. Dios, tal vez tuviera razón, pero haría una locura encantado si fuera necesario si eso significara que Anna estaba a salvo y feliz.



## Capítulo 10

*Anna*

—Esto es muy bonito —le dije a Kaleb con un suspiro de felicidad a la tarde siguiente. Habíamos ido a lomos de sus caballos hasta el pequeño río que cruzaba su finca, donde desmontamos para admirar las vistas.

Como había prometido, me prestó el caballo perfecto, una alazana árabe que llamaba Bella porque el nombre censado era demasiado complicado. Hacía mucho que no montaba a caballo, pero era tan educada y dulce que no importó realmente.

Era media tarde y la escena ante nuestros ojos parecía sacada de uno de los cuadros de su madre. Teníamos una vista perfecta de las montañas y el riachuelo estaba crecido y corría rápido por el deshielo.

El tiempo había cambiado por completo y ahora parecía primavera en Montana. Yo me había llevado la chaqueta, pero no la necesité con la sudadera y los *jeans* que llevaba. Kaleb había ido a Billings por la mañana para terminar algo de trabajo y yo había echado una ojeada a su increíble casa, empezando por la sala de música en la planta principal.

Estaba equipada con un piano de cola que era una alegría toca, varias guitarras y múltiples instrumentos de otro tipo que probablemente él no tocaba. Estaba decorada en colores relajantes que me hicieron relajarme lo suficiente para componer un poco.

Kaleb había llegado a casa a primera hora de la tarde, aún ataviado con un traje a medida que me dejó sin aliento. Después de pasar tiempo con él sin nada más que ropa informal, su *look* de empresario era un poco sorprendente, pero sin duda, no era poco atractivo. Era un hombre con muchas personalidades y yo las adoraba todas. Todas eran Kaleb y, por desgracia para mí, todas esas personalidades eran cautivadoras. El hombre era guapísimo, tanto si vestía de manera informal para el campo como si iba trajeado.

Algunos dirían que tenía rasgos duros, lo cual por lo visto era un afrodisíaco para mí. Estaba rodeada de hombres atractivos constantemente en Los Ángeles, pero nunca había querido arrancarles la ropa en cuanto los veía y explorar cada centímetro de sus cuerpos.

Kaleb me atraía muchísimo por una razón inexplicable y no era la clase de atracción que podía ignorar sin más. Dios sabía que lo había intentado.

—Solía venir mucho aquí a pescar cuando era más joven —mencionó Kaleb en tono informal—. Mi padre era amigo del antiguo propietario. Cuando la superficie se puso en venta

porque el propietario se mudaba a un clima más cálido al jubilarse, pude comprarla para añadirla a mi finca.

Habíamos recorrido gran parte de los terrenos de Kaleb y eran extensos.

—¿Ya no pescas aquí?

Él sacudió la cabeza.

—Solo un par de veces desde que soy el dueño. No tengo mucho tiempo para *hobbies*.

—Creo que deberías hacer tiempo —bromeé mientras caminaba por la ribera—. Si yo fuera dueña de este sitio, estaría aquí todo el tiempo. Es tan tranquilo.

—Ten cuidado —me advirtió Kaleb con voz grave a medida que me seguía—. Con esas zapatillas que llevas, la orilla resbalará. Está húmeda después de las nevadas.

En cuanto aquellas palabras salieron de su boca, mis pies aterrizaron en una porción resbaladiza de la orilla y noté que empezaban a deslizarse. Hice aspavientos, intentando recuperar el equilibrio, pero era una batalla perdida.

Dejé escapar un gritito de pánico al darme cuenta de que estaba a punto de caerme. Unos fuertes brazos me rodearon la cintura y me vi atraída contra el enorme cuerpo de Kaleb para que no cayera al agua.

Su risa fue cálida y grave mientras me empujaba hacia un punto seco contra un gran árbol.

—Te dije que resbalaba —afirmó con una sonrisa mientras me arrinconaba contra el árbol como si intentara mantenerme a salvo.

Alcé una sonrisa hacia él, pero seguía agitada después de haber estado a punto de aterrizar en las gélidas aguas del río.

—Ha estado cerca —dije sin aliento.

En un tono más serio, él respondió:

—Nunca te habría dejado caer, Anna. Te cubría las espaldas. Sé cómo es esto en esta época del año.

Mi cuerpo se relajó. Ya no estaba acostumbrada a que nadie cuidara de mí. No desde que mis padres habían muerto y nunca tan de cerca. Yo había tenido unas cuantas relaciones breves, pero nada como la cercanía que sentía cada vez que estaba con Kaleb. Me hacía sentir mareada de felicidad y totalmente a salvo al mismo tiempo. Mi corazón dio un vuelco al sentir el calor de su aliento en el rostro cuando se acercó más.

—¿Estás bien, Anna? —preguntó cuando nuestros ojos se encontraron.

No, en realidad no estaba bien en ese momento. El calor del enorme cuerpo de Kaleb estaba afectándome y lo deseaba tanto que apenas podía respirar. La amabilidad y preocupación en sus preciosos ojos verdes estaban a punto de aplastarme. Quise acercarme más y absorber esa calidez; regodearme en ella hasta que la frialdad que había experimentado en mi interior desde la muerte de mis padres por fin se derritió por completo.

—Kaleb —suspiré suavemente mientras rodeaba su cuello y acariciaba el cabello áspero de su nuca.

Sabía que estaba superando los límites de esta amistad, pero no podía contenerme de desear acercarme más a aquel hombre magnífico.

—¿Anna? —dijo con voz inquisitiva, los ojos pegados a los míos como si intentara leer mis acciones.

Yo lo miré fijamente sin pestañear, suplicándole con la mirada que me besara. Sabía que probablemente estaba mal. Kaleb no se sentía atraído por mí de esta manera. Pero si era totalmente erróneo estar tan cerca de él, ¿por qué parecía tan idóneo?

Como un hombre que hubiera perdido la paciencia de pronto, su gloriosa boca descendió sobre la mía con una intensidad atrevida que me sorprendió momentáneamente. Tomó mi boca como si fuera suya, enterró las manos en mi pelo e inclinó mi cabeza hasta lograr acceso para explorar a su antojo.

Me inundó la dicha a medida que me recuperaba de la conmoción de sentir sus labios cálidos sobre los míos y gemí contra su boca porque sabía y se sentía delicioso. Dios, sabía exactamente cómo volver loca de deseo a una mujer casi al instante, y me deleité en las sensaciones porque me había sentido muy fría y sola durante mucho tiempo.

Noté su beso de la cabeza a los pies y me encantó cómo me hacía sentir. Necesitada, querida, adorada, protegida y locamente deseada. Me hizo anhelar mucho más, pero eso no me impidió disfrutar del momento y de la forma en que Kaleb me besaba como un hombre desesperado. Luché por acercarme más, apretándome contra su cuerpo duro y musculoso mientras su lengua exploraba mi boca con posesividad.

Quise unirme con Kaleb y no marcharme nunca, y no parecía capaz de acercarme lo suficiente para reducir la intensidad de mi hambre casi insoportable de él. Entonces, de repente, liberó mi boca con un pequeño gemido.

—¡Joder! —maldijo con aspereza—. Lo siento, Anna. Ha sido un error.

Retrocedió hasta que ninguna parte de él me tocaba y de pronto volví a sentirme fría.

—¿Ha sido un error? —pregunté, la voz temblando de emoción mientras me apoyaba contra el árbol para sostenerme.

Yo le había dado señales. Él había respondido acercándose íntimamente a mí. Y ahora... ¿se arrepentía?

«¡Santo Dios! Soy una idiota», me dije. Por un momento, había sentido que me deseaba de verdad, pero por lo visto había sido un gesto impulsivo por su parte. Posiblemente, porque mis ojos suplicaban que me besara.

Mis ojos captaron su mirada y él sacudió la cabeza.

—No volverá a pasar. No debería haber pasado una vez. ¡Dios! Se supone que somos amigos. Se supone que debo protegerte, por Dios.

Se me cayó el alma a los pies. Él lamentaba una de las cosas más increíbles que había sentido en mi vida.

Aparté mi mirada de la suya.

—Está bien. No es como si nunca me hubieran besado.

Vale, me habían besado. Muchas veces. Simplemente nunca me había sentido como cuando me besó Kaleb. Tampoco me había sentido tan machacada porque ese momento tan breve e íntimo se hubiera terminado. En realidad, me dolía mucho que se arrepintiera de todo el interludio.

—Se supone que estás aquí para pasar el duelo y sanar —dijo Kaleb con voz áspera—. Ha sido un acto estúpido y muy egoísta por mi parte.

«¿Egoísta?», pensé. Aquello me llevaba a pensar que había querido besarme en cierta medida. O quizá solo fuera una ilusión por mi parte. Abrí la boca para preguntarle, pero cuando por fin volví a mirarlo, Kaleb parecía cerrado emocionalmente. Distante, esquivo, taciturno. No el mismo Kaleb que yo conocía y adoraba.

—Será mejor que volvamos —dijo con voz tensa—. Mi madre nos espera para cenar.

Yo había aceptado feliz la invitación a cenar porque tenía muchas ganas de conocer a Millie Remington.

Kaleb gesticuló hacia los caballos, indicándome que quería que yo fuera delante. Como de costumbre, me guardaba las espaldas.

«Olvidalo, Anna. Puede que fuera un error para Kaleb».

Ya que actuaba como si quisiera olvidar que el beso había ocurrido, permanecí en silencio y me dirigí de vuelta a Bella. Ese beso no era una experiencia que fuera a olvidar nunca, pero si eso era lo que él quería, intentaría fingir lo mejor posible que nunca se había producido. Kaleb había hecho mucho por mí. Se había complicado la vida para ayudarme y éramos amigos. Le debía esa consideración. Intentaría fingir que aquel beso no era nada.

El problema era que yo sabía que nunca olvidaría haber estado tan cerca de Kaleb, por mucho que lo intentara.



## Capítulo 11

*Kaleb*

—**E**speremos que le guste a tu madre, aunque no voy precisamente vestida para cenar con alguien a quien no conozco —dijo Anna mientras entraba en la cocina aquella noche.

Estaba preocupada por el atuendo informal que había traído consigo, pero se veía absolutamente preciosa.

Yo le había dicho que no se arreglara porque las cenas familiares eran siempre informales. Llevaba un par de *jeans* oscuros y una blusa roja llamativa y con vuelo que le quedaba impresionante.

Normalmente, Anna no utilizaba maquillaje pesado en su vida cotidiana, pero se había puesto una capa más pesada esta noche y ese pintalabios escarlata que decía *tómame* hacía sus labios aún más tentadores que antes.

Estaba jodido. Mi verga se puso dura al instante y tuve que apartar la vista de ella para contenerme de besarla como un loco otra vez, a pesar de que me odiaba a mí mismo por besarla la primera vez.

En realidad, ella no deseaba ese abrazo, pero había respondido con tanta dulzura que me costó soltarla. Era vulnerable y me detestaba a mí mismo por aprovecharme de su estado de ánimo antes. La deseaba y había tomado lo que quería sin pensar en lo que Anna podría necesitar de mí. Bueno, esa mierda no iba a volver a pasar. Esta noche me tenía firmemente bajo control y así se mantendría.

—Estás despampanante —le dije con franqueza—. Para Crystal Fork, estás arreglada. A mi madre le encantarás. Aquí nadie se arregla para una cena informal.

Yo llevaba unos *jeans* y un jersey gris de lana, que era prácticamente lo más arreglado que me veía mi madre a menos que me dirigiera a la oficina.

Ella asintió mientras dejaba caer su labial en el bolso que utilizaba. Anna estaba mucho menos habladora desde que la había besado y yo lo odiaba. Su humor menos que exuberante era otra prueba de que tocarla había sido un gran error. No sabía en qué estaba pensando cuando cedí al impulso de besarla.

Había bajado la mirada hacia ella, sentido su cuerpo curvilíneo contra mí, me encontré con sus ojos seductores y estaba completamente jodido. No había un solo pensamiento racional en mi mente en ese momento.

Fue tan dulce que perdí la cabeza por unos momentos. Sin embargo, me arrepentí al instante cuando terminó y vi la mirada confusa en el rostro de Anna. Las cosas entre nosotros habían cambiado después de aquel beso y lo último que quería era que ella se sintiera insegura sobre qué iba a recibir de mí. Solo tardamos cinco minutos en llegar a casa de mi madre cuando dejamos mi propiedad. Anna se movía nerviosamente cuando tomamos el camino de entrada del rancho de mamá.

—Estoy un poco nerviosa —confesó Anna mientras se toqueteaba el pelo—. Estoy a punto de conocer a una artista muy famosa.

Solté una risita.

—Conoces a gente mucho más famosa constantemente.

Joder, ella era una superestrella, pero cualquiera lo diría a juzgar por su reacción ahora mismo.

—Eso es distinto —dijo con inquietud—. Son músicos como yo.

Esta vez me reí porque no pude contenerme. Yo no me relacionaba con superfamosos ni superestrellas de la música, pero si tuviera que adivinarlo, probablemente ella era una rareza, una mujer a la que no le importaba ser una celebridad.

—Es una artista —añadió Anna con reverencia cuando finalmente llegamos a casa de mi madre.

Tuve que forzarme a no reír de nuevo. Anna también era una artista e increíblemente creativa. Curiosamente, no se creía nada especial a pesar de que millones de personas los adoraban a ella y su talento.

—Genial —dije en tono seco al ver los vehículos en la entrada—. Mis hermanos se han autoinvitado a cenar también.

—Qué bien —dijo Anna más contenta—. Me gustan.

—Tú no tuviste que crecer con ellos —contesté—. Debería haber sabido que estarían aquí si mamá cocinaba. Los dos odian cocinar.

Anna rio por primera vez desde que habíamos salido al río y el sonido hizo que me doliera el estómago. Había echado en falta ese sonido. Mucho.

Empezaba a depender de oír su risa y ver su sonrisa cada día para recordarme que la vida no trataba únicamente de trabajo. Anna también seguía enseñándome que la vida no debía ser seria a cada minuto del día.

Cierto, habíamos hablado de algunos temas serios, pero también reíamos mucho juntos.

—No te preocupes —le dije mientras tomaba la mano con la que se mesaba el cabello—. Estás guapa.

Empezaba a darme cuenta de que mesarse el pelo era un hábito nervioso, probablemente porque cuando salía a menudo la miraba el público.

Ella puso los ojos en blanco cuando llegamos al porche.

—Siempre dices eso.

—Siempre lo creeré —contesté.

Todo en Anna era bonito para mí, sin importar lo que hiciera con su aspecto.

Se abrió la puerta antes de que llegara a tocar el pomo.

—Ya estáis aquí —dijo mi madre alegremente—. Y has traído a tu amiga contigo.

Dio un paso atrás para que pudiéramos entrar.

Como de costumbre, Anna dio un paso adelante. Tal vez estuviera nerviosa, pero lo ocultaba bien.

—Hola —le dijo con calidez a mi madre mientras le tendía la mano—. Soy Anna. Estoy emocionada de conocerte. Soy una gran fan de tu obra.

Los ojos de mi madre centellearon.

—Y yo soy fan de tu música. No siempre escucho música clásica —dijo mamá mientras envolvía las manos de Anna entre las suyas—. Siento mucho lo de tus padres.

Anna me lanzó una mirada de sorpresa y luego su mirada volvió a mi madre, que me guiñó un ojo.

—¿De verdad pensabas que no lograría que Devon me lo contara todo? Ese chico nunca ha podido ocultarme un secreto.

La besé en la mejilla antes de entrar en la casa.

—Me lo temía —contesté, deseoso de matar a mi hermano por no dejar que Anna le contara a mi madre lo que quisiera.

Aunque tal vez no debería estar tan enojado. Mamá podía sonsacarle información a un agente de la CIA si quería, y significaba que Anna no tenía que volver a contar su dolorosa historia.

Cuando giré, Anna parecía aliviada de no tener que volver a relatar su historia, así que decidí que, después de todo, no mataría a mi hermano pequeño.

—Gracias —dijo Anna con cortesía—. Me siento agradecida de estar aquí. Crystal Fork es un lugar muy tranquilo.

—La mayor parte del tiempo. Los chicos ya están en la mesa —nos informó mamá—. ¿Comemos?

—Dime que no has dejado a esos dos solos con la comida —gemí.

—Les dije que no la tocaran hasta que llegáramos —respondió mamá despreocupadamente.

¡Bien! Eso significaba sin duda que ninguno de mis hermanos se atrevería a empezar a devorar la comida antes de que llegáramos a la cocina.

Ninguno de nosotros le faltaría el respeto a nuestra madre deliberadamente. Llevé a Anna a la gran cocina y la senté a la mesa. Me rugió el estómago al oler el pollo con *dumplings*. Era mi plato preferido y mamá lo sabía. Iba a intentar sonsacarme más información dándome mi cena favorita

—Huele fenomenal —dijo Anna cerrando los ojos e inhalando.

—Comed —ordenó mamá mientras gesticulaba hacia la mesa.

Mis hermanos alcanzaron sus productos preferidos como si alguien acabara de dar el pistoletazo de salida de una carrera de cien metros.

Los tres siempre habíamos sido un poco competitivos tratándose de comida. Eso no había cambiado mucho, a pesar de que hacía mucho que éramos hombres adultos. Teníamos mucho más apetito.

Mamá se aclaró la garganta.

—Tenemos compañía —dijo con firmeza—. No hace falta que comáis como si no hubierais visto un plato desde hace meses.

Devon le pasó un cuenco a Anna.

—Solo le estaba sirviendo los *dumplings* a Anna —explicó con soltura.

Tanner rio disimuladamente al ver la mirada de disgusto en el rostro de mi madre, que le lanzó a Devon una mirada de advertencia por mentir, pero no dijo nada. No hacía falta. Una mirada de decepción de nuestra madre era lo único necesario para hacer que Devon obedeciera.

—Estoy totalmente de acuerdo con vuestro plan de mantener en secreto la identidad de Anna

—dijo mamá cuando todos empezamos a comer—. Esta pobre chica necesita un poco de tiempo para sí misma sin que la reconozcan. Sinceramente, se veía tan distinta sin la melena rubia que yo no la habría reconocido si no supiera ya que era Annelise. ¿Qué puedo hacer para ayudar?

—Guarda el secreto —le dije—. No esperamos que mientras por nosotros, pero si la persona equivocada descubre que está aquí, Anna se verá saturada con la prensa encima porque se queda sola conmigo. No necesita eso ahora mismo. Y ya sabes cuánto le gustan el drama y los secretos a la gente en este pueblo.

Los habitantes de Crystal Fork eran personas buenas por naturaleza, pero cualquier chisme jugoso se propagaba como el fuego en la pequeña localidad.

—Quizás deberías ir despacio en lugar de llevarla directamente a la recaudación de fondos de primavera —dijo mamá pensativa.

—¿Como qué? —pregunté yo.

—Llévala al café Taza y Jarra mañana por la mañana. Deja que algunos se acostumbren a verla contigo antes de presentarte en la gala donde estará presente toda la localidad —sugirió mamá—. A Silas le encantará flirtear con ella.

—¿Taza y Jarra? —preguntó Anna—. ¿Quién es Silas? ¿Y por qué iba a flirtear conmigo?

Yo le dediqué una sonrisa de oreja a oreja.

—Taza y Jarra es el sitio más popular del municipio. Sirven café *gourmet* por la mañana y por la noche se convierte en el único bar del pueblo. Silas Turner es el dueño e intenta flirtear con todas las mujeres del pueblo. Tiene cuarenta y ocho años y es inofensivo.

—Café *gourmet* —dijo Anna anhelante.

Mi sonrisa se ensanchó; era consciente de que no tendría que obligarla a venir conmigo.

—Y los mejores rollos de canela de la zona —añadió Tanner dándose un descanso de su comida.

Anna se quedó con los ojos como platos.

—Me encantan los rollos de canela, pero yo no les encanto. Los dulces me hacen engordar muy rápido y mis trajes de escenario ya son muy ajustados. No he cuidado mucho mi dieta desde que murieron mis padres. Me he permitido demasiada comida reconfortante. Hace meses que ni siquiera miro una ensalada.

Mi madre se echó a reír.

—No veo ni un kilo de más en tu cuerpo, cariño. Puedes permitirte un rollo de canela.

Mamá estaba un poco relleña y siempre le parecía que todo el mundo estaba muy delgado, así que intentaba cebar a todos, tanto si necesitaban ganar peso como si no. Sin embargo, tenía razón en intentar convencer a Anna de que comiera lo que quisiera. Tenía curvas en los sitios adecuados, pero era esbelta. Además, ¿acaso importaba su peso? Si le apetecía un maldito rollo de canela o dos, debía comérselo. A mí me parecía que se había privado de demasiados placeres sencillos de la vida por el bien de su carrera.

Anna se encogió de hombros.

—La prensa es brutal con las mujeres del espectáculo a veces. Ven cada kilo de más.

Mamá sacudió la cabeza.

—Nunca dejes que nadie te diga que no eres hermosa, Anna. Sin importar cuánto peses. Las apariencias cambian con el paso de la vida. Lo que te hace bella es lo que tienes en la cabeza y en el corazón.

—Sé que es verdad —respondió Anna pensativa—. Pero cuesta recordarlo cuando trabajas en el espectáculo. Las apariencias lo son todo.

—No deberían serlo —musitó mamá descontenta—. Tocas el piano y cantas como un ángel. Eso debería ser más que suficiente para hacer feliz a la gente.

Anna la sonrió con calidez al responder:

—Gracias por el cumplido. —No contradijo a mi madre, a pesar de que las exigencias por su profesión no eran tan simples.

Me enfurecía que Anna siempre estuviera en exhibición y se esperase que fuera un cuerpo perfecto en cada concierto, foto o vídeo suyo. Estaba seguro de que la criticaban constantemente, pero sentí ganas de darle un puñetazo a cada persona que dijera algo negativo de ella.

Mamá dejó su cuchara vacía en el plato.

—Bueno —dijo con voz animada.

Mis hermanos soltaron una risita porque sabían exactamente lo que tocaba, al igual que yo. Mamá rara vez era sutil cuando quería más información.

—Ahora que nos conocemos un poco —prosiguió—, hablemos de esta supuesta amistad entre tú y mi codiciado hijo soltero.



## Capítulo 12



*Anna*

—**A**dores a tu madre totalmente —le dije a Kaleb mientras tomábamos una cerveza de pie en su cocina más tarde aquella noche.

Permanecimos en casa de su madre hasta pasada la medianoche y yo había disfrutado mucho de su compañía. Sí, me había interrogado sobre mi relación con Kaleb, pero fue bastante fácil negar una relación romántica porque era la verdad.

Curiosamente, Millie no tenía ninguna obra suya colgada en su casa. Me dijo que prefería contemplar las obras de otros artistas y que era a su difunto esposo a quien le encantaba tener su obra expuesta. Después de que falleciera el padre de Kaleb, Millie terminó descolgando todos sus cuadros para colgar otros de diversos artistas que había coleccionado a lo largo de los años. Habíamos pasado bastante rato mirando y hablando de su amplia colección de pinturas de otros artistas. Después de eso, charlamos de todo y de nada. La madre de Kaleb era una mujer interesante y era fácil hablar con ella de casi cualquier tema.

—La adoras, aunque no dejaba de intentar casarte conmigo —dijo Kaleb con ironía.

Yo resoplé por la nariz.

—No puedes culpar a una madre por intentarlo. Creo que está frustrada con todos sus «chicos» porque os negáis a sentar la cabeza.

Me parecía adorable que Millie todavía se refiriera a Kaleb, Tanner y Devon como «chicos». Tenía tres hijos muy ricos y poderosos de treinta y muchos y cuarenta años, y todavía los trataba como niños a veces.

También era realmente dulce que esos tres hombres trataran a su madre con muchísimo respeto, aunque seguramente estaban más acostumbrados a dar órdenes que a recibirlas.

Kaleb asintió.

—Aún más desde que mi padre murió. Tuvimos que encontrar la manera de superarlo juntos. Cambió toda la dinámica de nuestra familia.

—Ahora que tu padre se ha ido, creo que te sientes protector con tu madre como el hijo mayor —dije en voz baja.

No tenía que preguntarle lo que sentía. Lo veía en la forma en que interactuaba con su madre y ya sabía que Kaleb tenía una gran vena protectora.

—Creo que todos nosotros nos sentimos así —dijo en tono reflexivo—. Aunque no necesita nuestra protección. Probablemente ya te has dado cuenta. Dice lo que piensa.

Lo hacía, y esa era una de las cosas que me gustaban mucho de Millie. Era extremadamente amable, pero también era franca e iba al grano.

—¿Por qué no habéis sentado la cabeza ninguno de vosotros? —pregunté con curiosidad.

No era como si no tuvieran oportunidades. Todas las solteras del mundo harían prácticamente cualquier cosa para estar con uno de los hermanos Remington.

Kaleb se encogió de hombros.

—No creo que ninguno de nosotros esté totalmente en contra de tener una familia, a pesar de que Devon jura que no se casará nunca. Ya sabes que yo estoy casado con mi trabajo. Tanner fue el que más se acercó a dar el sí, pero su prometida lo dejó. Devon pasa el tiempo libre que tiene trabajando en su música y en otros de sus *hobbies*. Tal vez ninguno de nosotros ha conocido a la mujer adecuada. Creo que a todos nos gustaría tener a alguien que nos ame por los motivos correctos, pero nunca ha pasado.

Dios, entendía aquello mejor que la mayoría de la gente. Me parecía triste que muchas mujeres probablemente solo vieran poder y dinero cuando miraban a cualquiera de los Remington. Todos ellos tenían mucho más que ofrecer.

—¿De verdad vas a llevarme a Taza y Jarra por la mañana? —pregunté. Me moría de ganas por ver el pueblo donde había crecido Kaleb y había oído muchas de las historias sobre algunos de los lugareños y negocios locales durante la cena.

—Probablemente es la mejor manera de poner a prueba este plan —respondió Kaleb pensativo—. Aunque no me enloquece la idea de exponerte a nada que pudiera dañarte de ninguna manera. Y ya que hablamos del tema de que pudieras hacerte daño, ¿has vuelto a llamar a tu agente acerca de cómo ha levantado rumores en California? Dudo en llamarlo tu amigo. Si realmente le importaras tanto, no estaría presionándote para ver dónde te alojas. Debería ser más sensato. No confiarás tanto en él si no le contaste dónde ibas en primer lugar.

Yo suspiré.

—Mi relación con Ray es complicada. Lo conozco desde que era niña. Papá pensaba un mundo de él, pero yo nunca conseguí sentirme tan unida a él. No tenemos casi nada en común, pero me empuja a ser siempre la mejor música y artista que puedo. No lo llamaría amigo íntimo, pero confío en él porque mi padre lo hacía. A veces siento que cruza los límites entre agente y clienta, pero lo dejo pasar porque era importante para papá.

—¿Cómo eran tus padres? —preguntó Kaleb—. No hace falta que respondas si es demasiado doloroso.

Pensé un instante antes de responder.

—Estábamos unidos, pero no tanto como tú a tu familia. Parece que pasamos la mayor parte de mi vida adulta hablando de mi carrera porque papá trabajaba para mí. Mi madre era cajera en un supermercado cuando yo era más joven, pero dejó de trabajar cuando se mudaron a California conmigo. Me aseguré de que nunca se arrepintieran de aquella mudanza.

—Seguro que sí —respondió Kaleb—. Parece que hasta cierto punto eran padres representantes. Puede que no en el mal sentido, pero estaban bastante implicados en tu carrera.

—Es una valoración justa —convine a regañadientes—. Pero estaban increíblemente orgullosos de mí y no creo que todo fuera malo. Aún era adolescente cuando despegó mi carrera y era muy ingenua cuando me mudé a Los Ángeles. Era una chica de Montana en una gran ciudad. Para ser sincera, fue aterrador cuando mi carrera despegó tan rápido. Mis padres me

ayudaron mucho a mantener los pies en la tierra y a estresarme menos por todo. Después se retiraron, cuando ya tenía bastante experiencia. No puedo decir que microcontrolaran mi carrera cuando me hice lo bastante mayor para tomar buenas decisiones. Las cosas eran geniales entre nosotros cuando decidieron jubilarse en Newport Beach. Aún podíamos vernos y finalmente pudimos hablar de algo aparte de mi carrera. Estaban disfrutando de su vida y lo único que aún administraba mi padre eran mis libros e inversiones. Decía que necesitaba algo que lo mantuviera ocupado cuando no estaba en el mar con mamá.

—Era muy meticuloso al respecto —me dijo Kaleb arrojando su botella vacía a la basura—. Todavía me queda bastante que revisar, pero parece que mantenía buenos registros. Eché un vistazo rápido esta mañana después de que me enviaras los archivos.

—Ahora que papá no está, me gustaría mucho aprender sobre mis propias inversiones —dije con franqueza—. Ray no es gestor financiero ni de inversiones y me gustaría quitárselo de encima.

Aún necesitaría un asesor de patrimonio para mis inversiones y un representante de negocio, pero yo quería aprender algo. Cosas que debí haberle pedido a mi padre que me enseñara, pero nunca tenía tiempo. Simplemente no me parecía correcto tener a Ray manejando nada excepto sus responsabilidades como mi agente. Ahora que pensaba con un poco más de claridad, sabía que era algo que debía gestionar lo antes posible. Yo solía tener controlado todo lo que había que hacer, pero había sido muy lenta en cuanto a darle a otra persona una responsabilidad que había sido de mi padre.

Kaleb asintió.

—Te enseñaré lo básico. ¿Quieres que te recomiende a algunas personas en quienes puedes confiar para tus inversiones?

—Por favor —respondí agradecida.

Permanecimos unos instantes en silencio, y no era nuestro habitual silencio cómodo. Ahora que habíamos terminado de hablar de su familia y mi negocio, era como si ninguno de los dos supiera qué más decir. Las cosas se habían puesto un poco incómodas entre nosotros por el maldito beso. Ahora notaba la reticencia de Kaleb a intimar demasiado. Se mostraba distante y yo lo detestaba.

Antes de que sacudiera mi mundo con ese beso abrasador en el río, podíamos decirnos cualquier cosa sin dificultad el uno al otro. Ahora sentía que nos rondábamos con cuidado. Tal vez yo también estuviera siendo cauta también. No podía decirle que lo único que quería de él ahora mismo era desnudarlo. Ya ni siquiera podía mirarlo sin desear que me follara. Nuestra relación había cambiado por completo después de la excursión al río y extrañaba de veras la cercanía y camaradería que teníamos en la cabaña.

Sí, básicamente siempre me había atraído. La diferencia era que ya no parecía capaz de controlarlo o compartimentarlo. Había tenido una pequeña muestra de lo que era estar físicamente cerca de Kaleb Remington, y ahora mi mente iba ahí cada vez que lo miraba.

«¡Joder!». Quería encontrar el camino de vuelta a dónde estábamos antes. No quería que las cosas siguieran tan incómodas entre nosotros.

—Kaleb —dije dubitativa, no muy segura de cómo arreglar las cosas.

—Déjalo, Anna —dijo Kaleb con voz ronca—. Cometí un error idiota.

Ahí estaba de nuevo esa palabra. Por supuesto, sabía exactamente qué iba a preguntarle. Mentalmente, solíamos estar en sintonía el uno con el otro, a pesar de que no pareciéramos capaces de hablar como antes.

No me cabía duda de que él sentía la misma tensión cociéndose entre nosotros desde ese estúpido beso. De pronto, me pudo el genio. O tal vez no fuera mi genio. Me sentía francamente dolida.

—Detesto de veras que me llamen *error* —dije airadamente.

—No te he llamado *error* a ti—dijo en un tono igualmente molesto—. Lo que pasó entre nosotros en el río fue un error.

—¡Me besaste tú! Kaleb, a mí, lo cual me convierte a mí en el error.

—Nunca podrías ser un error para mí. Me importas y fue una gilipollez egoísta —dijo con dureza—. Tú no lo pediste. Ni siquiera te atraigo. Eres vulnerable ahora mismo. También has pasado por un calvario. ¿Qué clase de hombre se aprovecha de eso?

Sí, era un poco vulnerable y a veces me sentía sola y aislada, pero esa no había sido mi motivación principal cuando deseé que me besara. No deseaba tener a alguien. Lo deseaba a él y sabía quién quería que me tocara exactamente.

—Por Dios, Kaleb, sí lo deseaba —le dije, exasperada de que se culpara por lo que había pasado. ¿Había olvidado ese hombre irritante que yo le había devuelto el beso con mucho entusiasmo?—. ¿En serio intentas decirme que no te diste cuenta de que mis besos te suplicaban que me besaras? Puede que fuera un error para ti, pero yo no me arrepentiré de ese momento nunca, jamás. Ningún hombre me ha besado así. Puedo dejar de hablar de ello después de esta noche si eso es lo que quieres porque te arrepientes de cada momento de ese interludio. Pero yo lo deseaba y puedes dejar de sentirte culpable por ello. Si no hubieras parado tan de repente, probablemente te habría suplicado que me pusieras contra el árbol y acabaras con esa tortura. Siempre me he sentido atraída por ti. Y ya que estamos, sí, soy un poco vulnerable, pero soy una mujer adulta y tú sigues siendo el hombre más atractivo que he visto en toda mi vida.

Inspiré hondo porque me había quedado sin aire.

«¡Ay, Dios!», pensé. ¿De verdad acababa de vomitarle todas aquellas palabras sin pensarlo dos veces? La mayor parte del tiempo era una persona bastante serena y paciente, pero... Por mucho que adorase a Kaleb, a veces podía ser el hombre más testarudo e irritante del planeta. Aunque me encantaba su instinto protector, debía entender que yo era mayorcita y perfectamente capaz de apartar cualquier cosa que no quisiera. Y eso lo incluía a él. Era una locura que no viera cuánto había deseado aquel beso. Cuánto lo deseaba a él. Quizás porque estaba demasiado ocupado arrepintiéndose y sintiéndose culpable.

Kaleb me miró como si no hubiera comprendido del todo mi diatriba, los ojos verdes plagados de una emoción que yo no entendía.

—¿Has terminado? —preguntó con voz grave.

Evidentemente, el deseo me nublaba la mente. No lo leía tan bien como en la cabaña.

—Sí, he terminado —dije en voz baja mientras tiraba la botella de cerveza a la basura—. Solo necesitaba decirte lo que sentía. Es totalmente ridículo que te culpes por algo que quería desesperadamente.

Él se acercó más hasta arrinconarme contra la encimera.

—Yo tampoco lo olvidaré nunca y me siento atraído desde el primer día, Anna —gruñó mientras me miraba fijamente, el gesto indescifrable—. Pensaba que había sido un error porque tenía la impresión de que había cruzado un límite contigo que no debería haber pasado. Tampoco tendrías que suplicarme nunca que te folle. Sería algo seguro si pensara que es lo que tú quieres. Pero también te respeto a ti y tu salud mental. Estás en duelo y emocionalmente agotada.

Se me cortó la respiración cuando nuestros ojos se encontraron y vi el deseo ardiente en sus

bonitos ojos verdes.

—¿Y si te dijera que creo que eres exactamente lo que necesito ahora mismo? —pregunté en voz baja—. No pido una especie de compromiso o relación, Kaleb. Lo único que quiero es a ti durante el tiempo que podamos estar juntos. Por una vez, me gustaría vivir el momento y olvidar que soy Annelise Kendrick.

Él se mesó el cabello con una mano, frustrado.

—Entonces diría que cuando vuelvas a sentirte entera y sana, todo lo que tienes que hacer es decirme que aún deseas lo mismo. Dios sabe que nunca podría rechazar la oportunidad de volver a tocarte, aunque probablemente no debería. Mi vida está aquí y la tuya está en Los Ángeles. Pero yo también estoy dispuesto a aceptar el tiempo que tengamos, aunque tú decidas que solo quieres que sigamos siendo amigos.

Me dolió el corazón y quise decirle que estaba preparada ahora. Pero, sinceramente, no podía hacer eso. No estaba segura de poder estar con Kaleb sin que me liara la cabeza por completo. Esto se trataba de algo más que sexo para mí. Me sentía mucho más centrada y menos vacía cuando estaba con él, pero debía asegurarme de tener la cabeza ordenada, por mucho que lo deseara ahora mismo. Kaleb se merecía a una mujer entera, aunque solo fuera por un tiempo.

Asentí despacio porque tenía un nudo en la garganta que no dejaba salir las palabras. Como necesitaba estar cerca de él, deslicé los brazos en torno a su cuello. Los suyos me envolvieron fuertemente, sosteniéndome como si nunca fuera a permitir que nada ni nadie me lastimara. La cercanía no era sexual. Era reconfortante. Kaleb era protector con la gente que le importaba; eso era algo que adoraba en él. Permanecimos así mucho tiempo antes de separarnos finalmente para irnos a la cama sin una palabra más del tema.



## Capítulo 13



*Kaleb*

—¿Estás lista para esto? —le pregunté a Anna mientras aparcaba mi camioneta en la calle principal, al otro lado de la calle donde estaba Taza y Jarra.

Me volví hacia ella, que me miró a los ojos asintiendo con confianza.

«¡Dios!». Todavía no me había acostumbrado a que sus ojos fueran azules. Para mí, cambiaba completamente su aspecto. Aún veía la emoción en su mirada hasta cierto punto, pero muy enmascarada tras las lentillas azules. Eran muy buenas. Si no conociera a Anna personalmente, juraría que era su color natural.

Iba ataviada con una sudadera azul claro y un par de *jeans* viejos. Se había maquillado un poco, pero no llevaba el pintalabios rojo pasión de la noche anterior. Tenía los labios de un tono más apagado y mate. Tenía buen ojo para lo que cambiaba un poco sus rasgos faciales. Probablemente porque llevaba mucho tiempo intentando disfrazar su apariencia.

Había decidido aquella mañana temprano utilizar el nombre de Anna Moore, porque ya había usado ese pseudónimo antes y estaba acostumbrada a responder al nombre.

—Necesito un café —dijo en tono lastimero mientras abría la puerta del copiloto—. Ma sacaste de casa antes de que me diera tiempo a tomar mi dosis.

Reí entre dientes. Se había tomado un café. No la había privado completamente.

—No daba tiempo. Ya empezamos tarde.

—Apenas son las ocho y media —dijo malhumorada.

Sonreí. Anna no era madrugadora. Al menos no hasta haber tomado dos o tres cafés.

—Crystal Fork es un pueblo de ranchos y granjas. La gente amanece antes del alba todos los días y recoge las calles cuando oscurece. Si alguien quiere algo que no tenemos aquí, en Crystal Fork, va a Billings.

—Supongo que ya no estoy en Los Ángeles —bromeó al salir del auto. Cuando fuimos a cruzar la cuadra, dudé por un momento, cuestionando todo el plan. Exponer a Anna a cualquiera iba en contra de todos los instintos protectores que tenía.

—Estaré bien, Kaleb —dijo rozándome el antebrazo con delicadeza—. He hecho esto antes sin ir tan bien disfrazada. Quiero estar cómoda de verdad aquí. Pienso quedarme una temporada.

Joder, me gustaba la idea, pero aun así...

—¿Y cómo salió todas las demás veces? —pregunté pensativo.

Anna me sonrió.

—A veces funcionaba y otra vez terminaban reconociéndome. Siempre era difícil ocultar la melena rubia. No entraba en un sombrero y si actuaba como si me disfrazara deliberadamente, la gente tendía a verme más. Hoy me veo diferente, Kaleb. No creo que nadie vaya a acusarme de ser Annelise.

Probablemente tenía razón. La gente tal vez pensaría que le resultaba familiar. Pero se veía tan distinta de su *alter ego* ahora mismo que sería difícil ubicar dónde la habían visto antes.

—Sigue sin gustarme —farfullé.

—Confía en mí —suplicó—. Si creyera que es tan arriesgado, no estaría aquí. Sé que intentas protegerme, pero yo también quiero protegeros a ti y a este pueblo. Vamos a tomar un café. Solo tengo un ojo abierto ahora mismo.

Dejé escapar un profundo suspiro cuando cruzamos la calle.

Anna sabía lo que hacía y quería sentirse como una visitante corriente de Crystal Fork. Ni que no hubiera vivido toda su vida adulta con esta mierda. Necesitaba sentirse normal y costaba negarle algo tan importante para ella. Además, yo estaría allí si pasaba algo malo. Era mejor a que estuviera sola o con otra persona cuando se presentara al pueblo. Le abrí la puerta, ignorando el tintineo familiar de las campanas al abrirse esta. Me sentí aliviado al ver que solo había unas cuantas mesas ocupadas cuando entramos. Taza y Jarra era un lugar de encuentro y a veces se llenaba.

La dirigí en línea recta hacia el mostrador largo de madera que también hacía las veces de barra por la noche. Anna se deslizó sobre un taburete como si hubiera ido un millón de veces a ese sitio.

Silas salió de la trastienda. Levantó una mano en gesto de saludo hacia mí y se detuvo de repente al ver a Anna.

—Eres nueva aquí —dijo el hombre más mayor mientras se acercaba a un lugar justo frente a ella.

Ella le lanzó su sonrisa más dulce.

—Sí. Estoy visitando este pueblo precioso y he oído que este es el mejor sitio donde tomar un café increíble.

Silas me lanzó una mirada inquisitiva antes de volver a mirar a Anna con una sonrisa de oreja a oreja.

—Has oído bien. ¿Qué va a ser?

—¿Cualquier cosa con mucha cafeína y leche espumosa? —preguntó esperanzada con una mirada de anhelo en la cara.

«¡Dios!», pensé. ¿Había algún tipo en el mundo capaz de negarle algo a esta mujer cuando lo pedía con tanto encanto? Silas no, obviamente. Pareció embelesado al instante con la mujer frente a él. Se acarició la barba plateada mientras miraba radiante a Anna.

—Enseguida te lo pongo, cielo. ¿Quieres el café tan dulce como tú? Aunque una chica tan guapa no necesita más dulzura.

Anna batió las pestañas.

—Sí, por favor.

Puse los ojos en blanco. Probablemente había escuchado aquellas palabras de boca de Silas mil veces. Ese hombre nunca dejaba de intentar cautivar a cualquier mujer que entrara en su establecimiento.

—El café, Silas, y ponle también un rollo de canela —dije un poco impaciente—. Yo tomaré

lo de siempre.

Dejé caer el trasero en un taburete junto a Anna mientras observaba a la gente en la sala. Me alegró ver que conocía todos los rostros. La mayoría estaba disfrutando de un café antes de abrir su negocio a las nueve. Sí, todo el mundo miraba fijamente, pero no de manera diferente a como mirarían a cualquier extraño en el pequeño pueblo. Yo seguía un poco tenso, pero me relajé un punto porque nadie miraba a Anna como si acabara de ver a Annelise.

—¿Por fin te has echado novia, Kaleb? —preguntó Silas mientras empezaba a preparar el café.

A veces se movía como un hombre de la mitad de sus años, especialmente cuando servía un café sofisticado con mano experta o una cerveza de grifo.

Yo sacudí la cabeza y él me lanzó una mirada perpleja.

«¡Joder!», pensé frustrado. Adoraba este pueblo y a la mayoría de la gente aquí, pero en ocasiones detestaba la forma en que todo el mundo esperaba conocer mis asuntos.

—Como ha dicho ella —respondí con pocas palabras—, está aquí de visita.

Anna se presentó alegremente a Silas y le contó su tapadera acerca de cómo estaba aquí por negocios.

—Silas Turner, señorita —dijo el hombre más mayor mientras deslizaba una taza cubierta de nata montada frente a Anna—. Pero puedes llamarme *novio*.

Desconcertada, Anna sacudió la cabeza.

—No puedo.

—¿Por qué no? —preguntó Silas con el ceño fruncido mientras le colocaba el rollo de canela delante.

—He oído rumores sobre ti, Silas Turner —bromeó Anna—. No eres hombre de una sola mujer y a mí me gusta un hombre que sabe ser fiel.

Silas rio entre dientes porque le gustaba la actitud descarada de Anna.

—Renunciaría a todas por ti.

Anna removi6 el café para mezclarlo con la nata y levantó el tenedor para devorar su rollo de canela.

—Seguro que todos los infieles encantadores dicen eso —contestó livianamente.

Silas volvió a reírse mientras me servía el café desde el otro lado de la barra.

—Es una peleona —comentó.

—No tienes ni idea —dije llanamente mientras tomaba mi café.

—Espero que le enseñes el pueblo y os divirtáis un poco mientras esté aquí. Te vendría bien un rayito de sol como ella —contestó Silas seriamente, abandonando el tono de flirteo—. Trabajas demasiado. Tu madre me lo dice constantemente.

—¿Y tú puedes hablar de trabajar demasiado? —le pregunté—. Nunca te molestaste en jubilarte y llevas toda la vida trabajando duro.

—Me moriría de aburrimiento si no tuviera nada que hacer. Y solo trabajo aquí por la mañana la mayor parte del tiempo. He contratado ayuda para llevar el bar por la noche. Yo sé divertirme, chaval, y soy mucho más mayor que tú. Tú y tus hermanos estais desperdiciando vuestros mejores años.

Abrí la boca para responder, pero sentí una mano que tocaba mi hombro.

—Hola, Kaleb. ¿Vas a presentarme a la chica nueva del pueblo? —preguntó una voz suave de mujer.

Me volví para ver a Tina, una mujer casi de la edad de mi madre, dueña de la única

peluquería del pueblo.

Anna dejó de tomar su café y su rollo de canela como si los necesitara para respirar y sonrió a Tina. No esperó a que yo hiciera las presentaciones para dirigirse a la mujer con una sonrisa de oreja a oreja.

—Soy Anna Moore.

Tina se presentó y Anna empezó a hablar con la mujer como si fuera una vieja amiga. Debía reconocérselo. Si no fuera ya una superestrella de la música, probablemente podría ser actriz. Consiguió hacer sonreír y charlar a Tina en un santiamén preguntándole por su peluquería. Tenía mano con la gente. Casi con total probabilidad porque presentían que estaba sinceramente interesada en lo que tenían que decir. Al final, se formó un grupo a nuestro alrededor para conocer a Anna. Nadie sospechaba que estaba conversando con Annelise.

—Mira eso —comentó Silas con un bufido mientras se situaba frente a mi taburete en la barra—. Has vivido aquí casi toda tu vida, te has convertido en un empresario muy rico y poderoso, y tu amiga es más popular que tú.

—Es más guapa que yo —le dije al señor mientras empezaba a relajarme.

—No te lo discuto —respondió Silas—. También es más dulce. —Apoyó los codos sobre la barra, acercándose más a mí para que nadie lo oyera—. ¿Quieres un consejo?

—No especialmente —dije con franqueza.

Silas ignoró mi comentario.

—Vale la pena. ¿Está soltera?

—Sí —respondí a regañadientes.

—Es la clase de mujer que lamentarás dejar marchar —me aconsejó.

Yo solté un suspiro de exasperación.

—Somos colegas y amigos —le recordé.

—No soy tonto, Kaleb —respondió—. Veo cómo la miras. No puedes quitarle los ojos de encima y ella te mira igual a ti. Si no tienes nada más que una relación profesional o una amistad con esa chica, eres bobo.

Silas se marchó de pronto para atender a un nuevo cliente, pero sus palabras me hicieron preguntarme cuán obvio era que me sentía muy atraído por Anna. Mi mirada seguía pegada a ella, a pesar de que acababa de hablar con Silas, pero no podía evitarlo. Primero: estaba allí para protegerla. Y segundo: si estaba en la misma habitación que yo, mi mirada parecía no aterrizar en nadie más que en ella.

No solo era preciosa, sino que me fascinaba. Me sorprendía sinceramente lo bien que convencía a la gente de que solo era una persona normal. Bueno, tal vez se debiera a que ella no se sentía como alguien especial.

Anna reía de algo que había dicho alguien cuando nuestras miradas se cruzaron. Durante una milésima de segundo, me hizo sentir como si fuera la única persona de la sala antes de devolver su atención a la mujer que hablaba. Y me gustó cómo me hizo sentir eso. No se trataba únicamente de deseo entre Anna y yo, a pesar de que me había costado mucho no tomar exactamente lo que quería la noche anterior. Los dos estábamos conectados de una manera inexplicable que nunca había experimentado. Se me había ocurrido una o dos veces que quizás había una razón por la que me sentí llamado a ir a la cabaña. Era una idea extraña para mí, ya que yo era un hombre que no creía en nada que no pudiera demostrarse con hechos reales o con la ciencia. Pero, en ocasiones, me preguntaba si la razón por la que había ido a la cabaña cuando lo hice fue para conocer a la mujer sentada a unos metros de mí.

El problema era que, ahora que nos habíamos encontrado, no estaba seguro de cómo demonios iba a verla marcharse.

---



---

## Capítulo 14

---

*Anna*

—Este debió pintarlo en la cabaña —dije, completamente maravillada al mirar el cuadro que Millie Remington había donado para la subasta.

Kaleb y yo estábamos trabajando en aquel sitio desde la mañana. La recaudación de fondos se estaba celebrando en el parque justo a las afueras de Crystal Fork. Probablemente porque era el único espacio lo bastante grande para dar cabida a casi todo el pueblo.

El clima era perfecto. Cálido, sin una nube en el cielo.

El trabajo no me había resultado muy laborioso. Había mucho músculo para colocar las mesas y yo terminé ayudando a Millie a organizar cajas de artículos para que llegaran a las mesas correctas. La madre de Kaleb por fin nos despidió a ambos aquella tarde y dijo que nos tomásemos un descanso para ver la comida y lo que había en venta.

Aunque la gente nos miraba, yo sabía que no lo hacían porque supieran que era Annelise. Se fijaban en nosotros porque se preguntaban cuál era mi relación con Kaleb. Él y sus hermanos eran, probablemente, los solteros más codiciados en Montana.

Por fin llegamos a la zona donde se exhibían los artículos en subasta. El cuadro de Millie estaba en una plataforma en el centro, con otros artículos expuestos en diversas mesas a su alrededor.

El cuadro era más grande que el mío y decidí de inmediato que lo necesitaba. No había salido mucho de la cabaña después de que amainara la tormenta, pero enseguida reconocí el valle y algunos de los árboles que había visto antes de que Kaleb y yo montáramos en su helicóptero.

El valle era verde y frondoso, moteado de tantos jacintos que era absolutamente imponente. No era de extrañar que la madre y el padre de Kaleb adorasen tanto su lugar de retiro. Ver el cuadro me hizo desear haber estado en la cabaña cuando florecieron los jacintos.

—Voy a pujar —le dije.

—No —dijo Kaleb en voz baja—. Yo gano los cuadros de mi madre todos los años. ¿Cómo crees que conseguí los que están colgados en mi casa? Te regalaré este si lo quieres. No tiene sentido que intentemos superarnos en la puja.

—Te pagaré el precio ganador —insistí.

—Ni hablar —respondió gruñón—. Acéptalo como un regalo o entraremos en una guerra de pujas. Y te garantizo que puedo permitirme ganar.

Le golpeé el brazo jugando.

—¿Por qué tienes que ser tan obstinado?

Él me sonrió de oreja a oreja y mi corazón dio un vuelco. Estaba tan guapo con *jeans* y esa maldita camiseta, que abrazaba amorosa su cuerpo musculoso.

—Mi obstinación es sincera —me dijo en tono divertido—. Has conocido a mi madre, y mi padre era igual de gruñón cuando se le metía algo en la cabeza. Y ahora mismo yo estoy decidido a regalarte ese cuadro.

Me rendí porque reconocí el gesto testarudo en su rostro.

—Gracias —dije en tono sincero—. Sería el regalo más increíble que he recibido nunca.

Él asintió, a todas luces satisfecho por haberse salido con la suya, y seguimos mirando los demás artículos.

—Es una sensación muy extraña, ser normal —confesé mientras acariciaba una bonita bufanda hecha a mano—. Hacer cosas normales.

—Se te da muy bien ser una persona normal —me dijo Kaleb—. Ni siquiera han cuestionado tu identidad.

—No crecí siendo estrella del pop —le recordé—. Solo era una chica rara a la que le gustaba la música y no socializaba bien con la mayoría de mis compañeros de clase. Te conté una vez que siempre fui diferente. Nunca encajé del todo en el colegio. Tenía amigos, pero eran personas diferentes, como yo. Lo único que quería hacer siempre era tocar el piano. Siempre tenía la cabeza en otro sitio y la mayoría de los niños de mi edad pensaba que era peculiar.

—Lo eres —bromeó Kaleb—. Pero solo en el mejor de los sentidos. Eres única, Anna, y tienes talento. Creo que preferiría destacar como peculiar que seguir al rebaño. Pero lo entiendo. De niño, solo quieres encajar.

—Encajo mejor como adulta —le dije—. Muchos músicos son un poco excéntricos.

—¿Como Devon? —preguntó Kaleb secamente.

—Tiene verdadero talento —le respondí con sinceridad—. Toca la guitarra como un profesional y es muy creativo musicalmente.

Los hermanos de Kaleb se habían dejado caer por casa la víspera. Devon y yo terminamos en la sala de música después de que se ofreciera a ayudarme con sus comentarios sobre una canción que yo estaba componiendo.

Tomó una guitarra y se sentó a mi lado mientras yo tocaba la canción al piano. Finalmente resolvimos juntos las partes que no tomaban forma para mí.

—Se parecía mucho a ti en el colegio —comentó Kaleb—. Si no le hubiera interesado tanto el negocio, creo que habría hecho la carrera de Música.

—Desde luego, tiene la capacidad para ser músico profesional.

—Al igual que Tanner podía haber sido artista y haberse ganado bien la vida con ello —dijo Kaleb pensativo.

—Y tú podrías haber sido ebanista —comenté—. Pero, en lugar de eso, todos terminasteis siendo magnates poderosos. A veces es extraño cuánto se ven impactadas nuestras vidas para siempre por nuestras decisiones cuando somos jóvenes. Creo que nunca me di cuenta de lo diferente que resultaría ser mi vida cuando decidí hacer ese disco en Los Ángeles. En retrospectiva, fue una decisión crucial. No estoy segura de dónde estaría de no haber hecho eso. Seguiría tocando el piano, pero no tengo ni idea de dónde me habría enviado Juilliard después de eso.

—Dijiste que no te arrepientes de nada —señaló Kaleb.

Sacudí la cabeza mientras volvíamos juntos a pie hacia los puestos de comida.

—En realidad, no —respondí—. Volvería a hacer lo mismo si pudiera elegir, pero eso no significa que no extrañe ser una persona corriente a veces. Si tuviera que volver a hacerlo, creo que me inclinaría más por escribir música pop que actuar en grandes giras. He escrito canciones para otros artistas y es algo que me encanta hacer. Nunca he necesitado cantar una canción que he compuesto para sentir que he conseguido algo. Lo que me encanta es el proceso creativo y oírlo cobrar vida. Por eso hago lo que hago.

—¿No echarías de menos la atención y la adoración? —preguntó en serio—. Tienes una voz alucinante y a Annelise la adoran millones.

Pensé un momento en su pregunta antes de responder.

—Me gusta ser reconocida por mis logros, pero no, no echaría de menos la locura de que me persigan los medios de comunicación por un artículo ni que me rodee la multitud en un evento. Y renunciaría encantada a ser una maestra del disfraz. Creo que siempre he sido una persona muy privada que fue arrojada al escrutinio público. He aprendido a sobrellevarlo y me encanta llevarle mi música a las masas. Pero las estrellas del pop suelen tener una vida útil. Sé que hay excepciones, pero ya ni siquiera se habla de muchos de los artistas que yo escuchaba cuando era joven. Las mujeres nos hacemos mayores y nos reemplaza alguien más joven. Antes de que eso ocurra, me gustaría retirarme de las giras en mi carrera y concentrarme en componer.

—Solo tienes treinta y cinco años, Anna —protestó Kaleb.

—Cumpliré treinta y seis en unos meses. Tal vez esté en esa edad en la que empiezo a buscar alternativas para mi futuro. Quiero tener un hijo algún día. Como no he encontrado pareja, me gustaría adoptar, y me niego a dejar a un niño atrás mientras me paso la mayor parte del año viajando —dije con franqueza.

—¿Hablabas totalmente en serio acerca de no querer seguir haciendo giras? —preguntó Kaleb con voz grave.

—No estoy segura de que sea una opción para mí ahora mismo —le dije—. Quiero tener una seguridad económica para poder hacer lo que quiero hacer. Nunca ganaré tanto dinero como ahora haciendo otra cosa y soy totalmente consciente de que la fama suele ser pasajera. Nunca me he autoengañado pensando que estaré en la cima eternamente. La mayoría de las estrellas del pop no lo están y yo he sido afortunada. He tenido una carrera muy buena. He sido relevante durante diecisiete años ahora.

—Entonces, ¿estás buscando un plan de reserva? —preguntó Kaleb con un barítono grave y pensativo—. A pesar de que eres muy joven y famosa.

Yo resoplé por la nariz.

—Solo te parezco joven porque eres más mayor que yo. Yo me siento mayor porque veo a mujeres jóvenes y con talento, adolescentes y veinteañeras, que entran en mi sector. Exige mucha energía hacer una gira como las mías. Solía hacerlas sin pensarlo. Ahora tengo que vigilar las calorías y mantenerme en forma para hacer un concierto tras otro. Es agotador física y emocionalmente, y desde luego, no va a ser más fácil a partir de ahora. Solo estoy siendo realista. Tal vez siga siendo increíblemente popular durante años, pero siento que siempre estoy esperando a volverme irrelevante. Quizás no tenga sentido para ti...

—Racionalmente —interrumpió—, entiendo tu forma de pensar. Supongo que nunca he pensado cómo sería tener una carrera que bien podría tener fecha de caducidad.

—Tal vez porque no eres una mujer que debe verse bien para gente más joven con ropa reveladora —dije en tono seco—. A los hombres como tú se los considera buenísimos a los

cuarenta años. A las mujeres de la industria del espectáculo se las considera mayores y menos deseables.

—Vale, ahora tengo que estar en desacuerdo —dijo Kaleb en voz baja y sexi—. Tu música te ha mantenido relevante y serías deseable a cualquier edad, Anna.

Giré la cabeza y me topé con su mirada. Mi corazón dio un vuelvo al ver el deseo vivo en sus ojos. Creía que quizás siempre me encontraría atractiva porque teníamos esa química.

—Pero no entiendes lo voluble que puede ser la gente en la industria musical y en Hollywood.

—Oh, lo entiendo —me contradijo—. Pero no estoy en tu lugar. Mi aspecto no importa realmente siempre y cuando mi mente siga lo bastante aguda para hacer negocios.

—Bueno, en mi industria sí importa. No soy una artista del espectáculo a la que se juzga solo por mi talento. Soy una estrella del pop femenina a quien se critica por mi aspecto si no es perfecto. Lo mismo les ocurre a actrices y otras mujeres del mundo del espectáculo. Los periodistas comentan su armario, una arruga que empieza a aparecer en su rostro, las bolsas bajo los ojos y cada kilo que ganan. O bien aprendemos a dejar que nos resbale o nos corroe vivas.

—Obviamente, tú has aprendido a ignorarlo —comentó Kaleb mientras me hacía rodear un puesto grande.

—La mayor parte del tiempo —respondí—. Ya no me hace daño. Lo único que sigue escociendo es si un nuevo disco recibe críticas horribles, pero con el paso del tiempo he aprendido que algunas personas odiarán mi música. No puedo producir nada que vaya a cambiar eso.

—Todo el mundo tiene críticos si se expone el escrutinio público —dijo Kaleb con empatía.

—Lo sé —respondí en voz baja—. E intento no tomármelo personalmente. Pero algunos reseñadores se esfuerzan mucho para dar golpes bajos. A veces me afecta un comentario personal sobre mi música. Pongo el alma en esa música y soy humana.

Kaleb me rodeó la cintura con un brazo fuerte y apretó. Fue un gesto rápido y reconfortante que alivió mi corazón. Estaba segura de que quería que supiera que siempre me apoyaría.

—No tiene nada de malo ser humana —dijo arrastrado las palabras mientras apartaba el brazo antes de que nadie se percatase.

Presentía que Kaleb quería decir algo más, pero no era el lugar para tener una conversación profunda sobre mi carrera. Había gente mirando y probablemente escucharían si se acercaban lo suficiente.

Los hermanos Remington fascinaban a algunas de las personas de este pueblo y yo no dudaba que probablemente muchos chismes giraban en torno a ellos.

—Lo siento —dije con remordimiento—. Estaba despotricando un poco sobre frustraciones del trabajo, pero sé que tengo suerte. Sinceramente, no me puedo quejar.

—Todos podemos tener frustraciones, por mucho dinero que ganemos —señaló—. El dinero y la fama no eliminan el hecho de que todos tenemos problemas y asuntos personales. Solo hace que sean un poco más fáciles de resolver si se pueden solucionar con dinero.

El problema era que el dinero no siempre lo arreglaba todo. Había conocido a gente muy famosa con dinero que no parecía capaz de combatir sus demonios ni su dolor con dinero.

Choqué con su hombro en actitud de juego.

—Eso dice el hombre que tiene más dinero que Dios.

—Por desgracia, he descubierto que hay cosas que ni siquiera puedo comprar —dijo riéndose de sí mismo.

Tanner y Devon se unieron a nosotros antes de que pudiera preguntarle a Kaleb a qué se refería exactamente. Después de todo, era Kaleb Remington. ¿Qué podía querer que no pudiera sacar la chequera y comprarlo al instante?

Reí al ver a Kaleb, Tanner y Devon pinchándose unos a otros acerca de quién había trabajado más. Aparté mis problemas de trabajo mientras escuchaba la plática ahora familiar entre hermanos. Ahora mismo, iba a saborear el resto del día siendo una visitante corriente en Crystal Fork, Montana.

---



---

## Capítulo 15

---

*Anna*

—Suenas mucho mejor —dijo Kim aproximadamente un mes después mientras charlábamos por teléfono.

—Me encuentro mejor —le confesé a mi mejor amiga.

Había empezado a ver a una psicóloga de duelo virtual por sugerencia de Kaleb justo después de la recaudación de fondos. Había visto a una psicóloga justo después de las muertes de mis padres, pero tuve que volver a la carretera para terminar mi gira. Había encontrado a alguien en Los Ángeles que hacía terapia virtual y estaba acostumbrada a trabajar con clientes de alto perfil y a guardar sus secretos. Nos habíamos reunido tres veces a la semana por vídeo durante el pasado mes y, a pesar de que me sentía más feliz desde que Kaleb y yo nos conocimos en la cabaña, la psicóloga especializada estaba ayudándome a resolver muchos de mis problemas. Me hacía ver que todos mis sentimientos eran normales y formaban parte del proceso de duelo. Incluso mi colapso nervioso después del último concierto.

Ella pensaba que estaba en negación acerca del duelo al principio y descubrir que mis padres habían sido asesinados desencadenó que todo me golpeará a la vez.

Yo sospechaba que tenía razón. Me había mantenido tan ocupada que nunca me permití llorar realmente a mis padres después de que murieran. No había lidiado de verdad con el dolor de la pérdida hasta que me vi obligada a hacerlo al enterarme de que fueron asesinados. No quería aceptar que nunca volvería a verlos ni que ahora estaba sola en el mundo sin familia cercana.

—¿Cómo es ese buenorro con el que te hospedas? —bromeó Kim—. Te lo juro, chica, no sé cómo guardas la compostura alrededor de esos guapísimos Remington. Busqué fotos de todos ellos. Los multimillonarios rara vez están tan buenos.

Kim lo sabía todo. Era una de esas mejores amigas que te sacaba los secretos con sacacorchos si no se lo contabas todo. También era la única persona aparte de Kaleb que sabía que siempre me respaldaría.

—Es tan increíble como hace unos días —confesé sentándome en la banqueta del piano de la sala de música. Había estado trabajando, pero decidí que necesitaba un descanso.

Kaleb y yo habíamos pasado casi todos los días juntos durante las primeras semanas que estuve aquí, pero tuvo que volver al trabajo. Venía a casa cada noche a una hora muy razonable y

yo estaba bien aquí sola para poder ponerme al día componiendo.

—Parece que estás aún más loca por él que hace unos días —dijo Kim con voz divertida—. Quizá deberías seducirlo.

Cada día me resultaba más difícil apartar mi atracción física por él, a pesar de que también valoraba la amistad que teníamos. Él había dejado la pelota en mi campo y yo no estaba segura de por qué no le decía que estaba preparada para dar el siguiente paso. Sin duda, él no iba a presionarme a tomar esa decisión. No me había besado desde el río y, cuando me tocaba, siempre había una raya que no cruzaba. Sabía que siempre la habría hasta que yo le dijera que ya podía pensar con claridad. Dios sabía que lo deseaba más de lo que había deseado nunca a ningún otro hombre. Estaba lista, pero las palabras que necesitaba decir aún no habían salido de mi boca. Estaba casi segura de que una vez que Kaleb hubiera cambiado nuestra relación, sería un infierno alejarme.

Por otra parte, probablemente me arrepentiría si nunca tenía la oportunidad de descubrir cómo sería intimar con alguien como Kaleb Remington.

—Creo... —empecé dubitativa—. Creo que estoy nerviosa.

Mi relación con Kaleb lo significaba todo para mí y no estaba segura de qué pasaría si terminábamos acostándonos. Cambiaría toda la dinámica de nuestra relación, una relación que significaba mucho para mí.

Kim se aclaró la garganta.

—¿Nerviosa? —preguntó con voz sorprendida—. Eres Annelise. ¿Qué soltero no querría acostarse contigo?

Oh, Kaleb me deseaba. Veía el deseo puro cada vez que me miraba, pero no había intentado apresurarme a hacer nada que yo no quisiera que pasara.

—No dijo que no me deseara —expliqué—. Pero sabes cuánto significa para mí, Kim. Supongo que tengo miedo de que nos cambie a los dos de alguna manera.

—Sí, los dos estaréis mucho menos frustrados —respondió ella con un suspiro—. ¿Hay algún motivo por el que esta relación no pueda seguir en el futuro para que veas qué pasa? Siempre hablas como si tuvierais fecha de caducidad.

—Sinceramente, la tenemos —dije apenada—. Nunca hemos hablado de ningún tipo de relación futura. La vida de Kaleb está aquí. La mía está en California. No puedo quedarme aquí eternamente. Sabes cómo es mi vida. Nunca lo expondría a esa clase de especulación pública y mentiras. Su compañía tiene una reputación excelente y él no es un tipo público. Su saliera constantemente con estrellas y supermodelos, probablemente yo habría reconocido su cara. Él y sus hermanos mantienen un perfil discreto porque les gusta así. Les gusta mantener su vida privada en privado.

—Si te importa alguien, haces excepciones y llegas a acuerdos, nena —dijo en su tono habitual que no admitía tonterías—. ¿Alguna vez se te ha ocurrido que Kaleb Remington podría ser tu pareja perfecta y que tal vez tú seas la suya?

Kim tenía la edad de Kaleb, era madre de dos hijos y propietaria de un negocio muy exitoso que había levantado desde cero. Por lo general, era bastante directa y no siempre me decía lo que quería oír. Probablemente, por eso nos habíamos unido tanto con el paso de los años.

—Sí —reconocí—. Nunca me he sentido como con Kaleb. Ni de lejos. Pero también nos hemos hecho mejores amigos. No hay casi nada de lo que no hablemos.

—Los mejores amigos normalmente no se quieren arrancar la ropa —respondió en tono seco—. Mira, ser mejor amiga del tipo con el que también te acuestas es la mejor relación. Es lo que

mantiene unida a una pareja cuando las cosas se ponen difíciles. Si todo lo que tenéis es deseo, la relación está condenada. No durará. Confía en mí. Pasé por muchas relaciones dramáticas gobernadas por las hormonas antes de conocer al hombre adecuado. Es normal preocuparte de que las cosas cambien cuando la relación se altere, pero podrías arrepentirte si no lo averiguas.

Sonreí. Kim y su marido eran adorables. A veces reñían como niños, pero siempre era obvio que estaban hechos para estar juntos. Yo siempre había deseado desesperadamente encontrar ese tipo de relación, pero nunca había sucedido.

—Sé que me arrepentiría —dije con un gran suspiro—. Dudo mucho que vaya a volver a sentirme tan conectada con alguien. Tengo treinta y cinco años y nunca me he sentido así antes.

—Has pasado toda tu vida intentando hacer felices a los demás —dijo Kim amablemente—. A tus padres, a tu agente, a otros artistas. A la prensa. A todos tus fans. Por una vez en tu vida, haz lo que te dé la gana a ti. Has vivido tu vida para los demás durante bastante tiempo ya. No parece que Kaleb quiera nada de ti excepto estar contigo. Tiene que hacerte sentir casi normal.

Debía reconocer que resultaba extraño tener a alguien que probablemente daba tanto como yo o más. Incluso se había separado de uno de los cuadros de su madre por mí solo porque yo lo codiciaba.

—Es distinto de cualquier hombre que haya conocido —confesé—. Pero no estoy segura de que quiera un futuro conmigo. No así. Creo que se da cuenta de que tarde o temprano nuestros caminos se separarán. Tengo que volver a actuar en la ceremonia de los premios dentro de unas semanas. Me comprometí. Tendré que estar en California.

Temía el día en que tuviera que partir, y pensaba en ello lo menos posible. Era feliz aquí, en Crystal Fork. Aparte de la razón evidente, que era Kaleb, también me había enamorado de su familia y de la gente de allí. Paseaba por el pueblo, incluso cuando Kaleb no estaba conmigo, y había caras y conversaciones amistosas allá por donde iba.

Millie pasaba por casa bastante a menudo cuando Kaleb estaba en el trabajo y yo había llevado a Bella a visitar su rancho. Era una mujer tan dulce y maternal que hacía la pérdida de mi propia madre ligeramente menos dolorosa cuando pasaba el rato con ella.

Me había encariñado mucho de Silas y, tanto si me gustaba como si no, siempre estaba ahí con algún consejo o palabra amable. Básicamente, había descubierto que Silas Turner era un fraude total. Había llegado a sospechar que su flirteo era más bien para hacer sentirse bien consigo mismas a las mujeres que su deseo de liarse con alguna de ellas. Le importaba la gente de su pueblo más de lo que quería reconocer.

—Tu vuelta hará feliz a Ray —me contó Kim con voz frustrada—. Sigue persiguiéndome en la peluquería casi todos los días. Sabe que, si alguien conoce tu paradero, soy yo.

Cerré los ojos, odiándome a mí misma porque mi agente seguía molestando a mi mejor amiga por mí.

—Dios, lo siento mucho.

—Yo, no —respondió inmediatamente—. Es molesto, pero a veces me gusta tomarle el pelo. Es un arrogante. Sé que es un amigo, pero se está pasando tres pueblos ahora mismo. No es asunto suyo dónde estás ni qué estás haciendo. Eres adulta. Has cumplido todas tus obligaciones. Perdiste a tus padres a la vez y seguiste trabajando hasta que te quebraste bajo una presión y pena tremendas. ¿Has oído algo del detective que está trabajando en el caso?

—Nada —contesté frustrada—. Le llamo a menudo. No me cuentan demasiado porque es una investigación activa y ni siquiera sé si ya tienen sospechoso.

—Entonces, creo que es más seguro que te quedes en Montana. Tal vez la policía no haya

dicho nada, pero me preocupa que tú también puedas ser un objetivo.

—A veces me pregunto si todo esto tiene algo que ver conmigo —convine—. Puede que sea alguien que me odia y quería vengarse de mí matando a mis padres.

Era un pensamiento horroroso para mí, que mis padres pudieran haber muerto por mi culpa o por mi carrera. Pero tampoco era imposible. Todavía no se me ocurría nadie que tuviera problemas con mis padres.

—También pudo ser aleatorio —dijo Kim con firmeza—. Supongo que no lo sabremos hasta que encuentren pistas sobre quién pudo ser y por qué. Solo quiero que tengas cuidado, por si acaso.

—Siempre tengo cuidado —le aseguré.

—¿Qué vas a hacer con tu cabello cuando vuelvas a Los Ángeles? —inquirió Kim—. Vas a actuar en los premios y eres candidata a varios. Tendrás que hacer una aparición en público prácticamente en cuanto vuelvas. ¿Vas a mantener tu nuevo *look*?

—Supongo que debería volver a cambiármelo —dije dubitativa—. O acercarme lo máximo posible.

Estaba tan destrozada cuando salí de California que volver a cambiar mi aspecto por el de Annelise era lo último que tenía en la cabeza.

—Puedo teñírtelo y ponerte unas extensiones. No se verá exactamente igual que antes de tu transformación con tu pelo natural, pero puedo hacer que vuelvas a parecer Annelise.

Sinceramente, me gustaba la mujer que veía ahora en el espejo, pero la gente tenía expectativas. No estaba segura de qué efecto tendría sobre mi carrera un cambio de *look*.

—Ojalá pudiera mantener mi estilo actual y mi color natural —le confié—. Creo que olvidé qué aspecto tenía. He sido rubia casi toda mi vida adulta.

Alguien había sugerido el cambio cuando irrumpí en la industria musical y, como tuve éxito, siempre llevé una melena rubia muy larga.

—Si eso es lo que quieres, hazlo —dijo Kim rotundamente—. Estás guapísima. Personalmente, creo que tu color natural y el corte te quedan mejor.

—Eso por no decir que es mucho más fácil de mantener —mencioné—. Te quiero, pero sabes que detesto las horas que he de pasar en la silla de la peluquería. Mantener el color, los reflejos y el largo era un dolor en el trasero. Ahora lo único que tengo que hacer es secármelo con secador y no tardo nada.

—Entonces, quédate con el *look* más natural. Piénsalo —sugirió Kim—. Tienes algo de tiempo para tomar una decisión.

—No tanto tiempo —dije pensativa.

—Entonces supongo que será mejor que te pongas en marcha para seducir a ese hombre tan guapo —bromeó—. Intenta no permitir que los pensamientos sobre el futuro tiñan cómo vives el momento presente. Suenas feliz por primera vez desde que murieron tus padres. Deléitate en eso. Disfruta de cada momento privado que tengas con Kaleb mientras tengas la oportunidad.

—Lo haré —le prometí.

Nos dijimos adiós y colgamos.

—¿De qué tienes miedo realmente, Anna? —me pregunté en voz alta mientras me sentaba al piano para trabajar en una canción. Probablemente había una respuesta sencilla a esa pregunta.

Temía no querer marcharme nunca una vez que me hubiera acercado tanto a Kaleb.



## Capítulo 16

*Kaleb*

—Devon y yo hemos terminado de repasar todo —me dijo Tanner mientras mis hermanos y yo permanecíamos sentados en mi despacho en Billings—. Sin duda, alguien ha estado desviando millones de las ganancias de Anna. Nuestra sospecha es la misma que la tuya. Todo está yendo a una empresa fantasma enmascarado como inversión.

Se me cayó el alma a los pies, a pesar de que ya sabía que mis hermanos verían lo mismo que yo. Anna me había confiado las contraseñas de todas sus cuentas de empresa, sus libros de contabilidad y sus cuentas de inversiones después de que yo viera algo que no parecía del todo correcto en los documentos que me había enviado hacía un mes.

Yo le había restado importancia al posible problema porque no quería alarmarla sin motivo. Les había pedido a Tanner y a Devon que echaran un vistazo después de investigar durante unas pocas semanas todas sus finanzas de la última década aproximadamente, solo para verificar mis conclusiones.

—En apariencia —afirmé con seriedad—, todo parece bien. El dinero sale con regularidad a lo que parece una inversión legítima. Pero me percaté de que no estaba recibiendo beneficios de esa inversión y ha ido mucho dinero ahí en los dos últimos años. Los extractos son una mierda cuando excavas lo suficiente.

Tanner y Devon asintieron desde sus asientos frente a mi escritorio.

—Es la misma bandera roja que vimos nosotros —comentó Tanner—. Pedí un favor y averigüé que la cuenta de esa empresa está vacía. Por desgracia, no pude descubrir dónde fue todo ese dinero.

Mi enfado fue en aumento al percatarme de que probablemente ella nunca volvería a ver ese dinero. Habían estafado a Anna durante los dos últimos años.

—Yo tampoco conseguí averiguar quién es el verdadero propietario de esa empresa —les conté a mis hermanos—. Creo que los documentos entregados al banco para la cuenta y la identidad del propietario son todos falsos.

—Yo también intenté encontrar algo para demostrar la legitimidad de la compañía —comentó Devon—. Pero no encontré absolutamente nada. Todo parecía en orden con sus libros de cuentas e inversiones hasta hace dos años, cuando mucho dinero empezó a salir a esta empresa.

Asentí.

—Yo vi lo mismo. Se podrían haber realizado mejoras en sus inversiones para aumentar su rentabilidad, pero no había nada que no encajara hasta que empezó esta inversión en concreto.

—¿Quién era responsable de esa inversión? —preguntó Tanner.

—No estoy seguro —reconocí.

—¿Quién tenía la autoridad para hacerla? —cuestionó.

—Hasta donde yo sé, su padre hacía sus inversiones, pagaba las facturas del negocio y hacía el seguimiento de sus libros de cuentas de empresa. Le proporcionaba toda la información a su contable para los impuestos. Hizo un trabajo encomiable teniendo en cuenta que no tenía la experiencia de un gestor de negocio y patrimonio para ello. Y los libros de Anna son meticulosos.

—¡Joder! —maldijo Tanner—. ¿Crees que el padre estaba estafando a su propia hija?

Sacudí la cabeza despacio.

—Pensé en sus padres —cavilé—. Pero Anna les habría dado cualquier cosa que quisieran. Les dio millones para que se jubilaran con estilo en Newport Beach y pagaba a su padre un salario más que generoso para que gestionara sus asuntos de negocios. Todo subía y subía hasta hace dos años. Creo que es más probable que alguien convenciera a su padre de invertir en esta empresa por ella y que él no investigara lo suficiente para ver que era un fraude. Era muy conservador con su cartera. Quizás demasiado conservador a veces. Debió de ser alguien en quien él confiaba o muy convincente.

—Tiene sentido —convino Tanner pensativo.

—Todavía tiene mucho dinero —comentó Devon—. Pero me enfada que alguien se sirviera de sus fondos. Los músicos trabajan duro y alguien como Anna renuncia a su intimidad y a la mayor parte de su vida normal para trabajar en su arte. Se merecía cada centavo que ganó.

No me sorprendió que mis hermanos estuvieran furiosos por Anna. Ambos la adoraban y viceversa. Para ser franco, a mí también me enojaba. De hecho, me enfurecía que un imbécil hubiera robado parte del dinero por el que tanto había trabajado a lo largo de los últimos diecisiete años.

Yo sabía cuáles eran sus objetivos y que había trabajado duro todos estos años para ganar su libertad. Sí, todavía tenía riqueza para dejar de hacer giras. Demonios, podía dejar de trabajar por completo y vivir la vida de una persona muy acaudalada con las inversiones adecuadas para que siguiera entrando efectivo, pero el desvío de dinero a una empresa fantasma tenía que parar de inmediato. Luego, Anna necesitaba a la gente adecuada para gestionar su patrimonio, especialistas acostumbrados a llevar millones de dólares por sus clientes para hacer crecer ese patrimonio.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Tanner.

—Ya he parado el daño impidiendo que más fondos vayan a esta inversión en concreto —contesté—. También he modificado algunas de sus inversiones para aumentar sus beneficios. Voy a ayudarla a llevar su riqueza a manos de profesionales respetados que puedan estar pendientes de su dinero todo el tiempo. No puede hacerse cargo de esto sola. Absorbería la mayor parte de su tiempo y ella no tiene ese tiempo extra ni la experiencia para hacer que el dinero trabaje para ella de la mejor manera posible.

—Muchos artistas no son geniales en la gestión de esas cantidades de dinero —me informó Devon—. Piensan con el hemisferio derecho del cerebro.

—Tú eres músico y manejas tu propio dinero —señalé.

Devon sonrió de oreja a oreja y dijo con petulancia:

—Yo estoy especialmente dotado. Además, la música es una afición para mí. Pienso principalmente con el hemisferio izquierdo del cerebro. Soy básicamente lógico y analítico.

—Anna es lógica —lo contradijo Tanner—. Y sensata.

Era ambas cosas, pero recordaba que ella había dicho que solía tener la cabeza en las nubes porque tenía muchas aptitudes para la música. En mi opinión, tenía los mismos dones que Devon... pero a la inversa. Ella era una persona que pensaba con el hemisferio derecho del cerebro y aun así tenía gran cantidad de sentido común.

—Empiezo a preguntarme si esta situación tiene algo que ver con el asesinato de sus padres —sopesé en voz alta.

—¿Es posible que el padre de Anna sospechara de esa inversión? —preguntó Tanner.

Me encogí de hombros.

—No estoy seguro, pero es una posibilidad.

—¿Vas a hablar de todo esto con Anna? —preguntó Devon.

—¡Joder! —maldije mesándome el cabello con frustración—. Debería hacerlo de inmediato, pero parece estar mucho mejor. Las bolsas bajo sus ojos han desaparecido. Ya no está agotada física ni mentalmente. No puedo decir que haya superado lo que les ocurrió a sus padres. No estoy seguro de que vaya a hacerlo. Hace años y creo que todos seguimos extrañando a papá. Pero parece que está trabajando la pérdida y que está aceptando que se han ido.

—No hay mucho más que podamos hacer para atrapar al estafador —dijo Tanner con tristeza—. Hay que involucrar a la policía y tienen que investigar si fue un móvil para el asesinato.

—Lo sé —reconocí—. Voy a localizar al detective que lleva el caso del asesinato de sus padres antes de salir de la oficina hoy y notificaré a los federales de lo que sospechamos para que puedan investigar la empresa fantasma. Anna debe saber la verdad. Las autoridades tendrán que hablar con ella y merece saberlo lo antes posible, pero quizás espere un día antes de contárselo todo. Esta noche la llevo a cenar a Casa Charlie y luego a tomar algo a Taza y Jarra. Preferiría no estropearle la salida.

—Estaré en Taza y Jarra —mencionó Devon casualmente—. Una banda local toca allí esta noche. Voy a sustituir a un guitarrista que tenía un problema y no puede ir. Espero que saques a Anna a la pista de baile. Es una bailarina fenomenal.

Yo ya sabía que bailaba extraordinariamente bien. Había visto prácticamente todos los vídeos de sus actuaciones disponibles en internet. Tenía bailarines que actuaban con ella, pero siempre estaba en el centro de sus canciones más animadas. Tocaba el piano en los números más lentos y cantaba y tocaba de corazón como si nadie la viera. A veces costaba creer que estuviera nerviosa o que le aterrorizara salir al escenario, pero era una mujer que había aprendido a enterrar bien sus miedos y emociones ante el público.

No tenía ni idea de cómo hacía giras y actuaba casi todas las noches como lo hacía. Debía ser agotador física y mentalmente. Si quería dejar de hacer giras enormes, quería dejarla colocada para que pudiera hacerlo cuanto antes.

No necesitaba comprometerse a otra gira extenuante. Las había hecho cada año durante diecisiete años ahora.

—Yo estaré allí para ver a la banda y a Devon —comentó Tanner—. Probablemente no me quede hasta muy tarde, pero a lo mejor tengo oportunidad de bailar con Anna antes de marcharme.

Apreté los dientes. No sabía que habría música y baile en Taza y Jarra esta noche. Silas no ponía música todas las noches, pero de vez en cuando contrataba a una banda local para que actuara.

—Si le apetece bailar, yo bailaré con ella —afirmé llanamente.

Tanner sonrió con suficiencia.

—¿No estás seguro de poder ver a ningún otro hombre poniéndole las manos encima a tu chica?

—No es mi chica —dije.

Lógicamente, no era mía, pero eso no significaba que no me sintiera protector con respecto a ella.

Joder, ¿a quién quería engañar? También era posesivo, a pesar de que no tenía motivos para serlo y de que nunca me había sentido posesivo hacia una mujer en toda mi vida. Había intentado autoconvencerme de que no tendría razones para oponerme si ella quería que otro tipo la tocara. No estábamos juntos. No había acuerdo entre nosotros. Nada.

Parecía que, tratándose de Anna, mi lógica salía volando por la ventana. No podía convencerme de que cambiaran mis sentimientos por ella, aunque fuera ilógico.

—No es mi chica —dije de nuevo al darme cuenta de que mis hermanos me miraban como si no me creyeran.

—Mentira —interrumpió Devon—. Miras a Anna como si fuera la única mujer que existe para ti. Puede que no quieras admitirlo, pero estás loco por ella.

—Vivimos vidas totalmente diferentes —dije mecánicamente—. Está aquí para relajarse, componer un poco de música y llorar a sus padres. Solo somos... amigos.

—Déjate de estupideces con nosotros —insistió Tanner—. Ya sabemos lo que sientes por ella.

—Vuelve a casa a California dentro de unas semanas —compartí—. Tiene compromisos.

Tanner se encogió de hombros.

—Y tú tienes un avión privado que puede recorrer esa distancia en muy poco tiempo. Dijiste que estabas poniendo en orden tus prioridades y, afrontémoslo, ahora ella es una prioridad importante en tu vida. Eso no tiene nada de malo. Si de verdad la quieres en tu vida después de que se marche, tienes los medios para que ocurra.

—No va a pasar —dije airadamente.

—Entonces, ¿vas a renunciar a Anna sin más? —inquirió Devon.

—Creo que, si yo encontrase una mujer como ella, movería montañas para mantenerla a mi lado —añadió Tanner—. Aunque tuviera que ser una relación a distancia.

—No tengo ni idea de qué voy a hacer —dije frustrado—. Joder, ni siquiera sé si quiere seguir en contacto cuando se vaya. Nunca lo ha mencionado y no hemos hablado de ello realmente.

—Por Dios, Kaleb, abre los ojos —dijo Tanner en tono disgustado—. Es obvio que tú también le importas a ella.

—Nos conocimos en circunstancias difíciles y fuera de lo corriente para ella —le recordé—. Esta nunca ha sido una relación normal. Ella me necesitaba y yo estuve ahí para ella. Las cosas van a cambiar. Ahora se siente mucho más fuerte.

Sí, Anna y yo sentíamos atracción mutua, pero yo tampoco estaba seguro de que eso fuera a durar para ella. Una vez que volviera a Los Ángeles, tendría de nuevo a los hombres pisoteándose unos a otros para acercarse a ella.

—Eres más feliz de lo que te he visto nunca cuando estais juntos —dijo Tanner—. No te ofendas, hermano, pero creo que tú también la necesitas a ella, y no creo que eso sea temporal.

No se lo discutí. Tenía razón. Yo necesitaba a Anna tanto como ella a mí. Ella me había aportado tanto a mí como se había llevado. Por desgracia para mí, en mi caso, yo ya sabía que lo que sentía por Anna, decididamente, no era temporal.



## Capítulo 17



*Kaleb*

—**E**stas copas están realmente buenas —dijo Anna alegremente cuando nos sentamos en Taza y Jarra—. Cuesta creer que tengan tanto alcohol.

Teníamos que hablar alto para oírnos por encima de la música. Le lancé una mirada preocupada desde el lado opuesto de la pequeña mesa.

—Ve con calma con ese cubata. Créeme, tiene mucho alcohol y casi no tiene Coca-Cola.

Ella se lamió sus preciosos labios después de tomar otro sorbo.

—Parece inofensivo. Me gusta.

Yo reí entre dientes.

—No te gustará cuando te despiertes mañana con una resaca de órdago.

Era su segunda copa y el MJ, especialidad de la casa, era notorio por dejar tumbados a hombres adultos.

Era parecido a un té helado con ron, tequila, vodka, ginebra, triple seco y una pizca de Coca-Cola. El sabor engañaba por el sirope que le añadían. La copa que utilizaban para el cóctel especial era enorme, así que una bebida llevaba mucho alcohol.

Yo le había advertido acerca del alcohol varias veces antes de que pidiera la primera copa. Por suerte, se había llenado el estómago en Casa Charlie. Anna no era una gran bebedora. Tomaba una cerveza o una copa de vino, pero la mayor parte del tiempo prefería su café. No estaba acostumbrada al alcohol fuerte, pero había oído hablar del cóctel a Silas y a la gente del pueblo y quería probarlo.

—Creo que después de esta me pasaré al café —dijo con el ceño fruncido—. No sabe a alcohol, pero creo que sí lo estoy notando.

Oh, yo estaba seguro de que lo estaba notando. A pesar de que yo estaba bebiendo una cerveza de grifo, había tomado muchos de esos cócteles a lo largo de los años.

—¿Vas a pedirme un baile? —preguntó con una sonrisa coqueta que nunca le había visto—. El grupo es muy bueno.

«¡Mierda!». Ya estaba contentilla. Bailar probablemente era buena idea ahora. No necesitaba terminarse ya esa segunda copa. Yo no era un gran bailarín. No bebía lo suficiente para soltarme en la pista y bailar como si ya nadie observara. En este pueblo, todos estaban mirando y yo siempre era consciente de eso.

Me puse en pie. Era una canción muy lenta. Podía lidiar con eso. Me incliné hacia su oído.

—Vamos a bailar.

Ella batió las pestañas mirándome insinuante.

—¿Contigo? Me encantaría, guapo.

De acuerdo, sin duda estaba contentilla. Anna nunca había sido tan coqueta. No conmigo, en cualquier caso. Se levantó de su silla y, por millonésima vez esta noche, me golpeó lo despampanante que se veía con su vestido azul marino y blanco y sandalias de tacón.

Era un *look* informal. Taza y Jarra no era un sitio para vestir formal. Anna se veía elegante pero informal con sus pendientes largos y colgantes de plata y pulseras a juego.

Cuando la vi bajar con un vestido me alegré de no haberme puesto unos *jeans*, que era mi atuendo habitual en el pueblo. En lugar de eso, había optado por unos chinos informales con una camisa verde.

—Guau —dijo agarrándose a la silla—. Estoy un poco mareada.

—¿Quieres volver a sentarte? —pregunté preocupado.

Ella me miró radiante.

—No. Quiero bailar con el más guapo del bar.

Bueno, vale, en ese caso...

—Agárrate a mí —dije rodeándole la cintura para conducirla a la pista de baile.

La gente podía pensar lo que le diera la gana. No pensaba soltarla. Ella no fue tímida para pegar su cuerpo voluptuoso al mío mientras me envolvía el cuello con los brazos.

Apreté mi abrazo en torno a su cintura, dejándoles claro a todos los hombres de la sala que no estaba abierta a ninguna otra invitación a bailar.

—Esto es agradable —dijo con un suspiro de felicidad mientras apoyaba la cabeza sobre mi hombro cuando empecé a llevarla despacio por la pista.

«¿Agradable?», pensé. Era más bien como un cielo y un infierno combinados para mí. Me encantaba estar tan cerca de ella, inspirar su aroma dulce y familiar. Pero tenía la verga tan dura que casi resultaba doloroso. La forma en que quería reivindicarla como un neandertal no tenía precedentes para mí y tenerla en mis brazos era una tentación que me retorció el estómago. Quizás fuera un puto masoquista, pero estar tan cerca de ella era algo que quería, doloroso o no.

—Lo único que mejoraría esto sería que estuviéramos desnudos y solos ahora mismo —dijo en tono grave y plagado de deseo.

Mi miembro palpitó.

—¡Dios, Anna! —dije con voz ronca—. No le digas nunca eso a un tipo en un sitio concurrido.

Sabía que ahora mismo hablaba el alcohol, pero eso no hacía que escucharlo fuera más fácil para mí.

—No se lo estoy diciendo a cualquier hombre —protestó ella—. Solo a ti.

«¡Joder!». Que dijera eso lo empeoraba.

—Quiero estar contigo, Kaleb —dijo con pena—. No estoy pidiendo un futuro ni compromiso. Solo quiero saber cómo es estar con un hombre que me importa como me importas tú. Me dejaste los tiempos. Te estoy diciendo lo que quiero ahora mismo.

Tragué un nudo en la garganta. Hacía un mes, nos estábamos haciendo amigos con una atracción física fenomenal. Ahora, estaba completamente obsesionado con hacer mía a aquella mujer. Ella ni siquiera había insinuado que quisiera intimar más en el pasado mes, no desde después de que la besara.

A mí me pareció que probablemente era bueno. Aunque me importaba Anna, veníamos de mundos completamente diferentes. Ella volvería a su vida como Annelise y yo volvería a la existencia mucho más solitaria que llevaba antes de conocerla. Las cosas tenían que ser así. Mis objetivos principales cuando la invité aquí eran verla relajada, feliz y lista para volver a California. Estaba alcanzando esos objetivos mucho más rápido de lo que creí posible.

Un momento. Eso no era del todo cierto. Anna estaba alcanzando esos objetivos porque era muy fuerte y resiliente.

—¿Habla por ti el alcohol, cielo? —dije secamente.

—No —contestó ella con insistencia—. Puede que me haya hecho más valiente, pero sé lo que quiero. Y solo... te quiero a ti.

«¡Joder!». Yo también la quería a ella, pero no así.

—Eso no va a pasar esta noche, Anna —farfullé.

Demonios, probablemente nunca pasaría, a pesar de que mi miembro gritaba en protesta en ese momento.

Anna levantó la cabeza de mi hombro y me miró.

—No tiene que pasar en este preciso momento, pero quería que supieras que espero que sientas lo mismo que hace un mes.

De hecho, no lo sentía. Hacía un mes, la deseaba más que a ninguna mujer del mundo, y éramos amigos. Ahora, sabía que estaría jodido si reivindicaba su precioso cuerpo. Sería mía. Como estar juntos era imposible, tenía que controlarme.

—Tengo por norma no tontear con mujeres bebidas —farfullé.

—Mis sentimientos no van a cambiar, Kaleb —dijo ella en tono serio—. Te deseo y creo que tú todavía me deseas a mí.

Joder. Oí la vulnerabilidad en su voz y estuvo a punto de romperme. Tal vez no pudiera llevar la relación más allá de la amistad, pero no quería que pensara que era porque no la deseaba.

Moví la mano a la parte baja de su espalda y atraje su pelvis hacia mí.

—¿Notas eso? —le pregunté al oído con voz ronca.

Nunca había pretendido ocultar lo que sentía por ella, pero tampoco habíamos tenido una conversación franca y sin tapujos al respecto.

Sus ojos se abrieron como platos.

—Sí —dijo con un pequeño gemido mientras se acercaba todavía más.

—Así me pongo cada vez que estoy en la misma habitación que tú, Anna. Veo mujeres atractivas a menudo, pero no me ponen la verga dura al instante como tú. Siempre ha habido algo en ti que me vuelve completamente loco. Solo en ti.

Ella sonrió mientras mantenía su mirada fija en la mía.

—Yo siento lo mismo. Estar contigo siempre me ha hecho sentir bien, incluso cuando apenas nos conocíamos. Puede que no tenga sentido, pero me da igual. He dejado de intentar comprender por qué necesito desesperadamente que me folles hasta que pierda el sentido.

Mis ojos se cerraron y volví a atraer su cabeza sobre mi hombro. Quizás sus ojos seductores ahora eran azules, pero no podía soportar ver la necesidad en ellos sin desear saciarla. Me mataba.

—Obviamente, no quieres hablar de esto —dijo, sin ocultar el anhelo en su voz sexi.

—Ahora mismo, no —dije con voz grave.

Si me decía que quería que me la tirase una vez más, terminaría sacándola de allí auestas

como un cavernícola. Mi cordura pendía de un hilo ahora mismo.

—De acuerdo —dijo ella de buena gana—. ¿De qué hablamos?

Después de esa conversación breve y cautivadora, no estaba seguro de poder sacarme de la cabeza el tema anterior.

—Devon toca fenomenal —comentó—. ¿Toca a menudo con este grupo?

Mi cuerpo tenso se relajó un punto.

—Casi nunca —contesté yo, aliviado de que hubiera pasado a un tema más seguro—. Solo cuando el guitarrista no puede ir a un concierto. Siempre está dispuesto a sustituir a cualquier guitarrista en cualquier grupo. Es extraño, pero siempre ha sido capaz de cambiar de estilo para adaptarse a las circunstancias.

—Así que ¿básicamente es un camaleón de géneros y estilos? —preguntó Anna con curiosidad—. Es difícil.

—Eso creo, pero le gusta y toca todo tipo de música.

—¿Por qué crees que Tanner se marchó tan pronto? —preguntó Anna—. Estuvo muy poco rato y luego desapareció.

Yo estaba casi seguro de saber exactamente por qué Tanner se había marchado de forma tan repentina, aunque nunca se quedaba mucho tiempo en el bar.

—¿Recuerdas cuando te conté que Tanner era el que más cerca había estado de casarse?

Ella asintió contra mi hombro.

—Sí.

—La mujer que lo dejó se ha mudado de vuelta al pueblo recientemente. Está aquí. Él dice que no le importa, que es agua pasada hace mucho tiempo, pero yo creo que todavía le perturba encontrarse con ella.

—Ay, Dios. ¿Crees que lo está provocando? ¿Dónde está? —inquirió Anna con urgencia, sus palabras ligeramente arrastradas por el alcohol consumido.

La señalé con sutileza.

—Es muy guapa —comentó Anna con los ojos entrecerrados para ver a la mujer al otro lado de la sala—. Pero a todas luces es una víbora. Hay que tener mucho valor para volver aquí después de dejar a un buen hombre como Tanner. Debería haberse quedado y bailado con todas las chicas guapas de aquí para demostrarle que ha pasado página.

—Estoy de acuerdo —le dije—. Pero Tanner no es así.

—Tienes razón. Creo que nunca sería un imbécil con nadie deliberadamente.

Ah, Tanner podía ser un empresario manipulador en el trabajo cuando hacía falta, pero tenía razón. En su vida personal, no era un tipo vengativo.

Era interesante lo bien que había llegado a conocer Anna a mis hermanos y sus personalidades en un periodo de tiempo relativamente corto. Tenía talento para escuchar y leer a las personas. Una de las cosas que me habían gustado de ella desde el principio era su intuición. Había conseguido cruzar mis defensas con bastante facilidad en la cabaña y yo no era un hombre fácil de conocer.

La música lenta terminó y el grupo anunció que iba a tomarse un descanso.

Conduje a Anna de vuelta a la mesa para que no cayera de boca contra el suelo y ella se sentó despacio en su silla. A pesar de su comentario anterior acerca de tomar un café, se terminó de unos pocos tragos el resto de su segunda copa.

Si no la conociera mejor, pensaría que estaba nerviosa. El tiempo pasaba con el *tic tac* del reloj mientras ella miraba a su alrededor con aspecto de estar interesada en su entorno. Todo lo

que hice yo fue observarla.

Le pasaba algo. Algo aparte de que estaba borracha. Finalmente, giró la cabeza y me miró. Se me encogió el estómago al ver caer una lágrima por su mejilla. Se inclinó más cerca para que yo la oyera.

—Lo siento. No debí decir nada sobre lo que siento ni cuánto te deseo. Sé que te sientes atraído por mí, pero siento que en realidad ya no quieres que pase nada entre nosotros. Lo entiendo, en realidad. Me marcharé pronto y...

—Anna, ¡para! —gruñí poniéndome en pie. No podía seguir verla llorando ni un segundo más—. Nada que me digas es un error.

La levanté de su silla porque sabía que no mantendría el equilibrio. De manera instintiva, se abrazó a mi cuello para equilibrarse en mis brazos.

—¡Kaleb! —gritó—. ¿Qué haces?

—Te llevo a casa —farfullé enojado.

Nunca había visto a Anna llorando. Lloró sus penas aquella primera noche en la oscuridad, pero no tuve que ver sus lágrimas. Ahora veía las lágrimas, la tristeza y el remordimiento en su cara bonita y aquello me destrozó. No vacilé al dirigirme hacia la salida. Alguien me abrió la puerta y yo crucé el umbral, con el único objetivo de llevar a Anna a casa. No le gustaba sentirse vulnerable y yo pensaba asegurarme de que nadie veía esa vulnerabilidad excepto yo.



## Capítulo 18

*Anna*

**A** la mañana siguiente, me desperté como si alguien me hubiera golpeado la cabeza repetidamente con una maza. Gemí al sentarme despacio y miré el reloj.

«¡Mierda!». Era casi mediodía y aún no me apetecía levantarme de la cama.

Debí haber escuchado a Kaleb la noche anterior. Esos cubatas me habían pillado por sorpresa. Bajaron tan bien que no me percaté de que estaba ebria hasta que el alcohol me golpeó de una vez. Vi un pequeño termo, una taza y un gran vaso de agua, unas pastillas y un *muffin* de arándanos reposando en mi mesilla. Habría sonreído si no tuviera la cabeza a punto de estallar.

«Kaleb», pensé.

A todas luces, había traído el desayuno a mi habitación esta mañana porque sabía que estaría hecha una mierda. Me tomé las pastillas con un poco de agua y luego alcancé el pequeño bote. En cuanto desenrosqué la tapa, reconocí el aroma de uno de los cafés especiales de Silas, y ya sabía que el *muffin* era de Casa Charlie. Me había comido uno en el pueblo y le había mencionado a Kaleb cuánto me había gustado.

Llené la taza y empecé a beber café. Estaba un poco revuelta, pero no tanto como para sentir ganas de vomitar. Mi problema principal era el insoportable dolor de cabeza que experimentaba y una gran confusión.

Intenté recordar qué había pasado la víspera mientras bebía mi café y comía despacio pequeños pedazos de *muffin*. Recordaba claramente haber comido en Casa Charlie e ido a Taza y Jarra después, pero los detalles de nuestro tiempo en el bar estaban un poco borrosos después de que terminara mi primer cubata.

Recordaba vagamente cómo Kaleb me levantó para bailar. Fue entonces cuando me subió el alcohol. Solo recordaba pequeños destellos de los sucesos después de eso y no estaba segura de si imaginaba esas cosas o eran hechos. Estaba claro que me había ayudado a subir al dormitorio. Llevaba mi pijama habitual, pantalones cortos y una camiseta. No recordaba haberme cambiado de ropa, pero tenía un vago recuerdo de cómo Kaleb me ayudó a meterme en la cama.

«¡Mierda!», pensé. ¿Qué me había hecho beber tanto alcohol fuerte? No era bebedora y era un peso ligero, incluso con vino o cerveza. Sí, quería probar el cóctel porque era icónico en Crystal Fork, pero no necesitaba beberme toda la copa y luego pedir otra. Quizás había perdido

la cabeza momentáneamente porque estaba matándome estar con Kaleb sin desear más. Mucho más.

Estaba un poco tensa cuando unas cuantas mujeres guapas lo miraron al entrar en el bar. Tal vez a Kaleb no le interesaran las solteras del pueblo, pero ellas sí se fijaban en él. ¿Qué mujer sana no vería a Kaleb Remington cuando andaba cerca? Era guapísimo, rico y tenía una presencia imponente que atraía las miradas de todas las mujeres presentes. También tenía un cuerpo naturalmente musculoso que hacía la boca agua, producto del trabajo al aire libre más que del gimnasio.

Sí, pasaba mucho tiempo en el trabajo, pero iba al establo con los caballos cada tarde, donde arrojaba grandes fardos de heno y grano y se encargaba de parte del trabajo por sí mismo. También ayudaba a los rancheros y granjeros lugareños cuando lo necesitaban.

Kaleb no era averso a ensuciarse las manos tan a menudo como fuera necesario, y su aspecto sucio y sudoroso me hacía pensar qué aspecto tendría después de quemar las sábanas en la cama durante varias horas.

No podía evitarlo y me puso furiosa saber que no era la única mujer en Crystal Fork que pensaba en eso. Después de todo, era soltero y estaba disponible. Una tendría que estar loca para no pensar en cómo sería estar con un hombre semejante.

Supongo que necesitaba una copa en Taza y Jarra para relajarme. Sin embargo, no necesitaba beber tanto. Hoy estaba pagando mi tontería y era un asco. Hacer estupideces era algo que evitaba por lo general. Probablemente había hecho más tonterías absurdas en las últimas semanas que en toda mi vida.

Llevaba una vida ordenada. Centrada. Debía hacerlo en mi sector. Solía tener un millón de cosas que hacer sin tiempo suficiente en el día para conseguir todo lo que debía hacerse.

—Levántate, Anna —farfullé para mí misma—. No tienes el día libre solo por haber sido lo bastante estúpida para emborracharte.

Para cuando llegué a la ducha, me encontraba un poco mejor. Las pastillas estaban funcionando. El golpeteo de mi cabeza había disminuido un poco, pero todavía notaba la mente nublada.

Me di una ducha rápida, me lavé los dientes y me puse un par de *jeans* y una camiseta morada cómoda. Recogí el vaso, la taza y el termo sucio para llevarlos abajo a la cocina. Necesitaría más café para aguantar todo el día. Era sábado, y Kaleb y yo habíamos planeado salir a montar a caballo por la tarde.

Me detestaba por haber bebido tanto la víspera, porque no estaba segura de tener ganas de montar a Bella hoy, y eso que montar era una de mis actividades preferidas. Bajé despacio y entré en la cocina, donde encontré a Kaleb preparándose un sándwich. Estaba ligeramente sudoroso y vi las partículas de polvo en su cara. A todas luces, había estado fuera trabajando mientras yo dormía la resaca.

Levantó la mirada en cuanto me oyó entrar en la sala.

—¿Estás bien? —inquirió con mirada preocupada en su apuesto rostro.

—Aparte de que me siento como una idiota —musite mientras metía en el lavavajillas los platos que había bajado—, creo que sobreviviré.

—Debí cortarte después de la primera copa —dijo Kaleb como si en realidad estuviera enojado consigo mismo—. Sé que son letales.

Yo sacudí la cabeza.

—Ya soy mayorcita. Soy responsable de mis propios actos y recuerdo la parte donde insistí

en tomarme la segunda. Me lo advertiste muchas veces. Fue una tontería. Ahora que sé lo que es tener una resaca terrible, no volveré a hacerlo nunca.

Me acerqué a la cafetera mientras Kaleb preguntaba:

—¿Nunca has tenido una resaca?

—No como esta —compartí empezando a hacerme un café con leche—. Me he puesto contentilla varias veces en eventos, pero paraba para no hacer el ridículo en público. Por favor, dime que anoche no me comporté como una idiota total. No recuerdo mucho de lo que pasó después de que nos levantáramos para bailar.

—No lo hiciste —dijo Kaleb de buena gana mientras servía un segundo sándwich en un plato para mí y lo posaba sobre la mesa de la cocina—. Solo me hablaste a mí.

Yo gemí.

—¿Cuántas idioteces te dije?

Él vaciló un instante.

—No me tomé en serio nada de lo que dijiste. Estabas borracha, Anna. Lo oirás, así que reconozco que te saqué de allí porque perdías el equilibrio. Pero no fue nada importante. Hombres adultos necesitan ayuda para salir de Taza y Jarra después de pasarse con esos cubatas.

Me palmeé la cara muerta de vergüenza y luego me arrepentí porque aún me dolía la cabeza.

—Ay, Dios. ¿Todos te vieron sacándome de ese bar?

Kaleb asintió mientras dejaba su sándwich sobre la mesa y sacaba una bolsa de patatas fritas de la despensa.

—Como he dicho, no fue nada importante. Pasa constantemente los fines de semana allí.

—No me pasa a mí —insistí—. Nunca me han tenido que sacar de un bar porque estuviera tan borracha que no pudiera caminar. Lo siento. No debió suceder.

Automáticamente le preparé un café a Kaleb también, porque sabía que se lo tomaría con el almuerzo.

—No te disculpes por tomarte un par de copas después de cenar, Anna —me dijo con firmeza—. Probablemente no hay muchos adultos en este pueblo que no se hayan tomado un cubata de esos en algún momento de su vida. Debería ducharme antes de comer.

Hice un gesto para que se sentara, haciéndole saber que no me importaba que estuviera un poco sudoroso. No había planeado ducharse antes de comer hasta que yo aparecí.

Empecé a relajarme un poco. Tal vez la gente se soltaba los fines de semana en el pueblo.

—¿Tú lo has hecho? —pregunté colocando el café de Kaleb junto a su plato y sentándome frente a mi sándwich.

Él me lanzó una sonrisa tímida mientras se sentaba a la mesa.

—Más de una vez cuando era más joven. Tanner y Devon también.

Levanté una ceja.

—¿Y tuvieron que sacarte del bar?

—No —respondió—. Creo que salí por mi propio pie, pero mis hermanos tuvieron que mantenerme derecho al salir.

Solté un largo suspiro.

—De acuerdo, eso me hace sentir un poco menos ridícula, pero podría pasar de tener esta resaca absurda.

—Estás mejor de lo que pensaba —admitió Kaleb mirándome mientras levantaba mi sándwich—. Al menos estás comiendo. ¿Te duele la cabeza?

Asentí despacio al masticar y tragar.

—Mucho. Gracias por dejarme todo lo que necesitaba en la mesilla. No estoy segura de que hubiera llegado abajo sin todo eso. Ahora, dime qué hice y dije exactamente que no me acuerdo.

Kaleb me observó con recelo.

—¿De qué te acuerdas?

—Lo último que recuerdo claramente es que me levanté para bailar y me subió todo el alcohol de golpe —confesé arrepentida.

Él se encogió de hombros.

—No pasó mucho después de eso. Bailamos, te terminaste la segunda copa y te ayudé a volver a casa.

—Estaba en pijama cuando desperté. ¿También me ayudaste con eso? —cuestioné con curiosidad.

—Un poco —me contó—. No es nada que no viera cuando te desnudé en la cabaña. Lo hiciste casi todo tú. Me aseguré de que estabas en la cama antes de salir de tu habitación. Estabas inconsciente casi desde el momento en que tu cabeza tocó la almohada. Tienes los ronquiditos más monos que he oído nunca cuando te emborrachas.

Hice una mueca. Probablemente había roncado como un marinero borracho, pero Kaleb no me lo contaría nunca.

—No pudo ser bonito —dije, avergonzada al pensar cómo me vería desmayada en la cama de esa manera.

Él me dedicó una sonrisa provocadora.

—Eres guapa, incluso borracha.

Le lancé una sonrisilla. No pude evitarlo.

—Y tú eres un mentiroso, Kaleb Remington.

No había nada atractivo en una mujer pasada de rosca de manera tan desagradable.

—¿De qué más parlotéé? —pregunté, casi nerviosa de escuchar lo que había dicho en aquel estado de intoxicación.

Él tenía una mirada pícara en la cara cuando respondió.

—¿De verdad quieres escucharlo?

—Sí —dije de inmediato.

—Cuando estábamos bailando, dijiste que ojalá estuviéramos desnudos. También mencionaste que estabas lista para acostare conmigo —contestó con una risita entre dientes—. No te preocupes, no me tomé en serio nada de eso.

Tuve que obligarme a tragar el mordisco de sándwich que tenía en la boca.

«¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!», pensé. Por su expresión me percaté de que no estaba bromeando. Realmente le había dicho esas cosas anoche.

—Oye, no te agobies por lo que dijiste —comentó Kaleb en tono reconfortante—. Hablaba el alcohol.

Asentí sin decir una palabra más y tomé un sorbo de café. Tal vez fuera el alcohol el que hizo que se me escaparan aquellas palabras de la boca cuando tenía la guardia baja, pero estaba segura de que todo lo que había dicho era cierto. Simplemente no había sido capaz de hablar de ello cuando estaba sobria.

«¡Santo Dios!». Finalmente había reunido el valor para decirle a Kaleb Remington que lo deseaba y él no había creído ni una sola palabra de lo que dije.



## Capítulo 19



*Kaleb*

**P**ara cuando terminó la película que habíamos estado mirando aquella noche, Anna estaba profundamente dormida en el sofá. Había cerrado los ojos cuando la película llevaba más o menos una hora puesta y no se había movido desde entonces. Por suerte, había visto el film antes, así que no importaba que se hubiera perdido el final. Apagué la televisión y arrojé el control remoto sobre la mesilla.

Anna había estado callada todo el día. No estaba seguro de si estaba agotada por la resaca o de si debí haber mantenido la boca cerrada sobre las palabras que había pronunciado la víspera cuando estaba borracha. Yo habría evitado el tema si ella no me hubiera preguntado directamente qué había dicho anoche. Como éramos amigos, no podía mentirle. Joder, había intentado quitarles hierro a sus comentarios, pero por la mirada en su cara vi que se había disgustado.

Habíamos pasado de salir a montar por la tarde porque ella todavía se encontraba un poco revuelta. En lugar de eso, yo seguí trabajando un rato en el establo y Anna pasó la mayor parte de la tarde leyendo un libro. A última hora, fui al pueblo a comprar una *pizza* y nos sentamos a mirar una película.

Anna se encontraba mejor cuando pusimos la película, pero debía seguir notando los efectos de la resaca, porque se quedó dormida y nunca lo hacía durante una película. Aunque la hubiera visto antes.

Me levanté del sillón reclinable y me acerqué al sofá donde ella dormía.

—Anna —dije levantándola—. Voy a llevarte a la cama.

—¿Ha terminado la película? —preguntó con voz ligeramente confusa—. Lo siento, creo que me quedé dormida.

Yo le sonreí.

—Te quedaste dormida hace más de una hora.

—Joder —dijo ella abriendo los ojos para devolverme la mirada—. Me he perdido el final. Es mi parte preferida.

—Ya lo has visto antes.

Ella asintió adormilada.

—Sí, pero quería volver a verlo. Bájame, Kaleb. ¿Piensas subirme a cuestras por esas escaleras tan largas?

—Es el plan —le dije, ignorando su petición de que la bajara—. Lo hice anoche.

Anna era un peso ligero. Tal vez yo me estuviera haciendo mayor, pero no era una carga subir su cuerpo pequeño por las escaleras.

—Bueno —dijo con voz contrariada—. Anoche no estaba coherente. Me lo perdí todo.

Me detuve en la entrada del salón y Anna apagó la luz como si hubiéramos hecho lo mismo un millón de veces. A veces me parecía que lo habíamos hecho. Estábamos tan en sintonía el uno con el otro que sentía que la conocía de toda la vida. No estaba seguro de qué iba a hacer cuando no estuviera cerca todos los días. Me había acostumbrado a estar con ella tan rápido que no parecería normal cuando se hubiera marchado.

Como soltero, nunca me había sentido solo sin una mujer cerca. Aunque tampoco había conocido nunca a una mujer como Anna. La llevé arriba, la dejé sobre la cama y saqué su pijama del cuarto de baño.

Ella lo tomó cuando se lo ofrecí mientras decía:

—Ya no tienes que cuidar de mí, Kaleb. Estoy bien.

Parecía más despierta cuando se levantó y fue al baño. Volvió unos segundos después ataviada con sus cortísimos pantalones y camiseta.

—Tenemos que hablar de algo —le dije cuando se metió en la cama—. Pero hablaremos mañana.

—¿Qué? —preguntó levantando la mirada hacia mí—. Estoy despierta ahora. Dime.

Me senté en el borde de la cama. Vaya, probablemente ahora no era el momento ideal para hablar de sus finanzas, pero había esperado todo el día porque ella estaba intentando recuperarse de la resaca.

Le expliqué lo que había pasado con la empresa fantasma y su inversión en esa entidad. También le conté qué había hecho al respecto. Mañana era domingo, pero probablemente empezaría a recibir llamadas de las autoridades a primera hora de la mañana del lunes. Necesitaba tiempo para digerir la información antes de verse rebasada de preguntas. Cuando terminé de contárselo todo, se veía confundida.

—Nada de eso tiene sentido —dijo con expresión perpleja—. Mi padre siempre fue muy cuidadoso con mis inversiones. ¿Por qué iba a implicarse con una empresa ilegítima? ¿Era mucho dinero?

—Bastante durante los dos últimos años. Por suerte, fue una inversión tardía, pero invirtió unos cuantos millones en esa empresa. Lo siento, Anna. Dudo que vayas a volver a ver esos fondos nunca. Pero tienes mucho dinero y a tu padre le fue bien con casi todas sus inversiones. Afiné un poco tu cartera para conseguirte mejor rentabilidad y puedes dejar de hacer esas giras enormes cuando quieras.

Le expliqué los números someramente, diciéndole con exactitud qué tenía y en qué tipo de inversiones.

—Te mostraré más mañana en la computadora —prometí.

—No estoy disgustada por el dinero perdido. No puedo hacer nada para cambiar lo sucedido —dijo con franqueza—. Me preocupa más por qué ocurrió. ¿Crees que papá lo sabía antes de morir?

—Ojalá tuviera la respuesta a esa pregunta —reconocí—. Examiné todo tu historial financiero y tampoco tenía sentido para mí. La inversión parecía extraña, razón por la que pedí todas tus contraseñas para investigar un poco más, pero aún no tengo todas las respuestas. Tu padre era un inversor conservador. No estoy seguro de qué lo impulsó a invertir en una empresa

sin historial financiero. Supongo que alguien en quien confiaba le aconsejó y creyó que aumentaría tus beneficios.

—¿Crees que averiguó la verdad? ¿Crees que por eso fueron asesinados mis padres? —preguntó ella dubitativa.

Le rodeé la cintura con el brazo y la atraje hacia mí.

—No estoy seguro, cielo. Es posible.

No iba a engañar a Anna. Había muchas probabilidades de que los asesinatos estuvieran relacionados con esa empresa fantasma. Le habían robado millones a Anna. La gente mataba por mucho menos. Y ella era una mujer inteligente. Tal vez no fuera un genio de las finanzas, pero había juntado las piezas del rompecabezas muy rápido.

—¿El detective pareció interesado en esa información? —preguntó apoyando la cabeza en mi hombro.

—Muy interesado —dije fiel a la verdad—. Tengo la sensación de que no estaban seguros de hacia dónde ir con el caso porque tus padres no tenían enemigos.

—No hay nada para ayudarlos —musitó contra mi hombro—. Ni ADN desconocido ni móvil.

Sabía que Anna hablaba a menudo con el detective, pero nunca parecían tener nuevas pistas. Si las tenían, no le habían hablado de ellas a nadie. No podía culparlos por eso. Tenían que jugar sus cartas con cuidado. Anna nunca había sido sospechosa porque estaba fuera de gira entonces, pero era un doble homicidio. La policía no haría comentarios hasta realizar una detención.

—Los federales van a hacerte algunas preguntas sobre la empresa fantasma en la que tenías inversiones —le advertí.

Ella levantó la mirada hacia mí, con un poco de pánico en la expresión.

—Yo no sé nada. De hecho, papá nunca me mencionó esa inversión en concreto. Dios, ojalá supiera más, pero no.

—Lo sé —dije con calma—. Solo cuéntales la verdad. Tú eres la víctima aquí, Anna. No una sospechosa.

Su cuerpo se relajó visiblemente.

—Aun así, me siento como una idiota porque no sabía que tenía inversiones en una empresa fantasma.

—Está claro que tu padre tampoco lo sabía —señalé—. No es tu culpa. Alguien se esforzó mucho en cubrir sus huellas. Duerme un poco, Anna. Mañana repasaremos tu cartera cuando puedas ver las inversiones. Ahora que se ha parado la sangría financiera, recuperarás ese dinero en beneficios tarde o temprano. Me alegro de que solo se prolongase durante dos años. Desearía que nunca hubiera ocurrido, pero es difícil no cometer algunos errores cuando inviertes.

—¿Alguna vez has cometido un error? —preguntó ella dubitativa.

—Unos cuantos —reconocí—. Es difícil estar en mi negocio y no elegir a unos cuantos perdedores. Le ocurre a la mayoría de los inversores. Solo tienes que elegir a muchos más ganadores que perdedores. Tu padre era bastante espabilado, Anna, y normalmente se mantenía alejado de nada ligeramente arriesgado. Lo hizo bien excepto por esa inversión. No me gusta que ese dinero te lo sangrara un puto ladrón, pero por suerte tienes dinero y patrimonio para absorber la pérdida.

—Gracias —dijo en voz baja.

—No tiene importancia —la informé.

—No —dijo ella con vehemencia—. Sí que la tiene. No le quites hierro a esto, Kaleb.

Pasaste mucho tiempo repasando mis registros financieros. Si no fuera por ti, habría pasado tiempo antes de que alguien encontrara el agujero y esto podría estar relacionado con los asesinatos de mis padres. Para mí es importantísimo. Es una deuda de gratitud que me gustaría pagar de alguna manera, pero qué le regalas a un multimillonario que tiene todo lo que quiere.

En realidad, yo no tenía todo lo que quería. Lo que más quería no podía pasar.

—Tú harías lo mismo por mí si yo necesitara ayuda —dije levantándome finalmente.

No podía ver esa mirada suplicante en sus ojos y no darle cualquier cosa que quisiera. El problema era que Anna no podía darme lo único que yo deseaba de verdad ahora mismo. La quería a ella y ella era algo que mi puto dinero nunca podría comprar. También era algo que no podía pedirle. Había decidido que probablemente era mejor que nunca explorásemos la poderosa atracción que había entre nosotros dos. Ella se marcharía dentro de muy poco tiempo. Me había informado de su partida sin una palabra de volver a vernos después de que se fuera.

—¿Kaleb? —me llamó Anna cuando llegué a la puerta.

Giré para mirarla.

—¿Sí?

Necesitaba salir del dormitorio antes de arrojar todo sentido común a un lado para persuadirla de sumergirnos en la química casi irresistible que teníamos. Y al diablo con las consecuencias a largo plazo.

Ella abrió la boca para hablar y luego volvió a cerrarla.

—Buenas noches —musitó finalmente.

Yo asentí y me marché, casi seguro de que aquello no era lo que quería decir.



## Capítulo 20



*Anna*

**A** la mañana siguiente, me desperté enfadada conmigo misma por no haber dicho lo que quería decir la noche anterior. Cuando estaba a punto de salir de mi dormitorio, quise decirle a Kaleb que debería haberse tomado en serio todo lo que dije en Taza y Jarra, a pesar de que estaba borracha.

Pero, una vez más, las palabras no salieron de mis labios. No era nada propio de mí no decirle a Kaleb lo que quería, pero tratándose de mis sentimientos por él, me resultaba casi imposible pronunciarlas.

¿Y si él no sentía lo mismo que unas semanas atrás? ¿Y si ahora le parecía mejor que solo nos despidiéramos como amigos?

Había hablado con Kim aquella tarde y me regañó por no hablar. Tenía razón. Ninguno de nosotros tenía garantizado el mañana ni otra oportunidad de decir lo que quería decir. Dios, yo sabía eso mejor que nadie. Había perdido a mis dos padres en un día y nunca había tenido esa última oportunidad de despedirme ni de decirles cuánto significaban para mí. Debí haberle dicho a Kaleb exactamente lo que pensaba. Él había hecho todo lo posible para hacerme saber que le importaba. No tenía ningún motivo para dudar de que sentía algo por mí, como yo por él. Quizás hubiera cambiado de opinión en cuanto a acercarse más a mí porque yo me marchaba, pero al menos sabría qué quería él.

Yo era una mujer de éxito que solía decir su opinión, pero por algún motivo, no podía soportar la idea de que él me rechazara después de sincerarme con él. Pero ¿realmente era mejor no arriesgarme nunca?

—Gracias por preparar la comida —dijo Kaleb mientras terminaba los restos del picnic que había traído para nuestra excursión a caballo por su finca. Habíamos terminado junto al río porque nunca podía resistirme a visitar este lugar pintoresco y había traído comida para ambos.

Kaleb iba a pescar mientras yo leía un libro que me moría de ganas de pillar desde que lo habían publicado. Finalmente lo había pedido y me lo trajeron a su casa.

«¡Díselo ahora mismo! Está alegre y relajado. ¡Habla con él!», me dije.

Probablemente necesitaba esas respuestas.

—No ha sido nada teniendo en cuenta todo lo que has hecho por mí —dije sinceramente.

Había horneado lo que mi madre solía llamar empanadillas de picnic con un hojaldre congelado. Las había relleno con lo que encontré en la despensa y en la nevera y ya tenía la comida. Añadí unas bolsas de patatas fritas al picnic, un poco de fruta y unas botellas de cerveza. No era precisamente una delicadeza, pero Kaleb había devorado como si hiciera semanas que no comía. También había traído la manta en la que descansábamos después del almuerzo. Habíamos limpiado y recogido la basura.

—Estaba bueno —comentó Kaleb mientras estiraba las piernas y daba un trago de la cerveza que acababa de entregarle.

—¿Vas a pescar? —pregunté.

Él se llevó una mano al estómago.

—Dentro de un ratito. Estoy lleno. Me da pereza pescar ahora mismo. ¿Por qué? ¿Te mueres de ganas de sumergirte en tu libro?

Yo sacudí la cabeza.

—No.

«Por Dios, ¡solo dile que quieres hablar!».

¿Actuaba ante estadios llenos hasta la bandera por todo el mundo y no podía decirle a Kaleb lo que sentía? Aquello se estaba volviendo ridículo. Y yo ya había pasado el punto en que podía mantener mis emociones bajo control. Se me daba fatal no tener respuestas, pero para obtenerlas, necesitaba hablar a Kaleb con franqueza. Así es como siempre habíamos sido el uno con el otro antes de que yo perdiera la habilidad de separar mis emociones tratándose de él.

Inspiré hondo.

—¿Recuerdas todas esas locuras que dije en Taza y Jarra después de tomarme las copas?

—Lo recuerdo —respondió alargando las palabras perezosamente.

«Sigue, Anna. Sigue».

—Puede que yo no lo recuerde todo, pero no estaba tan borracha como para no saber lo que quería. Lo que aún quiero —espeté—. Si no exploro lo que siento por ti, sé que me arrepentiré. Nunca me he sentido así por ningún otro hombre y no quiero marcharme sin decir lo que siento. Tal vez tú ya no sientes lo mismo que hace unas semanas. Quizá sería mejor olvidarlo. Sé que debo partir. Dios, no sé, pero necesito que al menos sepas lo que siento...

Me golpeé la espalda tan rápido que la cabeza me dio vueltas. Kaleb me había empujado deliberadamente, controló mi caída y descendió sobre mí con su cuerpo musculoso.

—¡Joder! —maldijo ensartando las manos en mi pelo—. Sé que tenemos que hablar de eso, pero no puedo esperar ni un segundo más.

Su boca se abalanzó sobre la mía con la misma urgencia desesperada que sentía yo cada vez que lo miraba. Fluyó el deseo entre mis muslos cuando rodeé su cuello con los brazos y le devolví el beso frenético. Tal vez teníamos que hablar, pero necesitaba más esto. Kaleb devoró mi boca y yo me abrí a él, dándole acceso a todo lo que quisiera. Ardía en deseos de aquel hombre desde el día en que nos conocimos y ese fuego se había avivado durante semanas hasta alcanzar una fuerza infernal. Semanas de esa necesidad de Kaleb se derramaron de mi cuerpo al aferrarme con las uñas a su nuca; necesitaba acercarme a él más que nunca.

Cuando por fin levantó la cabeza, sus ojos estaban plagados de un hambre voraz y su pecho subía y bajaba como si acabara de correr una maratón. Yo jadeaba mientras nos devorábamos con la mirada, ambos atónitos, pero impacientes por terminar lo que habíamos empezado.

—Nunca pienses que yo no siento lo mismo que tú —gruñó Kaleb—. Te quiero desnuda y en mi cama desde el primer día.

Dios, yo sentía lo mismo , y el deseo de tener a Kaleb muy dentro de mí era primordial ahora mismo. Envolví sus caderas con las piernas y me impulsé hacia arriba solo para sentir lo que deseaba con tanta desesperación. Su polla estaba dura y lista para darme exactamente lo que yo ansiaba. Necesitaba a Kaleb y ese deseo me corría viva.

—Quiero... —gemí mientras mi voz se apagaba porque no podía expresar mi anhelo con palabras.

Resultó que no necesitaba decirlas. Yo quería y Kaleb respondió.

—Sé lo que quieres —carraspeó junto a mi oído, dejando con el aliento un rastro de calidez en el lateral de mi cuello mientras me mordisqueaba el lóbulo de la oreja—. Quieres que te haga venirte. Y yo también lo quiero.

Volvió a besarme y mi cuerpo se retorció bajo el suyo cuando deslizó la mano bajo mi camiseta y desabrochó con soltura el broche de mi sujetador. Mi sexo se contrajo con tanta fuerza que casi resultaba doloroso a medida que sus dedos acariciaban uno de mis pechos hasta que encontró el pezón.

Jadeé cuando lo pellizcó lo bastante fuerte para hacerme gemir contra sus labios.

—¡Sí! —siseé cuando liberó mi boca. Mi cuerpo ardía por este hombre y lo necesitaba dentro de mí.

—Jódeme, Kaleb —supliqué a medida que sus dedos seguían atormentando mis pezones—. Te necesito.

Lo había necesitado durante lo que parecía una eternidad y, ahora que lo tenía, no podía contener las emociones.

—Tranquila, cielo —canturreó en voz grave y sexi junto a mi oído—. Quiero tocarte. Deseo tocarte así desde hace mucho tiempo. Eres preciosa, Anna.

Me estremecí cuando su palma descendió por mi cuerpo, rozándolo, hasta que alcanzó el botón de mis *jeans*.

«¡Sí! ¡Tócame! ¡Por favor, tócame!».

En ese momento, Kaleb se convirtió en todo mi mundo, en lo único que existía y mi cuerpo estaba tenso de expectación.

Enterró la cabeza en mi cuello, dejando un rastro de calor sobre mi piel sensible. Este hombre sabía qué hacer exactamente para volverme loca, pero me deleité con cada segundo de su tormento sensual.

—Si no me follas, creo que voy a perder la cabeza —dije con un gemido.

—Vas a perderla —prometió en tono sensual y travieso—. Voy a asegurarme de que lo hagas. ¿Tienes idea de cuánto he deseado ver cómo te vienes para mí, Anna?

—No —exclamé cuando mordió mi cuello. No conocía aquella faceta sensual de Kaleb, pero me moría de ganas de zambullirme en ella.

Él bajó la cremallera de mis *jeans* y me los bajó lo suficiente para poder acceder a mi coño. Me estremecí en el instante en que sus dedos entraron en contacto con mi deseo resbaladizo. Mi cuerpo estaba tan acelerado que el contacto erótico casi fue demasiado.

—Kaleb —susurré su nombre con un largo suspiro de satisfacción.

Sus movimientos eran pausados, como si quisiera saborear el tacto de mi cuerpo.

—¡Dios! —dijo Kaleb con voz ronca—. Estás empapada. Ardiente. Perfecta, joder.

Gemí a medida que sus dedos encontraron mi clítoris para acariciarlo.

—¡Kaleb! —gemí con mucha más urgencia. Mis caderas se levantaron; mi cuerpo suplicaba liberarse—. Más —rogué justo antes de que su boca cubriera la mía de nuevo.

Exploró mi boca con la lengua, con más control y mucho más despacio que la primera vez, mientras yo perdía la cabeza completamente. Finalmente me dio lo que necesitaba, apretando mi clítoris más fuerte hasta que se mecieron mis caderas, el cuerpo tenso. Cuando levantó la cabeza, emití un sonido desesperado que nunca había oído salir de mi boca.

—¡Ah, Dios! —exclamé cuando la espiral en mi vientre empezó a desplegarse.

—Mírame, Anna —exigió Kaleb.

Nuestras miradas se cruzaron y caí en sus preciosos ojos verdes cuando el orgasmo me arrolló.

—Eso es —dijo con una voz exigente que nunca le había oído—. Vente por mí, Anna.

De ninguna manera podría haber detenido el potente orgasmo. Me aferré a su camiseta mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás y gemía sin control a medida que me atravesaban oleadas de éxtasis. Respiraba pesadamente para recobrar el aliento cuando Kaleb giró y me abrazó sobre él en gesto protector.

—¿Mejor? —preguntó besándome la cabeza.

—No mucho —dije sin aliento—. Necesito desnudarte.

Me agarró las muñecas cuando fui a quitarle la camiseta.

—Relájate, Anna —dijo con voz grave—. Mi control pende de un hilo ahora mismo, y no voy a perder la cabeza aquí de ninguna manera. Lo último que quiero hacer es dejarte completamente desnuda donde alguien pueda verte. Tal vez sea mi finca, pero hay gente que tiene permiso para venir aquí, mis hermanos incluidos.

—¡Mierda! —dije con voz decepcionada. Tampoco tenía ganas de que sus hermanos me vieran desnuda.

Kaleb me abrazó con fuerza y yo apoyé la cabeza en su hombro.

—Entonces ¿por qué has hecho eso? —pregunté con curiosidad.

—Porque necesitaba tocarte al menos —respondió él, la voz grave y ronca.

Oía la tensión en su voz, pero su tacto era delicado mientras me acariciaba la espalda de arriba abajo en un movimiento reconfortante.

Me moría por tocarle, darle el mismo placer que él me había dado a mí, pero aplasté el deseo por ahora. Estaba íntimamente cerca de él y eso bastaba por el momento.

—Gracias —dije en voz baja.

—Por darte un orgasmo —bromeó él.

—No. Por intentar protegerme siempre.

Probablemente, Kaleb era el hombre más abnegado que había conocido en toda mi vida. Siempre me respaldaba y yo confiaba en él por completo. Eso era lo que hacía nuestra relación tan especial.

—Ese es un instinto que nunca voy a poder abandonar, Anna. Tendrás que acostumbrarte a él.

Sonreí. Ya estaba acostumbrada, y tener a alguien a quien le importaba lo suficiente cuidando de mí y de mis intereses era adictivo. Esperé en silencio no tener que ver nunca cómo sería estar sin Kaleb Remington guardándome las espaldas.



## Capítulo 21



*Kaleb*

—¡Eh! ¡Kaleb! ¿Has oído algo de lo que he dicho? —preguntó Tanner más tarde aquella noche mientras estábamos sentados en mi despacho.

—Te he oído —mentí—. Me parece bien seguir adelante con la compra si Devon también está de acuerdo.

Sabía vagamente de qué hablaba y sabía que quería esta empresa. No necesitaba escuchar todos los detalles, pero confiaba en el juicio de Tanner.

«¡Joder!», pensé. No era propio de mí no tener toda la atención en un proyecto pendiente, pero después de lo que había ocurrido antes en el río con Anna, estaba distraído.

—No has oído ni una palabra de lo que he dicho —me acusó Tanner—. No te estaba pidiendo permiso. Te estaba pidiendo opinión sobre cómo abordar la adquisición. ¿Dónde tienes la cabeza esta noche?

Me mesé el pelo con una mano, frustrado.

—Lo siento. Supongo que hoy estoy fuera de juego.

Tanner sonrió con suficiencia.

—¿Tiene algo que ver con la mujer hermosa que está en tu sala de música discutiendo su actuación en la gala de premios en una reunión virtual?

—Es domingo, por Dios —le dije enojado—. Cualquiera diría que podían esperar a mañana.

El único motivo por el que había aceptado hablar de este proyecto con Tanner hoy era que sabía que Anna estaría ocupada en una reunión. De lo contrario, le habría dicho que se jodiera hasta que fuéramos a la oficina mañana.

—Estás muy tenso —comentó Tanner.

Joder, claro, estaba enojado. Había esperado todo el puto día para tener a Anna sola en casa y ahora estábamos sentados en habitaciones separadas hablando de negocios en domingo.

Unos meses atrás, esto habría sido una ocurrencia normal. Yo trabajaba todos los días. Pero ni siquiera había echado un vistazo a documentos de negocios los fines de semana desde que Anna había venido a quedarse conmigo y ahora me gustaba así.

—Lidiaremos con esto mañana —dijo Tanner con empatía—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —dije quitándole importancia—. Es solo que no me apetece hacer negocios el fin de semana.

Tanner alzó una ceja desde su silla en el lado opuesto del escritorio.

—¿Quién es usted y qué ha hecho con mi hermano mayor adicto al trabajo?

—Te dije que estaba evaluando mis prioridades. Si tanto te interesa, estoy intentando averiguar cómo convencer a Anna de que tenemos que vernos después de que vuelva a California.

Había tenido ese asunto en la cabeza todo el día. Era imposible que me la llevara a la cama y me despidiera de ella en dos semanas como si nada. Eso no iba a funcionar para mí.

«Ni en broma».

—Me alegro de que por fin hayas entendido que la necesitas. Nunca te he visto vivir una vida remotamente equilibrada y no has tenido ni una pesadilla sobre Shelby desde que conociste a Anna. Creo que ella era esa prioridad que faltaba por completo en tu vida, Kaleb. Necesitabas una razón para llevar una vida más equilibrada —dijo Tanner, la voz aliviada—. Lo solucionaréis. Si te importa, no hay motivo por el que no podáis salir. Tal vez sea complicado, pero pienso que ella vale la pena. No creo que tengas que convencerla. Ella también está loca por ti. Querrá verte. Ni que no pudieras teletrabajar si quieres quedarte una temporada en California. Devon y yo estamos casi todo el tiempo en la oficina.

—Hablaré de ello con Anna más tarde —le dije—. ¿Qué haces tú aquí de todas maneras? ¿No vuelve pronto a casa Lauren? ¿Cómo está?

Lauren Collier estaba extremadamente unida a Tanner. De hecho, era casi como una hermana pequeña adoptiva para él. Había estado cuidando de ella desde que el hermano de esta, Keith, había muerto. Keith Collier era el mejor amigo de Tanner y cuando murió repentinamente justo cuando Lauren partía para la universidad, Tanner se ocupó de cuidar de ella. Keith era el tutor de Lauren y ella no tenía más familia.

—Tan lista como siempre —dijo Tanner con una sonrisa—. Se quedará conmigo unas semanas. Viene a casa permanentemente. Está cansada de vivir en la Costa Este y tiene bastante experiencia para mudarse de vuelta a Montana ahora y teletrabajar. Quiere encontrar casa antes de mudarse.

Lauren tenía un doctorado en Economía y había estado trabajando como investigadora de mercados en la Costa Este durante los últimos años. Lauren me gustaba. Siempre me había gustado. Era superdotada y había terminado el doctorado volando. También la conocía de casi toda la vida y se había convertido en una más de la familia con el paso de los años.

—Seguro que estás contento —comenté.

A pesar de que Lauren tenía un doctorado y era adulta, sabía que Tanner aún se preocupaba en la distancia.

Él asintió.

—Estoy contento. Llegará en uno o dos días. Hace demasiado que no la veo en persona.

Yo no la veía desde hacía tiempo. Tanner había volado a Boston para visitas breves, pero ella no había vuelto a Montana desde hacía unos años.

—Tráela —sugerí—. Me apetece verla también.

—Me gustaría —dijo Tanner dubitativo—. Pero podría haber un problema con eso. Es una gran fan de Annelise.

—¿De verdad piensas que la reconocería? Nadie más lo ha hecho —le recordé.

Él se encogió de hombros.

—Puede que no. Supongo que podremos lidiar con ello si pasa. Lauren nunca se lo contaría a nadie si supiera que es un secreto. Confío en ella. ¿Le contaste a Anna lo de la empresa

fantasma?

—Sí —respondí—. Se lo tomó bastante bien teniendo en cuenta que perdió unos cuantos millones de dólares. No estaba muy preocupada por haber perdido el dinero. Está más inquieta porque era una inversión fuera de lo corriente para su padre. Creo que sospecha lo mismo que nosotros, que podría estar relacionada con los asesinatos de sus padres.

—Sinceramente, es lo único que tiene sentido, porque su madre y su padre no tenían enemigos —dijo Tanner en tono reflexivo.

—No me siento muy cómodo con que Anna salga del anonimato para esta actuación en los premios —le confesé a Tanner con franqueza—. ¿Y si se convierte en un nuevo blanco? Pronto será muy obvio que conoce la verdad. A esa empresa fantasma se le han cortado los fondos de su parte.

La idea de que Anna pudiera estar en peligro me ponía aún más tenso.

—Podría ser improbable —contestó Tanner—. Ahora que los federales los conocen, creo que estarán demasiado ocupados intentando evitar la acusación como para intentar vengarse. Sinceramente, ¿es posible que alguien se acerque a Annelise Kendrick? Será mucho más difícil acceder a ella que a sus padres.

Yo asentí.

—Tiene buena seguridad en su casa en Beverly Hills y normalmente lleva guardaespaldas cerca en eventos y apariciones en público. La seguridad se reforzará para esta actuación, pero aun así no me gusta. Podría haber alguien ahí fuera que quiere hacerle daño, Tanner.

—¿Eres consciente de que tendrás que acostumbrarte a compartirla con el resto del mundo? —inquirió mi hermano.

—Compartiré a Annelise porque debo hacerlo —dije desanimado—. Anna es otra historia.

Lógicamente, sabía que las dos mujeres eran la misma persona, pero en realidad no había visto tanto de Annelise en la Anna a la que había llegado a conocer y querer. Nada de su personalidad pública me resultaba familiar excepto su música.

La sala de música estaba insonorizada, pero yo la había escuchado tocar a menudo. Unas veces era una canción que había compuesto y quería que yo escuchara, pero todavía disfrutaba de tocar música clásica y, afortunadamente, solía pedirme que me sentara con ella cuando le apetecía tocarla.

Annelise era una marca creada con mucho cuidado. Anna era real y yo estaba dispuesto a hacer casi todo para asegurarme de que la mujer que me importaba estuviera a salvo.

—Tenemos dos semanas —me recordó Tanner—. Los federales podrían hacer algún avance antes de que se marche a California. Disfruta el tiempo que tienes con Anna ahora y deja de pensar en lo que sucederá cuando vuelva a California. Nosotros tenemos un equipo de seguridad que prácticamente no utilizamos.

—No pienses que no se me ha ocurrido hacer que sigan su precioso trasero cada minuto del día cuando esté de vuelta en California —dije agitado.

—No estoy seguro de que ella lo aceptara —contestó Tanner dubitativo—. Su vida en su mundo ya es bastante asfixiante.

—¡Joder! Lo sé. No quiero asfixiarla. Solo quiero que esté a salvo. Podrían seguirla sin interponerse en su camino.

Tanner me lanzó una mirada preocupada.

—Te das cuenta de que tiene treinta y cinco años y ha vivido con esto toda su vida adulta, ¿verdad?

—Eso fue antes de conocernos —dije descontento—. Y antes de que sus padres fueran asesinados. Sé que suele ser cautelosa y confío en su buen juicio, pero esto no me da buena espina.

—Tienes los mejores instintos que he visto nunca, dentro y fuera de los negocios —dijo Tanner en tono serio—. Confía en ellos.

El problema era que ya no estaba seguro de si eran mis verdaderos instintos o de si solo estaba paranoico acerca de que algo le ocurriera a Anna.

Mi hermano se levantó de su silla para marcharse y yo lo acompañé a la puerta principal.

—Probablemente mañana llegaré tarde a la oficina —le dije distraídamente mientras abría la puerta delantera—. Espero que Anna y yo podamos hablar después.

Tanner me lanzó una mirada airada.

—Tenemos todo un equipo que hace la mayor parte del trabajo una vez que tomamos una decisión, Kaleb. Tú tienes dos semanas con Anna. Ven cuando te apetezca. O no vengas. Hemos trabajado como locos durante años para llegar donde estamos ahora. Ahora es el momento de empezar a disfrutar de los beneficios de renunciar a nuestras vidas personales durante todos esos años. Yo no voy a ir a la oficina durante al menos un día o dos cuando Lauren llegue aquí para buscar casa y me iré pronto después de eso hasta que vuelva a Boston. No he pasado tiempo de calidad con ella en años.

Tenía razón, pero los hábitos son difíciles de romper. Había pasado toda mi vida adulta con toda mi atención puesta en KTD. Gravitó hacia la sala de música después de que Tanner se marchase. La puerta estaba entreabierta, así que me di cuenta de que Anna mantenía una conversación animada con alguien acerca del próximo espectáculo de los premios. Al final, salí al establo y trabajé un poco en una mesa en el cálido taller de ebanistería que nunca había utilizado antes de conocer a Anna.

Tanner tenía razón. Tendría que aprender a compartir con el mundo a la mujer que me importaba. Era irrazonable pensar que algún día tendría una vida normal. Yo tampoco vivía siempre una vida corriente. Annelise formaba parte de Anna y ella a veces trabajaba largas horas en su música. Yo podía vivir con eso siempre y cuando ella estuviera en mi vida. Habría veces en las que el trabajo también me absorbería. Son cosas que pasan. A veces había que solucionar problemas cuando algún trato corría peligro de fracasar.

Trabajé durante cerca de una hora en la mesa que estaba haciendo para Anna, para la sala de música. Estaba resuelto a que mi hogar se convirtiera en una segunda vivienda para ella, un lugar al que volver cuando necesitara un poco de paz.

Deslicé la mano sobre la superficie que acababa de lijar. Me percaté de que mi vida sería extremadamente complicada ahora que Anna formaba gran parte de ella. Sonreí de oreja a oreja mientras recogía mis herramientas. En un breve periodo de tiempo, Anna Kendrick había puesto mi mundo controlado patas arriba. Quizás había evitado relaciones complicadas en el pasado, pero ahora la estaba deseando.



## Capítulo 22

*Anna*

**E**ra bien pasada la una de la madrugada para cuando abandoné la sala de música. Había sido una reunión maratónica porque quería cerrar todos los detalles del espectáculo de premios para poder pasar todo el tiempo posible con Kaleb antes de tener que irme.

Iba a hacer una coreografía familiar para la actuación que prácticamente podía hacer con los ojos cerrados, porque había repetido el mismo número una y otra vez cuando estaba de gira. Sin embargo, aún quedaban muchos detalles por repasar con los organizadores para asegurarme de que todo estaría dispuesto como yo lo necesitaba.

Estiré la espalda antes de deambular a la planta baja de la casa para ver si Kaleb seguía despierto. Lo más probable era que no lo estuviera. Mañana era lunes y él tenía que madrugar. Cuando no lo vi ni lo oí en ninguna habitación, supuse que se había dirigido arriba. Yo habría hecho lo mismo. Había entrado a la reunión hacía horas y él no tenía ni idea de cuándo saldría de nuevo a la superficie.

Apagué las luces abajo y subí a mi dormitorio, percatándome de que la puerta de la habitación de Kaleb estaba cerrada y no había luz bajo la puerta al pasar junto a ella. Me dolió el corazón al percatarme de que había perdido la oportunidad de pasar la noche con él. Sí, la reunión maratónica era necesaria, pero aun así estaba decepcionada. Después de nuestro interludio en el río hoy, estaba extremadamente inquieta.

Por primera vez, habíamos hablado de sexo abiertamente y yo le había hecho saber que no había estado con nadie en mucho tiempo, pero que tomaba anticonceptivos y estaba limpia de infecciones de transmisión sexual.

Él me había dicho lo mismo. Esa charla de sexo que tenían la mayoría de las parejas fue mucho más natural de lo que había sido para mí antes. Tal vez porque también era mi amigo y podíamos decirnos prácticamente cualquier cosa.

Al final, Kaleb pescó un rato y yo intenté leer mi libro, pero mi mente no dejaba de evadirse a lugares más carnales y lo único que hice en realidad fue mirarlo a él. Comimos una cena rápida cuando llegamos de vuelta a la casa y no habíamos tenido oportunidad de hablar ni comunicarnos mucho antes de mi reunión.

Nuestra relación se vio alterada para siempre después de aquel momento íntimo en el río aquella tarde y yo no podía decir que lo lamentara. La incertidumbre entre nosotros se había

metamorfoseado en algo completamente distinto. Ahora, la conciencia constante de su presencia y el anhelo físico de saber que nos deseábamos de la misma forma estaba matándome. Era un alivio que ya no estuviéramos andándonos por las ramas de nuestros sentimientos, pero ahora que sabía que él sentía lo mismo sin duda, quería estar lo más cerca posible de él.

Me puse el pijama y miré mi cama vacía. Por primera vez desde que había llegado, parecía fría y desierta.

«¡No!», pensé. Aquello no bastaría esta noche. No fue la necesidad de desnudarlo lo que me atrajo hacia la puerta de su dormitorio. Solo quería estar cerca de él y sentir su cuerpo cálido y acogedor junto a mí. Ahora que sabía que era bienvenida en su cama, necesitaba estar cerca de él tan a menudo como fuera posible porque habría noches en el futuro en las que volvería a estar sola. No quería malgastar nada del tiempo que nos quedaba juntos.

Abrí la puerta despacio, intentando no despertarlo, y la cerré a mi espalda. Había visto su habitación, pero no la conocía tan bien como la mía. Por suerte, entraba suficiente luz por la ventana para encontrar el camino a su cama. No había la suficiente para verle el rostro desde la distancia, pero reconocí el cuerpo musculoso y torso desnudo al deslizarme en su cama.

Me aproximé a su calidez con cuidado, contenta de poder compartir el mismo espacio por fin. Como de costumbre, calentaba la cama con su calor corporal y yo me deleité en la sensación de volver a estar a su lado. Cuando pasé aquellas noches en la cama con él en la cabaña había dormido mejor que nunca. Cerré los ojos cuando me acerqué a él todo lo que pude sin despertarlo, con la sensación de que estaba exactamente en mi sitio.

—Ya era hora de que trajeras tu precioso trasero a mi cama —dijo Kaleb con voz ronca que sonaba... muy despierta.

—No estás durmiendo —dije abriendo los ojos otra vez.

Él me envolvió la cintura con un brazo y me atrajo contra su cuerpo duro.

—Claro que no estoy durmiendo. Te estaba esperando. Iba a ir a buscarte si no te veía en los próximos minutos. Te oí subir. Obviamente, por fin has terminado esa reunión.

—Sí —le informé mientras me acurrucaba tan cerca de su cuerpo como podía—. Lo siento. Se alargó mucho más de lo que había previsto, pero dudo que tenga que hacer mucho más que ponerme en contacto con ellos si tienen más problemas con la ceremonia. No me puedo creer que sigas despierto. Es más de la una. Yo solo quería estar cerca de ti. No planeaba despertarte.

—No lo has hecho —farfulló—. Te echaba de menos y nunca vas a volver a dormir sola en esta casa.

Solté una larga bocanada de alivio. Kaleb quería estar conmigo tanto como yo con él, y eso me hacía más feliz de lo que me había sentido en mucho tiempo. Me abracé a su cuello y saboreé el tacto de su gran cuerpo musculoso contra el mío.

—Deberías estar durmiendo. Es tarde.

Me hizo rodar sobre mi espalda y cubrió mi cuerpo con el suyo.

—¿De verdad piensas que me importa un pimiento qué hora sea? Estás aquí. En mi puta cama. Y por fin puedo tocarte. ¿Tienes idea de la tortura que fue para mí dormir en la misma cama en la cabaña? Casi me mata no tocarte, mujer. Pero tenemos que aclarar algunas cosas.

Dios, yo había sentido lo mismo en la cabaña, pero ahora que conocía a Kaleb, era mucho más difícil no tocarle. Mis emociones lo invadían todo y ya no era capaz de separar esos sentimientos como había hecho en la cabaña.

—¿Cómo qué? —pregunté.

—Como el hecho de que tengo que dejarte volver a California porque tu vida profesional

está allí, pero tendrás que aceptar que me voy a preocupar e intentaré protegerte. También nos vamos a ver tanto como sea posible. Yo iré a California y tú puedes venir aquí cuando puedas escaparte. Una vez que hayas pasado la noche en mi cama, también tendrás que lidiar con ser mía. He descubierto que soy un cabrón avaricioso cuando se trata de ti y no voy a compartir. Mientras estemos juntos, solo existirás tú para mí, Anna. Necesito saber que solo yo existiré para ti también.

Mi corazón dio un vuelco ante sus palabras. Kaleb quería una relación exclusiva y yo estaba tan eufórica que casi sentí deseos de llorar. Yo tampoco podría compartirlo nunca. Como si pudiera haber otro hombre para mí cuando tenía exactamente lo que quería y necesitaba con Kaleb Remington.

—Voy a cumplir treinta y seis años este año, Kaleb —le informé, con el corazón latiendo de forma errática—. Nunca he deseado a un hombre como te deseo a ti. ¿De verdad piensas que existiría otro hombre para mí cuando esté contigo?

—Bien —dijo con voz impaciente—. Ahora que hemos aclarado las condiciones, ya he terminado la conversación. He esperado demasiado para estar en esta postura y no quiero perder el tiempo que aún me queda para estar contigo.

Solté una risita cuando se sentó conmigo y empezó a quitarme la camiseta. Era tan propio de Kaleb. Había sido directo y sucinto, y luego la conversación terminó enseguida. Me parecía bien. Por ahora, Kaleb Remington era mío, y yo no quería perder tiempo hablando de algo que no necesitábamos discutir.

Ahora mismo, todo lo que quería era sentir a Kaleb. Necesitaba desesperadamente estar piel con piel con su cuerpo enorme. Le ayudé a quitarme el pijama y la ropa interior lo más rápido posible y luego solté un jadeo de sorpresa cuando volvió a atraerme hacia él y me percaté de que ya estaba completamente desnudo. La felicidad me invadió cuando nuestros cuerpos se encontraron sin nada que se interpusiera entre ellos.

—A veces duermo en cueros porque duermo caliente —mencionó en un tono grave y sexi, arrastrando las palabras junto a mi oído.

Siempre había dormido con pantalones de chándal en la cabaña, pero obviamente lo había hecho por mí.

—No tengo ningún problema con eso —exclamé mientras él mordisqueaba el lóbulo de mi oreja.

—Relájate, corazón —me dijo bajando nuestros torsos sobre la cama sin romper el contacto piel con piel—. Estás tensa y no en el buen sentido.

—Creo... —dije sin aliento—. Creo que estoy nerviosa como una virgen y no lo soy. Hace mucho tiempo.

Mis emociones corrían desbocadas y me sentía más vulnerable y tierna que nunca.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó en tono reconfortante.

—Ocho años —espeté—. Te dije que había dejado de buscar al hombre adecuado. No quería acostarme con nadie solo por tener sexo. Puedo tener un orgasmo yo sola si lo necesito.

—¡Joder! Me gustaría verlo algún día —dijo con voz grave y excitada—. ¿Confías en mí, Anna?

—Sabes que sí —le dije con franqueza—. Pero no soy muy experimentada en lo sexual. Sé que quizás te resulte un poco sorprendente. Soy Annelise y ella irradia sexualidad. Yo...

—¡Para! —dijo Kaleb bruscamente—. No quiero a Annelise en mi cama. Solo... te quiero a ti.

Y luego me besó, un abrazo que fue tan posesivo y carnal que olvidé el hecho de que no había estado con muchos hombres en mi vida. Para mí, en ese momento, el único hombre que existía era Kaleb.



## Capítulo 23



*Anna*

—**K**aleb —musité fervorosa cuando él liberó mi boca—. Quiero tocarte. Por favor.

Quería conocer su cuerpo íntimamente como él se había familiarizado con el mío antes. Lo empujé por los hombros y él me dejó hacerle rodar sobre su espalda. Si no hubiera consentido, era imposible que pudiera quitarme de encima fácilmente a un hombre de su tamaño y musculatura.

Mi boca cubrió de inmediato su piel cálida, explorando su pecho, sus abdominales como una tableta de chocolate, y esa forma de *uve* bellamente marcada que apuntaba directamente al lugar donde quería ir.

Yo no era genial practicando sexo oral, pero ya no me importaba mi inexperiencia. Estaba impaciente por complacerle como él había hecho antes conmigo y quería dejar mi marca en cada parte de su cuerpo. Lo quería en mi boca para poder explorarlo como él había explorado mi cuerpo antes. Tracé un rastro con la mano por su cuerpo y envolví su enorme miembro con la mano.

—¡Joder! —Kaleb gimió a medida que mis dedos exploraban la superficie aterciopelada.

Lo sentía tan bien, tan duro y suave en la superficie. Bajé la cabeza y degusté su miembro, saboreando despacio y a conciencia la ligera gota de humedad que había en la punta. Gemí al tomarlo más profundo, sintiéndome repentinamente ávida de más.

—Anna, me estás matando —me advirtió Kaleb, su voz tensa con un control apenas contenido.

Nunca había oído esa nota de desesperación en su voz, que me hizo sentir un escalofrío de excitación por mi columna. Quería que me deseara. Quería que me necesitara. Y tenía muchas ganas de saborear ese deseo frenético cuando se viniera en mi boca.

Apreté los dedos un poco más fuerte en la base de su verga y me metí en la boca tanto como pude, succionando al máximo al retroceder de nuevo. Él ensartó los dedos en mi cabello y me guio, mostrándome exactamente lo que necesitaba. Me perdí en el ritmo erótico, saboreando cada sonido brusco y gutural proveniente de su garganta a medida que lo chupaba exactamente como él quería.

Me sorprendí cuando de pronto me apartó de su verga y aterricé de espaldas sobre la cama.

—Un segundo más de eso y me correré en tu bonita boca —dijo Kaleb desde encima de mí—. ¡Dios, Anna! Me vuelves completamente loco.

Rodeé su cuello con los brazos mientras usaba una voz sensual que nunca había salido de mi boca.

—Quería que te vinieras en mi boca. Quería saborearte, Kaleb.

—Esta vez, no —carraspeó mientras enterraba el rostro en mi cuello y movía la boca por mi piel sensible—. Necesito enterrar la verga en ese precioso cuerpo tuyo, Anna. Quiero tomar lo que es mío.

—Sí —dije jadeante a medida que levantaba las caderas, necesitada de lo mismo—. Jódeme, Kaleb.

Quería que me tomara tanto como él quería tomarme a mí. Quería nuestros cuerpos íntimamente conectados. Era algo que había deseado durante tanto tiempo que estaba frenética por tenerlo dentro de mí. Clavé las uñas en su espalda cuando él deslizó la mano despacio bajo mi cuerpo hasta alcanzar mi coño húmedo.

—Dime que me desees, Anna —exigió—. Dime qué necesitas.

Jadeé cuando deslizó los dedos en mi calor. Dios, él ya sabía lo que necesitaba. Estaba tan húmeda que sus dedos quedaron recubiertos de humedad en cuanto tocó mi conejo.

—Kaleb —sollocé, la voz atormentada de necesidad—. Sabes que sí.

—Dímelo —repitió con voz grave y autoritaria que nunca había oído cuando me hablaba.

Ese tono imponente arrancó las palabras de mis labios inmediatamente.

—Te necesito. Necesito tu verga dentro de mí ahora mismo. Necesito que me hagas venirme antes de que pierda la cabeza.

Tenía que estar más cerca de él que nunca y lo necesitaba en ese preciso instante.

—Me gustaría ir despacio. Quiero saborear tu precioso coño, pero tendrá que esperar —gruñó, moviendo la mano y colocando su cuerpo inmenso entre mis muslos.

Mis manos descendieron por su espalda hasta aterrizar sobre su trasero duro.

—No más esperas, Kaleb. No más provocaciones. Ya no puedo más. Jódeme.

Una poderosa embestida y estaba enterrado hasta las pelotas en mi interior. Un fuerte gemido de satisfacción abandonó mis labios mientras mis uñas se clavaban en su piel. Era un hombre grande y hacía mucho tiempo para mí. Kaleb me estiró, pero la pequeña incomodidad ni siquiera me molestó. Por fin estaba íntimamente conectada con este hombre y no quería volver a separarme de él nunca.

Envolví su cintura con las piernas y me levanté con cada embestida, recibiendo sus feroces movimientos con los míos. Me perdí completamente en la sensación, en el ritmo, y en este hombre que era distinto a cualquier otro que me hubiera tocado antes. Colocó las manos bajo mi trasero, atrayéndome hacia arriba para frotarme contra él cada vez que enterraba el miembro en mi interior.

—Ah, Dios, Kaleb, qué rico estás —le dije jadeante. El sudor salpicaba nuestra piel a medida que nuestros cuerpos se movían juntos, ambos intentando alcanzar algo más. Yo no me hartaba de satisfacerme con Kaleb.

—Eres mía, Anna. ¡Dilo! —exigió Kaleb con voz dura.

—Siempre seré tuya —dije sin aliento a medida que mis palmas se deslizaban por la piel resbaladiza de su espalda hacia su cabello áspero—. Y tú siempre serás mío.

El poderoso vínculo y la química que siempre había tenido con Kaleb de pronto hizo clic al encajar en su sitio. Quería reivindicarlo tanto como él a mí. Siempre tuvo que ser así, pero al

principio nos resistimos con uñas y dientes.

Cerré los ojos y mi cabeza cayó hacia atrás al sentir el orgasmo que empezaba a desatarse en mi vientre. Era una sensación poderosa y totalmente desconocida para mí. Estaba a punto de correrme más intensamente que nunca y no lo rehuí a pesar de que daba un poco de miedo.

—Suéltalo, Anna —me dijo con voz grave al oído mientras apretaba fuerte, estimulando mi clítoris hasta los límites de la locura—. Suéltalo.

No tenía ni idea de cómo sabía él que yo estaba a punto de venirme, pero estábamos tan conectados ahora mismo que ni siquiera intenté averiguarlo. Apreté las piernas más fuerte alrededor de su cintura y me froté fuerte contra él mientras subía la velocidad hasta un ritmo frenético.

—¡Sí! —gemí en alto con abandono—. ¡Kaleb!

No salieron más palabras de mi boca cuando mi sexo se contrajo en espasmos prácticamente dolorosos alrededor de su miembro. Me agarré a sus hombros y luego le clave las uñas en la espalda, aferrándome como a un clavo ardiendo.

—¡Joder! —gruñó Kaleb mientras me jodía más duro, intentando alargar mi clímax lo máximo posible.

Una euforia pura que hizo vibrar mi cuerpo me arrasó cuando Kaleb se enterró profundamente en mi interior para encontrar su desahogo. Ambos nos quedamos quietos un momento y el dormitorio estaba en silencio, excepto por el sonido de nuestra respiración entrecortada mientras nos recuperábamos.

Kaleb giró sobre su espalda y me atrajo sobre él para no aplastarme bajo su figura más grande. Recorrió mi espalda con las yemas de los dedos en un gesto reconfortante que me hizo suspirar de satisfacción.

—Vale —dije unos instantes después, aún maravillada por lo que acababa de pasar—. Así que eso es tener sexo realmente alucinante. Creo que soy adicta.

Él me palmeó una nalga desnuda en gesto juguetón.

—Más vale que sí —dijo con un tono grave y lánguido—. Ya te he dicho que no voy a compartir.

—No hay mujer en el mundo que querría a nadie más después de eso —bromeé—. Estás atrapado conmigo, Kaleb Remington. Puede que a veces haga cosas estúpidas como caminar en plena ventisca y allanar una casa para sobrevivir, pero no soy completamente idiota.

—Eres una de las mujeres más inteligentes que he conocido nunca —compartió Kaleb mientras estrechaba su abrazo en torno a mi cintura—. Y, sin duda, eres la persona más creativa que he conocido nunca.

—Pero nunca seré un genio financiero como tú —le recordé.

—No hace falta que lo seas —respondió él con una risita—. Ya me tienes a mí.

A algunas personas ese comentario podría parecerles un poco arrogante, pero yo sabía que no pretendía serlo.

Kaleb simplemente afirmaba un hecho y me hacía saber que yo le importaba lo suficiente para siempre estar ahí por mí. También estaba diciendo que yo no tenía que ser perfecta porque él mismo no creía tener talento para mucho más que los números y las adquisiciones.

Probablemente él nunca reconocería lo especial que era, pero no hacía falta. Ya me tenía a mí para recordárselo. ¿Quién habría imaginado que un multimillonario de la Ivy League y una estrella del pop sin estudios universitarios terminarían siendo tan felices juntos? Si no estuviera viviéndolo, probablemente yo no lo creería.

No debíamos tener absolutamente nada en común, pero encajábamos como dos piezas de puzle que iban perfectamente. Puede que no siempre estuviéramos de acuerdo en todo, pero la mayoría de las parejas tenían muchas discrepancias.

¿Habría conectado yo con Kaleb si primero hubiera conocido su faceta de magnate de los negocios? Sí. Probablemente. Me costaba creer que no habría visto su gran corazón, más allá del exterior alfa de genio de los negocios.

—Creo que necesito una ducha —dije.

Por desgracia, tendría que levantarme de mi cómodo sitio encima de Kaleb para llegar allí.

—¿Es una invitación, guapa? —preguntó con voz ronca.

No pretendía que la afirmación fuera provocativa, pero...

—Creo que podría serlo —respondí en tono juguetón.

Solté un gritito feliz cuando él se sentó y me tomó en brazos al levantarse. Yo me abracé a su cintura con las piernas mientras Kaleb me ahuecaba las nalgas y caminaba hacia el baño.

—Kaleb, es tarde. Mañana trabajas —le recordé.

Él encendió la luz del baño y me sonrió.

—He evaluado mis prioridades y tú estás en la cima de la lista. Iré tarde a la oficina, si voy.

Mi corazón dio un vuelco al ver su expresión resuelta. Después de todo, mi objetivo era asegurarme de que no volviera a sus formas de adicto al trabajo, y el hombre nunca se había visto más feliz que ahora mismo.

—En ese caso —respondí en tono jocoso—, tomemos una ducha muy larga.

—Ese es el plan, corazón —dijo con una voz pícara que yo empezaba a adorar.

Ensartó las manos en mi cabello y atrajo mi boca hacia la suya para un beso concienzudo y satisfactorio que me dejó sin aliento antes incluso de que abriera el grifo.



## Capítulo 24

*Kaleb*

—**M**amá ha decidido que va a hacer una barbacoa de última hora como fiesta de despedida para Anna —me informó Tanner una semana después mientras mis hermanos y yo permanecíamos sentados en mi despacho en Billings.

—No se marcha para siempre —dije malhumorado.

—Tú la verás más a menudo que nosotros —dijo Devon con obstinación—. Vas a la ceremonia de premios, así que la verás no mucho después de que se vaya. Podría no volver a Montana en una temporada. Yo creo que es una gran idea. Puede ver a todo el mundo que va a extrañar a la vez, incluido yo.

Lancé una mirada molesta a mi hermano pequeño, pero no me molesté en abordar su comentario ridículo. Había aceptado encantado cuando Anna me pidió que fuera su cita para la ceremonia de premios. Era un gran momento para ella porque estaba nominada para varios premios y yo no me lo perdería. Tendría que escabullirse para su actuación, pero yo estaría a su lado casi toda la noche.

—Sabes que una vez que seas visto con Anna como su cita, tu vida no volverá a ser la misma —me advirtió Tanner.

Sonreí de oreja a oreja.

—Mi vida no es la misma desde el momento en que nos conocimos. Y sí, soy consciente de que me empujará a un avispero de especulaciones y chismes, pero no voy a ocultar mi relación con Anna. Estoy orgulloso de ella. La apoyo y no me importa una mierda si lo sabe todo el mundo.

No quería ocultar que Anna y yo estábamos juntos. Había una gran parte de mí que quería que yo fuera visto con ella para que todos los imbéciles de California supieran que estaba pillada. Sí, me gustaba mi privacidad, pero Anna me gustaba mucho más.

Habíamos pasado la última semana recuperando el tiempo perdido en mi cama. Y por toda la casa. No podía mantener las manos lejos de ella cuando la tenía cerca. No tenía ni idea de cómo funcionaría esto cuando viviéramos en distintos estados, pero Tanner tenía razón cuando dijo que podía hacer que la relación existiera.

Podía llegar con Anna en dos horas o así en mi avión. O podía mandar mi avión para que me la trajera cuando ella pudiera escaparse. No, no era ideal, pero era mucho mejor que decirle adiós

y no verla nunca.

—Voy a extrañarla mucho —dijo Devon con franqueza.

—Yo también —añadió Tanner solemnemente.

Sabía que mi madre también extrañaría ver a Anna casi todos los días. Las dos se habían unido en las semanas que Anna llevaba aquí.

—Todavía no se ha marchado —dije airadamente—. ¿Cuándo es la barbacoa? Mamá no me ha dicho nada.

Aún me quedaba una semana antes de tener que pensar en cómo era vivir sin ella a mi lado todos los días, y pensaba posponer los pensamientos negativos tanto tiempo como fuera posible. La última semana había sido la mejor de mi vida y no quería pensar en lo solo que estaría sin Anna cuando ella aún seguía aquí.

—Probablemente mamá no ha tenido oportunidad de mencionártelo porque Anna y tú apenas habéis emergido a la superficie la última semana —dijo Devon en tono irónico.

Tenía razón. Había hablado por teléfono con mi madre, pero no la había visto en más de una semana.

—La barbacoa es el domingo —me informó Tanner—. Anna dijo que se marcha el próximo lunes porque esa semana tiene ensayos antes de la ceremonia. No te preocupes. Es a primera hora de la tarde. Tendréis esa noche juntos antes de que se marche.

Era lunes, así que teníamos una semana antes de que Anna embarcara en mi avión privado para volar de vuelta a California. Ella había discutido acerca de utilizar mi avión, pero yo la convencí de que era la forma más sencilla de volver a Los Ángeles.

Yo no iba a ningún sitio, así que no había razón por la que alquilar un chárter que podía estar en buenas condiciones mecánicas o no.

Finalmente, asentí.

—Estoy seguro de que Anna apreciará la amabilidad de mamá.

Quizás fuera mejor que Anna pudiera despedirse de todos a la vez. Le ahorraría tener que corretear por todo el pueblo para ver a todo el mundo antes de marcharse. Joder, sabía que era egoísta, pero quería pasar con ella todo el tiempo que pudiera.

Había ido a la oficina durante la pasada semana, pero normalmente solo cuando sabía que Anna estaría ocupada con obligaciones o reuniones virtuales. Hoy tenía unas cuantas llamadas, una de ellas una reunión adicional con los federales que ellos habían pedido. Yo esperaba que pudieran contarle algo sobre la investigación. Ella ya les había proporcionado toda la información que podía sobre la empresa fantasma.

Sería fantástico que los federales fueran más comunicativos que el Departamento de Policía de California. Si sabían algo, aún no habían dicho nada. Lógicamente, el que no compartieran información durante la investigación tenía sentido. Su tarea consistía en trabajar por las víctimas para conseguir justicia para ellas. Revelarle información a nadie durante esa investigación era decididamente mala idea.

Sin embargo, también sabía cuán desesperadamente necesitaba respuestas Anna, y quería que obtuviera esas respuestas. Esperar sin resolución a la vista era un infierno para la familia que quedaba atrás.

—Pasaré a ver a mamá cuando vuelva a Crystal Fork —les dije a mis hermanos—. Preguntaré si necesita ayuda para la fiesta.

—Creo que preferirá que no pases —dijo Devon en tono jocoso—. Está encantada de que vosotros dos paséis todo vuestro tiempo libre juntos y sin salir a respirar.

Miré a Tanner.

Él asintió.

—Tiene razón. Creo que ya está planeando vuestra boda y contando los nietos que tendrá por fin. Como, por lo visto, Devon y yo somos casos perdidos, tiene todas sus esperanzas depositadas en ti y Anna ahora.

—¿Cómo se ha enterado de que somos más que amigos? —le pregunté con voz molesta. Yo ni siquiera le había contado a mi madre que Anna y yo estábamos saliendo.

Tanner y Devon pusieron las manos en el aire.

—Oye, a nosotros no nos mires —dijo Devon con inocencia—. Creo que la idea se le metió en la cabeza porque tampoco ha visto a Anna en la última semana. No hace falta un genio para darse cuenta de que estais locos el uno por el otro y pasando juntos todo vuestro tiempo libre. Tanner y yo lo supimos casi de inmediato. Si no vienes a la oficina, estás con Anna. Nada más podría apartarte de este lugar.

Yo no me molesté en negar que estaba loco por Anna. Era cierto y ya no iba a ocultar lo que sentía por ella. Ahora era una parte muy importante de mi vida y no me importaba una mierda quién lo supiera.

—No la alentéis —le advertí a Devon—. No tengo ni idea de cómo terminará esto al final. Va a ser complicado.

—Los dos haréis que funcione —dijo Tanner con firmeza—. Es raro porque ni siquiera os conocéis desde hace tanto tiempo, pero ya no os imagino al uno sin el otro.

Joder, yo tampoco podía imaginar ese escenario, pero Anna podría cansarse de tener un hombre que no siempre estaba presente en su vida. Y yo detestaba el hecho de que podría no estar siempre allí cuando ella me necesitara.

—Anna ha sobrevivido treinta y cinco años sin un hombre serio en su vida —dijo Tanner en tono pensativo—. Estará bien, Kaleb. No es la misma mujer agotada mentalmente y en duelo que conociste en la cabaña. Tiene sus cosas en orden. Está componiendo. Está lidiando con su antigua vida otra vez. Todos sabemos que el proceso de duelo requiere mucho tiempo, pero ella parece feliz y tú también. No le des demasiadas vueltas a esta situación. Tómatela día a día.

—Yo estaba pensando lo mismo —dijo Devon en tono serio—. Creo que el que Anna cayera por esa ventana fue un regalo para ambos. Tú estabas ahí cuando ella te necesitaba, Kaleb. Pero creo que tú también la necesitabas a ella. Creo que tú estabas tan quemado mentalmente como ella cuando os conocisteis. Ya no lo veo.

—Todavía me culpaba por lo que le pasó a Shelby y ¡cuestionaba todas mis prioridades —confesé.

—¿Ya has superado todo eso? —preguntó Tanner.

Yo me encogí de hombros.

—Todo lo que he podido. Shelby está a salvo y feliz. Si su pasado ha quedado atrás para ella, era ridículo que yo me obsesionara con algo que no puedo cambiar. Aprendí algo de esa experiencia, pero preferiría no hacerlo de nuevo.

—Lo único que quiere Shelby es que seas feliz. Que todos seamos felices como lo es ella ahora con Wyatt —dijo Devon—. Aunque no estoy seguro de que nadie pueda ser tan feliz como ella con Wyatt. Resulta casi vomitivo.

Levanté una ceja al mirar a mi hermano pequeño.

—¿Hay un poquito de envidia por ahí?

Devon sacudió la cabeza con vehemencia.

—¡No, joder! No puedo imaginarme estar nunca tan unido a una mujer que no pueda vivir sin ella. No creo tener lo que hace falta para sentirme así. Creo que sería asfixiante. Está bien para Shelby, pero no, gracias. Me gusta mi libertad para hacer lo que quiero.

Tanner le lanzó a Devon una mirada exasperada.

—Te lo recordaremos cuando una mujer haga que te caigas de espaldas.

—No pasará nunca —contestó Devon con confianza.

Le gustaban las mujeres de todas las edades, formas y tallas. Podía encandilarlas fácilmente, pero le hicieron daño cuando era joven y no se había tomado en serio ninguna relación desde entonces.

Dudaba que hubiera extrañado a esa mujer todos estos años, pero la experiencia le hizo levantar muros que no estaba seguro de que ninguna mujer pudiera escalar. En el exterior, Devon podía ser molesto, pero su cinismo ocultaba un gran corazón bajo toda esa bravuconería.

—Nunca digas *nunca jamás* —le advirtió Tanner—. Así nunca tendrás que arrepentirte de haberlo dicho.

—Nunca me arrepentiré de haberlo dicho —le contradijo Devon—. Hay hombres que no están hechos para una relación seria que los castre. Yo soy uno de ellos. Tendréis que ser tú y Kaleb quienes le deis nietos a mamá. Yo no voy a casarme nunca.

Tanner fulminó con la mirada a Devon.

—No cuentes conmigo. No me gustan las relaciones serias más que a ti.

—Pero una vez quisiste una —dijo Devon en tono más serio.

—Puede que una vez la quisiera —espetó Tanner—. Eso es agua pasada y no significa que quiera una ahora.

Si alguno de nosotros estaba destinado a sentar la cabeza, era Tanner. Siempre había querido hijos y una familia. Le había sido fiel a la misma mujer durante muchos años y habría removido cielo y tierra por la mujer a la que amaba. De hecho, siempre había parecido tener una vida estable, hasta que dejó de tenerla.

Me sentí agradecido de que no se hubiera casado con la mujer que finalmente lo dejó, pero detestaba que le hubiera dolido tanto tiempo después de que terminara.

—Estoy hambriento. ¿Queréis salir a almorzar? —preguntó Devon en tono de remordimiento.

Obviamente lamentaba haber mencionado el tema de que Tanner se casara y tuviera hijos.

—Estoy bien —les dije a mis hermanos mientras ellos se levantaban para ir a buscar su comida—. Probablemente me iré pronto. Anna debería haber terminado sus llamadas a primera hora de la tarde.

Tanner me lanzó una mirada cómplice.

—Supongo que quizás no os veamos hasta el domingo.

—Puede que no —le informé—. Pero he despejado todo el trabajo que debía terminar antes. No tengo nada activo ahora mismo.

Yo lo había planeado así. No iba a aceptar ninguna nueva adquisición hasta después de que Anna hubiera partido.

Tanner asintió mientras decía llanamente:

—Está bien. Preferiríamos no verte hasta el domingo y te garantizo que mamá estará eufórica.

Me lanzó una extraña sonrisa antes de seguir a Devon por la puerta y cerrarla a su espalda.



## Capítulo 25

*Anna*

**T**iré mi libro a un lado y alcancé el termo de café que había traído conmigo al río. Había terminado mis reuniones telefónicas temprano y hacía un día precioso para comer dentro. Mi primera idea fue venir aquí, al río, así que vine montando a Bella para disfrutar de un rato al aire libre. Era libre para vagar donde quisiera durante otra semana y no quería perder ni un momento de esa libertad total.

Después de servirme un poco de café en mi taza, inspiré hondo y absorbí la serenidad de aquel lugar particular. El sonido hipnotizante del río estuvo a punto de aturdirme. Estaba cansada porque no estaba durmiendo mucho, pero no pensaba quejarme del voraz apetito sexual de Kaleb porque yo siempre lo deseaba tanto como él a mí.

Había sido una semana mágica para mí y no se trataba únicamente del sexo. Kaleb y yo estábamos unidos de una manera muy diferente. Seguíamos siendo amigos, pero nuestra relación había cambiado ahora que también éramos amantes. La intimidad que yo había anhelado durante tanto tiempo era una realidad y era mejor de lo que habría podido imaginar en toda mi vida.

Era completamente abierta y vulnerable con Kaleb de maneras que nunca lo había sido y eso satisfacía el punzante anhelo que había experimentado cada vez que lo miraba en el pasado. Estaba en paz conmigo misma y con el mundo, a pesar de que tardaría mucho tiempo en superar el extrañar terriblemente a mis padres. En cierto sentido, tal vez nunca superaría su pérdida, pero sabía que podría pasar página con mi vida, aunque ese dolor nunca desapareciera del todo.

Deseaba poder concluir sus asesinatos, pero la investigación seguía en curso. Sería difícil si siempre seguía siendo un misterio. Quería justicia para mis padres. No me los devolvería, pero sentiría que se responsabilizaba a alguien por lo que les había hecho a mi madre y a mi padre.

Aquella mañana esperaba que los federales me proporcionaran algo de información acerca de la empresa fantasma durante nuestra llamada, pero ellos solo querían una entrevista telefónica para hablar de algunas de las personas presentes en las vidas de mis padres. Ahí tampoco hubo resolución, pero me quedé con la sensación de que podrían estar avanzando si pedían información más personal sobre mis padres.

—Disculpa —dijo una voz de mujer a mi espalda—. No quiero interrumpir, pero ¿te importaría que me sienta contigo?

Sorprendida al oír otra voz en aquel lugar particular, giré la cabeza para ver a la mujer que me había pedido cortésmente unirse a mí. Mis ojos fueron al caballo que pastaba junto a Bella. Estaba tan absorta en mis pensamientos que no escuché a la mujer acercándose a caballo.

A pesar de que Kaleb me había contado que otras personas tenían permiso para utilizar la finca del río, nunca había visto a nadie aquí. Asentí, curiosa por averiguar quién era y por qué estaba allí.

—Siéntate —la alenté mientras me hacía a un lado en la manta que había traído.

—Soy Lauren Collier —dijo sentándose con lo que supuse que era su almuerzo y extendiéndome la mano—. Me encanta este sitio y Kaleb me deja venir cuando estoy por aquí.

Yo estreché su mano, desconcertada y sin reconocer el nombre. No recordaba que Kaleb hubiera mencionado su nombre antes.

—Nunca has oído hablar de mí —dijo en tono de disculpa—. No puedo decir que me sorprenda. Suelo ser bastante fácil de olvidar. Me quedo con Tanner unas semanas.

Era de una belleza sutil, con cabello rubio oscuro recogido en una espesa trenza y preciosos ojos azules ocultos bajo un par de gafas.

Dios, ¿sería ella la mujer que le rompió el corazón a Tanner? Kaleb había mencionado que la había señalado en Taza y Jarra la noche en que me bebí esos cubatas como una tonta, pero no lo recordaba... ni a la mujer que había visto aquella noche. A pesar de que había sido cortés, de pronto quise propinarle un puñetazo en la cara.

—¿Te quedas... con Tanner? —pregunté con cautela.

—No en ese sentido —dijo ella nerviosa—. Quiero decir que no nos estamos acostando. Nunca nos hemos acostado. Es como un hermano mayor sobreprotector, pero no estamos emparentados. Conozco a Tanner de toda la vida. Era el mejor amigo de mi hermano. Después de que mi hermano Keith muriera, Tanner me adoptó informalmente porque mi hermano era mi tutor legal.

De acuerdo, sin duda, este no era la mujer que le había roto el corazón a Tanner.

—Siento lo de tu hermano —dije automáticamente porque sabía lo que era perder a la única familia que te quedaba.

Me alegré de que no fuera la rompecorazones de Tanner, porque en realidad me gustaba esta mujer. Parecía la vecina de al lado y obviamente era inteligente. Por lo visto, a Tanner le importaba, lo cual era suficiente para mí.

—¿Creciste aquí? —pregunté en un tono más amable.

—Sí —dijo ella abriendo su lonchera—. Me marché a la universidad hace unos once años. Me doctoré en Economía. Soy investigadora de mercado en Boston, pero en realidad quiero mudarme de vuelta a Crystal Fork. Tanner está intentando ayudarme a encontrar una casa para que pueda volver permanentemente.

—Entonces, eres la doctora Collier —cavilé.

De acuerdo, esta mujer era mucho más que inteligente si tenía un posgrado en Economía.

Ella arrugó la nariz.

—Nadie me llama eso excepto cuando estoy en el trabajo y, sinceramente, no creo que Tanner se haya dado cuenta todavía de que soy adulta. Sigue tratándome como si fuera una niña, aunque él solo tiene diez años más que yo. Le adoro, pero a veces puede ser increíblemente molesto.

Yo me reí.

—Empiezo a pensar que todos los hermanos Remington son extremadamente

sobreprotectores con la gente que les importa. Por cierto, soy Anna. He estado quedándome con Kaleb, pero pronto volveré a Los Ángeles.

—Porque tienes que actuar en la ceremonia de premios —dijo en tono maravillado—. Vi los anuncios de tu próxima actuación. No tienes que utilizar tu tapadera conmigo. Ya sé que eres Annelise.

Mis ojos se abrieron como platos mientras la miraba fijamente.

—¿Te lo dijo Tanner?

Ella sacudió la cabeza mientras masticaba y tragaba un mordisquito de su sándwich.

—No —dijo con vehemencia al final—. Tanner nunca traicionaría un secreto. Te vi en Taza y Jarra hace unos días cuando fuiste allí a tomar café con Kaleb. Te reconocí. Soy una gran fan de tu música. Pero nunca se lo contaría a nadie. ¿Prefieres que te llamen Anna o eso también forma parte de la tapadera?

—También me llama Anna gente que conozco, así que me encantaría que tú uses ese nombre también. ¿Cómo sabes lo de la tapadera? —pregunté con curiosidad.

No me importaba que esta mujer supiera la verdad. No la conocía, pero tenía la sensación de que podía guardar un secreto. Lo sabía desde hacía unos días y, por lo visto, no se lo había contado a nadie.

—Bromeas, ¿verdad? —preguntó lanzándome una pequeña sonrisa—. Esto es Crystal Fork. Todos hablan del nuevo del pueblo. Ya lo he oído todo sobre ti y Kaleb. Sinceramente, sospecho que no soy la única que conoce tu identidad real, pero este pueblo protege a sus residentes y a cualquiera cercano a ellos.

Hube de preguntarme si tenía razón. ¿Había otras personas conocedoras de que era Annelise?

—Gracias por guardar mi secreto —dije agradecida—. No me queda mucho tiempo aquí con Kaleb y preferiría no tener a periodistas encima.

Tenía sentido que ella conociera a todos los hermanos Remington si estaba unida a Tanner y había crecido aquí.

—Todos los hermanos Remington son buena gente —señalé.

Tomé un sorbo del agua que había sacado de la bolsa hacía unos minutos antes de contestar:

—Podría discutir sobre si incluir a Devon si no lo conociera. Pero es uno de los buenos. Simplemente lo oculta bien a veces.

Yo me reí.

—En mi opinión, creo que es un embustero. Me parece que tiene buen corazón.

—Lo tiene —convino Lauren—. Entonces ¿estáis juntos tú y Kaleb? Tanner no me ha dado el chivatazo y yo intento no escuchar realmente los chismes del pueblo.

Le sonreí. Como estaba tan unida a Tanner, no vi razón para mentir.

—Supongo que podría decirse que sí.

Puesto que me sentía cómoda con ella, le conté cómo nos conocimos y cómo terminé aquí, en Crystal Fork.

—Dios, siento mucho lo de tus padres —dijo con auténtica pesadumbre en la voz—. Lo oí en las noticias hace meses. Debí habértelo dicho desde el principio. Tardé mucho en recomponerme después de que Keith muriera. Imagino lo difícil que es esto para ti. ¿Cómo llevas sus muertes ahora?

Era tan simpática que me abrí a ella.

—Estoy bien. Mejor de lo que estaba hace unos meses. Kaleb ha estado ahí para mí cuando

no tenía a nadie más con quien hablar de ello.

—Si alguien puede entenderlo, es Kaleb —dijo Lauren en tono solemne—. Fue duro para todos ellos cuando perdieron a su padre.

—Lo sé. Quizá por eso fue tan fácil hablarle de ello y llorar sobre su hombro un rato —dije pensativa.

—Me alegro de veras de que Kaleb estuviera ahí para ti cuando lo necesitabas —dijo Lauren en tono sincero.

Yo todavía necesitaba a Kaleb, pero no de la misma forma que unas semanas atrás.

—Supongo que os veré a os dos en la fiesta de despedida —añadió—. Tanner me ha invitado. No me marchó a Boston hasta el próximo martes.

De hecho, yo acababa de enterarme de que me iban a hacer una fiesta de despedida. Había hablado de la barbacoa con la madre de Kaleb justo antes de salir de casa.

—¿Por qué no hablaste con Kaleb cuando me viste en Taza y Jarra? —inquirí.

—Parecía extremadamente preocupado —dijo con una risita—. Ni siquiera sabía que yo estaba allí. No creo que viera a nadie más que a ti. Está loco por ti, Anna.

—Yo también estoy bastante loca por él —confesé—. Pero esta relación va a ser muy complicada. Yo tengo mi vida en California y él debe estar aquí.

—Lo solucionaréis. Estás enamorada de él, ¿verdad?

Sus palabras me golpearon como un ladrillo. La miré en blanco, confundida por un momento.

—Lo siento —dijo arrepentida—. ¿Es demasiado personal?

Yo sacudí la cabeza, aturullada.

—No, no es eso. Kaleb y yo no nos conocemos desde hace tanto tiempo.

—No estoy segura de que lleve mucho tiempo enamorarse de la persona adecuada —dijo en voz baja—. Creo que, cuando conoces a esa persona, sabes instintivamente que la sensación es la correcta. Puede no parecer racional o sensato soltar las palabras demasiado pronto, así que las dejamos sin pronunciar y sin reconocer más tiempo del necesario.

Todo lo que Lauren acababa de decir probablemente era cierto. Para ser sincera, probablemente yo ya sabía que estaba enamorada de Kaleb Remington desde hacía tiempo. Todo parecía correcto cuando estábamos juntos. Simplemente no había querido reconocerlo para mí misma.

—Te estás dando cuenta ahora de que lo amas —adivinó Lauren.

Yo asentí despacio.

—Creo que probablemente ya lo sabía, pero no había puesto nombre a esas emociones. Tal vez pensara que, si lo admitía de hecho, haría que me resultara más difícil partir. Quizás no tenga sentido...

—Créeme, tiene mucho sentido para mí —se conmisero—. Tu corazón está a salvo con él, Anna. Kaleb nunca te haría daño intencionadamente. Yo lo conozco desde hace mucho tiempo y nunca le he visto mirar a otra mujer como te mira a ti.

—Sé que nunca me haría daño a propósito —dije con voz apenas audible, aún perpleja de haber expresado mis emociones y lo que sentía por Kaleb en palabras por fin.

—Nada de lo que me has contado le será revelado a nadie —me aseguró en voz baja.

Yo asentí de nuevo. Por algún motivo, confiaba en ella, y yo no era una mujer que confiaba fácilmente. Sin embargo, solía confiar en mis instintos y presentía una bondad y empatía

inherentes en Lauren que no veía muy a menudo en mi mundo. Decidí en ese momento y lugar que Lauren Collier y yo seríamos amigas sin ninguna duda.



## Capítulo 26

*Kaleb*

Anna no estaba en casa cuando llegué allí, y eso que había llegado más tarde de lo que esperaba. Había parado en casa de mi madre para una breve visita en camino a mi casa, ya que no la había visto en unos días. Ya sabía que Anna no había estado en el rancho de mamá y generalmente ese era el primer sitio donde iría a buscarla. Había buscado por casa, intentando no sacar conclusiones precipitadas, pero aún recordaba lo que le había sucedido a Shelby cuando la perdí de vista durante un breve periodo de tiempo.

Anna era una celebridad notoria y quienquiera que fuera el propietario de esa empresa fantasma probablemente ahora mismo estaba enojado porque ya no estaba obteniendo fondos de ella. Sus padres habían sido asesinados a sangre fría y ese asesino seguía suelto.

Tal vez me gustaba pensar que estaba a salvo aquí, pero en realidad no era el caso. En cierto modo, sería más fácil llegar hasta Anna aquí que en el centro de Los Ángeles donde había gente por todas partes. Impaciente, me arranqué la chaqueta y la corbata y las arrojé sobre la mesa de la cocina antes de salir de casa y dirigirme al establo. No estaba seguro de si sentí alivio o más preocupación al ver que Bella no estaba en su cuadra. Si no estaba en el rancho de mamá, ¿dónde había ido? Tal vez había ido a caballo hasta Crystal Fork, pero normalmente me enviaba un mensaje si iba allí para preguntar si quería o necesitaba algo del pueblo.

Estaba a punto de ponerle los arreos a mi caballo capón para ir en su busca cuando sentí la vibración de mi teléfono en el bolsillo de los pantalones. Lo busqué y toda la tensión abandonó mi cuerpo de repente al leer el mensaje.

Anna: «Si estás en casa, voy para allá. Llegaré en unos minutos. Quería comer en el río porque hace un día precioso».

Agarré el celular con más fuerza de la necesaria.

—Está bien, idiota —farfullé para mí mismo mientras caminaba hacia la puerta abierta del establo—. Había salido al puto aire libre.

El estómago aún me daba vueltas, pero intenté relajarme al ver a Bella y a Anna acercándose desde el camino que llevaba al río. Racionalmente, tenía sentido que saliera a montar con buen tiempo como este, pero yo no estaba siendo muy racional ahora mismo.

«¡Dios!». Me había imaginado el peor escenario posible, visualizándola secuestrada o asesinada a plena luz del día. No le dije una palabra a Anna mientras la ayudaba a bajar de lomos

de Bella y empezaba a quitarle los arreos a la yegua automáticamente. No podía decirle nada ahora mismo. Si decía algo, serían palabras que probablemente querría retirar después.

Anna me lanzó una mirada desconcertada mientras retiraba la brida de Bella y la recogía al tiempo que yo me ocupaba de la silla de montar.

—¿Kaleb? —preguntó con voz dubitativa al verme almohazar a su caballo.

—No, Anna —dije con aspereza—. Ahora mismo, no. Me asustaste cuando llegué a casa y habías desaparecido sin decirme dónde ibas. Dame un poco de espacio ahora mismo.

Estaba siendo un perfecto gilipollas. Lo sabía, pero no podía parar en este instante. Anna no era una mujer normal y era posible que fuera blanco de un asesino.

—Lo siento —musitó volviéndose y dirigiéndose hacia la casa sin mediar una palabra más.

Le había pedido que me diera espacio y ella había hecho exactamente lo que yo quería. No podía hablar de su desaparición ahora mismo, especialmente no en este establo donde tenía tantos malos recuerdos de cuando vine a buscar a Shelby para ver que había desaparecido sin dejar rastro.

Me tomé mi tiempo para llevar a Bella de vuelta a su cuadra y atendiendo a las necesidades de la yegua antes de dirigirme a casa. Mi mente seguía acelerada con todas las cosas que podrían haberle ocurrido a Anna cuando entré por la puerta de la cocina y la vi recogiendo los platos limpios del lavavajillas.

Giró la cabeza para mirarme.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó con cautela.

Joder, probablemente temía lo que iba a decir yo y detesté esa mirada precavida en su rostro.

—No —respondí llanamente mientras me aproximaba a ella.

Anna cerró el lavavajillas y me miró sin una pizca de miedo en los ojos. Si tuviera que nombrar la mirada en sus ojos, diría que era de profunda preocupación.

—Debí haberte escrito dónde iba —dijo con calma—. Si no iba a avisarte antes, debí haber vuelto antes de que llegaras a casa. Ese era mi plan, pero me encontré con Lauren en el río y empezamos a hablar. Perdí la noción del tiempo. Estoy acostumbrada a estar sola y no tener a nadie que se preocupe por mí. Cuando fuiste al establo, probablemente tuviste regresiones de lo que pasó cuando Shelby fue secuestrada.

La arrinconé contra la encimera.

—Sí y no —dije agitado. Sí, había pensado en lo que le había pasado a Shelby, pero esta vez mi preocupación era toda por Anna.

Ella entrelazó los brazos en torno a mi cuello.

—Estoy bien, Kaleb. No ha pasado nada.

Puso una mano en mi nuca y me atrajo hacia abajo para besarme. Era como si supiera exactamente lo que necesitaba y yo la besé como el hombre desesperado que era ahora mismo.

Cuando finalmente emergimos en busca de aire, se quitó tranquilamente los pantalones cortos y la ropa interior, y después desató el cordón de mis pantalones de chándal hasta rodear con la mano mi verga extremadamente dura.

Aunque yo estaba agitado, probablemente nunca llegaría el día en que no se me pusiera dura al ver a Anna quitándose la ropa.

Me atrajo hacia abajo para besarme de nuevo sin decir una palabra más, saltó hacia arriba para encaramarse a mis caderas con las piernas y se frotó contra mí. En ese momento, yo estallé. Penetré su calor tenso y resbaladizo, el corazón batiéndome la pared del tórax con toda la adrenalina acumulada en mi interior. Apreté su bonito trasero, me moví hacia la pared de la

cocina y jodí con ella como un loco que acabara de perder todo sentido de la cordura. Fue duro y completamente vacío de nada abiertamente sexual. El acto carnal trataba más de reafirmar que Anna era mía y que estaba sana y salva, aquí, conmigo...

Le apreté el trasero tan fuerte que probablemente tendría moratones al día siguiente, pero estaba centrado en un objetivo.

«¡Mía! ¡Anna Kendrick es mía!». Y quería asegurarme de que siempre lo sería y estaría a salvo conmigo.

—¡Sí! —gimió Anna mientras sus uñas se clavaban en mis camisa, aferrándose como si ella necesitara lo mismo. No temía esta reivindicación brutal de su cuerpo. La abrazaba completamente, la alentaba, lo cual me volvía aún más loco.

La sujeté contra la pared y la penetré como si hubiera perdido la cabeza. Cada embestida en su coño acogedor me hacía sentir tan jodidamente vivo de nuevo que estaba resuelto a verla y oírla deshacerse en mis brazos solo para asegurarme de que ella sentía lo mismo.

—Tócate, Anna —exigí entre estocadas rampantes en su interior—. Necesito sentir cómo te vienes sobre mi verga ahora mismo.

No iba a aguantar mucho más y no podía parar. Necesitaba que esta vez se llevara ella misma al clímax.

—¡Sí! —siseó y de inmediato introdujo una mano entre nuestros cuerpos y empezó a acariciarse el clítoris bruscamente.

Yo sabía que ella estaba tan perdida como yo en esta locura y me encantaba la forma en que iba exactamente detrás de lo que quería. Me quería a mí. Quería esto. Y deseaba desesperadamente el orgasmo que estaba alcanzando en ese preciso instante.

Me incliné hacia ella y mordisqueé con más fuerza de la que pretendía la piel suave en la parte inferior de su cuello y luego alivié la pequeña marca con la lengua. Noté el momento antes de que llegara a su límite. Empezaba a conocer el cuerpo de Anna tan bien como el mío. Ella dejó caer la cabeza hacia atrás y gritó.

—¡Dios, Kaleb!

«¡Joder!». No había nada como oírle gritar mi nombre cuando llegaba al clímax. Era adicto a escucharla y verla llegar al orgasmo mientras se estremecía en mis brazos. Ya no se reprimía por mí y yo me sentía increíblemente afortunado de que confiara tanto en mí. Su potente orgasmo me exprimió la verga fenomenal y yo perdí el poco control que me quedaba y me disparé en su interior mientras me enterraba hasta el fondo, justo donde necesitaba estar ahora mismo.

—Anna —gemí, casi arrancándome su nombre de la garganta después de tener uno de los orgasmos más largos y poderosos que había experimentado nunca.

«¡Mía!». Dios, quizás siempre había sabido que Anna era la única mujer que podía hacerme perder la cabeza, pero no había admitido cuánto la necesitaba. Había llenado por completo el vacío que yo estaba sintiendo en la cabaña, la inquietud que no había conseguido ubicar hasta que la conocí. Ella era todo lo que faltaba en mi vida. Por absurdo que sonara, Anna hacía que toda mi vida tuviera sentido para mí. Sí, era complicado, pero ya no me importaba una mierda si me complicaba la vida hasta el borde de la locura. Me desplacé a la encimera y aposenté su trasero delicadamente sobre esta, abrazando su cuerpo en gesto protector mientras ella se recuperaba del clímax.

Anna bajó la frente sobre mi hombro. Siguió tomando profundas bocanadas mientras nuestro ritmo cardíaco volvía a la normalidad. Había sido extremadamente áspero con ella y sabía que debía disculparme, pero no lo hice. Algo me decía que ella lo necesitaba tanto como yo.

Dios, de hecho, ella lo había iniciado para empezar, pero me preguntaba si sabía que estaba soltando a una bestia cuando palmeó mi verga de aquella manera.

—¿Muy duro? —inquirí finalmente mientras ensartaba los dedos en su cabello sedoso y le acariciaba el cuero cabelludo. Noté sacudirse su cabeza vehementemente contra mi cuerpo.

Anna rara vez se quedaba sin palabras, pero si estaba tan afectada como yo por lo que acababa de pasar, tal vez no estuviera lista para hablar.

—No —respondió al final de todo corazón.

—Bien —dije, finalmente satisfecho con que estuviera bien—. La próxima vez, quizá sea mejor si me escribes o dejas una nota y me avisas de dónde vas.



## Capítulo 27



*Anna*

—Lauren me dijo algo en el río hoy —informé a Kaleb mientras manejábamos de vuelta desde el pueblo—. Me ha hecho preguntarme si podría ser cierto.

Habíamos ido a comprar una hamburguesa para cenar porque a ninguno de los dos nos apetecía cocinar después del desenfrenado encuentro en la cocina.

—¿Qué dijo? —preguntó mientras nos conducía con pericia por caminos alternativos para llegar a su casa.

—Supo quién soy casi de inmediato porque es fan de mi música. Nos vio un día en el pueblo en Taza y Jarra. Mencionó que tal vez más gente del pueblo también sepa quién soy, pero que guardarían mi secreto. ¿Crees que es verdad?

—Estoy casi seguro de que probablemente es cierto —musitó Kaleb.

—¿Sí? —dije con voz sorprendida—. ¿Por qué no me lo contaste?

—Porque no lo sé con certeza —contestó—. Pero conozco a la gente de este pueblo. Nunca me preocupó que la mayoría te reconocieran. Me preocupaba más que alguien a quien no le importe mucho la gente de Crystal Fork pudiera hacerlo. Es una comunidad bastante unida, pero ha crecido con el paso de los años. Muchos residentes chismorrean entre ellos, pero aún protegerían al objeto de esos chismes de cualquiera fuera de la comunidad.

—¿Crees que sienten que soy uno de ellos?

Me había enamorado de Crystal Fork y de mucha de la gente de allí, así que esperé su respuesta con curiosidad.

—Absolutamente —dijo como si no tuviera duda alguna—. Estabas conmigo al principio, así que eso te hizo automáticamente alguien a quien merece la pena proteger. Ahora creo que sienten que eres uno de ellos porque eres encantadora con todos.

Yo sonreí.

—Son simpáticos conmigo. Me encanta esto.

Crystal Fork había empezado a parecerme un hogar y no había estado tan relajada ni cómoda en mucho tiempo. Había logrado componer más canciones de las que podía producir en California, a pesar de haber estado holgazaneando con Kaleb.

—Vivir en un pueblo pequeño también tiene sus problemas —me informó Kaleb—. Normalmente todo el mundo conoce tus asuntos, especialmente si no te esfuerzas en ocultarlos.

La cantidad de chismes que revolotean por ahí es ridícula y a veces no están basados en hechos.

—Pero hay tantas cosas buenas en este pueblo que pueden hacerte olvidar las malas —le dije—. La gente te trata como si fueras de la familia extensa y se complica la vida para ser de ayuda.

—Por eso todavía vivo aquí —me dijo Kaleb.

Me recliné contra el cabecero y solté una larga bocanada.

—Cuesta creer que haya un lugar donde la gente todavía intenta proteger a sus vecinos. No es así en la ciudad.

—¿A eso te referías antes cuando dijiste que estabas acostumbrada a estar sola y a no tener a nadie que cuide de ti? —inquirió.

—Sí —le dije apenada—. He vivido en mi casa de Beverly Hills durante ocho años ahora y ni siquiera conozco a mis vecinos. La gente es retraída allí. Si desapareciera, a nadie le importaría ni se daría cuenta excepto Kim. siempre y cuando apareciera en mis actuaciones y cumpliera mis obligaciones, a nadie le importaba realmente lo que hiciera a menos que les estuviera pagando para que mi seguridad fuera asunto suyo.

—Excepto Ray —me recordó en tono enojado.

—Creo que a Ray solo le importa porque soy la gallinita de los huevos de oro para él. Le preocupa su propia seguridad financiera. Tal vez sea duro, pero creo que es verdad. No le preocupan mi seguridad ni mi bienestar.

—Me alegro de que por fin te hayas percatado de eso —dijo Kaleb en un tono más amable.

—Puede que quisiera creer que le importaba como amiga porque le importaba mi padre, pero ha cambiado mucho con los años.

—A mí me importa, Anna —dijo con voz grave—. Me importan tu felicidad y tu bienestar.

—Lo sé —dije en voz baja—. No debí marcharme sin dejar una nota o avisarte de dónde estaba, pero llevo mucho tiempo sola.

—¡Joder! —exclamó Kaleb con aspereza—. No quiero asfixiarte con mis miedos, pero no sabemos quién asesinó a tus padres y eres una estrella del pop de alto perfil. Siempre serás vulnerable a gente loca y delirante en este mundo.

—Supongo que me siento segura aquí —respondí con franqueza.

—Normalmente, estarías a salvo aquí —farfulló Kaleb—. Es que no me gusta no saber dónde estás por si necesitas ayuda. Ser famosa te pone en peligro, Anna.

—Yo sentiría lo mismo si nuestras posiciones se invirtieran —reconocí.

En cierto modo, no era solo Crystal Fork lo que me hacía sentir segura aquí. Era Kaleb. Resultaba extraño saber que ahora a alguien le importábamos yo y mi seguridad, no porque fuera una famosa estrella del pop, sino porque le importaba yo.

Amaba tanto a este hombre que resultaba insoportable, pero era demasiado pronto para soltarlo de sopetón. Toda esta relación era tan nueva que no quería contarle que lo amaba y hacer que me mirase como si estuviera loca por sentir eso demasiado pronto. Yo le importaba a él y él a mí. Eso era suficiente... por ahora.

—La próxima vez te escribiré y te diré dónde estoy —prometí.

—Si no, terminarás manoseada por un loco otra vez —dijo secamente.

—En ese caso, es posible que me sienta tentada a escabullirme todos los días. Me gusta que me manosees tú.

Antes había notado exactamente lo que necesitaba Kaleb y me encantó cada minuto. Siempre habíamos tenido sexo ardiente y alucinante, pero ese encuentro en particular no tenía nada que ver con el sexo y todo con la forma en que estábamos conectados. Sí, había sido duro y

carnal, pero yo también necesitaba reiterarlo desesperadamente. Me sentía un poco vulnerable porque acababa de reconocer que estaba locamente enamorada de Kaleb. Quería sentir todas las emociones que él estaba sintiendo en ese momento porque yo sentía lo mismo. Me sentía vulnerable, indefensa, asustada y expuesta.

—No me pongas a prueba, Anna —dijo con voz ronca—. Probablemente te pondría sobre mi rodilla y te daría cachetes en el trasero hasta que suplicaras perdón.

Kaleb estaba bromeando, pero...

—Puede que me guste... —dije en tono juguetón.

—¡Joder! Estoy al volante, Anna —dijo en tono de advertencia.

Un escalofrío de deseo me recorrió la columna y solté una risita.

—Y lo estás haciendo fenomenal. Todavía no has atropellado a un ciervo.

Era casi de noche y había ciervos por todas partes, pero yo había descubierto que Kaleb era experto divisándolos antes de que terminaran justo delante de su camioneta.

—Listilla —farfulló.

—Esa es una de las cosas que más te gustan de mí —le informé—. No me asustan tu poder ni tu riqueza.

—Por desgracia, probablemente es verdad —reconoció a regañadientes.

—Entonces puedo admitir que tu autoritarismo de macho alfa a veces me pone cachonda —dije con una voz sensual que sabía que lo volvía loco—. Eso por no mencionar ese cuerpazo y tu grande y dura...

—¡Anna! —dijo en tono peligroso—. Esta me la pagarás después.

—Lo sé —dije atrevida—. Estoy impaciente.

Kaleb soltó improperios mientras tomaba el camino de entrada de su casa. Yo sonreía, pero sabía que no me reiría de esto más tarde. Me haría pagársela de la manera más erótica posible y a mí me encantaría cada instante de ello. Se detuvo en el camino de entrada en lugar de estacionar en el garaje.

Salimos de la camioneta y Kaleb tomó mi mano.

—Quiero enseñarte algo antes de que entremos.

Lo seguí con curiosidad mientras caminábamos hacia el establo. Me condujo a un espacio que nunca había visto ni explorado.

—Es mi taller; nunca lo usaba —explicó mientras encendía las luces.

Me condujo a través de la sala y se detuvo frente a una bonita mesa hecha a mano. Había cosas en ella que me recordaban a la mesa que había hecho en la cabaña, pero también era única.

—Necesitas una mesilla en tu sala de música, junto al piano. Sé que no dejas el café sobre el piano. Pensé que esta podría funcionar.

Me sentí conmovida porque recordaba que dije que no posaría mi café sobre ese hermoso piano de cola. Temía derramarlo y terminar con el café chorreado por todas partes hacia el interior del precioso instrumento.

Deslicé la mano libre sobre la suave superficie de la bella creación. Era redonda, justo lo bastante alta para ir bien al lado del piano, y tenía mi nombre tallado en la madera, junto con unas notas musicales cuidadosamente formadas.

La había teñido gris claro con acentos morados desgastados y mezclados con el diseño de manera muy sutil y perfecta. El morado era mi color preferido y obviamente él también recordaba que lo había mencionado.

La artesanía de la mesa era increíble y me pareció el mueble más bonito que había visto

nunca. Quedaría fenomenal en la sala de música.

—Quería que la vieras antes de marcharte porque es un regalo para ti —dijo con voz ronca—. Todavía tengo que trabajar un poco en ella, así que no estará terminada antes de que te vayas.

Se me escaparon las lágrimas, que corrieron por mis mejillas.

Kaleb me envolvió la cintura con el brazo.

—Oye, se supone que esto no debe hacerte llorar. Creí que te gustaría porque te niegas a posar el café sobre el piano de cola.

Me abracé a su cuello y di un saltito, consciente de que Kaleb me mantendría estable agarrándome del trasero.

—Es absolutamente preciosa —dije con un sollozo de felicidad—. Creo que es el mejor regalo que he recibido nunca. Pensaba que habías dejado la ebanistería.

Claramente, había encontrado tiempo para trabajar en la mesa mientras yo componía o cuando hacía esas largas excursiones al establo a última hora de la tarde.

Era tan detallista y dulce que no pude evitar llorar a gritos sobre él. Probablemente, no se daba cuenta de que la gente no solía hacerme regalos tan personales. Me acurruqué en su calidez, acercándome todo lo posible a este hombre tan atento.

Él rio entre dientes.

—Creía que el cuadro de mamá era el mejor regalo de tu vida.

—Sigue entre los dos primeros —compartí—. Pero este es el mejor sin duda.

—En realidad, no he trabajado la madera en años —dijo Kaleb en tono contemplativo—. Supongo que tu creatividad me inspiró. O puede que solo fueras tú quien me inspiró. Me alegro de que te guste.

Yo levanté la mano y me sequé las lágrimas de la cara.

—Gracias. Sé lo valioso que es tu tiempo libre, Kaleb. Probablemente nunca sabrás cuánto significa esto para mí.

Me incliné hacia abajo y lo besé, vertiendo todo el amor y el afecto que tenía por él en ese beso. Cuando finalmente levanté la cabeza, él me sonrió.

—Si ese es mi premio, voy a hacerte muebles para toda la casa.

Me encantaba cómo asumía que su casa también era mi casa. Había fabricado esa mesa para la sala de música, una sala a la que siempre se había referido como mía. Al igual que hablaba del bonito piano de cola como mi piano.

Moví las caderas contra su dura erección.

—Creo que estarás demasiado ocupado para hacer más muebles. Pero me encanta la mesa.

Me palmeó el trasero en gesto juguetón.

—Compórtate —me advirtió.

—Nunca —dije con una carcajada de felicidad mientras enterraba el rostro en el lateral de su cuello y le mordisqueaba la piel.

Sonrió de oreja a oreja.

—¡Joder! Me haces feliz, Anna, aunque seas una chica muy mala.

Se me encogió el corazón en el pecho. Kaleb también me hacía feliz a mí. Tanto que en realidad no podía expresarlo con palabras.

—Creo que me gustaría ver ahora mismo cómo lidias con las chicas malas.

—¡Hecho! —respondió con voz ronca antes de proceder a llevarme en volandas todo el camino de vuelta a casa.

---



---

## Capítulo 28

---

*Kaleb*

**D**etestaba asistir a una fiesta de despedida cuando estaba intentando con todas mis fuerzas mantenerme en negación sobre la partida de Anna al día siguiente. Sin embargo, yo estaba aquí y Anna también.

La observé mientras revoloteaba por el patio de mi madre, hablando con todos los presentes como si se sintiera honrada de que se hubieran presentado solo por ella. Dios, probablemente se sentía afortunada de que todos los invitados hubieran acudido a la barbacoa. Por desgracia, aquello me parecía un infierno.

—Sé que es una fiesta de despedida, pero parece que estás en un funeral, chico —dijo Silas acercándose a mi ubicación cerca de la casa—. Estás muy triste porque se va, ¿eh?

Di un trago de la cerveza que sostenía y después miré al hombre mayor con suspicacia. Me gustaba Silas, lo conocía desde que era niño. Probablemente por eso ya sabía que tenía algo en mente. Esperaba que no fueran más consejos. Estaba de un humor de perros en ese momento, razón por la cual estaba parado aquí solo.

—¿Estás preocupado de que pueda olvidarte cuando vuelva a California con todas esas estrellas? —preguntó con curiosidad.

Mi mirada saltó hacia él y yo levanté una ceja.

—Puede que yo sea viejo —dijo malhumorado—, pero no soy estúpido. Reconozco que me costó ubicar dónde había visto esa cara antes, pero até los cabos en un par de días. Es Annelise.

Asentí. Si conocía la identidad de Anna dese que hacía tanto tiempo, no iba a negarlo. Tarde o temprano, esperaba que Anna volviera a menudo a Crystal Fork y la gente del pueblo sabría quién era, si no lo sabían ya.

—Supuse que algunas personas lo averiguarían —le dije.

—La mayoría no tiene nada mejor que hacer que chismorrear. No pasa nada en este pueblo —señaló Silas—. Hay unos cuantos que saben la verdad. Los inteligentes, como yo. Me gusta ella. Siempre me ha gustado. Esperaba que decidiera quedarse.

—No es posible, Silas —dije llanamente—. Anna tiene su propia vida en California y su música es importante para ella.

—Todo es posible —me contradijo mesándose la barba plateada con una mano—. No creo que el sitio de Anna siga en su antigua vida. No creo que fuera feliz allí.

—Perdió a sus dos padres —le conté—. Estaba en duelo.

—Lo he oído —me informó—. Pero creo que su infelicidad era más que la tristeza. Después de que murieran sus padres, probablemente ya no quedara nadie a quien le importara. Debía de sentirse sola.

—Tiene millones de fans que la adoran —expliqué.

—Annelise tiene millones de fans que la adoran —me corrigió él—. Anna debió de sentirse sola. Lo detesto.

¿Qué podía decir yo? También lo detestaba.

—Tu madre le tiene mucho cariño, igual que el resto de nosotros —mencionó Silas.

—Lo sé —reconocí un poco airado—. ¿Qué quieres que haga? ¿Secuestrarla y obligarla a quedarse?

Mi madre había dado a conocer su disgusto acerca de que Anna se fuera. Sí, entendía que debía marcharse, pero sin duda, no estaba contenta con ello.

La mirada de Silas se iluminó.

—Es una idea.

—No —dije con firmeza—. Anna y yo seguiremos viéndonos y preferiría que no me odie por secuestrarla.

—¿Quieres mi consejo? —preguntó.

Era una pregunta retórica. Tanto si quería su consejo como si no, iba a dármele.

—Preferiría que no me lo des —dije, a pesar de saber que esas palabras eran inútiles.

—Si la amas, creo que deberías casarte con esa chica —dijo Silas como si no hubiera oído mi protesta.

«¿Si la amo?». Probablemente me había enamorado perdidamente de Anna al principio, pero solo había admitido para mí mismo que la amaba hacía poco. Justo después de perder los nervios en la cocina porque me había aterrorizado de que algo malo le hubiera pasado.

Estaba casi segura de que estaba destinado a conocer a Anna y a enamorarme de ella y no creía en el destino. En absoluto.

—Sería interesante —le comenté a Silas—. Ella vive en California y yo vivo en Montana.

No pensaba contarle a Silas que estaba enamorado de Anna. Sabía guardar un secreto, pero me perseguiría siempre para que me casara con ella. Todavía no quería compartir con nadie lo que sentía por Anna.

—Eso solo es geografía, chico —dijo Silas disgustado—. El amor no siempre es perfecto.

Me sentí aliviado cuando Anna se acercó a nosotros, preciosa con un lindo vestido de verano que había comprado en el pueblo. Casi me sentí celoso cuando le dio un abrazo genuino y entusiasta a Silas.

—Estaba buscándote, Silas —le dijo al hombre—. Quería darte las gracias por todos esos cafés que me has preparado y el consejo ocasional.

«¿Ocasional?», pensé.

Silas proporcionaba consejos cada minuto del día. Pero era evidente que Anna adoraba a Silas y el sentimiento era mutuo. Sinceramente, cuando él no estaba dando consejos que nadie le había pedido, era difícil que el hombre no gustara.

Le importaba el pueblo de Crystal Fork y la mayoría de sus habitantes. No me sorprendía que Silas se hubiera encariñado tanto de Anna. Todos en el pueblo la querían. Yo incluido.

Silas miró radiante a Anna.

—¿Cuándo volverás a verme?

Anna me lanzó una mirada inquisitiva.

—En cuanto me inviten a volver —dijo en tono provocador.

—Te estoy invitando ahora —respondió Silas con vehemencia—. Eres más que bienvenida para quedarte conmigo cuando sea.

—Si Anna vuelve, se quedará conmigo —informé a Silas—. Y sabe que mi casa ya es su segunda casa.

Vale, puede que nunca le hubiera dicho directamente que quería que volviera a Montana lo más a menudo posible, pero me aseguraría de que lo supiera para cuando se marchara. En realidad, ya debería saberlo. Le había dicho que podía venir a Montana cuando pudiera escaparse, pero no pensaba dejar nada al azar.

—¿Puedo considerarlo una invitación oficial? —bromeó Anna.

—Sí —contesté en tono cascarrabias.

Alguien llamó a Silas y este se alejó.

Anna se acercó a mí y me rodeó el cuello con los brazos.

—Siento lo mismo que tú —dijo en voz baja—. Esto tampoco es fácil para mí.

—¡Joder! Lo siento —dije con auténtico pesar. Debería apoyarla, pero estaba sintiendo lástima de mí mismo.

—Te extrañaré muchísimo —dijo con un largo suspiro—. Pero al menos te veré el viernes.

—Yo también te extrañaré —dije con voz ronca—. Sabes que quiero que vuelvas. Tan a menudo como sea posible. Tú solo dilo y mi avión irá allí a recogerte. No quiero que tomes vuelos chárter. Algunos no mantienen muy bien los aviones.

Ella me sonrió.

—¿Pongo a tu piloto en marcado rápido?

—Sí —dije en tono serio.

Dejé mi cerveza en una mesa auxiliar y le rodeé la cintura con los brazos. No me importaba una mierda quién nos estuviera mirando. Todos sabrían qué sentía por Anna exactamente en algún momento.

—¿Te quedarás conmigo cuando vengas a los premios? —preguntó.

Lo había planeado, desde luego. Quería tanto tiempo como fuera posible con ella y quería ver su casa en California.

Yo reí entre dientes.

—No lo sé. ¿Es una invitación oficial?

Me palmeó el hombro en gesto juguetón.

—Sí. Siempre eres bienvenido en mi casa como yo lo soy en la tuya.

Bajé la cabeza y la besé. Era imposible para mí estar tan cerca de Anna y no besarla. Oí una tos a su espalda y luego mi madre dijo:

—Odio interrumpir.

No, no lo odiaba. De hecho, le encantaba interrumpir.

Terminé el beso sin ser abrupto. Ya no era un adolescente a quien acababan de pillar enrollándose con la vecina.

—Ninguno de los dos habéis comido nada —dijo mi madre empujando dos platos hacia nosotros—. Os he puesto un plato a cada uno.

Anna se soltó rápidamente y alcanzó el plato.

—Gracias, Millie. Estoy hambrienta.

Los platos estaban cargados hasta arriba con costillas, una hamburguesa, ensalada de patata

y macarrones con queso.

Yo tomé el otro plato, un poco molesto por haber tenido que soltar a Anna para hacerlo.

—¿Tienes todo empacado? —le preguntó mi madre a Anna.

Ella asintió.

—En realidad no traía demasiado, así que no había mucho que empacar. Se suponía que solo iba a pasar unos días en Montana. Si pudiera meter a Bella en la maleta, probablemente lo haría. La echaré de menos.

—Pues tendrás que venir a menudo para montar —respondió mi madre—. Voy a extrañarte muchísimo, Anna.

Esta rodeó a mi madre con el brazo.

—Yo también te extrañaré. Te prometo que vendré todo lo que pueda. Gracias por todo lo que has hecho por mí.

A mamá se le escapó una lagrimita que me retorció el estómago. Me mataba ver llorar a mi madre. Me encogí cuando Anna la siguió y también cayó una gotita en su mejilla. Demonios, ahora estaba doblemente jodido.

—No he hecho gran cosa —dijo mamá secándose la lágrima—. Tú me has hecho compañía a mí.

Anna había visto mucho a mi madre. Se había asegurado de tomarse un descanso durante el día para ir a ver a mamá cuando yo estaba trabajando. Su tristeza era genuina. Las dos mujeres habían formado un vínculo especial en el tiempo que Anna llevaba aquí. Aunque mi madre no podía reemplazar a la madre de Anna, ella me había dicho que su relación con mi madre la había ayudado. Yo estaba seguro de que Anna también había sido buena para mi madre. Estaba bastante sola desde que mi padre falleció, a pesar de que mis hermanos y yo intentábamos verla lo más a menudo posible.

—¿Por qué está llorando todo el mundo como si hubiera muerto alguien? —preguntó Devon al acercarse con su propio plato y con Tanner justo detrás de él.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Tanner lanzándome una mirada inquisitiva.

—Estamos bien —contestó mamá—. Solo estamos un poco tristes de que Anna tenga que volver a California por la mañana.

—Volverá —le dijo Devon en tono reconfortante a mi madre.

—La próxima vez que venga puedes hacer una fiesta de bienvenida —sugirió Tanner.

Le sonreí de oreja a oreja cuando nuestra madre se animó de nuevo. Él sabía qué decir exactamente para hacerla sentir mejor. A mamá le encantaba organizar fiestas, picnics y barbacoas.

Sonrió a mi hermano.

—Empezaré a planear la fiesta en cuanto se marche.

Con Tanner y Devon presentes, la conversación se volvió un poco más animada, e hicieron reír a Anna y a mamá en cuestión de minutos. Miré a mis hermanos, consciente de que se habían acercado porque habían visto que yo estaba incómodo con las lágrimas porque no me sentía muy alegre. Puede que nosotros tres no siempre estuviéramos de acuerdo, pero en ese momento me sentí agradecido de tener dos hermanos que siempre me cubrirían las espaldas.

---



---

## Capítulo 29

---

*Anna*

—No pareces una mujer feliz de estar de vuelta en el Sur de California. Eres candidata a múltiples premios en la ceremonia y tampoco pareces nada emocionada al respecto —dijo Kim con empatía cuando yo estaba sentada en la silla de su peluquería tres días después.

Sinceramente... no lo era. Había ensayado por inercia. Había despejado algunos asuntos porque era lo que había que hacer. Estaba un poco emocionada con el vestido de diseño que iba a llevar al espectáculo de los premios porque Kaleb me vería arreglada por primera vez. Pero ahora mismo no encontraba mucho entusiasmo para nada más.

—Echas de menos a tu hombre —afirmó Kim.

Encontré su mirada en el espejo y asentí.

—No sé qué me pasa —compartió—. Solo... me siento diferente.

—Probablemente porque has probado lo que es llevar una vida medio normal con alguien a quien amas —comentó inclinando mi cabeza hacia atrás y aplicándome cera en las cejas—. Has pasado toda tu vida bailando al ritmo de los demás. ¿Cómo te hizo sentir estar lejos de todo eso?

La tienda estaba vacía, así que Kim y yo podíamos hablar con libertad. Ella siempre me veía después del cierre. Ni siquiera me inmuté cuando arrancó la tira de la ceja. Estaba acostumbrada. Había pasado mucho tiempo sentada en esta silla intentando verme perfecta para algún concierto.

—Me hizo sentir bien. Realmente bien —confesé—. Aparte de a ti, no extrañaba absolutamente nada de mi vida aquí.

—Eso es porque esta vida ya no encaja contigo, Anna. No creo que nunca lo haya hecho —comentó mientras me depilaba con cuidado la otra ceja—. Solo has seguido la corriente, pero ¿puedes decir de verdad que has sido feliz? Has estado por todo el mundo, pero en realidad no has visto esos países porque terminas un concierto y estás preparándote para el siguiente. A veces hibernas durante semanas en tu casa porque tienes que componer. No hay alegría en tu vida, nena. Llevo mucho tiempo preocupada por ti. No me sorprendió cuando tuviste aquel colapso nervioso. Creo que tus padres eran los únicos a quienes les importabas de verdad, aparte de a mí. Todas las demás personas que te rodean a veces son chupasangres. Te chupan la vida.

—Echo de menos a mi madre y a mi padre —dije apenada—. Creo que siempre lo haré. Fui a sus tumbas en cuanto llegué a Montana. Me resultó muy difícil marcharme, igual que dejarlos después del entierro.

Mis padres habían sido enterrados a las afueras de Bozeman en nuestro pueblo porque eso era lo que querían. Sentí la necesidad de volver al cementerio en cuanto llegué a Montana.

—Fue difícil porque en realidad no tenías un lugar al que acudir a llorar —dijo Kim amablemente.

—Sigue siendo duro —le conté con sinceridad—. Creo que le preguntaré a Kaleb si le importa que pare en Bozeman de vez en cuando si vuelo a Montana en su avión. Me sentí un poco más en paz allí. Dios, detesto no saber quién los mató. Me corroe viva saber que nadie está rindiendo cuentas por asesinarlos. Ambos merecen justicia.

Ya había puesto a Kim al día sobre la situación con la empresa fantasma y mis sospechas de que estaba relacionado con su asesinato de alguna manera.

—¿No hay novedades aún? —preguntó.

—Nada —dije yo con un suspiro.

No había tenido noticias de los federales sobre la empresa fantasma ni de la policía sobre los asesinatos de mis padres. Había sido más paciente cuando estaba con Kaleb, pero ahora que estaba de vuelta en California donde se habían producido los asesinatos, lo único en lo que podía pensar era el hecho de que su asesino seguía libre. Probablemente aquí, en el Sur de California.

—Lo siento, Anna. Sé que ayudaría si tuvieras algún tipo de clausura.

Observé a Kim mientras me terminaba las cejas.

—Es posible que nunca la tenga —dije—. Y tendré que aprender a vivir con eso si nunca se resuelven los asesinatos. Todavía no consigo sacudirme la sensación de que todo esto tiene algo que ver con esa mala inversión. Tiene sentido donde nada más lo tiene. Quizás mi padre averiguase lo que estaba pasando y mis padres fueron asesinados para mantenerlos en silencio.

—Tú, ten cuidado, ¿vale? —dijo con gesto preocupado—. Todos saben que estas en casa para la entrega de premios.

—Solo puedo ser cuidadosa —le garanticé—. Kaleb se asegura de que me recojan y me lleven donde vaya cada vez que salgo de casa. Y tiene a su equipo de seguridad siguiéndome a todas partes.

—¿Sabes? Me gusta —dijo en broma—. Siempre te protege, incluso cuando no está aquí físicamente.

Yo no había discutido con Kaleb por la seguridad. En realidad, me sentía mejor sabiendo que estaban cerca. Eran discretos, me seguían a distancia, pero me sentía más segura sabiendo que estaban ahí. Tenía el presentimiento de que el asesino de mis padres seguía en California y a veces me ponía un poco tensa.

—Se preocupa porque él no está conmigo —le conté a mi amiga.

—Entonces me gusta mucho más. ¿Qué vas a hacer en cuanto a la distancia entre vosotros?

—Volveré a Montana tan a menudo como pueda —la informé—. Y él vendrá aquí cuando pueda.

—Podrías mudarte allí y mantener tu casa aquí —sugirió Kim—. La gente del sector lo hace constantemente. Si no haces giras, pasarías mucho tiempo en Montana. Compón, graba y solo ven aquí cuando tengas que estar aquí.

Yo había pensado mucho en eso.

—Kaleb nunca ha mencionado que me mude a su casa. No nos conocemos desde hace tanto tiempo. Aún estamos... saliendo.

Kim me lanzó una mirada exasperada.

—Lo amas y estoy casi segura de que él siente lo mismo. Reconozco que ha pasado rápido,

pero llevas toda tu vida adulta esperando a un hombre como él. Creo que sabes lo que sientes. Si te presentaras en su casa con todas tus cosas, probablemente se pondría eufórico. Eres miserable aquí sin él. Haz que la gente vaya a ti para variar si se trata de negocios. Desde luego, han ganado bastante dinero contigo a lo largo de los años para permitirse los viajes a Montana.

—Ni de lejos puedo mudarme ahora mismo, aunque Kaleb quisiera que viva con él —protesté—. La casa de mis padres...

No había sido capaz de entrar en esa casa desde que mis padres murieron, pero tendría que ir allí en algún momento.

—Puede limpiarse y venderse una vez que sepas quién los mató —insistió Kim—. Alguien puede enviarte todas sus cosas personales. Lo haré yo misma. No hay motivos para que debas ver la escena del crimen. Ya has sufrido bastante. Lo único que estoy diciendo es que analices tus opciones para el futuro.

Probablemente era muy pronto para pensar en mudarme a Montana. Kaleb y yo ni siquiera habíamos tenido tiempo para ver si la larga distancia funcionaría. ¿Y si las cosas no salían bien entre nosotros? ¿Y si él no estaba enamorado de mí y la relación quedaba en nada con el tiempo? Sí, yo ya sabía que eso no iba a pasar por mi parte. Estaba enamorada de Kaleb. Pero no tenía ni idea de qué sentiría él dentro de un mes o de un año.

—Ahora, dime qué vamos a hacer con este cabello —dijo Kim al terminar mis cejas y empezar a jugar con mi pelo—. ¿Vuelta a Annelise?

Era raro cómo pensaba ahora en Anna y Annelise como dos personas diferentes, especialmente después de pasar tiempo siendo yo misma en Montana. Annelise no era nada más que un personaje inventado que había aprendido a representar bien con el paso de los años. Era una marca que cultivaba con trabajo duro, pero aparte de la música, teníamos muy poco en común. No lo había pensado realmente hasta que pasé tiempo en Montana siendo solo yo.

Si bien había artistas que podían ser su auténtico yo y seguir siendo famosos, eso no era lo que me había pasado a mí. De alguna manera, me había perdido a mí misma para ser Annelise. Mi imagen como tal no era completamente Anna.

Tal vez ya era hora de fundirlas en una persona.

—Creo que preferiría seguir siendo yo —le dije a Kim mientras miraba al espejo—. Me gusta mi color natural y el pelo más corto. Si la gente deja de escuchar mi música por mi aspecto o por quién soy como persona, supongo que en realidad nunca fueron fans de mi música.

—Buena elección —dijo en tono de aprobación—. De hecho, estás aún más preciosa así y el corte está de moda. ¿Te hacemos unos reflejos sutiles para resaltar el color? Quedaría fantástico con tus ojos y con ese vestido de fantasía que vas a llevar el sábado.

Le sonreí.

—No quiero ser la vieja Annelise, pero eso no significa que no quiera verme bien para la ceremonia de premios.

—Nadie podrá quitarte los ojos de encima —dijo Kim sonriéndome con picardía—. Soy tu estilista extraordinaria.

—Tendré unas joyas despanpanantes para llevar el sábado —le dije a Kim—. El sábado, Kaleb me envió un collar de platino y diamante y ayer unos pendientes por entrega especial. Son hermosos y únicos. Me gustan más que las joyas que me ofrecieron en préstamo a juego con el vestido. No creo que pretendiera que me los pusiera para este evento en particular, pero me los voy a poner.

Kim levantó una ceja.

—¿Y? ¿Nada de fotos?

Dejó de toquetearme el pelo un momento mientras yo alcanzaba mi celular.

—Saqué una para mandársela a Kaleb para que se asegurase de que había recibido los artículos correctos —dije levantando la foto.

Kim agarró mi celular y sus ojos se quedaron como platos mientras miraba las joyas.

—¡Santo Dios! —exclamó—. Es precioso, pero no quiero ni pensar en cuánto habrán costado. Tiene que haber de un millón de kilates en esas joyas. Tu hombre tiene un gusto increíble. Y, sin duda, son de tu estilo.

—Lo sé —respondí recuperando el teléfono para guardarlo—. No podía rechazar un regalo personal como ese, pero debe de haber gastado una fortuna en esas joyas.

Yo llevaba muchas joyas caras en grandes eventos, pero solo eran préstamos de diseñadores que querían el caché o la promoción de que yo llevara sus diseños. Nunca había gastado tanto dinero en joyas de mi propiedad ni había recibido un regalo como aquel.

—Es multimillonario, Anna —me recordó Kim mientras volvía a trabajar en mi cabello—. Y tú eres una mujer de alto perfil que hace muchos eventos. Tiene el dinero. Deja que te mime. Te lo mereces.

—Ese es el problema —dije con un suspiro—. Es multimillonario. A mí también me gustaría hacer un regalo especial, pero lo tiene todo. Decidí montar un video de diapositivas de las fotos que hice en Montana para él. Me hice muchos selfis con él y saqué unas cuantas fotos de todos en la barbacoa. He compuesto la música para el vídeo. No es un regalo muy emocionante teniendo en cuenta cuánto me ha dado él, pero no puedo regalarle nada material que no tenga ya.

—Me parece una idea muy detallista —contestó Kim. No creo que a la gente con mucho dinero le importe recibir cosas materiales. Invertiste tiempo y creatividad en ese proyecto, como él gastó tiempo y energía haciéndote una mesa que no le costó prácticamente nada, pero lo significó todo para ti. Estoy segura de que le encantará.

—Eso espero —le dije yo—. Debería poder terminarlo mañana. Se lo enviaré por correo electrónico en cuanto termine.

—Para estar tan lejos, pensáis mucho el uno en el otro —comentó Kim.

Yo asentí mientras ella seguía aplicándome los reflejos. Kaleb Remington se había convertido en una parte muy importante de mi vida. Era absolutamente imposible no pensar en él cuando estaba tan lejos.



## Capítulo 30



*Kaleb*

**H**abía reproducido el vídeo que me había enviado Anna más veces de las que quería admitir. Mientras lo miraba una y otra vez solo podía pensar en cuánto debió poner al hacerlo, por mí.

Reconocí que la música era de Anna casi de inmediato. Ahora identificaba su estilo y su forma de tocar el piano. El maldito vídeo era lo único que me había ayudado a pasar el último día antes de volver a ver la bonita cara de Anna en persona.

Me recogió en el aeropuerto el viernes por la tarde y pasamos la noche recuperando el tiempo perdido antes de ir a la ceremonia de premios al día siguiente. El evento fue pretencioso, a excepción de las partes en las que Anna ganó sus merecidos premios y actuó con magia.

—¿Siempre vomitas así antes de actuar? —le pregunté cuando nos dirigíamos de vuelta a su casa en limusina.

Había estado con ella en su camerino antes de la actuación, donde cambió el precioso vestido que llevaba por un traje para el escenario. Me alarmé cuando de pronto vomitó las tripas antes de subir al escenario y me aterró.

Ella trató el episodio como si fuera normal y le quitó importancia por los nervios. Simplemente se lavó los dientes, arregló todo lo que estaba desaliñado y salió al escenario.

—Siempre —confesó—. Te conté que tengo un pánico escénico terrible. Siempre vomito antes de un concierto.

«¡Joder!», me dije. No era de extrañar que detestara actuar frente a grandes multitudes. Si yo tuviera que vomitar tan violentamente siempre, lo habría dejado hace mucho tiempo.

—Has estado increíble. ¿Te he dicho lo guapa que te ves esta noche?

Anna estaba impresionante. Había decidido no volver a cambiar su cabello al antiguo estilo de Annelise, y yo me alegraba en secreto de que no lo hubiera hecho. Seguía pareciendo Anna, pero había actuado como Annelise. Si bien me encantaba el ajustado vestido rojo que llevaba, sentí deseos de golpear a todos los chicos que la miraban como si estuvieran fantaseando con follársela. Hubo muchos de esos durante toda la noche.

¡Dios! Sabía que era algo a lo que tendría que acostumbrarme, porque estaba con Annelise, pero me volvía completamente loco. Mi único consuelo era que Anna no pareció darse cuenta de que otros hombres la miraban como si quisieran desnudarla. Al parecer, ella estaba tan

acostumbrada que ya ni siquiera la afectaba. Su mirada siempre se había encontrado con la mía, con ojos de adoración que me calmaron un poco.

El vestido era sin mangas, escotado casi hasta el ombligo y obviamente hecho a medida de su cuerpo. Tenía una pequeña cola que la hacía parecer una princesa sexi. Me encantaba que hubiera optado por usar las joyas que le había regalado en lugar de un juego prestado por un joyero.

Pasé toda la noche duro como una roca. Por suerte, los pantalones de mi esmoquin eran lo suficientemente amplios para ocultar mis males.

Finalmente, Anna respondió:

—Probablemente tantas veces como te he dicho lo guapo que luces con un esmoquin. Gracias por ser mi cita esta noche.

—No me lo habría perdido.

Lo dije en serio, aunque no era mi ambiente. Este evento era importante para ella y su carrera. Por lo tanto, era importante para mí y quería estar allí para apoyar su éxito y verla actuar. Aunque probablemente podría haberme saltado la parte en que vomitó. Me mató ver a Anna tan nerviosa y físicamente enferma, a pesar de que ella lo había ignorado como si no fuera nada.

—Tu agente no estaba allí esta noche —observé.

Había conocido a muchas personas asociadas con la carrera de Anna, pero no a Ray.

Ella encogió sus hombros desnudos.

—No fue invitado y no lo he visto en persona porque me pediste que no lo hiciera por ahora. Ray todavía me acosa para que no ceda el control de mis finanzas a otra persona. Mucho. Quiere seguir haciéndolo. Tal vez necesite el dinero que le pago por hacerlo, pero me ha llamado hasta el punto de acosarme. Siempre ha sido agresivo, pero ahora es hostil.

—Entonces, ¿no has quedado con él en absoluto? —pregunté.

Le había pedido a Anna que no lo viera en persona y ella estuvo de acuerdo en que era algo que no deseaba hacer en el futuro cercano.

—No —respondió ella—. De hecho, hace mucho tiempo que no lo veo en persona. No desde el funeral de mis padres. Normalmente, solo nos comunicamos por teléfono. De hecho, me sorprendió que me hubiera acosado tanto sobre mi ubicación cuando estaba en Montana.

—Creo que es hora de que busques un nuevo agente —dije con brusquedad.

—Creo que tienes razón, pero es difícil dejar ir a alguien que significó tanto para mis padres.

—¿Has transferido oficialmente ese dinero?

Ella asintió.

—Ayer. Fue realmente difícil tomar una decisión sobre a quién emplear. Sugeriste algunas posibilidades muy buenas, pero ya está todo resuelto.

—¿Sientes que ahora tienes más control de tu dinero? —pregunté.

—Gracias a ti —respondió ella—. Al menos, sé lo suficiente para entender cuando utilizan todos esos términos financieros.

Anna era una mujer inteligente. Aprendió muchos de los conceptos básicos de la inversión, a pesar de que afirmaba tener dificultades con las matemáticas.

El sonido abrupto del timbre del teléfono celular de Anna detuvo nuestra conversación.

Anna sacó el teléfono de su bolso y miró el número.

—Es la policía —dijo con voz desconcertada.

Entendía por qué estaba un poco confusa. Era muy tarde. Habíamos ido un rato a una fiesta después de la ceremonia de premios porque la organizaba su discográfica.

Respondió a la llamada de inmediato.

Yo no veía bien su rostro a la luz tenue de la limusina, pero estaba casi seguro de que sabía qué estaba pasando exactamente por el tono de sus respuestas estresadas a medida que la conversación se alargaba antes de terminar la llamada por fin.

Yo solo había captado el final de la conversación y Anna no había hablado tanto como la persona al otro lado de la línea.

La atraje hacia mí y le rodeé la cintura con un brazo.

—¿Qué ha pasado?7

Su voz temblaba cuando respondió.

—Han atrapado al asesino de mis padres. Dios, Kaleb. Fue Ray. Todo lo hizo Ray. La empresa fantasma, el dinero que faltaba y sus asesinatos. Su ADN estaba por todas partes en la casa y en los cuerpos de mis padres, pero le había dicho a la policía que había ido a su casa la mañana de los asesinatos. Dijo que los abrazó a ambos antes de marcharse. Ese ADN tenía explicación al principio porque era cercano a mis padres. Tenía muchos problemas económicos y el detective me contó que además había desarrollado un fuerte hábito de consumo de cocaína. Estaba desesperado por conseguir aún más fondos. El detective sospecha que estaba buscándome para poder asesinarme a mí también antes de que me enterase de la trama de la empresa fantasma. También cree que es por lo que fueron asesinados. Mi padre probablemente pescó la estafa y se enfrentó a Ray al respecto el día que mis padres fueron asesinados.

Dejó de hablar cuando un grito de dolor salió de su garganta. La atraje sobre mi regazo y la sostuve mientras sollozaba contra mi hombro. Estaba en *shock* y yo detestaba aquello por ella, a pesar de que lo había visto venir. Para mí tenía sentido. Alguien había sugerido esa inversión y la única persona en la que habrían confiado sus padres era Ray.

Me había puesto en contacto con el detective del caso en cuanto a mis sospechas justo después de que Anna embarcara en mi avión a California. Ella me había hablado de esas llamadas telefónicas de Ray acerca de que quería mantener el control de sus finanzas la noche antes de marcharse. En ese momento, todo encajó en su sitio. Obviamente, él quería encontrar la manera de sacar más dinero de sus cuentas. No había otro motivo por el que podría querer seguir manejando sus finanzas con tanta desesperación. La policía no pareció ni remotamente sorprendida cuando les conté que sospechaba de Ray. A todas luces, llevaban tiempo investigándolo.

Le pedí a Anna que no quedara con él en persona e hice que mi equipo de seguridad lo siguiera también desde el momento en que Anna puso un pie en California. Quería asegurarme de que no se acercara a ella antes de ser arrestado. Menos mal que ella no había cedido ni le había contado dónde se quedaba.

Había tardado en atar cabos. No sospeché mucho de él hasta que me enteré de esas llamadas y de que quería mantener el control de las finanzas de Anna. Tal vez debería haber relacionado todo antes, pero al igual que Anna, estaba cegado por el hecho de que Ray significaba mucho para el padre de Anna. A pesar de que el tipo era un grano en el trasero, supuse que a Ray también le importaban sus padres.

No sabía exactamente cuándo sería arrestado por fin, pero sabía que la policía y los federales probablemente estaban acercándose. Me desgarró no estar con Anna en persona en caso de que fuera detenido, pero no quería alarmarla ni disgustarla su resultaba que en realidad Ray no era el culpable. Mi instinto me decía que lo era y todo tenía sentido, pero tampoco tenía pruebas

sólidas. Por lo visto, la policía y los federales habían hecho su trabajo y conseguido las pruebas que necesitaban.

—¡Joder! Lo siento, Anna —dije con voz ronca mientras le acariciaba el cabello.

—¿Lo sabías? —preguntó llorosa a medida que sus lágrimas disminuían—. ¿Por eso me dijiste que evitara quedar con Ray en persona?

—Tenía mis sospechas después de que me contaras que quería mantener el control de tu economía —reconocí—. Pero no quería decir nada hasta que la policía y los federales lo supieran con certeza. Mi equipo de seguridad ha estado siguiendo su rastro para asegurarse de que no se acercara a ti solo en caso de que estuviera en lo cierto. ¿Han arrestado al cabrón?

—Es-está muerto —tartamudeó—. Intentaron detenerlo en su casa. Se pegó un tiro antes de que la policía pudiera entrar. Aunque hubieras compartido tus sospechas conmigo, no estoy segura de que mi mente pudiera haber asimilado esa posibilidad. Fue como un hijo adoptivo para mis padres hasta donde puedo recordar.

Esa era la razón exacta por la que no se lo había mencionado. Primero: no quería estresarla si nada era seguro. Y, segundo: necesitaba escuchar que había sido arrestado antes de poder procesar esa posibilidad. Conocía a Ray desde la niñez y, aunque no estuvieran muy unidos, lo veía como a un amigo pesado al que conocía de casi toda la vida. Y siempre había aceptado y respetado la relación de Ray con sus padres.

—Probablemente debería haberte contado que tenía a alguien vigilándole, pero sabes que habrías insistido en saber por qué lo hacía —dije con voz ronca—. Aunque no hubiera sido él, no podía arriesgarme con tu seguridad. Joder, quizás debería haberte hablado de mis sospechas, pero no estaba seguro de que fueras a aceptar esa teoría. Estabas demasiado cerca de la situación para verlo. A mí me costó creerlo, pero era lo único que tenía sentido para mí después de que me contaras que quería mantener el control de tu economía.

—Está muerto. Era culpable —dijo con voz temblorosa—. Y aún me cuesta comprender que mató a mis padres. Pensaba que los quería tanto como ellos a él.

Llegamos a su casa y saqué el brazo por la ventanilla para introducir el código de la puerta de autos que ella me había proporcionado antes. Su propiedad estaba completamente cercada por una valla muy alta y robusta, y tenía una seguridad extraordinaria, lo cual me tranquilizó un poco durante los últimos días.

Di una propina al conductor ante de sacar del auto el cuerpo tembloroso de Anna y llevarla a casa. En ese momento, me alegré de que el cabrón que había matado a sus padres ya estuviera muerto. Si no lo estuviera, me sentiría tentado de asegurarme yo mismo de que nunca volviera a respirar. Mi único consuelo era que estaba allí cuando ella recibió la noticia, y no pensaba dejarla próximamente.

Anna era resiliente y tarde o temprano superaría la conmoción de que Ray fuera el asesino de sus padres, pero necesitaría tiempo para asimilar la verdad.

Echó el pestillo y reseteó el sistema de alarma porque yo tenía los brazos ocupados, y después la llevé arriba, a su dormitorio. Me había familiarizado con la casa de Anna antes de ir a la entrega de premios.

La dejé en el piso y le quité el increíble vestido e insinuante ropa interior antes de sacudirme mi propia ropa. La llevé a la cama, nos tapé a ambos y la envolví en mis brazos para calentar su cuerpo. Ella se abrazó a mi forma más cálida y se acercó todo lo que pudo a mí.

Permanecimos así mucho tiempo. Yo no iba a presionarla para hablar. Tenía que lidiar con esto a su manera.

—No quiero hablar de ello esta noche —susurró—. Ha sido una buena noche y estás aquí ahora. Quiero que sepas algo.

—¿Qué, cariño? —dije besándole la cabeza.

—Te amo. Puede que sea muy pronto para decir esas palabras, pero creo que la vida es muy corta para no decirlas si las tienes en el corazón.

Tragué un nudo en la garganta.

«¡Dios!». Era una noche de mierda para ella, pero había pronunciado las palabras que yo más deseaba oír de sus labios.

—No es muy pronto para mí —dije, la voz ronca de emoción ante su revelación—. Yo también te amo, Anna. Creo que te amo casi desde que nos conocimos y protegerte se convirtió en mi prioridad máxima. Ojalá pudiera protegerte de esto ahora mismo.

—Ya no tienes que protegerme, Kaleb. Solo ámame. Hazme el amor. Ya pensaré mañana en todo lo demás.

Tal vez no pudiera escudarla de lo que había descubierto esta noche, pero eso podía hacerlo sin duda.



## Capítulo 31



*Anna*

Tres meses después, me mesé el cabello nerviosa mientras nos acercábamos a pie por la entrada de autos a la casa en primera línea de playa de Wyatt y Shelby en San Diego.

—No te preocupes —dijo Kaleb con voz ronca—. Estás guapa.

Yo puse los ojos en blanco.

—Siempre dices eso.

—Porque siempre pensaré que eres guapa, sin importar el aspecto de tu cabello. Y creo que probablemente ellos están más nerviosos por conocerte a ti que tú por conocerlos a ellos.

Sonreí ante la respuesta habitual a mi comentario que siempre recibía de parte de Kaleb. Él era completamente predecible a veces, pero me encantaba su predictibilidad. Mi chico era fuerte y estable, y su amor por mí siempre estaba ahí, en sus bonitos ojos verdes.

Habíamos pasado los tres últimos meses yendo y volviendo de Los Ángeles a Montana. No habíamos pasado más de una semana sin vernos porque no podíamos aguantar más que eso.

Yo había vuelto dos veces a Montana a pasar dos fines de semana largos, pero Kaleb solía venir a verme a mí para que pudiéramos hacer algunas de las cosas que yo nunca había estado demasiado ocupada o de gira. Habíamos ido al teatro, a Disneyland, a Universal Studios, a los pozos de asfalto de La Brea, al Observatorio Griffith y a múltiples museos.

Probablemente habían sido los mejores tres meses de toda mi vida. Había tardado un poco en aceptar que Ray había matado a mis padres, pero ahora estaba más en paz con sus muertes. El hombre que los había asesinado estaba muerto.

Kaleb había acudido conmigo al cementerio cercano a Bozeman porque yo necesitaba visitar a mis padres. Necesitaba de verdad decirles cuánto sentía que Ray los hubiera traicionado y me sentí mejor después de haberme sincerado sobre todo lo que estaba sintiendo ante las tumbas de mis padres. Deseé que mi madre y mi padre hubieran tenido la oportunidad de conocer a Kaleb. Sabía que les habría encantado y que lo habrían amado como él me amaba a mí.

No fui de gira y había contratado a un nuevo agente que no me presionaba para hacer nada que yo no quisiera hacer. Estaba disfrutando de mi verano, escogiendo mis conciertos y componiendo mucha música sobre relaciones y sobre estar enamorada para mi nuevo disco. Estaba totalmente inspirada por mi relación con Kaleb. No era perfecta y nos mataba tener que

despedirnos tan a menudo, pero la habíamos hecho funcionar porque no había otra opción. Teníamos que estar juntos.

Cuando me pidió que fuera a San Diego con él a conocer a su prima y a su mejor amigo, acepté de buena gana. Había oído hablar tanto de Wyatt y Shelby que quería conocerlos. Estaba nerviosa, como de costumbre, porque sabía que ambos eran importantes para Kaleb.

Llamó al timbre. La puerta se abrió casi de inmediato y una pelirroja linda y voluptuosa se arrojó en brazos de Kaleb.

—¡Kaleb! —gritó la mujer feliz mientras él retiraba el brazo que rodeaba mi cintura para abrazar a su prima—. Dios, te he extrañado mucho.

—Deja respirar al pobre, Shelby —dijo un hombre muy grande detrás de ella.

Supuse que ese era Wyatt y me quedé de piedra un instante porque era aún más grande y musculoso que Kaleb. El hombre era intimidante, pero la mirada de adoración en sus ojos cuando miraba a su mujer anulaba un poco el factor aterrador.

Shelby retrocedió e inmediatamente me atrajo en un dulce abrazo.

—Anna, tenía muchas ganas de conocerte.

Yo también la abracé. La mujer irradiaba tanta felicidad y luz que no pude hacer otra cosa. Me hizo sentir cómoda de inmediato.

Wyatt palmeó el hombro de Kaleb y me extendió la mano.

—Secundo lo que acaba de decir Shelby. Estábamos impacientes por conocer a la mujer que por fin ha logrado llamar la atención de Kaleb. Solo que no teníamos ni idea de que terminaría siendo una famosa estrella del pop.

Sonreí radiante al hombre grande mientras le estrechaba la mano y él me devolvió una sonrisa de oreja a oreja. De acuerdo, puede que no fuera tan intimidante.

—Pasad todos —pidió Shelby mientras abría la puerta de par en par y entrábamos en fila al interior de la casa—. Me llevo a Anna a la cocina. Vosotros, chicos, podéis poneros al día en tu despacho.

Wyatt levantó una ceja.

—Supongo que quieres que nos perdamos mientras habláis las dos chicas.

Shelby le lanzó una sonrisa dulce a su marido y dijo llanamente:

—Sí, por favor. ¿Le pones un trago a Kaleb en el bar camino de tu despacho? Yo le serviré algo a Anna en la cocina.

—Yo me encargo —dijo Wyatt mientras deambulaba hacia el bar con Kaleb a su espalda.

Yo seguí a Shelby a una bonita cocina *gourmet*, una sala que sabía que ella adoraba porque era chef. Kaleb había hablado mucho de su primea y yo me sentía casi como si la conociera.

—¿Qué te pongo para tomar? —preguntó con cortesía.

Yo miré anhelante su sofisticada cafetera, que en realidad era más bonita que la mía.

—¿Te importaría si te pido un café?

—Puedo prepararte cualquier cosa —respondió—. ¿Tienes alguna preferencia?

—Un *latte* de caramelo salado si puede ser —dije esperanzada.

Ella asintió como si sirviera la bebida a diario y empezó a preparar el café.

—Suená bien. Creo que me haré lo mismo. —Se volvió hacia mí mientras trabajaba—. No nos mantendré alejadas de los chicos mucho tiempo, pero quería la oportunidad de decirte en privado cuánto siento lo de tus padres y todo lo que te ha pasado. Yo perdí a mis padres a la vez cuando era adolescente. Un accidente de auto. Sé lo doloroso y traumático que puede ser. Debió

partirte el corazón saber que fueron asesinados por alguien a quien considerabas un amigo. Solo quería que supieras que, si alguna vez necesitas hablar de ello con alguien, estaré ahí para ti.

Me senté en la barra porque obviamente Shelby estaba en su elemento y no necesitaba ayuda con los cafés.

—Gracias —dije sinceramente—. Ha sido un año realmente difícil. No estoy segura de qué habría hecho sin Kaleb.

—Creo que tú también has sido buena para él —compartió Shelby mientras añadía una pizca de sal y nata montada a los *lattes*—. Voy a ser franca. Estaba un poco preocupada por él cuando me enteré de que estaba saliendo con una celebridad como Annelise. Pero cuanto más hablaban de ti él y la familia, supe que a mí también me gustarías.

Ni siquiera iba a fingir que no sabía de qué estaba hablando. La gente fuera de mi sector pensaba que las estrellas del pop eran materialistas, siempre de fiesta e increíblemente narcisistas a veces. Aunque era una evaluación justa para algunas, había gente como yo que solo quería crear música.

Quise reconfortar a Shelby porque le importaba mucho Kaleb.

—Lo amo. No soy del tipo fiestero. De hecho, soy bastante aburrida. Como tu primo, yo era una completa adicta al trabajo obsesionada con mi carrera y no tenía alegría en mi vida. Kaleb trajo esa alegría a mi vida y yo nunca lo lastimaría.

Shelby me deslizó el café delante con una cuchara. Empezó a remover la nata montada en su taza mientras decía en voz baja:

—Tú también has traído alegría a la vida de Kaleb. Estaba preocupada por él porque se culpó por mi secuestro durante mucho tiempo, a pesar de que no fue su culpa. Siempre hemos estado unidos. Para mí es más un hermano que un primo. Veía la culpabilidad en sus ojos cada vez que me miraba después del secuestro. Ya no lo veo. Me ha mandado algunas fotos de los dos haciendo turismo en el Sur de California en los últimos meses. Parece muy feliz y no creo que pueda expresar lo agradecida que me siento por eso.

Shelby parecía a punto de llorar de gratitud y eso era lo último que yo quería. Extendí un brazo por encima de la barra y apoyé una mano amable en su antebrazo.

—Ahora está bien, Shelby. Ya no debes preocuparte por eso. Está en paz con esa situación y ha pasado página.

—Porque ahora tiene mejores cosas de las que preocuparse. Tú.

Aparté la mano y removí mi café con leche.

—Estoy trabajando en eso. Es un macho alfa que a veces tiende a ser un poco sobreprotector. Me gusta ese instinto, no me entiendas mal. Pero detesto que se preocupe.

Shelby suspiró felizmente.

—Wyatt es igual. Es exagerado y es peor desde que fui secuestrada. Solo es parte de quién es y yo intento recordarlo cuando se hace demasiado. También me gusta su instinto protector, pero cuando se pone irrazonable, se lo digo.

—Ídem —compartí decidiendo que esta mujer me gustaba de verdad.

Shelby tenía un gran corazón y yo no había conocido a mucha gente así en mi mundo.

—¿Cómo os está yendo a larga distancia? —preguntó con curiosidad.

—¿Sinceramente? —pregunté—. Es una mierda. Lo echo muchísimo de menos, pero en realidad no tenemos elección ahora mismo. Su negocio está en Montana y el mío en California. Pero cualquier cosa es mejor que no tenerlo en mi vida.

Shelby sacudió la cabeza.

—No sé cómo lo hacéis. Wyatt y yo estuvimos separados un breve periodo de tiempo cuando yo estuve en Montana de visita y me volvió loca. Si él viaja, yo suelo ir con él porque detesto sentirme sola en casa. Puedo trabajar en remoto casi siempre porque soy bloguera de comida y escritora de libros de cocina ahora. ¿Te gusta Montana? Kaleb mencionó que creciste allí.

Yo asentí.

—Me encanta. Me encanta el pueblo y la mayoría de la gente allí.

Shelby puso los ojos en blanco.

—A mí también me encanta. Pero el cotilleo en Crystal Fork puede ser incesante.

Me eché a reír.

—Por suerte, Kaleb vive fuera del pueblo, así que siempre es posible escapar cuando quiero. Su finca es hermosa. Me siento mucho más inspirada y en paz allí.

—¿Estás pensando en mudarte? —preguntó ella con curiosidad.

Yo me encogí de hombros.

—Kaleb y yo no hemos hablado de eso. Nos amamos, pero no estoy segura de que ninguno de nosotros sepa qué hacer sobre el futuro.

—Lo resolveréis —dijo Shelby con confianza—. Probablemente él podría montar un despacho remoto en Los Ángeles.

—Nunca le pediría que haga eso —dije horrorizada—. Ama a su familia y el pueblo donde creció. Se moriría de preocupación por su madre, a pesar de que Tanner y Devon están allí.

Shelby asintió.

—Probablemente eso es verdad. Ha estado ahí para ella desde que mi tío murió. La tía Millie y mi tío eran inseparables cuando él vivía. Su muerte fue un golpe muy duro para ella. Para todos. No lo creerás, pero me parece que se siente muy sola.

Yo lo sabía. Lo presentí cuando estaba con ella en Montana y aún nos escribíamos y hablábamos mucho por teléfono.

—La extraño —dije con franqueza.

—Yo también —dijo Shelby—. También echo de menos su pastel de arándanos.

Me reí.

—Hizo unos cuantos para Kaleb y para mí. Es el mejor que he comido nunca. Ahora se me antoja a veces.

—¿Extrañarías California si decidieras mudarte a Montana algún día? —preguntó Shelby en tono inquisitivo.

Yo sacudí la cabeza.

—No. California es donde está mi carrera ahora mismo, pero nunca he sido una chica de la gran ciudad.

—Entonces supongo que una mudanza es algo que podrías plantearte en el futuro. Quizás aún tengas que viajar, pero estar con multimillonario tiene sus ventajas. Todos tienen aviones privados.

Shelby cambió de tema, probablemente porque no quería que pensara que estaba empujándome a hacer algo que aún no estaba lista para hacer.

Charlamos un poco más de todo y de nada antes de ir a buscar a nuestros hombres.



## Capítulo 32

*Kaleb*

**M**e apoyé contra la pared de la ducha mientras me recuperaba de la millonésima paja de las últimas seis semanas.

«¡Joder!», pensé. Hacía demasiado que no veía a Anna en persona. Seis putas semanas. La última vez que habíamos estado juntos fue cuando visitamos a Wyatt y Shelby en San Diego durante unos días. Shelby y Anna se habían hecho íntimas y yo sabía que se escribían y se llamaban con bastante asiduidad. Ella hablaba con Shelby casi tanto como con mi madre y, a juzgar por la información que mi madre siempre tenía sobre Anna, rara vez perdían el contacto. Después de ir a San Diego, tuve que volar a Nueva York por negocios. Había estado muy ocupado con una nueva adquisición.

Después de que esa situación se calmara, Anna había tenido largas sesiones de grabación en Los Ángeles todos los días para su nuevo disco. Yo sabía que había hecho esas largas jornadas para poder venir esta noche a Montana por fin. Me había resistido en ese momento, pero me alegraba de ir a ver su bonita cara dentro de una o dos horas. No había llevado muy bien la separación. Vale, para ser totalmente sincero, había sido un auténtico gilipollas después de la primera semana. Sin duda, mis hermanos habían tenido que estar preparados para suplicarle a Anna que viniera lo más rápido posible. Si quería pruebas de cómo llevaría una separación larga de Anna, las últimas seis semanas me habían dicho que estar lejos de ella durante un periodo largo era un puto infierno.

Teníamos una conversación por mensajes constante y hablábamos por teléfono al menos una vez al día, pero ella sonaba tan cansada de hacer largas sesiones de grabación que yo no la mantenía mucho tiempo al teléfono. Me preocupaba por ella constantemente.

Anna me había dicho que desconvocara a mi equipo de seguridad una vez que averiguamos quién había asesinado a sus padres. Aunque yo entendía que ella no quisiera a alguien siguiéndola constantemente, no me gustaba que nadie cuidara de ella. Era de alto perfil y había muchos locos ahí fuera que convertían en su prioridad el acosar a mujeres como Anna. Por lo que a mí concernía, ella nunca estaba a salvo a menos que yo la tuviera a la vista.

Había pensado mucho en la situación y estaba sobradamente preparado para mudarme a Los Ángeles. Sí, extrañaría a mi familia, pero tenía un avión privado que podía llevarme a casa enseguida si necesitaba estar allí. Podía abrir una oficina en Los Ángeles o trabajar en remoto.

Había hablado con Tanner y Devon y ambos apoyaban mi decisión. Lo más probable es que ya no me soportaran si Anna no estaba cerca.

¿Me gustaba la vida urbanita? No. Ya lo había hecho en Nueva York años atrás y contaba los días hasta que pude mudarme de vuelta a Montana. Nueva York estaba demasiado abarrotada para un hombre al que le gustaba su espacio. Yo detestaba todo en aquella vida excepto la comida variada que podía encontrarse allí. Sin embargo, la diferencia entre Nueva York y Los Ángeles es que Nueva York no tenía a Anna Kendrick viviendo y trabajando allí. Yo no solo extrañaba el sexo más frecuente. Echaba de menos absolutamente todo de ella. Su sonrisa. Su risa. La forma en que lidiaba con detalles sobre los que yo ni siquiera pensaba. La manera en que se preocupaba por todos en el pueblo. La forma en que me amaba a mí.

Anna se había convertido en mi mejor amiga y me gustaba poder decirle cosas que nunca le mencionaría a nadie sin preocuparme por su reacción ante las cosas raras. La necesitaba. Recordaba haberme preguntado hace no mucho cómo Shelby había puesto de rodillas a un hombre como Wyatt. Él era soltero y pensaba seguir así hasta que conoció a Shelby. Ahora, los dos estaban felizmente casados y eran inseparables.

Yo ya no me preguntaba cómo había ocurrido aquello. Estaba muy familiarizado con la locura que se apoderaba del cerebro de un hombre cuando conocía a la mujer adecuada. Yo había sentido lo mismo que Wyatt antes de conocer a Shelby. Yo era el tipo que no lidiaba con relaciones complicadas y probablemente tenía la relación más complicada del planeta.

Tomé el bote de gel y empecé a limpiarme. Tuve especial cuidado en asegurarme de que tenía la botella correcta. Una mañana utilicé por accidente parte del jabón que había dejado Anna porque estaba distraído. Fue un momento que lamenté porque despedía un ligero aroma que me recordaba a Anna y tuve la verga dura todo el puto día.

Me enjaboné y empecé a prepararme. Tenía que salir para el aeropuerto en menos de una hora porque quería asegurarme de estar allí cuando aterrizara mi avión. Estaba impaciente por ver su cara, pero ya temía el adiós cuando fuera la hora de que marchara de nuevo dentro de unos días.

Cerré el grifo de la ducha, diciéndome que me sentiría mejor una vez que la tuviera cerca de mí de nuevo, aunque fuera por un tiempo limitado. Me sequé y me envolví la toalla alrededor de la cintura para poder afeitarme. Fue entonces cuando escuché un ruido débil que provenía del dormitorio.

«¿Mis hermanos?», me pregunté. No, nunca subían a mi habitación. Solo bramaban desde abajo hasta que yo bajaba a gritarles. Además, estaban en nuestra oficina en Billings cuando yo salí hacía poco.

Abrí la puerta del baño, no muy seguro de qué esperarme. Desde luego, no era nada que pudiera haber imaginado en mis sueños más desenfundados. Anna estaba tumbada en el centro de la cama, completamente desnuda, masturbándose, la cabeza girada con el rostro en mi almohada.

La observé, sintiéndome como un *voyeur* espeluznante, pero no pude contenerme. Era una escena salida de mis fantasías y ni loco pensaba bajar el telón. Quedé cautivado cuando me acerqué un poco más a la cama, viendo a Anna satisfacerse con un entusiasmo que me puso duro como una roca al instante. Ella gemía mientras sus dedos se deslizaban sobre su clítoris, una y otra vez.

—Kaleb —gimió elevando las caderas.

—¡Mierda! —maldije en voz baja.

Anna me escuchó y de repente volvió la cabeza. Nuestros ojos se encontraron y nos

sostuvimos la mirada cuando ella se detuvo de repente.

—No pares —dije con voz áspera.

Ella bajó el ritmo, pero siguió adelante.

—Estaba esperando que salieras de la ducha. La cama huele a ti —dijo con una voz excitada que me volvió medio loco.

No podía apartar mis ojos de los de ella.

—¿Es esto lo que haces cuando no estamos juntos? —pregunté atragantándome.

—Sí —confesó ella.

—Dios, cariño, yo pienso en esta escena exacta cuando me masturbo. Sigue.

Quería agarrarme la verga con la palma de la mano, pero si lo hacía, explotaría de nuevo y probablemente sería inútil por un tiempo.

Anna nunca había sido tímida con respecto al sexo y su sexualidad después de nuestra primera vez juntos, que era una de las cosas que amaba de ella. Era aventurera y abierta, y no me sorprendió cuando volvió a acelerar el ritmo.

—Siempre me masturbo fingiendo que eres tú con tu cabeza entre mis muslos —dijo con voz sensual pidiendo que la follara—. Siempre haces que me venga tan duro, Kaleb.

«¡Joder!», pensé. Me sentía en conflicto. Quedé cautivado mientras la miraba, pero sus palabras también me dieron ganas de saltar a la cama para poder saborearla y terminar ese orgasmo para ella.

—¿Es eso lo que quieres? —pregunté bruscamente—. ¿Mi cabeza entre tus muslos?

—No necesariamente —jadeó—. Que me mires también es bastante atractivo. Estoy eufórica de volver a verte en persona.

Me di por vencido. Dejé caer la toalla y me agarré la verga, sin que mis ojos se apartaran de la vista erótica en mi cama. Apreté los dientes y me contuve mientras Anna se perdía en su fantasía, sus ojos hambrientos al verme acariciarme lentamente, mis ojos pegados a ella. Lo supe en el momento en que ella perdió el control por completo. Sus ojos se cerraron y echó la cabeza hacia atrás; la mano que no estaba ocupada con su coño tiraba de sus pezones para una estimulación adicional.

—¡Kaleb! —gritó cuando empezó a llegar al clímax.

¡Dios! Estaba preciosa cuando el orgasmo la consumía por completo y oírle decir mi nombre mientras eso sucedía me hizo perder el control. Nunca había tenido estas vistas y serían algo que recordaría cuando ella no estuviera allí y nosotros no estuviéramos juntos. Salté sobre la cama cuando ella descendía y me situé entre sus piernas. Embestí antes de que tuviera tiempo de recuperarse. Sabía que probablemente debería haber sido paciente, pero había estirado la paciencia hasta que se acabó. Esta mujer era mía y no podía esperar ni un segundo más para reivindicarla.

---



---

## Capítulo 33

---

*Anna*

**I**nspiré hondo cuando Kaleb enterró su verga dentro de mí. Le envolví la cintura con las piernas un segundo después. Había deseado esto, lo había deseado a él durante tanto tiempo que el placer fue prácticamente insoportable. Había extrañado tanto a Kaleb y estar tan cerca de él otra vez fue casi más de lo que pude soportar.

—Ah, Dios —gemí—. Qué rico.

Sus embestidas eran rápidas, profundas y completamente descontroladas. Mis caderas se elevaron para recibir cada embestida, saboreando su estado salvaje mientras me reivindicaba en corazón y alma. Después de cómo lo había provocado, sabía que esto no duraría mucho, pero iba a saborear cada segundo de su frenética posesión. Lo sentía increíble. Olía increíble. Y el mero hecho de que nuestros cuerpos volvieran a estar piel con piel después de estar separados durante tanto tiempo era puro éxtasis.

—Te amo —dije sin aliento mientras frotaba mis caderas contra él.

—Yo también te amo —gruñó—. Eres mía, Anna. Dilo. Necesito oírlo después de no verte durante tanto tiempo.

—Siempre seré tuya, Kaleb, y tú siempre serás mío, incluso cuando no estemos físicamente en el mismo lugar.

Él me agarró el trasero y me atrajo hacia arriba con más fuerza cuando su ritmo se volvió tan rápido que yo no podía seguirlo. Se movió ligeramente hasta que yo recibí máxima estimulación en el clítoris y sentí que el orgasmo volvía a erigirse. Kaleb nunca se permitía correrse a menos que yo me fuera con él. Le clavé las uñas en la espalda porque el placer fue muy intenso cuando empecé a irme más fuerte que cuando me masturbé.

—¡Kaleb! —exclamé, casi asustada del poder de este clímax en concreto.

Entonces me dejé llevar, consciente de que Kaleb estaría ahí para atraparme cuando volviera a bajar. Mi sexo se contrajo con fuerza alrededor de su verga.

—Te amo —dije sin pensarlo—. Te echaba tanto de menos.

—¡Joder! Yo también te amo, Anna —dijo Kaleb con un gruñido grave y salvaje al encontrar su propio desahogo.

Giró sobre su espalda, nuestros cuerpos aún enganchados cuando descansé sobre él. Mi ritmo cardíaco tardó un momento en bajar.

—¿Por qué no te casas conmigo de una vez y pones fin a esta miseria? —dijo Kaleb con voz ronca junto a mi oído—. Me mudaré a California encantado si eso significa que podemos vivir juntos en el mismo sitio. Las últimas seis semanas han sido un infierno.

Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando susurré:

—¿De verdad te mudarías a California para estar conmigo?

Aunque estábamos enganchados en la felicidad poscoital, estaba bastante segura de que él hablaba en serio y sabía exactamente lo que estaba pidiendo. Quería casarse conmigo y estaba dispuesto a mudarse a California y renunciar a todo lo que tenía aquí por mí.

—No hay nada que no haría por ti, Anna —respondió—. Por favor, sácame de mi miseria y cástate conmigo.

Mi corazón dio un vuelco.

—¿Es esa una propuesta oficial?

—¡Sí, maldita sea! —gruñó él—. Esta no era la forma en que planeaba pedirte que pasaras el resto de tu vida conmigo, pero parece que no tengo delicadeza cuando se trata de ti. Me perdí estar contigo en tu trigésimo sexto cumpleaños y quiero que ese sea el último evento en tu vida que me pierda. Ya tengo tu anillo de compromiso. Preferiría que no te movieras en este momento. No he estado tan cerca de ti en mucho tiempo.

Se me escapó una lagrimita.

—Sí. Mi respuesta a tu propuesta es *sí*. Me enviaste una cantidad ridícula de regalos y un pastel por mi cumpleaños.

—No es lo mismo que estar contigo en persona —refunfuñó.

Esperaba que me propusiera matrimonio algún día, pero no había querido hacerme ilusiones y realmente no esperaba que sucediera hoy. Hacía tiempo que sabía que quería casarme con Kaleb y estar con él durante el resto de mi vida.

—Sin embargo —proseguí—, no hay razón para que te mudes a California a menos que quieras volver a hacer viajes de larga distancia. Yo me quedo aquí, Kaleb. La casa de mis padres ya se vendió y puse la mía a la venta justo antes de irme. He traído una cantidad ridícula de cosas conmigo y el resto de mis cosas personales están almacenadas esperando ser enviadas aquí.

—¿Qué pasa con tu carrera, Anna? —dijo, preocupado—. Quiero que seas feliz.

—Soy feliz. Más feliz de lo que he sido en toda mi vida. Voy a hacer arreglos para construir un estudio de grabación en Billings —le dije—. No hay nada que no pueda hacer aquí excepto las apariciones personales. Todavía tendré que viajar un poco, pero ya no haré grandes giras. Al menos no en el futuro próximo. Me hacían sentir miserable, incluso antes de conocerte.

—¡Menos mal! —exclamó Kaleb—. Si querías hacer giras, habría ido contigo, al menos parte de la gira, y me mata verte tan tensa que vomites.

—Yo también estoy un poco cansada de eso —dije divertida—. Prefiero centrarme en componer para mí y para otros artistas. Me hace feliz. Estar en Crystal Fork me hace feliz. Tú, Kaleb Remington, me haces increíblemente feliz.

Él estrechó su abrazo en torno a mi cuerpo.

—No puedo creer que vayas a mudarte aquí por mí.

—No es solo por ti —dije en voz baja—. Aunque reconozco que es mi principal motivación para mudarme. Quiero estar aquí. Tú familia y la gente de Crystal Fork también son como de la familia para mí. Siento que mi sitio está aquí. Nunca me sentí así en California. Aparte de Kim, ya no hay nada allí para mí. Quiero tener mi propia familia y no quiero criar un hijo en Los Ángeles. No cuando pueden tener el amplio espacio abierto de Montana.

—¿Aún esperas adoptar? —preguntó Kaleb.

—Me gustaría. Hay tantos niños que necesitan un hogar estable. No me importaría tener un hijo propio también, si tú estás dispuesto.

Pasó una mano por mi trasero suavemente.

—Cariño, estoy más que dispuesto.

—Me gustaría instalarme antes de pensar en eso, pero no me voy a hacer más joven —le dije en broma.

—Tenemos tiempo para hablar de una familia, pero no me importaría apresurar la boda.

—¿Qué tenías en mente? —pregunté con curiosidad—. Estaba pensando en esa adorable iglesia del pueblo y tal vez una recepción aquí.

—Sabes que todo el pueblo pensará que están invitados si lo hacemos aquí —me advirtió.

Lo besé con ternura antes de responder.

—Creo que tienes espacio para gestionarlo.

—Te mereces una boda más formal y elegante —dijo Kaleb obstinadamente—. Tal vez una bonita boda destino.

—No es realmente mi estilo —le informé—. Y la planificación llevaría un tiempo.

—Entonces estoy de acuerdo con tu primera sugerencia, si eso es realmente lo que quieres —dijo Kaleb a toda prisa; obviamente, no le gustaba la idea de esperar—. No me importa cómo suceda siempre y cuando terminemos casados al final. Pero también quiero que tengas la boda de tus sueños.

Me aparté y lo miré a los ojos.

—En serio, todo lo que quiero es casarme contigo. Ese es mi sueño.

Ahucó mi nuca y me estrechó en un abrazo muy largo y apasionado.

—Y yo sólo quiero que seas mía —dijo después de terminar de besarme—. Todos te ayudaremos a planificar. Acabas de desarraigar toda tu vida para vivir aquí conmigo. Debes de estar exhausta.

—Para serte franca, no lo estoy —compartí mientras apoyaba la cabeza en su hombro—. Me siento revitalizada. Kim me dijo una vez que había pasado toda mi vida adulta viviendo para otras personas, haciendo lo que todos esperaban que hiciera en lugar de lo que yo quería hacer. Creo que había mucho de verdad en esa afirmación. Ahora siento que finalmente estoy haciendo lo que quiero hacer y lo estoy haciendo con el chico que me hace feliz y pone alegría en mi vida. Supongo que también necesitaba poner mis prioridades.

—Voy a asegurarme de que nunca te arrepientas de haberte mudado de California a Montana —dijo Kaleb con voz grave—. Te construiré un estudio de grabación increíble en Billings. ¿Qué harás con todos los técnicos y músicos que necesitas para grabar?

—Los traeré aquí cuando necesite las piezas técnicas. Mi productor está listo para venir aquí siempre que lo necesite para un álbum. Afortunadamente, le gusta mucho el aire libre.

—¿Entonces llevas tiempo planeando esto? —preguntó Kaleb.

Asentí.

—Sí, he estado pensando en ello. Después de que me dijeras que me amabas, pensé que no te importaría si me mudaba. La decisión final ocurrió bastante rápido. Cuanto más tiempo estábamos separados, más miserable me sentía en California. Probablemente debería haber hablado contigo sobre ello, pero una vez que todo empezó a rodar, no pude parar. No quería tener que dejarte a ti ni Montana durante largos períodos nunca más.

—Te dije una vez que siempre seré algo seguro para ti —dijo con voz divertida—. Estoy

seguro de que sabías que no iba a objetar. ¿Cómo llegaste temprano?

—Convencí a la tripulación de tu avión de salir temprano para poder sorprenderte. Me ayudaron a cargar el auto del piloto cuando llegué y él me trajo aquí.

—Me estaba preparando para ir al aeropuerto —me informó—. Necesitaba estar al pie de esas escaleras cuando bajaras del avión. Yo también me sentía miserable sin ti, Anna. Mis hermanos se alegrarán de que hayas venido para quedarte. He sido un imbécil con todos.

—¿Te sientes mejor? —bromeé.

—¿Qué opinas? —preguntó secamente—. Estás aquí. No te irás y te casarás conmigo. Probablemente soy el imbécil más feliz del mundo ahora mismo.

Suspiré mientras hacía círculos en el hombro de Kaleb con mi dedo índice. Sabía que debía retirarme de su cuerpo cálido, pero sinceramente, no había nada mejor que estar desnuda con él de esta manera. Me gustaba la intimidad de estar piel con piel con él. Tardaría un tiempo en darme cuenta de que por fin estábamos juntos y ninguno de los dos iría a ninguna parte próximamente.

Kaleb fue el primero en romper nuestro contacto. Me dio la vuelta suavemente, desenredó nuestros cuerpos enredados y se levantó de la cama.

—¿Adónde vas? —preguté.

—¿Decepcionada? —dijo con una mirada traviesa en el rostro.

—Sí —admití.

—No vayas a ningún lado —dijo en tono autoritario—. Dame unos segundos.

Fue a su vestidor y regresó unos segundos después.

—He decidido que necesito ver mi anillo en tu dedo ahora mismo —me dijo mientras regresaba a la cama.

Me senté mientras él me entregaba una preciosa caja de terciopelo.

—Voy a hacerte esa pregunta otra vez —me advirtió—. ¿Te casas conmigo, Anna?

Mis manos temblaban y mi corazón latía fuera de mi pecho cuando abrí la tapa de la caja. No me sorprendió que fuera el anillo más hermoso que había visto en mi vida.

Kaleb tenía un gusto exquisito tratándose de joyas. El anillo era de platino porque él ya sabía que yo rara vez me ponía oro amarillo. Había una cantidad ridícula de brillantes en el precioso anillo y la calidad de los diamantes era espectacular. Había un precioso solitario en el centro rodeado de piedras más pequeñas.

—No quería comprar nada demasiado grande para que puedas llevarlo mientras tocas el piano —explicó Kaleb.

—¿En serio esto es lo que llamas un anillo pequeño? —bromeé.

—Comparado con lo que quería regalarte, sí, es un tamaño razonable.

Sonreí. Supuse que tal vez se había comprometido.

—Es perfecto —le dije en voz baja, todavía asombrada por el hermoso anillo que había elegido.

Me gustaban las joyas únicas y este anillo era una obra de arte.

—¿Vas a responder mi pregunta? —insistió con impaciencia mientras me quitaba el anillo y lo sacaba de la caja.

Yo arqueé una ceja.

—Sí, sabes que me voy a casar contigo. Yo también soy algo seguro para ti, guapo.

Sonrió mientras ponía el anillo en mi dedo. Encajaba perfectamente. Extendí la mano para admirar la forma en que los diamantes brillaban en mi dedo. Y así, sin más, Kaleb Remington y

yo estábamos prometidos oficialmente.

Kaleb frunció el ceño.

—Supongo que probablemente no querrás cambiarte el apellido. Todos te conocen como Annelise Kendrick.

—Entonces seré oficialmente Annelise Kendrick Remington. Todos piensan simplemente en mí como Annelise a menos que me conozcan personalmente. Seré Anna Remington para cualquiera que me conozca.

Quería ser parte de la familia Remington, lo cual incluía tomar el apellido de Kaleb. Cualquier hijo que tuviéramos también sería un Remington.

Kaleb arrojó la caja del anillo en la mesa auxiliar, se tumbó boca arriba y volvió a colocarme encima de él.

—¿Dónde estábamos? —preguntó en un sexi tono de barítono—. Creo que estaba a punto de compensar ese breve encuentro hace un rato.

—¿Sí? —ronroneé mientras me sentaba a horcajadas sobre él.

Tal vez había sido más breve de lo habitual, pero ambos lo necesitábamos así.

Habíamos estado separados demasiado tiempo y no tardé mucho tiempo en correrme por segunda vez.

Me incliné y lo besé.

Él me devolvió el abrazo con una minuciosidad que me dejó sin aliento.

—Esta vez no tengo prisa —me prometió—. Móntame, preciosa. Toma lo que necesites esta vez.

La última vez había tomado lo que necesitaba, pero no pensaba discutirse si Kaleb iba a darme el control.

Ambos tomamos lo que queríamos, finalmente conscientes de que el acto era una promesa eterna para ambos.

---



---

## Epílogo

---

*Anna*

*Dos semanas después...*

**K**aleb y yo nos casamos dos semanas después de que me lo pidiera en una pequeña iglesia en Crystal Fork. Me quedé atónita cuando propuso la fecha. Le dije que no se podía hacer en dos semanas, aunque no tenía ninguna objeción real a la fecha.

Me había demostrado que estaba equivocada. Con la colaboración de amigos y familiares, los detalles y el trabajo se lograron muy rápidamente. No me importó equivocarme. Yo estaba tan ansiosa como él por seguir adelante con el resto de nuestras vidas porque teníamos muchos planes para nuestro futuro.

El servicio había sido relativamente pequeño porque no había suficiente espacio para que toda la ciudad se apiñara en esa capilla. Wyatt, Tanner y Devon habían acompañado a Kaleb. Kim había sido mi madrina y le había pedido a Shelby que fuera mi dama de honor.

Aunque la boda había sido pequeña y acogedora, la recepción fue multitudinaria. La mayor parte del pueblo estuvo presente. Millie había pedido ser anfitriona de la recepción en su casa, ya que le encantaba planificar fiestas y eventos en su hogar. Kaleb había aceptado de buena gana porque eso significaba que no tenía que hacer tareas de limpieza antes de llevarme a nuestra luna de miel en Italia. Sin embargo, había conseguido el servicio de catering para el evento para que no tuviéramos que lidiar con la enorme cantidad de comida que se necesitaba para alimentar a la mayor parte del pueblo.

Habíamos instalado carpas elegantes con calefacción, pero en realidad no fue necesaria. Era un hermoso día de otoño, mucho más cálido de lo habitual en esta época del año en Montana.

—¿Te he dicho lo hermosa que estás hoy? —preguntó Kaleb desde su sitio en la mesa, a mi lado.

Me volví para mirarlo, resplandeciente con un esmoquin formal. Nuestra fiesta de bodas estaba sentada a nuestro alrededor en la mesa grande, todos comiendo la deliciosa comida del proveedor de catering.

Sinceramente, me sentía hermosa. Opté por un vestido de novia color marfil en lugar de un blanco puro porque el blanco brillante decididamente no era mi color. Tenía un forro rosáceo para que los detalles del vestido resaltaran. La cola era corta y me encantaron las mangas de

encaje ajustadas. Después de elegir el vestido, lo confeccionaron rápidamente para que me quedara perfecto.

Kim me había peinado y yo había pasado del velo tradicional y elegí unas peinetas de perlas ingeniosamente colocadas que hacían juego con mi vestido.

Kaleb me había dicho que me veía hermosa muchas veces hoy, pero la mirada codiciosa en sus preciosos ojos verdes envió un escalofrío de sensibilización por mi espalda.

—Muchas veces —respondí finalmente—. Pero gracias... otra vez. Tú también te ves extremadamente guapo.

Kaleb en ropa formal me dejaba sin aliento siempre. No era solo el esmoquin lo que me dejaba sin aliento, sino la forma en que podía usarlo sin parecer incómodo en lo más mínimo. Siendo un hombre de negocios multimillonario, probablemente había necesitado vestir de gala muchas veces en el pasado.

—Sé que hoy extrañas a tus propios padres. Lo siento, cariño —dijo Kaleb con voz profunda y tranquila.

Extrañaba a mis padres, pero ahora el dolor era soportable. Deseaba que pudieran estar aquí, pero no había dejado que esas nubes ensombrecieran el día más feliz de mi vida.

—Ellos os habrían querido a ti, a tu madre y a tu familia. ¿Extrañas a tu padre?

—Un poco —admitió dejando su tenedor en el plato vacío—. Desearía que os hubierais conocido, pero hoy no estoy menos feliz por eso.

—Yo siento lo mismo. No puedo creer que estemos casados. Sucedió tan rápido que no he tenido tiempo de pensar en cómo me sentiría una vez terminada la ceremonia.

—¿Y cómo te sientes? —cuestionó Kaleb.

—Como si estuviera haciendo exactamente lo que quiero y que estoy exactamente donde pertenezco —dije con franqueza—. ¿Qué pasa contigo?

No estaba segura de cómo expresar mis emociones con palabras, pero algo dentro de mí que nunca se había sentido del todo bien por fin se había asentado en su lugar.

—Cuando nos conocimos, estaba inquieto —reconoció—. Algo faltaba en mi vida y ahora sé exactamente qué faltaba. Fuiste tú, Anna. Eras lo único que necesitaba y que todo mi dinero no podía comprar.

Puse mi mano sobre su musciosa pierna y él cubrió esa mano con la suya. A veces, Kaleb y yo realmente no necesitábamos las palabras. Nos entendíamos. Tal vez estábamos buscando lo mismo, pero habíamos estado a tantos kilómetros de distancia que no habíamos podido encontrarnos.

Probablemente nunca creería que el destino no me había enviado por el camino equivocado y a la cabaña de su madre ese día, y creía firmemente que una persona hace su propio destino. Algo me había estado atrayendo a Montana después de mi crisis. Podría haber ido a cien lugares diferentes para encontrar mi soledad. Pero, como quiso el destino, finalmente terminé en el mismo lugar que Kaleb.

¿Qué probabilidad había de que eso sucediera por sí solo?

Me apretó la mano.

—Creo que estoy a punto de llevarme a mi novia.

Me sorprendí tanto que me reí.

—No podemos. Ni siquiera hemos cortado ese hermoso pastel. No es posible que me quieras desnuda ahora mismo. Deberías estar exhausto después de las últimas dos semanas.

Habíamos recuperado todo el tiempo perdido que habíamos pasado separados y un poco

más.

Kaleb captó mi mirada cuando dijo:

—Nunca habrá un momento en el que no te quiera, Anna, pero supongo que puedo esperar un poco más.

Sonaba tan descontento que le lancé una sonrisa traviesa antes de decir:

—Haré que valga la pena.

Su expresión era intensa mientras sostenía mi mirada.

—Solo estar contigo, aquí y ahora, es suficiente para mí, Anna. Esto me parece un puto milagro.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero parpadeé para contenerlas para que no se me corriera el rímel por la cara.

Este hombre también era un sueño hecho realidad para mí. No tenía ninguna duda de que a veces no estaríamos de acuerdo. Ninguno de nosotros era perfecto. Pero éramos perfectos juntos.

Me acerqué a él.

—Escribí una canción para ti. Quiero ponértela cuando volvamos a casa. Necesito estar al piano. Es nuestra historia. Puede parecer un poco loco porque sé que no crees en el destino.

—Creo que he cambiado de opinión al respecto desde que te conocí —dijo con una sonrisa—. Ahora tengo muchas ganas de llegar a casa.

—Primero el pastel, y luego tendré mi primer baile con mi guapísimo nuevo esposo.

Devon se había encargado de la música. Estaba tocando con una banda local y ya habían preparado una pista de baile.

—Es tu día, cariño. Mientras estés sonriendo y a salvo, soy feliz.

Dios, me encantaba eso de él. Él siempre estaba tratando de complacerme, lo que me hizo querer hacer lo mismo por él.

La felicidad de Kaleb significaba mucho para mí.

—¿Cuándo vais a cortar el pastel? —preguntó Devon desde el otro lado de la mesa—. Creo que todo el mundo ha terminado de comer. Desde que me enteré, quise comerme ese pastel.

El pastel no era muy tradicional. Aun así, era hermoso, pero lo había elegido estrictamente por gusto. Era una combinación de sabores que incluía trozos de caramelo blando y chocolate belga mezclados y, por supuesto, un poco de caramelo.

—Lo haremos cuando nos apetezca —dijo Kaleb con desinterés, retrasándolo deliberadamente porque sabía que Devon quería ese pastel ahora mismo.

Tanner se inclinó hacia su hermano pequeño y dijo algo inaudible. Conociéndolo, probablemente estaba diciéndole a su hermanito que era el día de Kaleb y que no fuera un grano en el trasero.

—Hay algo más que preferiría ver que a esos dos cortando la tarta —dijo la Kaleb con una sonrisa traviesa.

—¿Qué? —preguntó Devon contrariado.

Millie tomó su cuchara y empezó a golpear su copa ligeramente como señal para que Kaleb y yo nos besáramos. Un momento después, otros se unieron a ella.

Kaleb estiró el brazo sobre el respaldo de mi silla y yo levanté la mirada hacia él con una sonrisa.

—Siempre he odiado esta estúpida y ruidosa tradición hasta hoy —dijo con voz ronca, lo bastante alto para que se le oyera por encima del ruido.

—Yo también —convine mirándolo a los ojos.

Ambos nos acercamos y nuestros labios se encontraron. Yo planeaba un beso corto, pero Kaleb ahuecó mi nuca y sostuvo su boca contra la mía. No era un beso carnal ni sexual. Era una promesa solemne de amarnos mutuamente durante el resto de nuestras vidas. Durante un momento, olvidé que había nadie cerca y porque estaba cautivada y conmovida por el abrazo. Entrelacé los brazos en torno a su cuello y el beso duró mucho más de lo debido. Ninguno de nosotros tenía prisa.

Era un momento para saborear y celebrar.

Después de todo lo que habíamos pasado juntos, esta estrella pop afligida y confundida y mi multimillonario inquieto y adicto al trabajo finalmente habían encontrado el camino hacia nuestro felices para siempre.

Por fin había encontrado alegría en mi vida y nunca más tendría que despedirme de él.

~Fin~

*Visita mi sitio de Internet:*

<http://www.authorjsscott.com>

<http://www.facebook.com/authorjsscott>

<https://www.facebook.com/JS-Scott-Hola-844421068947883/>

Me puedes escribir a:

[jsscott\\_author@hotmail.com](mailto:jsscott_author@hotmail.com)

También puedes mandar un Tweet:

[@AuthorJSScott](https://twitter.com/AuthorJSScott)

Twitter Español:

[@JSScott\\_Hola](https://twitter.com/JSScott_Hola)

Instagram:

<https://www.instagram.com/authorj.s.scott>

Instagram Español:

<https://www.instagram.com/j.s.scott.hola/>

Goodreads:

[https://www.goodreads.com/author/show/2777016.J\\_S\\_Scott](https://www.goodreads.com/author/show/2777016.J_S_Scott)

Recibe todas las novedades de nuevos lanzamientos, rebajas, sorteos, inscribiéndote a nuestra [hoja informativa](#).

Visita mi página de Amazon España y Estados Unidos, donde podrás conseguir todos mis libros traducidos hasta el momento.

Estados Unidos: <https://www.amazon.es/J.S.-Scott/e/B007YUACRA>

España: <https://www.amazon.es/J.S.-Scott/e/B007YUACRA>

## *Otros Libros de J. A. Scott*

### *Serie La Obsesión del Multimillonario:*

[La Obsesión del Multimillonario ~ Simon \(Libro 1\)](#)

La colección completa en estuche:

[Mía Por Esta Noche. Mía Por Ahora. Mía Para Siempre. Mía Por Completo](#)

[Corazón de Multimillonario ~ Sam \(Libro 2\)](#)

[La Salvación Del Multimillonario ~ Max \(Libro 3\)](#)

[El juego del multimillonario ~ Kade \(Libro 4\)](#)

[La Obsesión del Multimillonario ~ Travis \(Libro 5\)](#)

[Multimillonario Desenmascarado ~ Jason \(Libro 6\)](#)

[Multimillonario Indómito ~ Tate \(Libro 7\)](#)

[Multimillonaria Libre ~ Chloe \(Libro 8\)](#)

[Multimillonario Intrépido ~ Zane \(Libro 9\)](#)

[Multimillonario Desconocido ~ Blake \(Libro 10\)](#)

[Multimillonario Descubierta ~ Marcus \(Libro 11\)](#)

[Multimillonario Rechazado ~ Jett \(Libro 12\)](#)

[Multimillonario y Soltero ~ Zeke \(Libro 12,5\)](#)

[Multimillonario Incontestado ~ Carter \(Libro 13\)](#)

[Multimillonario Inalcanzable ~ Mason \(Libro 14\)](#)

[Multimillonario Encubierto ~ Hudson \(Libro 15\)](#)

[Multimillonario Inesperado ~ Jax \(Libro 16\)](#)

[Multimillonario Desapercibido ~ Cooper \(Libro 17\)](#)

[Multimillonario No Reclamado ~ Chase \(Libro 18\)](#)

[Multimillonario Inalcanzable ~ Wyatt \(Libro 19\)](#)

[Multimillonario Desconocido ~ Kaleb \(Libro 20\)](#)

### *Serie de Los Hermanos Walker:*

[¡DESAHOGO! ~ Trace \(Libro 1\)](#)

[¡VIVIDOR! ~ Sebastian \(Libro 2\)](#)

[¡DAÑADO! ~ Dane \(Libro 3\)](#)

### *Serie Multimillonarios por Casualidad*

[Entrampada](#)

[Enredados](#)

### *Serie Multimillonarios Británicos*

[Dí que Serás Mía](#)

[Di que Seré Tuyo](#)

[Di que Es para Siempre](#)

## *Los Sinclair*

[El reto del multimillonario](#)

[El multimillonario prohibido](#)

[El mensaje del multimillonario](#)

[La voz del multimillonario](#)

[El multimillonario siempre gana](#)

[Los secretos del multimillonario](#)

[El deseo del millonario](#)

[La navidad del multimillonario](#)